

NEW LEFT REVIEW

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

La nueva edición de la *New Left Review* en español se lanza desde Ecuador, desde la Revolución Ciudadana, desde una Universidad pública, el Instituto de Altos Estudios Nacionales y la Secretaría de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación. Esta iniciativa trata de contribuir al cambio ofreciendo instrumentos analíticos para alimentar los debates e incrementar la potencia de las revoluciones latinoamericanas; pretende formar militantes e intensificar las formas de transformación para impedir que esos procesos sean capturados, desvirtuados o paralizados por las viejas y nuevas elites nacionales o por las estrategias de las potencias y las elites globales. Esta publicación ofrece a los movimientos sociales dispositivos intelectuales para constituirse como sujetos políticos constituyentes. Y hará, finalmente, que las ideas adquieran la materialidad densa y fluida de una fuerza poderosa que se convierte en acción revolucionaria.

Edición en castellano:	Secretaría de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación & IAEN, Ecuador
Editor de la edición en castellano	Carlos Prieto del Campo
Diseño y coordinación editorial	David Gámez Hernández Iñaki Vázquez Álvarez
Edición conceptual	Francisco Sanz Esteban
Traducción	Jose María Amoroto, Alvaro García-Ormaechea, Nuria Cortés, Ethel Odriozola, Cristina Piña, Ana Useros
Corrección ortotipográfica	Carlos Vidania
Editor	Susan Watkins
Deputy Editor	Tony Wood
Associate Editor	Francis Mulhern
Editorial Committee	Tariq Ali, Perry Anderson, Kheya Bag, Gopal Balakrishnan, Emilie Bickerton, Robin Blackburn, Robert Brenner, Malcolm Bull, Mike Davis, Daniel Finn, Tom Mertes, Francis Mulhern, Dylan Riley, Julian Stallabrass, Jacob Stevens, Wang Chaohua, Tony Wood, JoAnn Wypijewski
Publishing Director	Kheya Bag
Subscriptions	Johanna Zhang
Online Publisher	Rob Lucas
Assistant Editor	Daniel Finn

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales - IAEN, 2014, para lengua española

Edita:

Secretaría de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación

Whymper E7-37 y Alpallana, 170516, Quito, Ecuador

Tel: (593) 22505660

www.educacionsuperior.gob.ec

Instituto de Altos Estudios Nacionales - IAEN, Ecuador

Av. Amazonas N37-271 y Villalengua esq., Quito, Ecuador

Tel: (593) 023829900

www.iaen.edu.ec

Produce:

Trama Ediciones

Juan de Dios Martínez N34 - 367 y Portugal, Quito, Ecuador

Tel: (593) 22246315

Editorial Traficantes de Sueños

Calle Embajadores 35, 28012, Madrid, España

Tel: (34) 911857773

www.traficantes.net/nlr

nlr@traficantes.net

ISSN Ecuador: 1390-8553

ISSN España: 1575-9776

ISSN digital: 2341-1686

Depósito legal: M-35596-2014

NEW LEFT REVIEW 88

SEGUNDA ÉPOCA

SEPTIEMBRE-OCTUBRE 2014

ARTÍCULOS

EMILY MORRIS	Cuba inesperada	7
MARCO D'ERAMO	UNESCOcidio	52

ENTREVISTA

GLEB PAVLOVSKY	La visión que Putin tiene del mundo	60
----------------	-------------------------------------	----

ARTÍCULOS

KEVIN PASK	Nacionalismos estadounidenses	72
JEAN-PAUL SARTRE	Marxismo y subjetividad	92
FREDRIC JAMESON	La actualidad de Sartre	122

CRÍTICA

WOLFGANG STREECK	La política de la salida	129
MICHAEL CHRISTOFFERSON	¿Una mente de izquierdas?	138
KRISTIN SURAK	Revendiendo Japón	146
HUNG HO-FUNG	¿Canadización?	159

CONTENIDOS

EMILY MORRIS: Cuba inesperada

Única entre los países del antiguo COMECON, Cuba se ha labrado un camino propio desde 1991 que no contempla la transición al capitalismo, sino una cuidadosa adaptación al cambio exterior, que salvaguarda sus excelentes políticas sociales y su soberanía nacional. Emily Morris cuestiona la visión de que, para sobrevivir, La Habana tendrá que adoptar una economía de mercado y someterse al capital extranjero.

MARCO D'ERAMO: UNESCOcidio

Desde Venecia hasta Edimburgo, desde Oporto hasta Rodas, o desde San Gimignano hasta Luang Prabang, la etiqueta de Patrimonio Mundial constituye una herramienta vital para la industria turística global, pero también una sentencia de muerte que condena el bullicio de la auténtica vida urbana.

GLEB PAVLOVSKY: La visión que tiene Putin del mundo

El antiguo asesor y director electoral del Kremlin ofrece una versión única sobre la formación ideológica y la cosmovisión del líder ruso. Un análisis realista de corte soviético de los puntos débiles de la URSS y de las motivaciones reales que guían a los Estados capitalistas.

KEVIN PASK: Mosaicos del nacionalismo estadounidense

Temperadas por el expansionismo posterior a la Guerra Civil, ¿podrían resurgir las divisiones regionales de Estados Unidos si el imperio flaquea? Kevin Pask explora los parámetros cambiantes (el fin de las fronteras, el auge del *Sunbelt*) de un nacionalismo que no osa pronunciar su nombre.

JEAN-PAUL SARTRE: Marxismo y subjetividad

Transcripción de la conferencia pronunciada por Sartre en 1961 en el Instituto Gramsci de Roma, inédita anteriormente en castellano. Una sostenida réplica filosófica a *Historia y conciencia de clase* de Lukács y una defensa de un concepto de subjetividad como proceso, vivamente ilustrado en situaciones concretas.

FREDRIC JAMESON: La actualidad de Sartre

Reflexiones sobre la conferencia pronunciada por Sartre en Roma y sobre los temas que en ella se abordan. La dialéctica del interior y el exterior, el sorprendente papel que desempeña el no saber en la subjetividad, y las nuevas tecnologías y los procesos de trabajo como ámbitos experimentales para la transformación de la conciencia de clase.

CRÍTICA

WOLFGANG STREECK reseña el libro Peter Mair *Ruling the Void*. Diagnóstico del vaciamiento que experimenta la democracia occidental incluido en el trabajo final de un maestro de la ciencia política.

MICHAEL CHRISTOFFERSON reseña el libro de Christophe Prochasson *François Furet*. Un antiguo colega proporciona los argumentos para su defensa.

KRISTIN SURAK reseña *Bending Adversity*, de David Pilling. Esperanzas de un Japón thatcherizado tras la estela de Fukushima por el corresponsal del *Financial Times* en Tokio.

HUNG HO-FUNG reseña *The Making of Global Capitalism*, de Leo Panitch y Sam Gindin. Canadá nos brinda el modelo para el ascenso fluido de Estados Unidos a la supremacía global.

AUTORES

MICHAEL CHRISTOFFERSON: *autor de French Intellectuals against the Left (2004); enseña historia en la Adelphi University, Nueva York.*

MARCO D'ERAMO: *sus libros más recientes son Via del vento (2004) y The Pig and the Skyscraper (2002); véanse también NLR 74 y 82.*

HUNG HO-FUNG: *enseña en la Johns Hopkins University; su última obra Protest with Chinese Characteristics (2011); véanse también NLR 60, 66, 72 y 81.*

FREDRIC JAMESON: *The Ancients and the Postmoderns será publicado por VERSO en 2015; véanse también, inter alia, NLR 55, 58, 64 y 71.*

EMILY MORRIS: *Institute of the Americas, University College London.*

KEVIN PASK: *enseña Inglés en Concordia, Montreal; autor de The Fairy Way of Writing (2013); véase también NLR 11.*

WOLFGANG STREECK: *Director del Max-Planck-Institut für Gesellschaftsforschung, Colonia; su último trabajo es: Buying Time (2014); véase también NLR 71, 73, 76 y 87.*

KRISTIN SURAK: *autora de Making Tea, Making Japan (2013); enseña en la School of Oriental and African Studies (University of London); véanse también NLR 63 y 84.*

EMILY MORRIS

CUBA INESPERADA

● CUÁL ES EL veredicto sobre la economía cubana casi un cuarto de siglo después del colapso del bloque soviético? Por lo general, la historia que se cuenta es bastante simple y transmite un claro mensaje. Describe una cíclica alternancia de la política gubernamental entre momentos de pragmática capitulación ante las fuerzas del mercado, que explican cualquier progreso, y periodos de rigidez ideológica y reafirmación del control del Estado, que explican todas las dificultades económicas¹. Después de la disolución del bloque comercial del COMECON, los observadores estadounidenses confiaron en que la economía socialista de Estado se enfrentaría a un colapso inminente y declararon que «Cuba necesita una terapia de choque, un acelerado cambio hacia los mercados libres». La restauración del capitalismo en la isla era «inevitable»; el retraso no solamente dificultaría el comportamiento económico, sino que produciría graves costes humanos y el descrédito de los logros sociales cubanos. Habida cuenta de su tenaz negativa a embarcarse en la senda de la liberalización y la privatización, la «última hora» de Fidel Castro había llegado por fin².

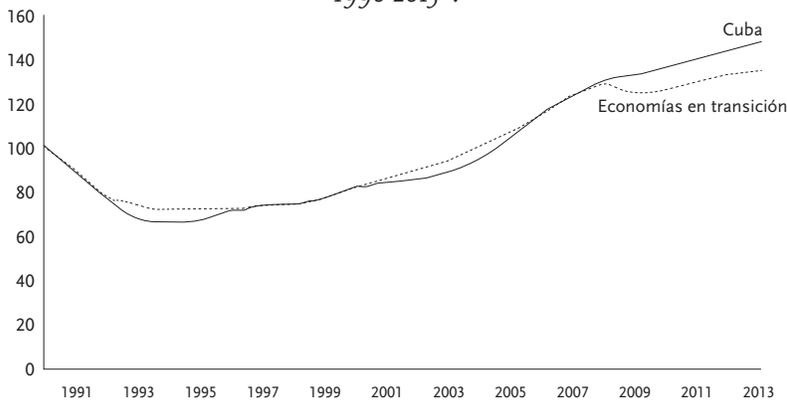
El problema con esta explicación es que la realidad ha desmentido estrepidamente esas predicciones. Aunque Cuba se enfrentó a una situación excepcionalmente severa, ya que sufrió un choque exógeno más grave que cualquiera de los miembros del bloque soviético y, debido al duradero embargo comercial estadounidense, se ha enfrentado a un entorno internacional especialmente hostil, su economía se ha comportado de modo similar a la de otros países anteriormente miembros del COMECON, ocupando el puesto decimotercero entre los veintisiete de los que

¹ Carmelo Mesa-Lago, «Economic and Ideological Cycles in Cuba: Policy and Performance, 1959-2002», en Archibald Ritter (ed.), *The Cuban Economy*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 2004.

² Eliana Cardoso y Ann Helwege, *Cuba after Communism*, Cambridge, MIT Press, 1992, pp. 51, 1, 11; Andrés Oppenheimer, *Castro's Final Hour*, Nueva York, Simon & Schuster, 1992.

el Banco Mundial tiene datos completos. Como muestra el Gráfico 1, su trayectoria de crecimiento ha seguido la tendencia general de las «economías de transición»: una profunda recesión a principios de la década de 1990, seguida de una recuperación que necesitó casi diez años para llevar la renta per cápita nacional a su nivel de 1990, logrando en 2013 un crecimiento aproximadamente un 40 por 100 superior al de ese año³.

GRÁFICO 1: PIB real por habitante: Cuba y las economías de transición, 1990-2013*.



* Índice 1990 = 100. Fuente: Los datos de las economías de transición (exmiembros del COMECON menos Vietnam y Mongolia) proceden del Banco Europeo para la Reconstrucción y el Desarrollo (BERD), «Transition Report» y Economist Intelligence Unit, «Country»; los datos sobre Cuba proceden de la Oficina Nacional de Estadística e Información (ONEI), Anuario Estadístico de Cuba, varios años.

No hay duda de que los cubanos han sufrido graves penurias desde 1990, pero en términos de los efectos sociales otros países anteriormente miembros del COMECON han pasado por situaciones peores. Como muestra el Gráfico 2, la tasa de mortalidad infantil en Cuba en 1990 era del 11 por 1.000, ya mucho mejor que la del COMECON; en 2000 bajaba al 6 por 1.000, una mejoría mucho más rápida que la de muchos países de Europa Central que habían sido acogidos por la Unión Europea. Actualmente la tasa es del 5 por 1.000, mejor que la de Estados Unidos según cálculos de Naciones Unidas, y muy por debajo de la media de América Latina. Los

³ Cuba se unió en 1970 al Consejo de Ayuda Mutua Económica, conocido como el CMEA o COMECON, después de que el embargo comercial estadounidense cortara el acceso a los mercados de ese país. En 1989 el resto de los miembros de pleno derecho eran la URSS, la RDA, Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Bulgaria, Rumanía, Mongolia y Vietnam. El término «economías de transición» incluye aquí a los Estados sucesores de los mismos, exceptuando a Mongolia y Vietnam, cuyas trayectorias han estado determinadas por su proximidad a la esfera económica de la República Popular China.

datos sobre la expectativa de vida, que se muestran en el Gráfico 3, ofrecen un panorama similar: en Cuba, durante la década de 1990, la expectativa de vida se elevó desde los 74 a los 78 años, a pesar de un ligero aumento de las tasas de mortalidad entre grupos vulnerables durante los años más difíciles⁴. En los demás países antiguos miembros del COMECON, el crecimiento de la pobreza contribuyó a un descenso medio desde los 69 a los 68 años durante esa misma década. Actualmente, Cuba tiene una de las expectativas de vida más elevadas del antiguo bloque soviético y una de las más altas de América Latina.

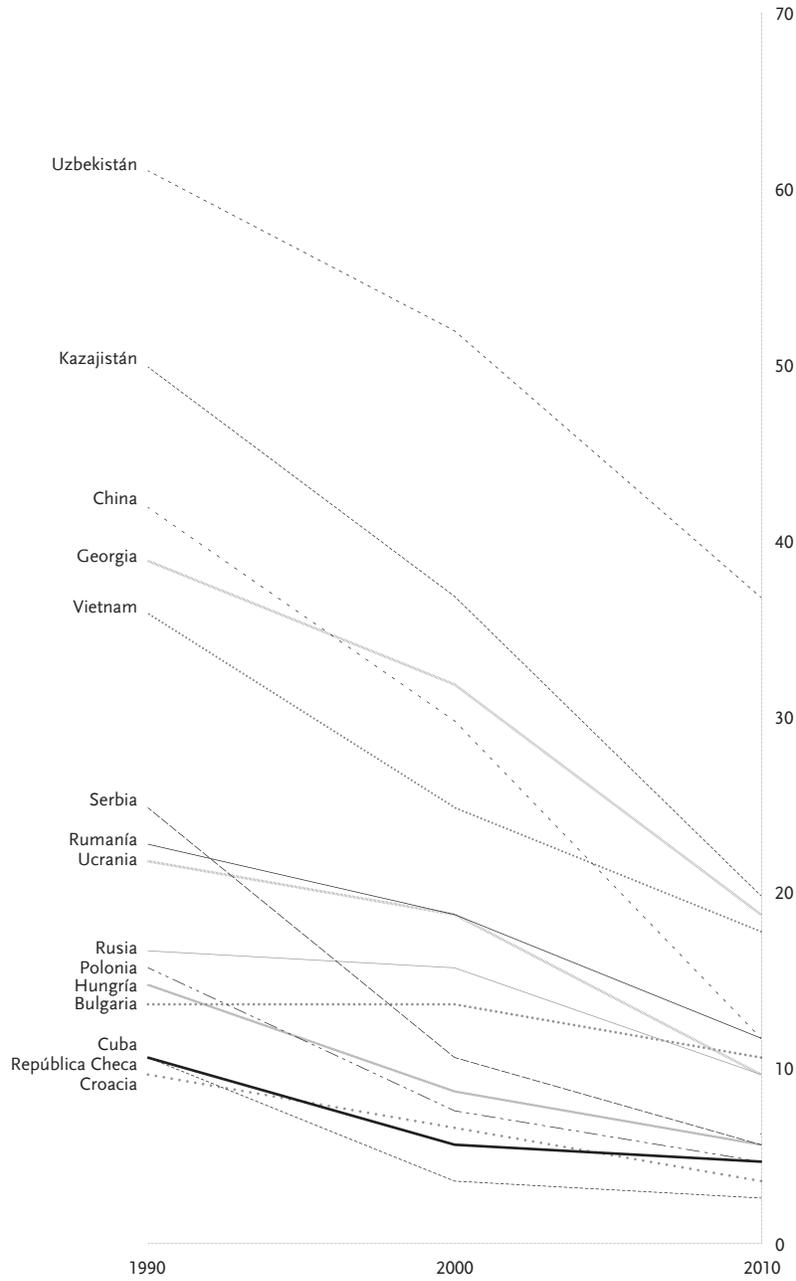
El juicio de Miami

Estos resultados han sido en gran medida ignorados por el análisis convencional que se realiza desde fuera de la isla, un campo ampliamente basado y financiado por Estados Unidos y abrumadoramente dominado por «cubanólogos» *émigrés*, como se han definido ellos mismos, profundamente hostiles al régimen cubano⁵. Las principales figuras desde la década de 1970 incluyen a Carmelo Mesa-Lago, de la Universidad de Pittsburgh, el «decano de los estudios sobre Cuba» y autor de más de treinta libros, y a su frecuente colaborador, Jorge Pérez-López, director de asuntos económicos internacionales del Departamento de Trabajo de Estados Unidos, un negociador clave del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), y desde hace mucho tiempo, presidente de la Association for the Study of the Cuban Economy (ASCE). La publicación anual de la ASCE, *Cuba en transición*, publicada desde Miami, ofrece una serie de proyectos para reestructurar la economía de la isla con criterios capitalistas. Como sugiere el nombre de su revista, los cubanólogos operan dentro de los presupuestos de la «teoría económica de la transición», que surgió como una rama de la economía del desarrollo a principios de la década de 1990 para gestionar la apertura al capital occidental de los antiguos países del COMECON. Este modelo, a su vez, se basaba en el marco del Consenso de Washington que había cristalizado en torno a las reformas neoliberales impuestas a los endeudados países de América Latina por el FMI

⁴ Véase Manuel Franco *et al.*, «Impact of Energy Intake, Physical Activity and Population-wide Weight Loss on Cardiovascular Disease and Diabetes Mortality in Cuba, 1980-2005», *American Journal of Epidemiology*, vol. 166, núm. 12, septiembre de 2007.

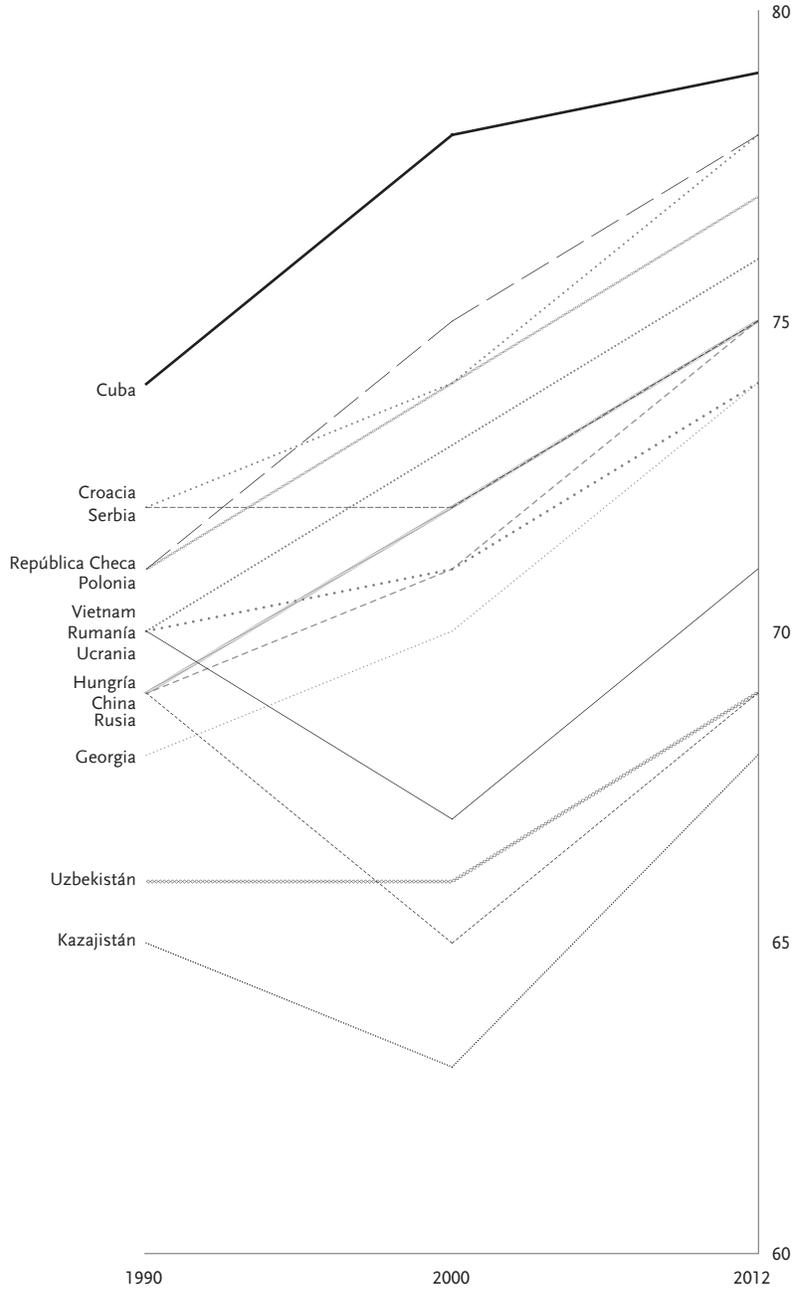
⁵ El término *cubanología* fue acuñado en 1970 por analogía con la *kremlinología* de la Guerra Fría: Helen Yaffe, *Che Guevara: The Economics of Revolution*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2009, p. 4. Yaffe detalla la investigación encargada por la Special Operations Research Office, la CIA, el Pentágono, la National Defence Education y la Fundación Nacional Cubano-Americana, el poderoso grupo de presión *émigré*.

GRÁFICO 2: *Tasas de mortalidad infantil, países seleccionados, 1990-2010.*



Fuente: Organización Mundial de la Salud

GRÁFICO 3: *Expectativa de vida, países seleccionados, 1990-2012*



Fuente: Organización Mundial de la Salud

y el Banco Mundial en la década de 1980⁶. Sus recetas políticas se centraban en la apertura de la economía a los flujos globales del capital, en la privatización de los activos estatales, en la desregulación de precios y salarios y en el drástico recorte del gasto social: el programa aplicado por los tecnócratas y consejeros del FMI, del Banco Mundial, del BERD, de la USAID y otras instituciones internacionales en Europa Central y del Este, así como en gran parte de la antigua Unión Soviética. Una de las figuras más destacadas en este campo fue János Kornai, con su obra declaradamente hayekiana, *The Road to a Free Economy* (1990); en pocos años se desarrolló una floreciente producción de obras sobre la «transición» que sostenía como axiomático que solamente había una ruta que seguir: pasar de la economía planificada socialista de Estado al capitalismo de libre mercado. La resistencia no era solamente inútil, sino costosa, porque las reformas parciales estaban «condenadas al fracaso»⁷. Cuando a partir de 1990 los «países en transición» se hundieron en la recesión, se echó la culpa de sus dificultades a la indecisión de sus elites políticas: la «velocidad» y la «escala» eran esenciales; era imperativo aprovecharse de la «extraordinaria situación política» del momento⁸.

A finales de la década de 1990 varios factores habían llevado a una modificación de la ortodoxia de la «transición». En primer lugar, la estabilización de regímenes pro occidentales en gran parte del antiguo bloque soviético amortiguó la sensación de urgencia política. En segundo lugar, el contraste entre la severa contracción de las economías privatizadas de los antiguos miembros del COMECON –y los decepcionantes resultados de los programas de ajuste estructural en América Latina y África– y el pujante crecimiento económico, dirigido por el Estado, en China y en los países recientemente industrializados del este de Asia, era demasiado evidente como para poder ignorarlo. El emergente Posconsenso de Washington puso más énfasis sobre las instituciones y la «buena gobernanza». Los economistas de la «transición» se quedaron retrasados respecto a los colegas desarrollistas en hacer este cambio, pero en los prolegómenos del nuevo milenio un influente texto reconocía la «aleccionadora» divergencia entre sus predicciones y los resultados reales; los estudios de la transición se lanzaron a desarrollar

⁶ Véase John Williamson, «What Washington Means by Policy Reform», en John Williamson (ed.), *Latin American Adjustment: How Much Has Happened?*, Washington DC, Institute for International Economics, 1990.

⁷ János Kornai, *The Road to a Free Economy*, Nueva York, W. W. Norton, 1990, p. 31.

⁸ Anders Åslund, «Principles of privatization for formerly socialist countries», Stockholm Institute of Soviet and East European Economics, Working Paper 18, 1991; Leszek Balcerowicz, «Common fallacies in the debate on the transition to a market economy», *Economic Policy*, vol. 9, núm. 19, diciembre de 1994.

su propio Posconsenso de Washington⁹. Pero aunque ahora se hacía menos énfasis en la velocidad de la reforma, el «progreso de la transición» seguía considerándose la principal explicación del éxito económico, mientras que los problemas se atribuían rutinariamente a una liberalización insuficiente.

La corriente principal de la cubanología se ha adherido mayoritariamente al modelo del Consenso de Washington. Ha culpado a las «características antimercado» de la política cubana de la profunda recesión de 1990-1993 y de las privaciones del periodo especial, mientras que otorgaba una importancia secundaria a los factores exógenos. En consonancia con la crítica de las reformas parciales, Mesa-Lago atacó las medidas tomadas en Cuba en 1994 considerándolas «tibias» y «mal concebidas»¹⁰. La habitual explicación de la política cubana es muy simple: se trata del resultado del «tenaz dogmatismo de su presidente», de su «aversión por las reformas pro mercado y de su voluntad por aplastar a los que se oponen a él y arrastrar a toda la nación a unirse a su posición». Unos cuantos analistas repartieron la culpa de manera un poco más amplia: Rubén Berrios fustiga a un liderazgo envejecido y a unos burócratas rígidos que se aferran a sus viejos hábitos: mientras que Mauricio de Miranda Parrondo constata la resistencia del conjunto del grupo dirigente¹¹. El fracaso a la hora de seguir un conjunto de políticas de «transición» ha dejado a la economía cubana en la bancarrota o, más recientemente, la ha hecho dependiente de Venezuela.

Perspectivas desde La Habana

El eje Pittsburgh-Miami tiende a ignorar dos importantes aspectos en los que la experiencia de los cubanos se ha diferenciado de la de las poblaciones de los antiguos miembros del COMECON de Europa Central. En primer lugar, el recuerdo de la extrema pobreza y privación asociada al sistema precomunista, junto a la relativa fuerza de los logros cubanos

⁹ Gérard Roland, *Transition and Economics: Politics, Markets and Firms*, Cambridge, MIT Press, 2000, p. 14.

¹⁰ «Características antimercado»: C. Mesa-Lago, «The Economic Effects on Cuba of the Downfall of Socialism in the USSR and Eastern Europe», en C. Mesa-Lago (ed.), *Cuba after the Cold War*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1993, p. 176; «mal concebidas»: C. Mesa-Lago, *Are Economic Reforms Propelling Cuba to the Market?*, Miami, University of Miami Press, 1994, pp. 70-71.

¹¹ C. Mesa-Lago, *Cuba after the Cold War*, cit., pp. 246-247; Rubén Berrios, «Cuba's Economic Restructuring, 1990-1995», *Communist Economies and Economic Transformation*, vol. 9, núm. 1, 1997, p. 117; Mauricio de Miranda Parrondo, «The Cuban Economy: Amid Economic Stagnation and Reversal of Reforms», Canadian Foundation for the Americas, Ontario, 2005.

en salud y educación antes de 1989 les han dejado con menos apetito por una reforma radical pro libre mercado. En segundo lugar, aunque el sentimiento nacionalista en Europa Central pudo abrazar la «transición» como una liberación del dominio ruso, en Cuba esta se percibe popularmente como una amenaza a la soberanía nacional proveniente de un depredador histórico: Estados Unidos. Esta es la perspectiva con la que trabajan los economistas y políticos cubanos¹². Los consejeros y los funcionarios no hablan en términos de «transición», sino de «ajuste» en respuesta a un cambio radical de las condiciones externas dentro de los parámetros que establece la ideología nacionalista y socialista. Esto supone un marco político más flexible que el rígido rechazo ideológicamente motivado de la reforma que describen los cubanólogos. Tanto los economistas como los responsables políticos expresaban estos parámetros en términos de principios, en vez de dogmas marxistas-leninistas o de «línea del partido». Estos principios invariablemente incluían la defensa de la soberanía nacional, la preservación de los logros de la revolución –las ganancias o logros en los campos de la salud, la educación, la igualdad social y el pleno empleo, a los que a menudo se denominan simplemente los logros– y el mantenimiento de la «ética revolucionaria», que ha supuesto una fuerte posición oficial contra la corrupción y la ostentación¹³. Estos principios imponen constricciones específicas sobre las opciones políticas.

Los debates internos sobre la política económica han permanecido mayoritariamente invisibles a los ojos de los observadores extranjeros, incluyendo a los cubanólogos establecidos en Estados Unidos. Ello se debe en parte al hermético proceso político cubano y al control estatal de los medios

¹² Lo que viene a continuación se basa en entrevistas realizadas a responsables del Departamento de Inversión Extranjera (Minvec), del Departamento de Turismo (Mintur), de la Cámara de Comercio, del Departamento de Industria, del Ministerio de Comercio Exterior y del Banco Central de Cuba, así como a profesores de la Universidad de La Habana y directivos de Tabagest y Cubaniquel, realizadas en una serie de viajes de investigación efectuados desde 1995.

¹³ Aunque sin duda el tráfico de influencias y el enriquecimiento ilícito existen en Cuba, es evidente que se realiza un continuo esfuerzo por mantener los estándares éticos no solo en las normas oficiales que regulan la conducta de funcionarios y miembros del partido –hay severos castigos para los que son condenados por corrupción–, sino también en el comportamiento y apariencia de la mayoría de los funcionarios. Un extenso estudio que pretendía demostrar el grado de corrupción en Cuba acabó llegando a la conclusión contraria y confirmando el alcance de los esfuerzos para contenerla: Sergio Díaz-Briquets y Jorge Pérez-López, *Corruption in Cuba: Castro and Beyond*, Austin, University of Texas Press, 2006. Cuba ocupa una posición relativamente buena en los índices de corrupción del Banco Mundial y de Transparency International.

de comunicación, que hace que muchos analistas extranjeros dependan de los rumores; gran parte de lo que llega a Estados Unidos procede de informes selectivos de grupos disidentes, financiados por organizaciones de la emigración o por programas estadounidenses, cuyo contenido sirve principalmente para confirmar las ideas preconcebidas del consenso. Los complejos procesos de discusión, de diseño de políticas y de adaptación, en los que no siempre prevalecen las preferencias de los dirigentes, han estado vedados para los que están fuera. Además de las constantes rondas de encuentros barriales, regionales y nacionales, estructuradas por el sistema del Poder Popular, ha habido continuos debates entre economistas que incorporan discusiones sobre las políticas aplicables.

Los investigadores del Centro de Estudios de la Economía Cubana (CEEC), del Centro de Investigaciones sobre la Economía Internacional (CIEI), del Centro de Investigaciones de la Economía Mundial (CIEM), del Instituto Nacional de Investigaciones Económicas (INIE), integrado en el Ministerio de Economía y Planificación, y hasta 1996, del Centro de Estudios de las Américas (CEA) han participado en seminarios periódicos con responsables políticos para identificar las debilidades del sistema existente y debatir remedios para ellas. Los grupos de trabajo creados por un programa de investigación de la Universidad de La Habana han examinado los diferentes modelos de socialismo y su aplicación a Cuba, los problemas sectoriales de la economía, las propuestas para reformar la gestión de las empresas, y las implicaciones, tanto políticas como filosóficas, del fin del bloque soviético. Sus resultados –publicados por el CIEM en *Economía Cubana: Boletín Informativo* y por el INIE en *Cuba: Investigación Económica* así como en otros lugares– tienden a adherirse a los estilos del discurso oficial, lo que puede oscurecer su importancia para los observadores del exterior. En ellos, perspectivas analíticas importantes pueden estar ocultas entre pesadas consideraciones históricas, citas de los discursos de los dirigentes y loas por los logros conseguidos hasta el momento. El vocabulario también es poco habitual, ya que, en vez de la jerga del FMI, los economistas cubanos hablan de «adaptación», «actualización», «utilización de los mecanismos del mercado», de «ajustes» de precios regulados, de medidas «descentralizadoras» y de los procesos económicos «emergentes». Visto desde el prisma de transición o fracaso de los cubanólogos, esto es lo mismo que decir que no hay ninguna clase de debate, lo cual confirma sus sospechas de que la política está totalmente determinada por los caprichos presidenciales¹⁴.

¹⁴ Por ejemplo, E. Cardoso y A. Helwege, *Cuba after Communism*, cit., pp. 44-46.

Desde luego, existe una variedad de análisis sobre la isla elaborados en el exterior que caen fuera de la corriente predominante y en los que cabe distinguir tres planteamientos. En primer lugar, los simpatizantes o apologistas, que contrarrestan la parcialidad negativa de la cubanología haciendo una interpretación altamente positiva de las realidades cubanas. Al igual que la posición de consenso, consideran que la elección versa entre el desafío o la transición hacia el capitalismo, pero ensalzan el primero y lamentan cualquier apertura hacia el mercado como una «rendición a lo inevitable»¹⁵. Un segundo grupo puede describirse como el de los amigos críticos: son más positivos en cuanto a los objetivos de los responsables cubanos y están más dispuestos a reconocer los problemas que afronta el país, pero, como los cubanólogos, vinculan el progreso de la «transición» con el comportamiento económico y sostienen que el culpable de los problemas cubanos es un insuficiente «cambio sistémico»¹⁶. Finalmente, un pequeño número de economistas han intentado analizar el desarrollo de Cuba en sus propios términos, sin presupuestos teleológicos, desde una perspectiva comparada. En base a estas investigaciones, José March-Poquet ha sugerido que la política económica cubana puede ofrecer una alternativa a la de los países en «transición», una alternativa que tiene una naturaleza evolutiva y experimental; Claes Brundenius, comparando sus fortalezas y debilidades con las de Vietnam y China, así como con las de los países de Europa Central y del Este, concluye diciendo que en principio puede producir una «economía de mercado con características cubanas»¹⁷.

Habida cuenta de la comparación implícita presente en los análisis de la corriente predominante entre el rumbo cubano y el de las economías en «transición», resulta destacable que sean relativamente

¹⁵ Richard Gott, *Cuba: A New History*, New Haven, Yale University Press, 2004, p. 325. Véase también, Isaac Saney, *Cuba: A Revolution in Motion*, Londres, Zed Books, 2004; Antonio Carmona Báez, *State Resistance to Globalization in Cuba*, Londres, Pluto Press, 2004.

¹⁶ Manuel Pastor y Andrew Zimbalist, «Waiting for Change: Adjustment and Reform in Cuba», *World Development*, vol. 23, núm. 5, 1995. Véase también, Jorge Domínguez y Daniel Erikson, «Cuba's Economic Future: A Dozen Comparative Lessons», en Shahid Javed Burki y Daniel Erikson (eds.), *Transforming Socialist Economies: Lessons for Cuba and Beyond*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2005; Susan Eckstein, *Back from the Future: Cuba under Castro*, New Brunswick, Transaction Publishers, 1994.

¹⁷ José March-Poquet, «What Type of Transition Is Cuba Undergoing?», *Post-Communist Economies*, vol. 12, núm. 1, 2000; Claes Brundenius, «Whither the Cuban Economy after Recovery?», *Journal of Latin American Studies*, vol. 34, núm. 2, mayo de 2002.

raros los auténticos estudios comparativos entre ambos. En parte, esto puede deberse al problema de la identificación de conjuntos de datos commensurables, pero también refleja una tendencia general entre los cubanólogos a centrarse exclusivamente en su isla nativa¹⁸. Al mismo tiempo, los economistas pertenecientes a la corriente dominante de la «transición», que sí utilizan ampliamente marcos comparativos, lo cual es uno de sus puntos fuertes, tienden a concentrarse en Europa Central y del Este, en la antigua Unión Soviética o en los contrastes existentes entre Rusia y China, ignorando la luz que pueda arrojar sobre ellos el diferente rumbo cubano. Por ello, en el resto de este artículo se ofrecerá una narrativa analítica que traza la evolución de la política de ajuste cubana –desde su gestión inicial de la crisis a la estabilización, la restructuración y la última ronda de reformas impulsada por Raúl Castro– en el marco de una perspectiva comparada¹⁹. Su objetivo es no solo resaltar los problemas de las interpretaciones existentes, sino contribuir a una discusión más fructífera de la senda cubana y, más en general, reabrir la cuestión de las estrategias alternativas de desarrollo para los países pequeños en un mundo globalizado.

I. GESTIONAR LA CRISIS

Entre todos los países del bloque soviético, Cuba quedó en una posición especialmente vulnerable ante el colapso de la URSS. El embargo estadounidense, impuesto por Kennedy en 1962 después de que el año anterior fracasara la invasión militar respaldada por la CIA, cortó las relaciones con su histórico socio comercial y prácticamente obligó a Cuba a entrar en relaciones con el COMECON. Durante las décadas de 1970 y 1980, el comercio y la financiación cubana se volvieron cada vez más

¹⁸ La excepción es una superficial comparación entre Cuba y las economías en transición realizada por C. Mesa-Lago y J. Pérez-López, *Cuba's Aborted Reform: Socioeconomic Effects, International Comparisons, and Transition Policies*, Gainesville, Florida University Press, 2005, pp. 158-164. Sus datos confirman que la tendencia del PIB cubano ha estado cerca de la media de las economías en transición, pero el análisis revela sus intenciones, ya que se centra solamente en las debilidades cubanas en relación con los actores más fuertes, mientras que niega la posibilidad de que la política cubana haya resultado de alguna manera beneficiosa para el crecimiento.

¹⁹ Un enfoque «analítico descriptivo», que demuestra la variedad de posibles sendas de transformación, examinando cómo las condiciones específicas han determinado los resultados de la política en cada caso, fue realizado por Dani Rodrik y otros autores, especialmente Yingyi Qian, «How Reform Worked in China», en D. Rodrik (ed.), *In Search of Prosperity: Analytic Narratives on Economic Growth*, Princeton, Princeton University Press, 2003.

dependientes de la URSS. La economía dependía extremadamente de las exportaciones de azúcar, por las que Cuba recibía un precio preferencial de 0,93 dólares por kilo comparado con el precio del mercado mundial de 0,2. Las importaciones alcanzaban el 40 por 100 del PIB e incluían el 50 por 100 de los suministros de alimentos de la isla, el 90 por 100 de su petróleo y de los insumos esenciales para la agricultura y la industria; el déficit comercial de 3 millardos de dólares era financiado por la Unión Soviética en condiciones muy generosas. Tras los intentos de reconstruir los acuerdos del COMECON en un comercio basado en divisas fuertes realizados en enero de 1990, los acuerdos bilaterales con la URSS se rompieron por completo en 1991²⁰. Los alimentos, el petróleo y los insumos dejaron de llegar. La magnitud de este choque exógeno resulta evidente de los datos comparativos sobre ingresos por exportaciones, crédito externo y capacidad importadora.

En el caso cubano, los ingresos por exportaciones se vieron drásticamente recortados debido a su dependencia de las primas al precio del azúcar y de las oportunidades excepcionalmente escasas de diversificarlas a otros socios comerciales. En la mayoría de los países del antiguo COMECON, en 1993 los ingresos por exportaciones habían recuperado su nivel de 1990; en el caso de Cuba habían caído el 79 por 100, de 5,4 a 1,2 millardos de dólares. La Habana también sufrió las peores consecuencias en términos de financiación externa. La severidad del choque se vio agravada por la repentina pérdida del crédito exterior y la falta de nuevas fuentes de financiación. Mientras que los países en «transición» disfrutaron del apoyo del FMI, del Banco Mundial y del BERD para facilitar su ajuste tras la desaparición del COMECON, las sanciones de Estados Unidos privaron a Cuba de esa ayuda. Los préstamos netos oficiales a las economías en «transición» durante el periodo 1991-1996 ascendieron a ciento doce dólares per cápita, mientras que para Cuba la cifra se redujo a veintiséis²¹. Las amenazas de sanciones de la Office of Foreign Assets Control (OFAC) a las instituciones financieras de terceros países que establecieran acuerdos con La Habana hicieron que el acceso de Cuba al crédito comercial durante la crisis fuera también extremadamente limitado.

El resultado del colapso de los ingresos por exportaciones y del crédito externo fue una profunda contracción de la capacidad cubana de

²⁰ Véase el informe de José Luis Rodríguez García, «La economía de Cuba ante la cambiante coyuntura internacional», *Economía Cubana*, vol. 1, núms. 1 y 2, 1991 y 1992.

²¹ OCDE, *Geographical Distribution of Financial Flows to Developing Countries*, 1998.

importación sin paragon con la sufrida por cualquier otro país del antiguo COMECON. Según datos del BERD, entre 1990 y 1993 un descenso del 70 por 100 del gasto en importaciones redujo drásticamente el ratio importaciones/PIB desde alrededor del 40 por 100, una de las más altas del grupo, al 15 por 100, una de las más bajas. Cuba disponía ahora de menos dinero para afrontar sus necesidades importadoras totales del que había gastado solamente en petróleo y alimentos en 1990. Al mismo tiempo, los intentos cubanos por restaurar los ingresos de divisas se vieron obstaculizados por las sanciones de Estados Unidos que bloquearon el acceso no solo a los mercados estadounidenses, sino también a los préstamos o a la ayuda al desarrollo de la mayoría de las instituciones multilaterales, al mismo tiempo que hacían que la financiación comercial fuera cara y difícil de conseguir. Como consecuencia, Cuba afrontó restricciones de divisas más severas que cualquier antiguo miembro del COMECON, lo cual limitó la inversión y el crecimiento y dejó a la economía en una situación extremadamente vulnerable frente a los cambios en los términos de intercambio o producidas por las fluctuaciones de las cosechas.

Medidas de emergencia

Las afirmaciones de los cubanólogos de que las características endógenas eran las responsables de la severidad de la contracción del periodo 1990-1993 ignoran el impacto extraordinariamente grave del colapso del COMECON. Admitiendo solamente una elección entre transición o rigidez, han caracterizado la política gubernamental a partir de 1990 como una simple prolongación de su estrategia de rectificación «antimercado» de 1986, consistente en una serie de medidas adoptadas para afrontar la desaceleración que afectó a todos los países del COMECON durante la década de 1980 y que incluían una campaña anticorrupción, restricciones a los mercados agrícolas e inversión en turismo y en empresas conjuntas. La Habana fue acusada de fracasar a la hora de «tomar medidas para afrontar la profunda crisis económica»²². Pero frente al impacto externo de los acontecimientos de 1990-1991, el Gobierno cubano no se quedó cruzado de brazos. Rápidamente, se tomaron medidas de emergencia para dirigir unos recursos en rápida disminución hacia las prioridades

²² Sobre la estrategia poscrisis como *rectificación*, véanse las contribuciones de C. Mesa-Lago, Svejnar y J. Pérez-López en C. Mesa-Lago (ed.), *Cuba after the Cold War*, cit.; J. Pérez-López, «Castro Tries Survival Strategy», *Transition*, Banco Mundial, 1995. Sobre el fracaso para afrontar la crisis, Marifeli Pérez-Stable, *The Cuban Revolution: Origins, Course and Legacy*, Oxford, Oxford University Press, 1999, p. 176.

económicas y sociales. En realidad, la severidad de la conmoción hacía imposible la continuidad: la falta de insumos hizo que el plan económico dejara de funcionar. Sin embargo, en vez de embarcarse en un proceso de liberalización y privatización, como sus anteriores socios del COMECON, el enfoque cubano conservó y se basó en los activos institucionales existentes. Estos incluían no solo las políticas sociales del Estado, los controles de precios, el monopolio del intercambio internacional y la propiedad nacional de los medios de producción, sino también la capacidad para organizar una respuesta colectiva, dirigida por el Estado, que se beneficiaba de una larga tradición de galvanizar el apoyo voluntario por medio de movilizaciones de masas y de un proceso político que podía recurrir a mecanismos de participación y debate públicos.

Los observadores del exterior consideraron un eufemismo la caracterización que hacía Fidel Castro de los años de crisis como un periodo especial en tiempos de paz, pero dentro de Cuba se entendió inmediatamente como una referencia a los procedimientos de defensa civil establecidos en caso de desastres naturales o de un ataque de Estados Unidos. El Ejercicio de Defensa Económica de 1990 —en el que la electricidad y los suministros de agua se cortaron durante breves periodos para ensayar medidas colectivas de emergencia que implicaban a fábricas, oficinas, hogares, escuelas y hospitales— utilizó métodos de organización colectiva y de coordinación de múltiples departamentos, similares a los de las alertas por huracanes o los ejercicios militares de defensa. La misma clase de movilización fue evidente en el Programa de Alimentos de principios de 1991, donde se hizo un llamamiento para que los agricultores y los habitantes urbanos contribuyeran a la producción de alimentos; en el Foro sobre Piezas de Recambio de diciembre de 1991, en el que se debatieron ideas para reciclar maquinaria y sustituir importaciones; y en el Plan Energético de enero de 1992 en el que los hogares, las empresas y las autoridades locales identificaron maneras de reducir el consumo de combustible.

Los esfuerzos de Cuba por mantener el empleo y los servicios sociales durante la crisis y por asegurar que se satisficieran las necesidades básicas representaban de nuevo un marcado contraste con los países en «transición», donde el desempleo oficial se había disparado hasta una media del 20 por 100 a principios de la década de 1990²³. En Cuba, donde el 98 por

²³ Nauro Campos y Fabrizio Coricelli, «Growth in Transition: What We Know, What We Don't and What We Should», *Journal of Economic Literature*, vol. 40, núm. 3, septiembre de 2002, gráfico 6.

100 de la mano de obra oficial estaba empleada por el Estado, el número total de empleos creció realmente en 40.000 puestos de trabajo entre 1990 y 1993 y la tasa de desempleo oficial pasó del 5,4 al 4,3 por 100²⁴, aunque la economía se había contraído en un tercio, se abandonaban proyectos de inversión, se recortaban las asignaciones de combustible, se reducían el transporte público y la semana laboral (de 5,5 a 5 días) y las fábricas cerraban o reducían drásticamente sus horas de funcionamiento. Un decreto del Ministerio de Trabajo y de la Seguridad Social de abril de 1991 garantizó formalmente la seguridad en el empleo, estipulando que los trabajadores despedidos debido a la falta de insumos seguirían en nómina recibiendo dos tercios de su salario hasta que fueran redistribuidos. La responsabilidad del Estado para garantizar las necesidades básicas significaba que el coste adicional de mantener a los trabajadores empleados de esta manera, en vez de acogerlos a los subsidios de desempleo, fuera relativamente bajo.

A principios de la década de 1990, la seguridad alimentaria básica se mantuvo en condiciones de extrema escasez. El acopio, el órgano de distribución del Estado, adquiría los alimentos en almacenes de productos importados y en las explotaciones agrícolas cubanas, y canalizaba los suministros a través del sistema de racionamiento y de otras redes, como las vías sociales, que suministraban comidas gratuitas o subvencionadas en centros de trabajo, escuelas y centros de asistencia sanitaria. Gracias a los precios establecidos del sistema de racionamiento, el coste per cápita de satisfacer las necesidades alimenticias básicas, alrededor de 40 pesos mensuales, se mantuvo por debajo del subsidio mínimo de la seguridad social de 85 pesos mensuales²⁵. Al comienzo de la crisis, se cerraron las tiendas administradas por el Estado que habían vendido alimentos más allá del racionamiento –por la libre– a precios más cercanos a los de mercado²⁶. El Programa de Alimentos fomentó el autoaprovisionamiento local y la experimentación a pequeña escala, incluyendo la utilización de la tracción animal, los fertilizantes orgánicos, el control biológico de las plagas y el cultivo de tierras abandonadas²⁷.

²⁴ *Economía Cubana: Boletín Informativo*, vol. I, núm. 2, p. 21 y vol. I, núm. 7, p. 22, 1992.

²⁵ José Álvarez, «Overview of Cuba's Food Rationing System», Gainesville, University of Florida Press, 2004, p. 4.

²⁶ Paul Collins, «Cuba's Food Distribution System», en Sandor Halebsky *et al.*, *Cuba in Transition: Crisis and Transformation*, Boulder, Westview Press, 1992.

²⁷ Julia Wright, *Sustainable Agriculture and Food Security in an Era of Oil Scarcity: Lessons from Cuba*, Londres, Earthscan Publications, 2008.

Descentralización y debate

El discurso de los cubanólogos sobre una rigidez política y un control firmemente centralizado guarda poca relación con las maneras en que el Estado cubano se adaptó al cambio de circunstancias incluso durante los peores momentos de la crisis. La descentralización de la toma de decisiones y su traslado al ámbito local empezó dentro de la amplia asistencia social cuando los suministros de alimentos para el sistema de racionamiento y otras vías sociales se volvieron menos fiables²⁸. La protección social pasó a depender de una serie de agencias locales del Estado, incluyendo el Sistema de Vigilancia Alimentaria y Nutricional (SISVAN) –que supervisaba los niveles de nutrición, asignaba raciones suplementarias y mantenía redes de apoyo para madres con niños pequeños con el respaldo de UNICEF– y de profesionales de la salud que estaban familiarizados con la gente más vulnerable de sus comunidades. Como parte de este proceso, la red de Consejos Populares, creada en 1991, contribuyó a la identificación de hogares «en riesgo» y a la administración de programas de ayuda²⁹. Esta adaptación y descentralización de los organismos encargados de las políticas sociales fue acompañada por una relajación más general del control central de la economía. La falta de suministros hizo que los gestores de las empresas tuvieran que encontrar soluciones locales para los problemas; mientras tanto, el Ministerio de Comercio Exterior, que anteriormente tenía el monopolio prácticamente total, cedió el derecho a obtener insumos y a conseguir mercados a cientos de empresas³⁰.

Un discurso que desestima a Cuba como la única «no democracia» de las Américas no tiene espacio para examinar la variedad de organizaciones de masas que se esfuerzan por crear un sistema «participativo»; pero la historia del periodo posterior a 1990 no puede entenderse sin hacer referencia a esos procesos. En momentos críticos se han lanzado debates nacionales que implicaban asambleas por toda la isla, abiertas a todos, otra diferencia

²⁸ Los esfuerzos por mantener la nutrición básica los describe Angela Ferriol Muruaga en «La seguridad alimentaria en Cuba», *Economía Cubana: Boletín Informativo*, vol. 2, núm. 3, 1996; «Pobreza en condiciones de reforma económica: el reto a la equidad en Cuba», *Cuba: Investigación Económica*, vol. 4, núm. 1, INIE, 1998; «Política social cubana: situación y transformaciones», *Temas*, 1998; y «Retos de la política social», *Cuba: Investigación Económica*, vol. 11, núm. 2, 2005.

²⁹ Antoni Kapcia, *Cuba in Revolution: A History Since the Fifties*, Londres, Reaktion Books, 2008, p. 165. Kapcia describe la creación de los Consejos Populares como «un nuevo nivel de representación política a escala barrial».

³⁰ Elena Álvarez, «Características de la Apertura Externa Cubana (I)», *Economía Cubana: Boletín Informativo*, vol. 1, núm. 26, 1996.

con los países del COMECON de Europa del Este. En 1990, cuando la crisis todavía estaba desplegándose, ya habían comenzado los preparativos del Cuarto Congreso del Partido Comunista de Cuba, que se iba a celebrar en octubre de 1991. Cuando los problemas económicos se agudizaron, el alcance y el nivel de las discusiones previas se ampliaron; se celebraron miles de reuniones, no solo en las secciones del PCC, sino también en asambleas en los centros de trabajo y en las organizaciones de masas.

El Congreso, celebrado tres meses después de la disolución final del COMECON, elaboró una resolución de dieciocho puntos sobre la economía que constituyó la primera declaración formal integral del nuevo marco político de Cuba³¹. A diferencia de los programas de transición elaborados para otros antiguos miembros del COMECON con ayuda de consejeros occidentales, la resolución del PCC no era un proyecto para la liberalización, sino una lista de principios y objetivos generales; no se anunciaron medidas específicas ni ningún calendario u orden de prioridades, pero la caracterización de los cubanólogos del texto del PCC como simplemente un documento «antimercado» es errónea. La resolución reiteraba un compromiso con los principios centrales de soberanía y protección social y conservaba un marco general de propiedad estatal; pero, más allá de esto, incluía una mezcla de enfoques liberalizadores y de dirección del Estado. Algunas cuestiones —«desarrollo del turismo», «promoción de las exportaciones», «minimización de las importaciones», «búsqueda de nuevas formas de inversión extranjera», «control del gasto del Estado y la oferta monetaria»— sugerían una liberalización parcial en respuesta a la nueva situación internacional, mientras que otras —«continuación del programa de alimentos», «prioridad concedida a la sanidad, la educación y el trabajo científico», «centralización de la planificación en beneficio público», «protección de los logros de la revolución»— indicaban la continuidad del papel del Estado. Una reforma constitucional efectuada al año siguiente confirmó el conjunto de prioridades sociales, políticas y económicas, mientras continuaba con las vaguedades en cuanto a los detalles de las políticas concretas. Ambos documentos revelan una aproximación flexible y heterodoxa a la política económica a través de un complejo proceso de elaboración de la misma que, aunque estuvo cuidadosamente documentado por al menos un investigador estadounidense del momento, fue en gran medida ignorado en los análisis sobre la isla realizados en el exterior³².

³¹ PCC, *IV Congreso del Partido Comunista de Cuba: Discursos y Documentos*, La Habana, 1992.

³² El informe se encuentra en Gail Reed, *Island in the Storm: The Cuban Communist Party's Fourth Congress*, Melbourne y Nueva York, 1992.

2. DESEQUILIBRIOS Y ESTABILIZACIÓN

Tanto las fortalezas como las debilidades de la inicial respuesta política cubana a la crisis son evidentes en las cuentas públicas. A diferencia de la marcada contracción del gasto público en los países en transición³³, en Cuba se permitió que el gasto global aumentara ligeramente, desde 14,2 millardos de pesos en 1990 a una media de 14,5 millardos para el periodo 1991-1993. Las prioridades del Gobierno se mostraron en el aumento del gasto en sanidad (19 por 100) y de los subsidios (80 por 100), que provocaron un aumento del 40 por 100 del personal sanitario y el mantenimiento de la distribución subvencionada de alimentos. Estos aumentos solamente se vieron parcialmente compensados por fuertes recortes en defensa, una disminución del 43 por 100 entre 1989 y 1993, y en la inversión, que se redujo más de la mitad. La disminución del PIB y de los ingresos públicos produjo un aumento del déficit fiscal, que pasó del 10 al 34 por 100 por 100 del PIB entre 1990 y 1993. Claramente, el equilibrio macroeconómico no era una prioridad durante la emergencia inicial. Los beneficios del gasto público financiados por el déficit estaban claros: mitigar la contracción y minimizar los costes sociales del choque externo. Sin embargo, la política produjo una acumulación de problemas a largo plazo: en ausencia de financiación externa o de cualquier mercado financiero interno, el déficit fue completamente monetizado, provocando un fuerte descenso del valor del dinero; el cambio en el mercado negro pasó de 7 pesos por dólar en 1990 a más de 100 pesos por dólar en 1993.

Este grado de depreciación de la moneda no fue excepcional entre los antiguos miembros del COMECON, pero en el caso cubano, debido a que la inflación estuvo reprimida por los controles públicos, produjo un singular modelo de cambios en los precios e ingresos relativos. En los demás países del antiguo COMECON, la liberalización de salarios, precios y tipos de cambio desató espirales de depreciación-inflación-descapitalización que provocaron un fuerte descenso de los salarios reales, especialmente de los más bajos, de manera que la desigualdad de los salarios reales aumentó rápidamente³⁴. En Cuba, la caída del valor del peso fue limitada a los precios y a los tipos de cambio en la economía informal; dentro de la

³³ N. Campos y F. Corricelli, «Growth in Transition: What We Know», cit., gráfico 10.

³⁴ Joseph Stiglitz, *Globalization and Its Discontents*, Londres, 2002, pp. 133-165 [ed. cast. *El malestar de la civilización*, Barcelona, Taurus, 2002]; véase también Branko Milanovic, «Income, Inequality and Poverty during the Transition from Planned to Market Economy», *World Bank Regional and Sectoral Studies*, Washington DC, 1998.

economía formal, controlada por el Estado, la desigualdad de los salarios reales de hecho disminuyó porque quienes se encontraban en el extremo superior de la escala, y que podían permitirse productos importados y del mercado negro, se encontraron con fuertes aumentos de precios, mientras que quienes percibían salarios más bajos o se acogían a los subsidios del Estado y solo podían permitirse los bienes básicos con precios establecidos, inicialmente el coste de la vida permaneció relativamente estable.

Sin embargo, la depreciación del peso creó un creciente abismo entre quienes tenían acceso a divisas fuertes y los que dependían de ingresos en pesos. Los trabajadores del sector público percibieron cada vez con mayor claridad la disparidad existente entre sus ingresos reales y los de la gente que funcionaba en el mercado negro de la economía informal, lo que significaba que los incentivos materiales iban en dirección opuesta a los morales. El colapso del valor del peso en relación al dólar también era un símbolo de la erosión de la autoestima nacional; los que dependían de salarios en pesos se empobrecían lentamente en relación no solo a la gente de fuera –los gusanos que habían emigrado a Estados Unidos y el nuevo flujo de turistas–, sino también a los ladrones y jineteros del interior. También existía un creciente abismo entre la heroica retórica oficial de unidad y de penurias compartidas y la realidad diaria de pobreza y desigualdad, ya que, como dice el refrán, «del dicho al hecho hay un gran trecho». Lo más corrosivo para el discurso de la ética revolucionaria era la realidad de que muchos de los que inicialmente se habían negado a participar en las actividades del mercado negro, o incluso a comprar en el mercado informal, ahora se veían obligados a hacerlo. Su reluciente participación, reflejada en un vocabulario exculpatorio, marcó una involuntaria aceptación de que la necesidad de resolver o sobrevivir invalidaba cualquier otra consideración³⁵. Con el tiempo, este doble sistema debilitó los incentivos del trabajo y la solidaridad social y aumentó las presiones hacia el trapicheo, el absentismo y la corrupción, que eran un sumidero de recursos para la economía formal.

En 1993-1994 había urgentes imperativos sociales, económicos y políticos para una actuación que restaurara la estabilidad monetaria: los suministros de alimentos alcanzaron su momento más precario; la desesperación condujo a la «crisis de los balseros» y a disturbios en La Habana, el habanazo. Sin embargo, a diferencia de otros antiguos

³⁵ Marisa Wilson, «No Tenemos Viandas! Cultural Ideas of Scarcity and Need», *International Journal of Cuban Studies* vol. 3, junio de 2009.

miembros del COMECON, pero en consonancia con el objetivo de intentar salvaguardar los logros, el Gobierno se negó a adoptar una terapia de choque con un paquete de medidas estabilizadoras. Los cubanólogos culpabilizaron de la caída del peso a esa «obstinación» y acusaron al Gobierno de negarse a reconocer los problemas. Pero aunque el discurso oficial cubano continuó refiriéndose al declive del poder adquisitivo no como inflación, que sugeriría una permanente pérdida de capacidad adquisitiva, sino como «escaseces», el Gobierno no negó los problemas existentes. Las graves dificultades de 1993 afectaron a la totalidad de los funcionarios públicos, aparte de la pequeña minoría que recibía remesas del exterior, lo cual hizo que apenas fuera necesario detallar los problemas, mientras los consejeros económicos estaban atareados lidiando con los retos de las distintas políticas aplicables³⁶. Entre 1993 y 1994 se introdujo una serie de reformas, pero como eran muy diferentes de las prescripciones del Consenso de Washington para alcanzar la estabilización, los cubanólogos las desecharon como inadecuadas. Sin embargo, tuvieron éxito en producir un notable cambio.

Regreso del dólar

Las nuevas medidas no fueron presentadas como reformas estabilizadoras, ni principalmente dirigidas a atajar la depreciación de la moneda. Pretendían incorporar las actividades del mercado negro al sector formal y, de este modo, estimular la actividad económica y disminuir el déficit fiscal mediante un aumento de los ingresos. La primera medida, de julio de 1993, fue la eliminación de la prohibición de poseer dólares. A partir de ese momento, los dólares podían ser cambiados para transacciones personales por pesos cubanos (CUP) y a la inversa. Hasta entonces, el peso cubano había sido la única moneda que circulaba en la economía oficial, aparte de un pequeño número de tiendas de propiedad estatal, conocidas como las diplotiendas, que abastecían principalmente a diplomáticos, estudiantes extranjeros y a los pocos cubanos, principalmente músicos y deportistas, que habían ganado dinero en el extranjero.

Pero ahora un creciente número de cubanos estaba recibiendo remesas en dólares de familiares en el exterior u obteniendo divisas fuertes, informal o ilegalmente, en el sector turístico. Se suponía que tenían que

³⁶ Las primeras ediciones de la década de 1990 de *Economía Cubana: Boletín Informativo* recogen el cambio de preocupaciones y de respuestas.

cambarlos al tipo de cambio oficial de 1 peso por dólar, pero ya que el peso se había depreciado tanto, la mayoría los utilizaba para comprar en las diplotiendas por medio de intermediarios o los cambiaba en el mercado negro. El aumento del desequilibrio monetario hacía que la prohibición de utilizar dólares fuera inviable: suponía hacer perder el tiempo a la policía, estimular la pequeña corrupción y crear frustraciones entre el creciente número de cubanos que tenían que quebrantar la ley para gastar sus divisas. Por medio de la legalización, y con el cambio de divisas posteriormente facilitado por la creación de un peso convertible (CUC, valorado a la par con el dólar) y el establecimiento en 1995 de unas Casas de Cambio administradas por el Estado (las CADECAS), el Gobierno fomentó las remesas del exterior como una nueva fuente para la desesperada necesidad de divisas. La iniciativa también impulsó los ingresos fiscales mediante la introducción de impuestos sobre las ventas en las tiendas que operaban con dólares y redujo la erosión de la autoridad del Estado provocada por sus esfuerzos cada vez más inútiles por impedir que los cubanos utilizaran sus dólares.

La reforma quedó lejos de la liberalización de los mercados monetarios implementada bajo tutela occidental en el resto de los antiguos miembros del COMECON, ya que se aplicaba solamente a transacciones personales dentro de la economía doméstica; todas las demás operaciones de divisas siguieron bajo el control del Estado. Pero a pesar de sus limitaciones de alcance y de funciones, provocó la incorporación del sistema de doble moneda a la economía formal: la dicotomía no era ya entre el mercado negro y el sector legal, sino entre el sector de las transacciones personales —donde los dólares circulaban y podían ser cambiados en las CADECAS al tipo «no oficial» del mercado, que en aquel momento era de 100 pesos por dólar— y el sector estatal, que utilizaba el tipo de cambio «oficial» de la paridad peso/dólar.

Al sacar a la luz la dicotomía del sistema dual de moneda, las CADECAS también cambiaron la manera en que los cubanos entendían el descenso de los ingresos reales, ya que la disminución del valor del peso no se podía seguir negando. La falta de poder adquisitivo ahora era oficialmente cuantificable como una cuestión de pobreza más que de escasez, y la brecha entre la minoría que tenía acceso a divisas y quienes no lo tenían se convirtió en un problema de desigualdad en vez de ilegalidad. Al mismo tiempo, la tarea de restaurar los ingresos reales y los niveles de vida empezó a verse desde una perspectiva diferente: ahora el ajuste

implicaba la necesidad de restaurar el valor de mercado del peso cubano, lo que significaba que el desequilibrio monetario tenía que controlarse recortando el déficit fiscal y que el suministro de bienes disponibles para la compra en pesos, especialmente alimentos, tenía que aumentar.

La segunda medida, introducida en septiembre de 1993, amplió el alcance del autoempleo bajo el Decreto-Ley 141. El abanico de actividades por cuenta propia se amplió de 41 a 158, provocando un incremento de las personas registradas como autoempleadas desde alrededor de 15.000 a finales de 1992 a más de 150.000 en 1999, iniciativa saludada por los cubanólogos como una medida liberalizadora, pero criticada por su limitado alcance. Los autoempleados todavía representaban solamente el 5 por 100 de la mano de obra, las licencias duraban solamente dos años y tenían que obtenerse solicitándolas a la oficina local del Ministerio de Trabajo y la gama de actividades aprobadas se limitaba principalmente a servicios personales. Sin embargo, la reforma abrió nuevos horizontes al establecer un sistema fiscal para estos negocios, con una estructura inicialmente rudimentaria –y a menudo regresiva– de tarifas planas que posteriormente fue mejorada, a medida que creció la capacidad de información y recaudación.

Consulta

Aunque la despenalización del dólar y la apertura del autoempleo se aprobaron por decreto, el régimen actuó más cautelosamente sobre el tema del ajuste fiscal, cuya necesidad se reconocía en la Asamblea Nacional en diciembre de 1993. En vez de imponer un paquete de medidas de austeridad por medio del recorte del gasto, el Gobierno una vez más lanzó un debate nacional y estableció un nuevo proceso de consulta, los Parlamentos Obreros, para debatir los cambios. Estos foros se reunieron en los meses posteriores para considerar las propuestas de recortes; el paquete final no fue aprobado hasta que finalizaron sus deliberaciones en mayo de 1994. La demora era incomprensible para los supuestos consejeros económicos externos, que resaltaban la urgente necesidad de estabilización, pero, sin embargo, el proceso de consulta fue importante para el éxito del ajuste. Ciertamente, tenía sus defectos, pero no se trató simplemente de dar por buenas unas medidas que ya se hubieran decidido; algunos de los recortes propuestos fueron abandonados a la vista de las objeciones que suscitaban.

Aunque el impuesto sobre la renta se aceptó en principio, fue rechazado para los empleados públicos; y si bien se acordaron notables aumentos del precio del tabaco, del alcohol, de la gasolina, la electricidad y algunas formas de transporte³⁷, los precios de los productos básicos siguieron establecidos muy por debajo de su coste sin tener en cuenta las implicaciones fiscales. También se confirmó que si había que eliminar empleos, el proceso tenía que ser gradual de manera que diera a los trabajadores redundantes la oportunidad de reubicarse. La participación de los trabajadores en la elaboración de las medidas de estabilización significó que, aunque la seguridad en el empleo se debilitó, se mantuvo intacto el compromiso de impedir un desempleo masivo. La súbita reapertura de los mercados agrícolas –los agromercados–, anunciada en septiembre de 1994, después del habanazo, también contribuyó a la estabilización aunque no fuera su principal objetivo. Los detalles de las discusiones entre los dirigentes del Gobierno no se han hecho públicos, pero de forma general se considera que la decisión se topó con la oposición de Fidel Castro, que consideraba que los agromercados eran un «medio cultural para una multitud de males y deformaciones», y fue apoyada por Raúl y la Asociación Nacional de Agricultores Pequeños (ANAP) sobre la base que podía contribuir a aumentar el suministro de alimentos³⁸. De nuevo, los observadores en Pittsburgh y Miami consideraron que la reforma no era adecuada, ya que representaba solamente una liberalización parcial del mercado de los productos agrícolas: el Estado continuaba teniendo un importante papel en la distribución de los alimentos para garantizar universalmente las necesidades básicas. El sistema de racionamiento seguía en pie y los agricultores todavía estaban obligados a suministrar cuotas para el acopio y solamente sus excedentes podían llegar al mercado; además, los nuevos puntos de venta estaban rígidamente regulados, inspeccionados y fiscalizados. Oficialmente, los precios estaban determinados libremente por la oferta y la demanda, pero, no obstante, el Gobierno intentó controlarlos imponiendo restricciones a la flexibilidad de los mismos y rebajándolos en los puntos de venta del Estado.

³⁷ George Carriazo, «Cuba: Apertura y adaptación a una nueva realidad», *Economía Cubana: Boletín Informativo*, vol. 15, mayo de 1994.

³⁸ Fidel Castro, *Por el camino correcto. Recopilación de textos*, La Habana, 1986, citado en S. Díaz-Briquets y J. Pérez-López, *Corruption in Cuba*, cit., p. 164. Una propuesta para reabrir los mercados agrícolas, cerrados en 1986 con el programa de *rectificación*, fue rechazada en 1991 en el Congreso del PCC; todavía en diciembre de 1993, la Asamblea Nacional había desestimado otro llamamiento en favor de su reintroducción y por ello el tema había quedado fuera del orden del día de los Parlamentos Obreros de enero-mayo de 1994.

En conjunto, estas cuatro políticas produjeron una sustancial estabilización fiscal y monetaria, pero la naturaleza del ajuste contrastaba marcadamente con la de otras economías de antiguos miembros del COMECON. La primera diferencia era que, en vez de reducir el déficit fiscal recortando el gasto público, como sucedió en la antigua Unión Soviética y en Europa del Este, el Gobierno cubano cerró la brecha principalmente aumentando los ingresos públicos. Entre 1993 y 1995 los ingresos fiscales nominales crecieron el 37 por 100, mientras que el gasto disminuyó solamente el 5 por 100. Dos tercios de los nuevos ingresos procedían del aumento de las ventas en tiendas que admitían divisas, ahora llamadas Tiendas de Recaudación de Divisas, y el resto de nuevos impuestos indirectos y tasas sobre los usuarios. La segunda diferencia era que los presupuestos de bienestar social permanecieron sin modificaciones y los recortes se limitaron principalmente al ejército, la Administración del Estado y los subsidios a las empresas³⁹. Al mantener constante el gasto nominal mientras crecía el PIB, el ratio gasto público/PIB cayó desde un máximo del 87 por 100 del PIB en 1993 al 57 por 100 en 1997, cifra todavía muy por encima de la media de los «países en transición», que oscilaba alrededor del 40 por 100⁴⁰. De esta manera, Cuba consiguió combinar la protección social con la rápida disminución del déficit fiscal. Desde 5,1 millardos de pesos en 1993 a menos de 800 millones en 1995. Fue un cambio mucho más radical que el que se produjo en cualquier otro lugar: entre 1991 y 1993 el déficit fiscal cubano había sido aproximadamente del 30 por 100 del PIB, comparado con una media del 8,8 por 100 en los antiguos países del COMECON; en 1995 se había reducido al 5,5 por 100 y posteriormente se estabilizó en el 3 por 100⁴¹.

Las medidas de 1993-1994 también contribuyeron a estabilizar el peso: la despenalización del dólar atrajo nuevos flujos de divisas, el autoempleo proporcionó cierto estímulo a la oferta de servicios, el ajuste fiscal redujo el déficit monetizado derivado del gasto público y los agromercados aliviaron la escasez de alimentos⁴² y redujeron los precios⁴³. A finales

³⁹ G. Carriazo, «Cuba: apertura y adaptación a una nueva realidad», cit.

⁴⁰ N. Campos y F. Coricelli, «Growth in Transition: What We Know» cit., Gráfico 6.

⁴¹ ONEI; Banco Mundial, *World Development Indicators*, cit.

⁴² La media de la ingesta de calorías regresó al nivel anterior a la crisis: M. Franco *et al.*, «Impact of Energy Intake», cit.

⁴³ El índice de precios de consumo de la ONEI no se publicó durante 1990-1994, cuando el valor del peso estaba cayendo, de modo que no hay un índice oficial de salarios reales. El descenso de los precios de los alimentos debe, haber contribuido al descenso del índice oficial de precios de consumo el 11,5 y el 4,9 por 100 en 1995 y 1996, respectivamente.

de 1994 la depreciación de la moneda no solo había sido detenida, sino parcialmente invertida, situando el cambio en alrededor de 60 pesos por dólar: más del doble de su valor en febrero de 1994 cuando estaba en 150 pesos por dólar. En los dieciocho meses siguientes continuó su apreciación para llegar a los 18 pesos por dólar a mediados de 1996. Este grado de consolidación de la moneda no ha sido igualado por los países en «transición»: aunque muchos consiguieron detener la depreciación, ninguno consiguió un repunte⁴⁴. Pero aunque la inflación en Cuba quedó controlada, continuaron existiendo severos desequilibrios monetarios, ya que el valor del peso seguía claramente por debajo de su nivel de 1990. Esto suponía que los salarios del sector público y los precios controlados por el Estado, que se mantuvieron relativamente estables en términos nominales, seguían deprimidos en relación a las divisas fuertes y a los precios de mercado. El infravalorado tipo de cambio de las CADECAS sirvió para reprimir la demanda de importaciones por medio de unas dificultades compartidas durante la siguiente década, mientras que el Gobierno se centraba en la urgente necesidad de reconstruir los ingresos netos de divisas.

La hostilidad de Estados Unidos

Sin embargo, aunque la economía se estabilizó, el entorno externo empeoró. El embargo comercial impuesto por Kennedy en 1962 había sido mantenido por sucesivas órdenes ejecutivas en las décadas posteriores, pero en 1992 –en el momento álgido del periodo especial– fue endurecido al ser dotado de rango legal por la Toricelli Act. En 1996 el estrangulamiento se acentuó todavía más cuando Clinton firmó la Helms-Burton Act, a tenor de la cual se incrementaron las sanciones aplicables a las instituciones de terceros países que «traficaran» con antiguos activos estadounidenses confiscados en 1959 y se prohibió la entrada en el país a quienes hubieran trabajado para esas empresas.

⁴⁴ La tasa media de inflación oficial en Cuba fue cero en el periodo 1997-2000 y solo del 2 por 100 en 2000-2012, comparada con las medias de los países en transición que se situaba en torno al 28 por 100 a finales de la década de 1990 y alrededor del 8 por 100 en 2000-2012. Hay mucha controversia sobre la tasa oficial cubana: los cambios reales en el coste de la vida han variado entre los hogares, dependiendo de qué proporción de sus ingresos gastan en qué tipo de mercado (oficial o no oficial, urbano o rural, en pesos o en divisas), ya que en ellos el comportamiento de los precios ha sido bastante diferente. Sin embargo, hay pocas dudas de que, aunque el poder adquisitivo puede haber caído, el consumo global real de los hogares no ha descendido en una proporción similar a las tasas medias de inflación de las economías en transición desde mediados de la década de 1990.

La prohibición se amplió a los pagos en dólares efectuados a través de la Bolsa de Nueva York, aunque las transacciones no implicaran a ninguna entidad estadounidense. La norma obligaba a los países que comerciaban con Estados Unidos a certificar que sus productos no contenían materias primas o elaboradas procedentes de Cuba⁴⁵.

La importancia que se otorga en Cuba al principio de la seguridad y la soberanía nacional es fácilmente comprensible en este contexto. Sin embargo, también han impuesto limitaciones perjudiciales sobre la discusión interna. El Gobierno de Castro respondió a la Helms-Burton Act con una ley que «reafirmaba la dignidad y la soberanía de Cuba» y que declaraba ilegal la divulgación de información por cualquier ciudadano cubano, especialmente sobre la economía, que pudiera debilitar la seguridad nacional. Una consecuencia de ello fue la clausura de un importante programa de investigación del Centro de Estudios de las Américas (CEA) después de que sus investigadores publicaran en inglés el primer análisis detallado del ajuste cubano⁴⁶. Esta clase de actitudes defensivas –los investigadores se consideraban revolucionarios leales aunque críticos– solo sirve en última instancia para debilitar la capacidad cubana a la hora de responder creativamente a los cambios de situación.

3. REESTRUCTURACIÓN

La imposibilidad del acceso a la financiación producto del bloqueo estadounidense, que llegaba profusamente al resto de los antiguos miembros del COMECON, ha obligado a Cuba a crear nuevas industrias con recursos extremadamente limitados. El nivel de inversión total, que cayó más del 85 por 100 entre 1990 y 1993, ha permanecido extremadamente bajo. De acuerdo con las cifras oficiales, la renta nacional todavía

⁴⁵ Estos autootorgados poderes extraterritoriales provocaron una de las pocas protestas sostenidas de los aliados de Estados Unidos: la UE presentó una denuncia contra las disposiciones de la *Helms-Burton Act*, ante la OIT, que fue retirada cuando Estados Unidos acordó no sancionar a los países de la UE. Canadá, México, España, Francia, Italia y Holanda han continuado comerciando con Cuba; ejecutivos de Sherritt International, una compañía minera canadiense, tienen prohibida la entrada en Estados Unidos.

⁴⁶ Julio Carranza Valdés, Luis Gutiérrez Urdaneta y Pedro Monreal González, *Cuba: Restructuring the Economy: A Contribution to the Debate*, Londres, Institute of Latin American Studies, University of London, 1996. La secuencia de acontecimientos está recogida en Mauricio Guilliano, *El caso de CEA: intelectuales e inquisidores en Cuba. ¿Perestroika en la Isla?*, Miami, Ediciones Universal, 1998.

seguía siendo en 2012 la mitad que en 1990 y el ratio inversión/PIB oscilaba alrededor del 10 por 100, mientras que los antiguos miembros del COMECON presentan como media un ratio entre el 20 y el 25 por 100 del PIB⁴⁷. Con una tasa tan baja de inversión total, resulta sorprendente que el PIB cubano se haya recuperado y que el crecimiento haya estado al nivel de la media de los «países en transición». Las políticas se han centrado en la mejora de las reservas de divisas mediante el desarrollo de nuevas industrias orientadas a la exportación, en la reducción de la dependencia de las importaciones de alimentos y energía, y en el descubrimiento de nuevos mercados y fuentes alternativas de financiación externa, todo ello sometido a las limitaciones impuestas por las sanciones estadounidenses. Su éxito relativo, en términos del grado de reestructuración alcanzado con la cantidad de financiación disponible, puede atribuirse a la estrategia dirigida por el Estado de «seleccionar ganadores».

Atraer la inversión

Debido a las sanciones, la inversión extranjera directa ha supuesto la manera más barata –y a menudo la única– de conseguir financiación en divisas fuertes. También ha permitido a los funcionarios cubanos mantener discusiones con socios extranjeros a puerta cerrada y así evitar la atención de la Office of Foreign Assets Control de Estados Unidos. La inversión extranjera directa ha tenido que afrontar obstáculos derivados de las sospechas de los inversores, la reluctancia del Gobierno cubano –«La inversión extranjera no nos gustaba mucho», admitía irónicamente Fidel Castro en el Congreso del PCC de 1997 antes de continuar explicando su importancia– y la necesidad de adaptar las estructuras legales, financieras y técnicas cubanas. Desde 1990 la política hacia la inversión extranjera directa ha evolucionado para adaptarse a estas restricciones⁴⁸. El proceso de adaptación de las actitudes, la normativa, la contabilidad, los arbitrajes, los seguros y la legislación laboral empezó tan pronto como Cuba perdió sus socios del COMECON. Las empresas conjuntas con socios extranjeros habían sido legalizadas en 1982 y el primer proyecto piloto se estableció en 1988, pero en respuesta a la

⁴⁷ Los índices de inversión de la década de 1990 los proporcionan N. Campos y F. Coricelli, «Growth in Transition: What We Know», cit.; los datos más recientes proceden del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) y del Banco Mundial, *World Development Indicators*, cit.

⁴⁸ La política de la inversión extranjera directa se analiza más detalladamente en Emily Morris, «Cuba's New Relationship with Foreign Capital: Economic Policy-Making since 1990», *Journal of Latin American Studies*, vol. 40, núm. 4, 2008.

urgente necesidad de nuevos acuerdos desde finales de 1991 se han firmado cincuenta nuevos proyectos. Una reforma constitucional de julio de 1992 redefinió la propiedad estatal obligatoria aplicándola solamente a los medios de producción «fundamentales»; otra ley sobre inversión extranjera aprobada en 1995 clarificó todavía más el marco regulador.

Pero aunque el propósito ha sido atraer nuevas inversiones, el Estado cubano no ha renunciado al control. Continuó restringiendo el alcance de la inversión extranjera directa y cualquier transferencia importante de activos del Estado a propiedad extranjera requiere que el Comité Ejecutivo del Consejo de Ministros considere que «contribuye a la capacidad económica del país y al desarrollo sostenible siempre que respete la soberanía e independencia del país» y siempre que proporcione capital, mercados, tecnología o competencias profesionales, incluyendo las prácticas de gestión. Los proyectos aprobados se han estudiado caso por caso y en estos años se han rechazado muchas propuestas, al hilo de un proceso de continuo examen político. Por ello, la normativa ha asegurado que la apertura a la inversión extranjera directa se halle controlada en el marco de la gestión económica del sistema socialista de Estado.

La evolución de la política de inversión extranjera directa respondía al cambio de circunstancias. A principios de la década de 1990 se perdieron algunas oportunidades debido a retrasos o malentendidos, pero una vez que se identificaron los problemas, las autoridades intentaron agilizar los procedimientos para hacer que las cosas fueran más fáciles. En 1997 la capacidad importadora se había recuperado lo suficiente como para reducir la urgente necesidad de divisas, aunque la Helms-Burton Act disuadía a los inversores extranjeros. Como resultado, en el Congreso del PCC de 1997 no hubo una mayor liberalización del régimen de inversión extranjera directa, sino solamente un respaldo del planteamiento existente que especificaba que el capital debería buscarse especialmente para las infraestructuras, la minería y el desarrollo energético. Esto fue seguido por un cambio en pro de proyectos mayores, lo cual acarrió la no renovación de los contratos de los pequeños inversores. Si bien los cubanólogos lamentaron la reversión de la política, la naturaleza esencial de la estrategia en torno a la inversión extranjera directa permaneció sin alteraciones. Aunque el número de acuerdos anuales de empresas conjuntas disminuyó desde alrededor de cuarenta en el periodo 1991-1997 a una media de veinticinco a finales de la década, la mayor envergadura de los contratos implicó que el flujo medio neto anual de capital extranjero

aumentó desde 180 millones de dólares en 1993-1996 a 320 millones de dólares en 1997-2000.

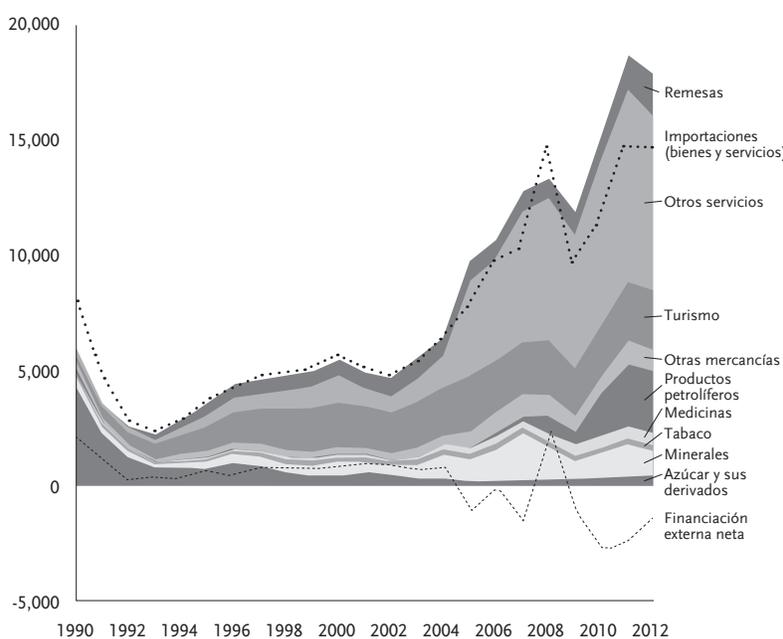
En este periodo se produjo la primera privatización parcial de activos cubanos –en 1999 una compañía francesa, Altadis, se hizo con el 50 por 100 de Habanos, la distribuidora internacional de los puros cubanos, por 500 millones de dólares– y se creó la primera empresa conjunta de propiedad extranjera, una central eléctrica de quince millones de dólares construida por una empresa panameña. Entre 2001 y 2008 la política de inversión extranjera directa se vio afectada de nuevo por el empeoramiento de las relaciones con Estados Unidos durante la «guerra contra el terror» –la Administración de Reagan había calificado a Cuba de «Estado patrocinador del terrorismo»– y el aumento de la vigilancia y la incoación de procesos por parte del Gobierno estadounidense. Bush Jr. creó un Proyecto de Transición para Cuba que planeaba una Cuba poscomunista, y el Departamento de Estado intensificó sus esfuerzos para detectar y enjuiciar a aquellos que violaban las sanciones, desalentando el interés de las empresas extranjeras. En 2004, Washington había impuesto una multa de cien millones de dólares al banco suizo UBS por entregar a Cuba un envío de dólares en billetes. La Habana respondió cancelando la utilización de dólares en las transacciones domésticas, aunque su posesión siguió siendo legal y se podían cambiar por pesos convertibles, con un recargo del 10 por 100. Al mismo tiempo, las relaciones con Venezuela estaban prosperando. Hugo Chávez ya había sido invitado a Cuba en 1994 cuando era un dirigente de la oposición. Después de su victoria electoral en 1998 –y especialmente después de la derrota del intento de golpe de Estado de 2002 y de la huelga empresarial contra su Gobierno–, los lazos comerciales entre los dos países se fortalecieron, culminando en un acuerdo bilateral en diciembre de 2004 por el que Venezuela suministraba petróleo –alrededor de 53.000 barriles diarios– a cambio de servicios profesionales, personal sanitario y maestros. Por primera vez desde 1990 Cuba recibió una significativa financiación en términos ventajosos, que elevó la inversión y el crecimiento anual del PIB que alcanzó una media de 10 por 100 en el periodo 2005-2007. Con Venezuela, Cuba fue miembro fundador de un nuevo acuerdo comercial, el ALBA –Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América–, que llegó a incluir a Bolivia, Ecuador, Nicaragua y cuatro islas-naciones del Caribe. Los ingresos anuales medios registrados en concepto de exportaciones llegaron al 30 por 100 entre 2005 y 2007 desde el 9 por 100 de la década anterior.

Aunque las estadísticas cubanas sobre los flujos de capital internacional son muy escasas, la evidencia disponible confirma la radical reestructuración de la producción y del comercio internacional lograda con una financiación relativamente exigua. La inversión extranjera directa en Cuba ha supuesto solamente alrededor del 1 por 100 del PIB desde mediados de la década de 1990, comparada con una media del 4 por 100 de los antiguos miembros el COMECON de Europa Central y del Este⁴⁹. La Habana consiguió un buen resultado por dólar de capital invertido eligiendo proyectos ganadores y negociando directamente los contratos. Sin embargo, el resultado es que la reinserción de Cuba en la economía global se ha realizado de la mano de un puñado de industrias. Los Gráficos 4 y 5 resaltan la estrecha base de la recuperación y reestructuración cubana desde 1990. El Gráfico 4 muestra las cuatro fuentes principales de crecimiento de las divisas desde 1990: la recuperación vino en primer lugar de la mano del turismo durante la década de 1990; después, del níquel y la energía y, en la década pasada, de los servicios profesionales. Dentro del COMECON, el azúcar había representado el 73 por 100 de todos los ingresos procedentes de la exportación, mientras el déficit comercial rondaba los 2 millardos de dólares. En 2012, el azúcar representaba solamente el 3 por 100 de los ingresos por exportaciones, mientras que los recientemente desarrollados sectores del turismo, del níquel, del procesado de petróleo y de los servicios profesionales producían lo suficiente como para producir un excedente comercial anual combinado de bienes y servicios de más de 1 millardo de dólares. El sector del turismo y la minería del níquel fueron recapitalizados a través de la inversión extranjera directa privada; el procesado de petróleo y los servicios profesionales, a través del acuerdo Cuba-Venezuela. Este último país ha sido el mayor contribuyente a los ingresos por divisas –de hecho, los ingresos por la venta de servicios profesionales a Venezuela han superado a los de todos los bienes exportados desde 2005– aunque el crecimiento más fuerte desde 2008 ha procedido de la refinería de petróleo de Cienfuegos, una empresa conjunta de las compañías petroleras estatales de Cuba y Venezuela. El sector de la biotecnología, en el que se han concentrado las esperanzas, ha estado últimamente creciendo a un saludable ritmo –las exportaciones se han duplicado entre 2008 y 2012–, pero representa solamente el 3 por 100 de la totalidad de los ingresos por exportaciones y todavía no ha crecido lo suficiente como para impulsar la economía nacional. En 2012 el superávit comercial cubano (por bienes y servicios combinados) junto a las remesas del exterior, que se calcula

⁴⁹ World Bank (los datos son para Europa Central y del Este).

que han crecido hasta los 2 millardos de dólares, parece que han proporcionado suficientes divisas como para permitir una acumulación de las reservas internacionales que viene indicada por el saldo negativo de la «financiación neta externa» estimada en el Gráfico 4.

GRÁFICO 4: *Composición de los flujos de divisas extranjeras, 1990-2012.*

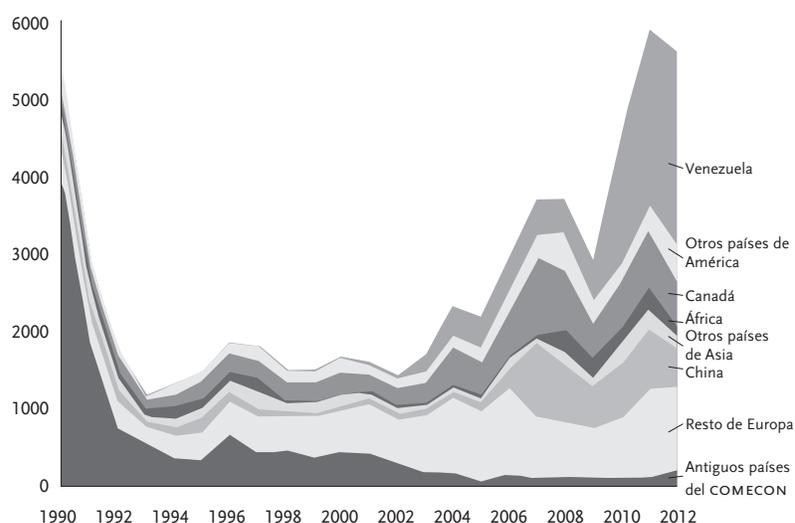


Fuentes: Oficina Nacional de Estadísticas e Información (ONEI) y estimaciones de la autora. La ONEI no publica datos sobre financiación externa neta y sus series de datos sobre las remesas del exterior solamente se publicaron entre 1997 y 2000, de manera que esta cifras son cálculos de la autora basados en informaciones disponibles.

El Gráfico 5, que muestra el destino geográfico de las exportaciones, revela hasta qué punto se ha reorientado el comercio cubano de bienes. En 1990 alrededor del 75 por 100 de las exportaciones se vendían a los antiguos miembros del COMECON, pero en 2012 estos países representaban menos del 5 por 100. En 2000 Cuba había conseguido alcanzar un grado sin precedentes de diversificación de socios comerciales: Europa Occidental representaba el 32 por 100 del total; los antiguos miembros del COMECON, el 27; Canadá, el 17; Asia, el 12, y el resto de América

–excluyendo a Estados Unidos, que sigue cerrado a las exportaciones cubanas–, el 10 por 100. Desde entonces, la dependencia de un solo socio ha aumentado de nuevo: en 2012 Venezuela no solo absorbía el 45 por 100 de las exportaciones de bienes –la mayor parte productos petrolíferos de la refinería de Cienfuegos–, sino la mayoría de los servicios no turísticos de Cuba.

GRÁFICO 5: Destino de las exportaciones de bienes, 1990-2012.



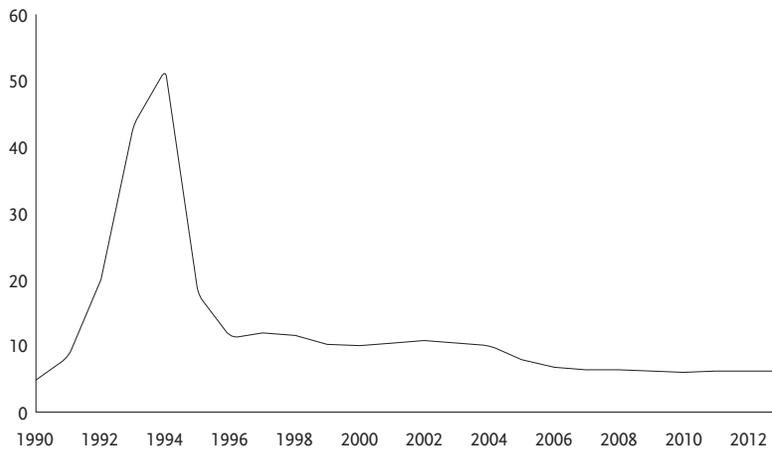
Fuente: Oficina Nacional de Estadísticas e Información (ONEI).

4. LAS REFORMAS DE RAÚL

El crecimiento de los ingresos de divisas en el periodo 2005-2007 mediante el comercio con Venezuela trajo un bienvenido alivio, pero cuando Raúl Castro y su equipo asumieron formalmente sus cargos en 2008, el crecimiento había finalizado. Tres destructivos huracanes y la caída de los precios del níquel tras la crisis financiera mundial eliminaron el excedente comercial y agotaron las reservas de divisas, impidiendo que Cuba cumpliera con las obligaciones de pago de su deuda. Aunque la protección social seguía intacta, la oferta monetaria se había estabilizado y la disciplina fiscal estaba asegurada, era evidente que hacía falta algo más que la recuperación de los ingresos por divisas para permitir que el peso cubano regresara a su nivel anterior y así se restaurase el valor real de los salarios, de los beneficios sociales y de los precios. El

desequilibrio monetario se había afianzado; la coexistencia de dos conjuntos de precios, ingresos y tipos de cambio, fijados por el Estado y por el mercado, bloqueaban la integración entre la economía doméstica y la externa, dando lugar a una estructura de la producción desequilibrada y distorsionada. En términos reales, los salarios en las empresas estatales habían permanecido durante muchos años por debajo de su nivel de 1990, con el tipo de cambio de las CADECAS ahora a 24 pesos por dólar, comparado con el del anterior mercado negro, de 7 pesos en 1990 (Gráficos 6 y 7). La desigualdad y los incentivos «perversos» persistían. Solamente una pequeña y privilegiada parte de la población con acceso a divisas podía afrontar la compra regular en los mercados libres: para el resto, el «goteo» de beneficios desde el nuevo sector no estatal era débil e indirecto y procedía principalmente de la recaudación de impuestos que se utilizaban para financiar el gasto social.

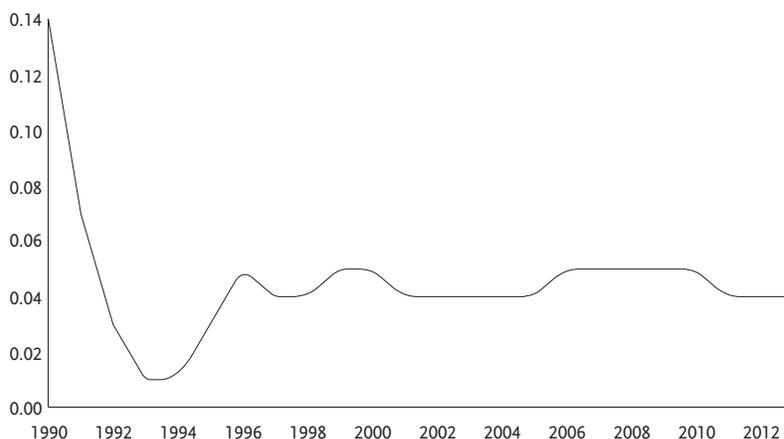
GRÁFICO 6: Valor de 100 dólares como múltiplo del salario mensual medio.



Fuentes: Cálculos de la autora basados en datos de la Oficina Nacional de Estadística (ONE) sobre los salarios medios mensuales, el tipo de cambio del mercado negro hasta 1993 y el tipo de cambio «no oficial», pero legal, de las CADECAS (pesos cambiados por pesos convertibles a su vez transformados en divisas). El tipo de cambio de las CADECAS está disponible solamente para transacciones personales y del sector no estatal.

Además de aumentar la desigualdad, la bifurcación de la economía había obstaculizado el desarrollo fomentando un parasitario sector informal que consumía recursos de la economía formal al ofrecer incentivos para que trabajadores cualificados, incluyendo a maestros, aceptaran empleos menos cualificados con salarios en pesos convertibles y al promover el

GRÁFICO 7: Tipo de cambio de mercado peso/dólar, 1990-2012.



Cálculos de la autora basados en el tipo de cambio del mercado negro hasta 1993 y, posteriormente, en el tipo de cambio de las CADECAS.

hurto de recursos del Estado para su venta en el mercado negro a precios elevados. La preponderancia de la corrupción y la creciente desigualdad de la renta habían debilitado progresivamente la ética igualitaria y la credibilidad de la retórica socialista, un efecto que se agravaba porque los más adinerados podían ahora asegurarse un acceso preferente a empleos, educación y sanidad pagando el privilegio a través de canales informales. Mientras tanto, el coste de los subsidios consumía fondos que de otra manera podían haberse utilizado para la inversión.

Lineamientos

El primer problema del nuevo equipo de Raúl Castro, encabezado por el ministro de Economía Marino Murillo, era restaurar el equilibrio externo después de los choques de 2008. Esto se alcanzó mediante una fuerte reducción de las importaciones que redujo el crecimiento oficial del PIB hasta el 1,4 por 100⁵⁰. Desde entonces, la estrategia económica

⁵⁰ La serie oficial del PIB cubano está basada en precios y ponderaciones de 1997, lo que implica alguna distorsión de las tasas de crecimiento anuales, aunque difiere menos de la tendencia general. Jorge Pérez-López y Carmelo Mesa-Lago dudaron de la existencia de crecimiento en 2005-2008, atribuyéndolo a las «discontinuidades, la ofuscación y los desconciertos», véase «Cuban GDP statistics under the special period», *Cuba in Transition*, 2009, ASCE, pp. 153-166. Estuvieron más dispuestos a aceptar las cifras oficiales de crecimiento del PIB una vez que empezaron a mostrar señales de estancamiento.

se ha definido como una «actualización» del modelo –diversificar la producción, reanimar la descapitalizada economía doméstica y realinear los precios, los tipos de cambio y las rentas– y no se ha optado por lanzar un proceso al estilo chino de acumulación capitalista bajo la dirección del Partido Comunista. Aunque el estilo de liderazgo de Raúl es muy diferente al de su hermano, ha tenido cuidado en vincular esta revisión a las políticas de Fidel, utilizando repetidamente citas de sus discursos. La cita favorita ha sido; «La revolución es sentido del momento histórico: es cambiar todo lo que debe ser cambiado»⁵¹. Después de algunas modestas reformas iniciales, Raúl preparó el terreno para un planteamiento más radical promoviendo un nuevo debate nacional en el periodo previo al Sexto Congreso del PCC, de abril de 2011. Un borrador, «Lineamientos de la política económica y social del Partido y la Revolución», circuló en noviembre de 2010 para ser discutido en reuniones por todo el país, donde se anotaban los comentarios y las revisiones propuestas. Un texto reelaborado se envió al Congreso, se modificó y se publicó en mayo de 2011⁵². Aunque los «Lineamientos» estaban orientados a dirigir la política hasta 2016, el documento no tenía nada que ver con un plan quinquenal. Igual que la resolución del PCC de 1991 sobre la economía, esbozaba un conjunto de principios y objetivos, más que establecer un programa de reformas.

Pese a todos los defectos del sistema participativo cubano, este continuaba sirviendo como una constricción y un impulsor de la política oficial. Sirva de ejemplo la manera en que una directiva referente a los despidos en grandes empresas del sector público fue criticada y revisada, con la participación de los sindicatos oficiales, después de que los empleados del Estado presionaran contra un ritmo de ajuste demasiado precipitado y contra la manera inviable e injusta en que se llevaba a la práctica. Los acontecimientos demostraron que, aunque no fueran de ninguna manera «independientes», los sindicatos cubanos tuvieron un papel importante en establecer limitaciones a la política y la aplicación práctica de la «racionalización» o el cierre de empresas⁵³. El proceso de

⁵¹ Fidel Castro, 1 de mayo de 2000.

⁵² Partido Comunista de Cuba, «Proyecto de lineamientos de la política económica y social del Partido y la Revolución», 2011.

⁵³ Sobre el papel de los sindicatos, véase Steve Ludlam, «Cuban Labour at 50: What About the Workers?», *Bulletin of Latin American Research*, vol. 28, núm. 4, 2009, y «Aspects of Cuba's Strategy to Revive Socialist Values», *Science and Society*, vol. 76, núm. 1, 2012, pp. 41-65. El último producto de las deliberaciones entre el Gobierno y los sindicatos ha sido el Código Laboral (Ley 116) aprobado por la Asamblea Nacional en diciembre de 2013 después de un proceso de consulta en el que han estado implicados 2,8 millones de trabajadores.

consulta sobre los «Lineamientos» también proporcionó la oportunidad para efectuar un análisis público que produjo algunos significativos ajustes en el documento final. Y aunque desde mayo de 2011 la implementación ha estado centralmente coordinada por una comisión bajo la dirección de Murillo, con informes regulares sobre el progreso debidamente presentados al partido y a la Asamblea Nacional, ha implicado a un abanico mucho mayor de organismos, ya ha propiciado complejas relaciones entre el partido, el Gobierno y las comisiones de expertos. El proceso de puesta en práctica ha incluido una diversidad de experimentos y de planes piloto, así como programas de reciclaje laboral, de investigación y de seguimiento.

Los «Lineamientos» y los discursos oficiales hacen innumerables referencias a «la utilización de los mecanismos» del mercado, pero los consideran un componente de la política dirigida por el Estado, a diferencia de la doxa neoliberal que ha apuntado en otras partes las estrategias de «transición». Las medidas tomadas hasta ahora han incorporado elementos liberalizadores, incluyendo la expansión del sector no estatal, un ámbito mayor para la inversión extranjera, las concesiones fiscales para las zonas especiales de desarrollo y la desregulación de los mercados de la vivienda y de los coches de segunda mano. Pero en vez de entregar al sector privado el control de la economía, el Gobierno ha acompañado estas iniciativas con medidas explícitamente dirigidas a fortalecer la supervisión del Estado. Desde que Raúl asumió la presidencia, han aumentado los recursos y la autoridad de la interventora general, Gladys Bejerano, una figura clave que sistemáticamente ha sido ignorada por los comentaristas del exterior. El trabajo de la interventora general no se ha dirigido solamente a fortalecer los esfuerzos anticorrupción —con la atención dirigida a los abusos más perniciosos a alto nivel que han supuesto largas condenas de cárcel para algunos altos funcionarios—, sino también a mejorar el cumplimiento de las obligaciones fiscales mediante la difusión de información y de un importante programa a escala nacional para funcionarios, directivos, contables y autoempleados. Es decir, el trabajo de Bejerano se ha dirigido a utilizar los activos institucionales del Estado para construir el aparato y la cultura necesarios para fortalecer la eficacia y la equidad en un sector formal en el que los mercados están teniendo un papel más importante que antes.

El comportamiento económico de Cuba desde la crisis financiera global ha sido más débil de lo esperado, con un crecimiento medio anual del

PIB de menos del 3 por 100 que ha incumplido repetidamente los objetivos. Aunque la ayuda de Venezuela sigue llegando, el impulso inicial que produjo se ha estabilizado desde 2008 y la continua exclusión del país del mercado estadounidense, y de la mayoría de las fuentes de financiación internacional, sigue siendo un lastre para el crecimiento. Ha habido pocas mejoras en los salarios reales en el sector estatal, excepto para los trabajadores de la sanidad, que tuvieron un aumento a principios de 2014. Una especial decepción ha sido la falta de cualquier repunte significativo de la producción agrícola, a pesar de la distribución de tierra a agricultores privados y de una serie de medidas dirigidas a mejorar sus incentivos, las redes de distribución, el suministro de insumos y la disponibilidad de financiación. En una perspectiva comparada, el crecimiento del PIB cubano no ha sido peor que la media de los países en «transición» desde 2008, a pesar de importantes reducciones en las nóminas del sector público; el ajuste se ha mantenido a un ritmo lento para impedir un choque de la demanda o provocar un fuerte aumento del desempleo. Pero los resultados quedan lejos de la mejora esperada desde las reformas de 2011. Más allá de probar con regulaciones para hacer que los nuevos mercados funcionen mejor, ahora se están considerando iniciativas más audaces para aumentar la inversión extranjera y para abordar las persistentes dificultades creadas por el sistema de doble moneda.

La más importante de las iniciativas recientes ha sido la modernización del puerto de Mariel, situado a cuarenta y cinco kilómetros al oeste de La Habana. El proyecto, realizado por una empresa conjunta, empezó en 2009 con una financiación de un préstamo de 1 millardo de dólares facilitado por el banco de desarrollo brasileño, el BNDES, y constituye la mayor inversión en infraestructuras desde 1990. El puerto tiene ahora un calado de dieciocho metros, lo suficiente como para admitir a los gigantescos barcos contenedores «pospanamax» que atravesarán el Canal de Panamá cuando esté terminado en 2015. Actualmente, el embargo estadounidense no solo prohíbe todas las importaciones procedentes de Cuba, sino también que los barcos que hayan atracado en Cuba atraquen en puertos estadounidenses durante los siguientes seis meses. La actividad en Mariel se multiplicaría claramente si estas restricciones se levantaran por lo menos parcialmente, y en parte el proyecto puede haber estado concebido como una señal del interés cubano por mejorar las relaciones bilaterales. Pero incluso sin contar con Estados Unidos, las instalaciones están dispuestas para dar servicio a un comercio creciente entre China, Brasil y Europa como un centro donde los

contenedores pueden ser trasladados a barcos más pequeños para su distribución a puertos regionales.

Una segunda iniciativa, la apertura en Mariel de la Zona Especial de Desarrollo a finales de 2013, enlazada mediante una nueva línea de ferrocarril con La Habana, está dirigida tanto a promover un «distrito» industrial adaptado al procesamiento de mercancías alrededor del puerto como a atraer a empresas cubanas y extranjeras que abastecen al mercado doméstico. Además de estas dos obras, se ha aprobado una nueva ley sobre inversiones extranjeras, que ha entrado en vigor a finales de junio de 2014 después de muchos años de discusión. Para desilusión de los cubanólogos se trata solamente de una revisión de la legislación de 1995, y aunque se realizan ajustes en materia tributaria y de incentivos y se lanza una invitación más explícita a los inversores con sede en Estados Unidos, los principios básicos siguen siendo los mismos: el Estado cubano será el guardián y debe estar seguro de que cada inversión extranjera contribuya a sus objetivos de desarrollo.

Día cero

No obstante, el éxito para atraer a la inversión extranjera solo puede perpetuar un modelo de crecimiento distorsionado en tanto que la divergencia entre los tipos de cambio existentes –el tipo de cambio «oficial» de la paridad peso-peso convertible-dólar y el tipo «no oficial» pero legal de las CADECAS de 24 pesos por peso convertible/dólar– produzca una variedad de conjuntos de precios –oficial, no oficial, en dólares y en pesos no convertibles– que impide la integración entre la economía interna y externa. A medida que se ha ido desarrollando el sector no estatal, cada vez ha resultado más evidente que empresas privadas relativamente poco eficientes han sido capaces de prosperar dentro de la economía interna, ya que sus costes en pesos cubanos, incluyendo la mano de obra, están infravalorados como consecuencia del tipo de cambio de las CADECAS/ peso convertible que utilizan en sus transacciones, lo cual significa, de hecho, que el Estado cubano está subvencionando al nuevo sector no estatal a través del infravalorado tipo de cambio de las mismas. Mientras tanto, las empresas estatales tienen, que utilizar el sobrevalorado tipo de cambio oficial, lo que supone una grave desventaja en términos de su competitividad. Se trata de una forma de «ilusión monetaria» que hace que las empresas estatales eficientes arrojen pérdidas y de ese modo no pueden obtener capital para la inversión, mientras que los empresarios

privados que funcionan con niveles de productividad muy bajos disfrutan de considerables subvenciones ocultas del Estado mientras se quejan de soportar una fiscalidad excesiva.

El lineamiento quincuagésimo quinto de los «Lineamientos» de 2011 establece claramente que el actual sistema de doble moneda necesita ser abordado, pero la formulación es críptica y el cambio llega lentamente⁵⁴. El retraso es atribuible en parte a la aversión al riesgo. Cualquier reordenación de la moneda supondrá una perturbadora reevaluación y, a raíz del colapso total del peso a principios de la década de 1990, el Banco Central se ha dedicado a mantener la estabilidad. El miedo a una renovada situación de penurias ha creado una preferencia por la cautela no solo dentro del Gobierno y la burocracia, sino también entre la población, ya que muchos hogares se han adaptado a las distorsionadas estructuras de precios y ahora dependen de ellas. Entre mediados de la década de 1990 y 2008, la percepción de una mejora gradual fruto del ajuste fue suficiente para atenuar el imperativo de restaurar el equilibrio del sistema monetario, pero la posterior desaceleración ha hecho que la cuestión vuelva al primer plano.

Finalmente, a principios de 2013 se dieron los primeros pasos. Después de dos años de estudio, un programa piloto empezó a permitir que algunas empresas estatales utilizaran los tipos de cambio peso-peso convertible de alrededor de 10 pesos por 1 peso convertible para compras a proveedores nacionales, sean del Estado, de las cooperativas o privados. En octubre de 2013, el Gobierno anunció que el calendario para la reforma monetaria había sido elaborado. En marzo de 2014 publicó detalladas instrucciones para establecer precios y saldar cuentas el «Día Cero» cuando el peso convertible sea abolido⁵⁵. El peso cubano presumiblemente será directamente convertible en divisas, aunque los detalles de los posibles controles del tipo de cambio todavía se desconocen. Para minimizar las perturbaciones, el Estado establecerá los parámetros de los nuevos precios en pesos cubanos y proporcionará subsidios para cubrir las pérdidas iniciales; los nuevos precios, denominados en la moneda única, reflejarían entonces la pérdida del poder adquisitivo internacional del peso desde 1990 y la «subvención oculta» al sector privado sería eliminada.

⁵⁴ El texto literal dice: «Se producirán avances hacia la unificación monetaria, teniendo en cuenta la productividad laboral y la eficacia de los mecanismos de distribución y redistribución. Pero debido a su complejidad, este proceso exigirá una rigurosa preparación y ejecución, tanto desde el punto de vista objetivo como subjetivo».

⁵⁵ *Gaceta Oficial*, 6 de marzo de 2014.

La cuestión decisiva de cuál será el nuevo y único tipo de cambio no se ha especificado hasta ahora. El actual tipo de cambio de las CADECAS respecto al dólar (24 pesos por un dólar), que infravalora el peso, puede ser menos perturbador y, dada su enorme devaluación del tipo de cambio oficial, mejoraría radicalmente la competitividad del sector empresarial. Pero introduciría a la economía cubana en el mercado mundial como un productor con salarios muy bajos y establecería una desmesurada brecha entre ingresos vinculados al antiguo peso convertible y las escalas retributivas en pesos cubanos. Un cambio de 20, 15 o incluso 10 pesos por peso convertible/dólar ofrecería una corrección parcial en términos de ingresos reales relativos, al mismo tiempo que mejoraría también la competitividad y permitiría ulteriores ajustes una vez que las cosas se hubieran tranquilizado y se hubiese recuperado la confianza⁵⁶.

En el momento de escribir estas líneas no se dispone de más información sobre el Día Cero, y todavía no hay ninguna certeza sobre el modo de gestión de la revalorización del peso. Con su cauteloso enfoque del proceso de unificación monetaria, el Gobierno claramente espera que sea posible minimizar el coste de la reordenación de los precios. No existen casos comparables directamente con el cubano, porque las unificaciones monetarias en otros países se han realizado o bien cuando las balanzas comerciales eran positivas, lo cual significaba la disposición de una gran cantidad de divisas, o bien cuando se contaba con respaldo externo; por otro lado, en ningún caso existía la particular estructura cubana de mercados y precios fragmentados. Sin los datos monetarios necesarios para entender por completo la situación cubana, solamente podemos especular sobre el presumible impacto del cambio. Pero parece claro que esta reforma tendrá consecuencias de largo alcance durante los próximos años no solo para los precios relativos y la distribución de la renta, sino también para la dinámica del crecimiento económico.

Divisiones sociales

No es fácil evaluar qué proporción de la población tiene acceso a los pesos convertibles o a las divisas y en qué cantidades. Algunas estimaciones sugieren que la mitad de la población tiene alguna cantidad de

⁵⁶ Para más detalles, véase «Cuba prepares for exchange-rate reform», *Economist Intelligence Unit*, 12 de marzo de 2014.

pesos convertibles, pero en muchos casos la suma será muy pequeña. La concentración de los ahorros en las cuentas bancarias es muy elevada, pero los que tienen prósperos negocios en el mercado negro, por ejemplo, guardan su dinero en otras partes. Lo que sí se puede identificar con alguna certeza son los grupos sociales que tienen más acceso a los pesos convertibles y los que no lo tienen. Los más pobres son los que dependen de las pensiones del Estado o de la asistencia social y no cuentan con apoyo familiar. Las pensiones son apenas suficientes para las necesidades de subsistencia, de manera que los servicios sociales tienen que complementarlas en los casos en que no hay una familia detrás o es demasiado pobre. Aunque en La Habana se mueve más dinero, y por ello los jóvenes tienen más oportunidades para ganar algo, para la gente mayor incapaz de moverse de un lado a otro puede ser uno de los peores lugares para vivir porque los precios son más elevados. La gente con empleos estatales mal pagados, sin acceso a gratificaciones, oportunidades para trapear, trabajos extras o remesas del exterior, también está cerca del nivel de subsistencia.

A continuación vienen –probablemente más de la mitad de la población– los que consiguen arreglárselas porque de alguna manera pueden complementar sus ingresos del Estado, pero viven al día y no ganan lo suficiente como para ahorrar. Los funcionarios públicos entran en esta categoría que también incluye a los que viven de modestas remesas del exterior o realizan pequeñas actividades privadas, legales o ilegales. Las diferencias salariales son importantes, pero no son el principal determinante del consumo real, que depende del acceso a los pesos convertibles. Algunos de los empleados del Estado más afectados por las dificultades han sido los miembros y funcionarios del PCC que se supone que no se dedican a ninguna actividad no oficial. Pueden tener privilegios en especie, pero no en cuanto a los ingresos. Para algunos profesionales, los viajes de trabajo al extranjero pueden proporcionar la oportunidad de obtener un dinero extra para cuestiones de envergadura, como reparaciones en la casa. A medida que ha pasado el tiempo, ha aumentado la proporción de trabajadores del Estado que reciben alguna clase de bonificación. Primero vinieron las *javas*, o bolsas mensuales de productos básicos como lejía o dentífrico; ahora son más habituales las bonificaciones de entre 10 y 25 pesos convertibles. En la década pasada, los ingresos de un creciente número de hogares se han incrementado lo suficiente como para tener un teléfono móvil, mejorar sus casas o comprar un coche de segunda mano. Pero los ingresos nominales de los

trabajadores estatales no han crecido en consonancia con el coste de la vida, de manera que cualquiera que siga dependiendo de un salario en pesos sigue pasándolo muy mal.

La minoría rica es un grupo aparte. Está formado por la poca gente que recibe abundantes remesas del exterior, algunos agricultores, los pocos propietarios con éxito de empresas no estatales legales o ilegales, las figuras internacionales del deporte y la cultura, los gestores corruptos y el ocasional funcionario público también corrupto. Es decir, los que no obtienen sus privilegios de los ingresos en pesos pagados por el Estado cubano. Viven en un mundo diferente al de la mayoría de la población. La política hacia este grupo es tratar de detectar y castigar el delito económico y fortalecer el sistema fiscal para asegurarse de que las rentas altas sean más gravadas tanto en sus ingresos como en su consumo. Sin embargo, el Gobierno está abandonando cualquier intento de impedir los ingresos elevados derivados de la actividad legal y en este sentido se están levantando las restricciones sobre los jugadores de béisbol que se marchan a jugar al extranjero, mientras que los cubanos tienen ahora más libertad para viajar fuera a trabajar y después regresar.

Sin embargo, para la mayoría, la mejora en los niveles de vida ha sido leve y dolorosamente lenta y más difícil de sobrellevar –especialmente en La Habana–, porque los menos afortunados pueden ver las comodidades de las que disfrutaban otros, a menudo procedentes de trabajos poco honrados. Los productos básicos todavía están subvencionados, pero algunos de ellos han desaparecido del racionamiento y hay que adquirirlos en los mercados agrícolas. Esto ha sido un proceso gradual que ha ido acompañado por un lento aumento de los salarios nominales y una ampliación de las bonificaciones. Los suministros de energía han mejorado, pero ha habido aumentos en los precios de los servicios públicos, como el agua y la electricidad, que tienden a absorber el alza de los salarios. Así pues, para mucha gente apenas es perceptible la mejora de los niveles de vida. Sin embargo, la red de asistencia social permanece en su lugar y las infraestructuras y los servicios públicos sin duda están mejor que antes, reflejando las prioridades del Gobierno a la hora de utilizar las nuevas corrientes de ingresos procedentes de los impuestos y de la exportación de servicios profesionales.

¿Una alternativa?

El segundo y último mandato presidencial de Raúl Castro finalizará como muy tarde en 2018. En 2016, cuando el proceso quinquenal de «actualización» en base a los actuales Lineamientos llegue a su fin, el objetivo es que la economía cuente con una base productiva más amplia y un sector privado de mayor tamaño, al mismo tiempo que mantenga la sanidad universal, la educación y las políticas sociales. Para lograrlo, el ritmo de inversión tendrá que crecer. Habida cuenta del éxito de Cuba en cultivar relaciones con nuevos socios, incluyendo China, Brasil y Rusia, la aspiración de aumentar el flujo de inversión extranjera parece factible. La tarea más espinosa será aumentar la eficiencia y el dinamismo de la economía nacional al mismo tiempo que se impide la profundización de las brechas de renta y las divisiones sociales que amenazan al proyecto socialista de Estado.

Antes de descartar a Cuba considerándola una fuerza agotada, se debería reconocer la magnitud de sus logros. Aunque admiten que los mecanismos del mercado pueden contribuir a una economía más diversificada y dinámica, los responsables políticos cubanos no se han tragado las promesas de una liberalización y privatización a gran escala y siempre han sido conscientes de sus costes sociales. Este planteamiento, definido entre otras cosas por las excepcionalmente difíciles condiciones internacionales, ha tenido más éxito en términos tanto de crecimiento económico como de protección social que lo que suponían los modelos del Consenso de Washington. Si comparamos la experiencia de Cuba con la de los antiguos miembros del COMECON de Europa del Este –o incluso con China y Vietnam–, es posible identificar algunas características distintivas de su senda de comportamiento.

En primer lugar, Cuba ha sido capaz de mantener una red de seguridad social durante la crisis, en marcado contraste con el resto de los países mencionados. En el contexto del singularmente severo choque exógeno y del hostil entorno externo, el compromiso con la provisión de bienestar social universal sirvió, sin duda, para limitar las penurias sociales. En segundo lugar, el proceso de amplia consulta popular se halla vinculado a esta primera opción, especialmente en tres momentos críticos: en el comienzo de la crisis, en el proceso de estabilización y en los prolegómenos de la fase de nuevo ajuste de Raúl Castro. En tercer lugar, al mantener el control de los precios y salarios durante el primer periodo de choque y recuperación, fue posible restaurar relativamente de prisa

la estabilidad refrenando una espiral inflacionaria. Aunque los salarios y precios fijos crearon las condiciones para una floreciente economía informal, también sirvieron para minimizar las perturbaciones y limitar la brecha de ingresos dentro de la economía formal. Aunque ambos son totalmente distintos, la estrategia resiste la comparación con el sistema de «doble vía» de China, donde se mantiene la vía «planificada», mientras que junto a ella se desarrolla una vía de «mercado», proporcionando oportunidades para la experimentación y el aprendizaje. Pese a todas sus ineficiencias y confusiones, la «bifurcación» y la «segunda economía» de Cuba tuvieron su papel para ajustarse a las nuevas condiciones.

En cuarto lugar, el Estado retuvo el control del proceso de reestructuración económica, lo que le permitió canalizar los muy limitados recursos en divisas hacia industrias seleccionadas, consiguiendo una notable recuperación de los ingresos denominados en divisas en relación al capital disponible. Estas empresas también sirvieron como «oportunidades de aprendizaje» para que los planificadores, gestores y trabajadores cubanos debatieran cómo adaptarse a los cambios de la situación internacional. La base exportadora que ha creado este planteamiento puede ser demasiado estrecha para impulsar un crecimiento sostenible a largo plazo, pero fue una eficaz manera de restaurar la capacidad económica después del periodo de crisis. Finalmente, el rechazo cubano de la ruta de «transición al capitalismo» predominante facilitó espacio para un proceso de ajuste –descrito por un funcionario como una «evolución permanente»⁵⁷– que ha sido flexible y sensible al cambio de condiciones y a las limitaciones cubanas. Esto supone un marcado contraste con las recetas más rígidas de liberalización y privatización auspiciadas por las hordas de consultores de la transición presentes en los antiguos países del COMECON. Cuba es un país pobre, aunque sus sistemas de educación y salud sean modelos para la región. Sus planteamientos han mostrado que, a pesar de las contradicciones y dificultades, es posible incorporar mecanismos de mercado dentro de un modelo de desarrollo dirigido por el Estado con resultados relativamente positivos en términos de funcionamiento económico y de resultados sociales.

Esto plantea la siguiente pregunta: ¿por qué debemos asumir que el Estado renunciará a su papel dominante dentro de la economía o que el actual planteamiento de las políticas aplicadas finalmente deba dar paso

⁵⁷ Entrevista, ministro de Inversión Extranjera y Cooperación Económica, La Habana, junio de 1996.

a una senda de transición hacia el capitalismo? Un supuesto fundamental de las economías en transición ha sido la afirmación de János Kornai de que «una alteración parcial del sistema» no puede tener éxito; la eficiencia y el dinamismo solamente se maximizarán cuando sea completa la transformación desde un sistema económico de «planificación socialista» a uno de «mercado capitalista», porque el primero es demasiado inflexible para sobrevivir a largo plazo. Pero la experiencia de los antiguos países del COMECON ha demostrado que el éxito está lejos de estar garantizado y que los costes sociales pueden ser elevados. Considerado sin prejuicios, el caso cubano sugiere que, después de todo, otro camino puede ser posible

MARCO D'ERAMO

UNESCOCIDIO

RESULTA TREMENDO PRESENCIAR la agonía de tantas ciudades. Espléndidas, opulentas, ajetreadas, han sobrevivido durante siglos, a veces milenios, a las vicisitudes de la historia: guerras, pestes, terremotos. Pero ahora, una tras otra, se están marchitando, vaciando, transformándose en decorados teatrales en los que se escenifica una pantomima sin vida. Allí donde antes vibraba la vida y la humanidad irascible se abría paso empujando, a empellones, ahora solo hay bares para el aperitivo y puestos de recuerdos (todos iguales) que ofrecen «especialidades locales»: muselinas, *batiks*, prendas de algodón, pareos, pulseras. Lo que antes era un torrente vivo, lleno de gritos y animación, está ahora pulcramente reducido a un folleto turístico. La sentencia de muerte se dicta desde un edificio elegante de París (plaza Fontenoy, séptimo *Arrondissement*) tras un proceso burocrático casi interminable. El veredicto es una etiqueta que ya no se puede despegar: un sello marcado para siempre¹.

Ser incluida en la lista de los lugares Patrimonio de la Humanidad de la UNESCO es el golpe de gracia para una ciudad. En cuanto se estampa la marca, se acaba con la vida de la ciudad; está lista para el taxidermista. Este urbicidio (palabra horrorosa) no se perpetra a propósito. Por el contrario, se comete con toda la buena fe y la intención más noble del mundo: conservar (sin cambios) un «legado» de la humanidad. Tal como la misma palabra sugiere, «conservar» significa embalsamar, congelar, salvar a algo de la decadencia debida al paso del tiempo; pero en este caso también significa detener el tiempo, fijar el objeto como lo haría una fotografía, protegiéndolo de todo crecimiento o cambio. Por

¹ Una versión más breve de este artículo se ha publicado en el número de julio-agosto de *Domus*, la revista italiana de arquitectura. Gracias a Enrico Alleva, Daniella Ambrosino, Alessandro Fallavollita, Andrea Forti, Anna Nadotti y Andros Waibel por sus comentarios y sugerencias.

supuesto que hay monumentos que precisan cuidados y atención, pero si la Acrópolis hubiera estado sujeta a una orden de conservación en el 450 a. C., ahora no tendríamos el Partenón, el Propileo o el Erecteón. La UNESCO se habría horrorizado con la Roma de los siglos XVI y XVII, que produjo un admirable popurrí de neoclasicismo, manierismo y barroco.

No es imposible alcanzar un equilibrio entre construcción y conservación: vivir en ciudades llenas de museos y obras de arte, en lugar de vivir en mausoleos con barrios dormitorio. Hace poco tiempo volví a San Gimignano después de treinta años. No había ni un solo carnicero, frutero o panadero auténtico dentro de sus murallas. De hecho, una vez que los bares, los restaurantes y las tiendas de recuerdos habían echado el cierre, no había ni un solo habitante de San Gimignano en la ciudad antigua: todos viven fuera de las murallas, en bloques de apartamentos modernos cerca de los centros comerciales. Dentro de las murallas, todo se ha convertido en un decorado para una película sobre la vida medieval, con los inevitables productos de una «tradición inventada» en exposición. Cuanto más pequeña es una ciudad, más rápido perece.

La ciudad laosiana de Luang Prabang ha sufrido el mismo destino. Ahora, su centro histórico es una trampa turística. Las casas han sido transformadas en hoteles y restaurantes, con el típico mercado al aire libre (idéntico en todo el mundo) donde se venden los mismos collares, bolsas tejidas y cinturones de cuero. Paradójicamente, la consecuencia no intencionada de intentar conservar la singularidad de un lugar es la creación de un «no lugar», que es reproducido en los emplazamientos Patrimonio de la Humanidad en todo el planeta. De la misma manera que hay que salir de las murallas medievales de San Gimignano para encontrar a sus auténticos habitantes, hay que pedalear dos kilómetros por la carretera de Phothisalath, más allá de Phu Vao, para llegar donde viven los laosianos. Consideremos Portugal: al pasear por Oporto, la frontera invisible del barrio que es Patrimonio de la Humanidad se percibe inmediatamente: la humanidad heterogénea de su entramado urbano da paso como por arte de magia a una monocultura de hosteleros, mesoneros y camareros a la caza de clientes, a los que se reconoce instantáneamente por su forma de vestir (pantalones cortos, botas de monte) radicalmente inapropiada para la ciudad. En Gran Bretaña, pocos sitios están tan muertos como los centros históricos de Bath y

Edimburgo². Curiosamente, ambos son sedes de festivales, que es la función inevitable de una ciudad Patrimonio de la Humanidad. Venecia tiene el festival de cine y varias bienales; Aviñón, el festival de teatro; Spoleto, en Umbría, tiene el Festival de los Dos Mundos. En otros casos (Salzburgo, Bayreuth), un festival de prestigio proporciona la justificación para la inclusión en la lista de la UNESCO. Estas ciudades reciben el estatus de Patrimonio de la Humanidad porque ya son decorados teatrales, pintorescas naturalezas muertas; a la inversa, las actuaciones teatrales o musicales que la etiqueta atrae les pueden proporcionar una apariencia de vitalidad.

Con demasiada frecuencia, la operación de rescate de Patrimonio de la Humanidad cura la enfermedad matando al paciente. La ciudad antigua de Rodas y la acrópolis de Lindos, en la misma isla, son dos casos relevantes. Salvar un montón de piedras no es lo mismo que salvar una ciudad y una cultura urbana. En este sentido, la analogía entre los lugares con un legado cultural y los parques naturales induce a errores. Las reservas naturales se establecen para multiplicar la flora y la fauna existentes, mientras que la fauna humana de las ciudades Patrimonio de la Humanidad se ve forzada a huir al resultar imposible llevar a cabo los asuntos prácticos de la vida cotidiana. Los ciudadanos de Dresde, la «Florencia alemana», se han rebelado recientemente contra este destino. En 2004 se le concedió el estatus de Patrimonio de la Humanidad a la ciudad y al valle del Elba, que la rodea; pero había una pega: la buena gente de Dresde quería evitar los atascos de tráfico para cruzar el Elba, así que necesitaban un puente nuevo; la UNESCO se oponía, afirmando que arruinaría el paisaje. La cuestión se planteó en un referéndum: una mayoría de los habitantes votó a favor, incluso a riesgo de perder el estatus de Patrimonio de la Humanidad, que efectivamente se rescindió en 2009. En agosto de 2013, los ciudadanos celebraron la inauguración de su nuevo puente.

En este momento se puede plantear una objeción evidente. Cualesquiera que sean los problemas de la etiqueta de Patrimonio de la Humanidad ¿no hay acaso una amenaza de signo contrario quizá más peligrosa para el caótico bullir de la vida urbana, esto es, la codicia insensata de

² Sorprendentemente, de los veintiocho lugares Patrimonio de la Humanidad que la UNESCO ha escogido en el territorio del Reino Unido, solo cinco se hallan en ciudades: Bath en Inglaterra, Edimburgo en Escocia y Saint George en Bermudas, así como los residuos posimperiales: los muelles de Greenwich y Liverpool. Los demás son castillos, paisajes y monumentos de la Edad de Piedra.

los constructores que destrozán todo para construir horrendos bancos, bloques de apartamentos y centros comerciales? Un viaje a China ilustra nítidamente esta otra plaga. En América Latina, las únicas capitales que todavía no han sido destrozadas de esta manera son la decadente La Habana (aunque la llegada de capital *gusano* desde Miami podría cambiar esta situación rápidamente), el corazón colonial de Quito y los *beaux quartiers* de Buenos Aires; en Río, los distritos de Ipanema y Leblón han sido destruidos completamente. Es cierto que es difícil elegir entre vivir en un museo o a la sombra de un banco gigantesco. Pero en realidad la oposición entre lo turístico y lo financiero es falsa. El turismo es una máquina inagotable de hacer dinero, cuyos activos se extraen incesantemente y se reinvierten en algoritmos de alta velocidad en los rascacielos de vidrio y acero del sector financiero. El entorno utópico soñado por la elite empresarial (ilustrado en los satinados suplementos de fin de semana del *Financial Times* o *Sole 24 Ore*) se compone de distritos financieros y ciudades museo con legado cultural. Ambos se vacían al anochecer, no tienen vida. Según las teorías dominantes, el turismo se considera todavía como una especie de «floritura» posmoderna, algo superestructural, al contrario que las minas, las fundiciones o los astilleros de la economía «real». Sin embargo, el turismo, junto con sus sectores relacionados, es una de las industrias más fuertes del siglo XXI en el sentido de generación de más dinero en efectivo. Sería interesante diseñar una tabla de sus flujos de entradas y salidas con el modelo de Leontief. Sin turismo, la industria del automóvil se vería muy reducida, así como el sector aéreo (la mayoría de los aviones se fabrican para el transporte turístico), el sector naval (barcos para cruceros), la construcción (hoteles, casas de vacaciones, autopistas) y, por supuesto, la industria de la restauración. El turismo es la principal fuente de ingresos de la capital financiera del mundo, Nueva York.

Vender autenticidad

El turismo de masas es el legado más perdurable del auge económico de la posguerra. Comenzó en la década de 1950 y se aceleró en las de 1960 y 1970. El caso de Grecia es ejemplar: en 1951 solo 50.000 turistas visitaron el país; diez años más tarde esta cifra se había elevado hasta el medio millón; en 1981 llegó a 5,5 millones y en 2007 alcanzó los 18,8 millones,

casi el doble de la población nativa del país³. Por lo tanto, no es sorprendente que en la década de 1970 se creara la etiqueta de Patrimonio de la Humanidad. En 1972, tras muchos años de discusión, la Conferencia General de la UNESCO aprobó la *Convención sobre la protección del patrimonio mundial, cultural y natural*, que ha sido ratificada por ciento noventa países desde entonces. En 1976, se estableció el Comité del Patrimonio de la Humanidad, y dos años más tarde identificó su primer bien. En otras palabras, la marca se «lanzó» coincidiendo con el despegue de la revolución del turismo mundial, representando tanto sus logros como la clave de su continua autopromoción⁴. La marca UNESCO permite a la industria turística cobrar por el valor comercial de la autenticidad, de la misma forma que se hace con la etiqueta de un diseñador de moda o con la clasificación de vinos *Grand Cru* de las denominaciones de origen controladas; de hecho, los bodegueros de Borgoña están intentando conseguir el estatus de Patrimonio de la Humanidad para sus vinos. Adorno acuñó la expresión «la jerga de la autenticidad», la crítica del turismo como parte de la industria de la cultura está muy relacionada con las ideas de la Escuela de Frankfurt. A este respecto, Dean MacCannell, en su imprescindible ensayo sobre el turismo, cuestionó la tesis de Walter Benjamin al sostener que el aura de una obra de arte original surge solo después, y no antes, de ser copiada: la reproducción técnica confiere el aura⁵. En este sentido, la función de la UNESCO es precisamente proporcionar la certificación del aura.

La *marca* Patrimonio de la Humanidad no es la causa del turismo, sino su sello de legitimidad, la institución bienhechora que proporciona a la industria su tapadera ideológica. Aquí entramos en la órbita de la filosofía escolástica medieval: el problema de los universales, la relación entre los nombres y las cosas. La etiqueta no es la cosa; pero tal como J. L. Austin sostenía, las palabras tienen fuerza performativa y un certificado puede ser un instrumento poderoso. El Patrimonio de la Humanidad es la *schöne Seele* hegeliana de la industria turística, la hermosa alma que nos permite aceptar la devastación del turismo en nombre de la conservación estética.

³ Para 1951-1981, véase Orvar Löfgren, *On Holiday: A History of Vacationing*, Berkeley, 1999, p. 179. Para 2007, véase la Base de Datos de Turismo de la OMT.

⁴ Hasta 2014 la UNESCO ha declarado setecientos setenta y nueve bienes patrimonio cultural de la humanidad, entre ellos doscientas cincuenta y cuatro ciudades, la mayoría situadas en Europa, con casi la mitad de ellas en solo cuatro países: Italia tiene veintinueve; España, diecisiete; Francia y Alemania, once cada una.

⁵ Dean MacCannell, *The Tourist: A New Theory of the Leisure Class* [1976], Berkeley y Los Ángeles, 1999, p. 48 [ed. cast.: *El turista: una nueva teoría de la clase ociosa*, Barcelona, 2003].

Nunca ha habido una antítesis entre cultura y turismo, conservación y capital; no ha habido enfrentamientos titánicos entre los operadores turísticos (que con los paraguas bien altos lideran el ataque de las hordas de turistas hacia nuestras antiguas ruinas) y los heroicos conservadores ilustrados que salvan los tesoros inestimables de nuestro pasado. Si surgen algunas contradicciones menores entre ambos, debemos tener en cuenta la lección de Pierre Bourdieu sobre el papel del capital cultural como subfracción, dominada por las fracciones más grandes y poderosas del capital económico y financiero, incluso aunque procure ganar un mayor grado de autonomía y autodeterminación respecto a ellas. Aunque a la postre el capital cultural debe su propio poder sobre los estratos dominados de la sociedad al capital económico. Es una lucha entre los que dominan que nunca pone en duda los límites y el poder de la dominación.

Sin embargo, la marca Patrimonio de la Humanidad padece dos contradicciones potencialmente dañinas. La primera es lo que podríamos llamar fundamentalismo cronológico, según el cual cualquier cosa más antigua se considera más merecedora de conservación. Por lo tanto, la excavación de una muralla romana justifica la alteración de un claustro medieval magnífico, como en la catedral de Lisboa. La segunda contradicción tiene un carácter más filosófico: puesto que la UNESCO está multiplicando sus lugares Patrimonio de la Humanidad, y la humanidad continúa produciendo obras de arte (o eso esperamos), si algunas partes del globo están ya inmovilizadas por los «restos», ¿en qué condiciones estará dentro de otros mil años: estaremos todos viviendo en la Luna y comprando entradas para visitar el planeta Patrimonio de la Humanidad? En el fondo está la cuestión del entendimiento que este proceso establece entre pasado y presente. Es evidente que el presente produce monstruosidades; pero siempre lo ha hecho. Lo mismo se decía en Roma durante la época barroca: *Quod non fecerunt barbari, fecerunt Barberini*, «Lo que no hicieron los bárbaros, lo hizo la familia Barberini». Y el paso del tiempo no ha sido benévolo: nos ha dejado montones de literatura clásica de tercera categoría mientras que incontables obras maestras han desaparecido, entre ellas toda la pintura de la Grecia clásica y la mayoría de sus bronce ecuestres.

En la *querrela de los antiguos y los modernos* del siglo XVII, Fontenelle señaló en sus *Diálogos de los muertos* que los antiguos eran modernos en su época, y que la única virtud de los modernos contemporáneos era haber llegado después; los horrores de su época no eran peores quizá

que los horrores entonces modernos de los antiguos. En su momento, los templos griegos (con sus pesados tejados de madera y las columnas y frontispicios pintados de rojo y azul) habrán parecido achaparrados, de mal gusto y estridentes: muy lejos de la estética celestial de sus ruinas. Actualmente, el horizonte de París sería impensable sin la Torre Eiffel, pero cuando fue construida para la Exposición Universal de 1889, fue denunciada como una aberración que desfiguraba la perspectiva: un golpe mortal para la ciudad. ¿Quién puede afirmar que dentro de dos mil años los centros comerciales actuales no vayan a ser considerados obras maestras de la arquitectura? Ya ha sucedido con los almacenes del puerto de Ostia Antica del siglo I.

Italia es el país que más ha sufrido la marca UNESCO al tener la mayor densidad de bienes Patrimonio de la Humanidad del mundo. En 1909, Marinetti anunció que, junto a sus colegas, iba a lanzar allí el Manifiesto Futurista porque «Queremos librar a Italia de su gangrena de catedráticos, arqueólogos, guías turísticos y anticuarios. Durante demasiado tiempo, Italia ha sido un mercado para tratantes de segunda mano. Queremos liberarla de sus innumerables museos, que la asfixian como si fueran cementerios». Al contrario de Marinetti, no tengo nada en contra de los museos. Simplemente, me opongo a la museificación como categoría universal que (para usar la expresión kantiana) subsume la vida entera de una ciudad y una sociedad. Se podría pensar que, después de cuarenta años de actividad de la UNESCO, todo el patrimonio de Italia estaría ya etiquetado. Pero el proceso ha sido casi exponencial: un bien en la década de 1970, cinco más en la de 1980, veinticinco en la de 1990 y otros veinte en el nuevo milenio. Ciudades y regiones hacen cola todavía, haciendo campaña ante los funcionarios de la UNESCO. Como los países que aspiran a ser sede de los Juegos Olímpicos, que parecen no darse cuenta de la consecuente ruina que les empujará al abismo, los alcaldes, los consejeros y las oficinas de turismo de Italia se esfuerzan en lograr el estatus de Patrimonio de la Humanidad.

Las ciudades turísticas son el máximo ejemplo de un problema urbanístico más general. El capitalismo posmoderno ha intensificado la noción reduccionista racionalista-modernista de zonificación, que llegó a dominar la planificación urbana del siglo XX. La zonificación se basa en la monofuncionalidad: no se duerme donde se trabaja, no se sale de juerga donde se duerme, no se hacen negocios donde se va de juerga. De esta forma, la ciudad queda segmentada en distritos («turístico», financiero,

comercial, residencial, industrial) que nunca se cruzan o coinciden (nunca encontrarán un bar en un barrio residencial estadounidense). El problema de la zonificación es que las ciudades se levantaron con un objetivo diametralmente opuesto: lugares de interconexión y articulación entre las diversas actividades humanas. El urbicidio bienintencionado de la UNESCO es un paso más en lo que ya se ha conseguido por medio de la monofuncionalidad. Detroit ha caído, pero Chicago sobrevive, porque mientras que la Motor City era monoocupacional y totalmente dependiente de la industria del automóvil, la Windy City posee una mezcla: agricultura, procesado de alimentos, industrias químicas y del acero, finanzas y cultura, varias instituciones universitarias y de investigación. Cualquier ciudad que dependa de una sola industria (sea el turismo o las finanzas) está condenada a muerte.

GLEB PAVLOVSKY

Da entrevista que sigue, realizada en enero de 2012 por Tom Parfitt, entonces corresponsal de The Guardian en Moscú, nunca ha sido publicada. Es un documento notable, posiblemente la explicación más reveladora hasta el momento sobre la visión que Putin tiene del poder y sus raíces. Desde finales de 1999 hasta 2011, Pavlovsky fue uno de los principales asesores de Putin en el manejo de la opinión pública rusa, uno de los dos principales «tecnólogos políticos» del régimen junto con Vladislav Surkov. Los perfiles de ambos eran muy distintos. Mientras que el medio checheno Surkov, nacido en 1964, es un producto puro del poscomunismo, que ascendió de la banca y la empresa privada a los servicios de asesoramiento del Kremlin a modo de ideólogo posmoderno y novelista a tiempo parcial, Pavlovsky —nacido en Odessa más de una década antes, en 1951— fue un estudiante disidente a finales de la década de 1960, acusado de «anarquismo y extremismo izquierdista». Detenido a comienzos de la década de 1980 por su participación en una revista clandestina, tras colaborar con las autoridades, fue exiliado al norte, en lugar de encarcelado. Durante el Gobierno de Gorbachov, volvió a Moscú, convirtiéndose en publicista activo en el fermento democrático del momento, antes de apoyar incondicionalmente a Yeltsin y ayudar a organizar las elecciones fraudulentas que lo mantuvieron en el Kremlin en 1996. Después fue el arquitecto de la «democracia dirigida» de Putin, a quien pudo observar de cerca durante más de una década de servicio, hasta que en la primavera de 2011 se opuso a que su jefe ocupase la presidencia por tercera vez y fue despedido. Intelectualmente más agudo y con más conciencia histórica que Surkov (también marginado, aunque no tan drásticamente), Pavlovsky traza un asombroso retrato de la procedencia, el temperamento y los puntos de vista de Putin, sobre todo, su actitud hacia el capital. También ofrece una vívida e informada crónica sobre el modo en el que el consenso político del que había disfrutado Putin empezó a caer cuando este decidió apartar a Medvédev y volver al Kremlin, lo cual exigió, en opinión de Pavlovsky, una financiarización ahora completa de un sistema político que se ha convertido en un «híbrido entre una aseguradora y un casino». Pavlovsky, famoso entre sus detractores por su «arrogante cinismo y épatage», se describe a sí mismo como un «especialista en la construcción y en la protección del Gobierno». Después de esta entrevista, ha criticado abiertamente la gestión gubernamental de la crisis de Ucrania, porque desencadena en las calles emociones ciegas como las que la tecnología política que él ayudó a construir pretendía suprimir. En un artículo reciente centraba su ataque en la televisión rusa, por considerar que se ha convertido en un poder cuasi independiente y potencialmente desestabilizador dentro del régimen, como una fuerza «patógena» que azuza una histeria popular capaz de convertirse en una pesadilla.

GLEB PAVLOVSKY

LA VISIÓN QUE PUTIN TIENE DEL MUNDO

Entrevista realizada por Tom Parfitt

¿Cuáles son las raíces de la visión ideológica de Putin?

ACOMIENZOS DE LA década de 1990 Putin había desarrollado casi todas las ideas que abraza hoy. Acababa de empezar a trabajar en San Petersburgo, pero si miramos los documentos de la época vemos que ya manifestaba diversas actitudes, como, por ejemplo, las referentes a la idea de que el sistema de administración de Rusia debería ser un Estado unitario y centralizado; y también su tolerancia a la aceptación de sobornos por parte de los *chinovniki* [burócratas]. Eso sorprendía a muchos, pero es innegable que él adoptaba una perspectiva positiva a este respecto. Incluso compartía –y repitió– la escandalosa tesis del entonces alcalde de Moscú, Gavril Popov, de que los burócratas tenían derecho a comisión por los contratos.

Mostraba también por aquella época, por supuesto, su sutil desdén hacia los demócratas, que habían recibido el poder sin esfuerzo, sin lucha, como si se lo hubiesen encontrado sin más en la calle. De modo que la mayoría de las ideas estaban ya presentes en aquella época, incluidas las señales de su oportunismo, la sensación de que no es necesario ir contra corriente, que de hecho hay que dejarse llevar por ella. ¿Por qué luchar contra una tendencia y agotar los propios recursos? Uno tiene que llevar los recursos a la tendencia y conseguir con ellos lo que quiere. Ese instinto Putin lo tuvo desde el principio. También había tomado de Vladimir Zhirinovski, presidente del ultranacionalista Partido Demócrata Liberal de Rusia, la idea de que el país debería dividirse en *generalgubernatorstva*, con un gobernador general encargado de cada región. Yeltsin también soñaba con esta solución, pero fue incapaz de alcanzarla. Es una idea muy popular en Rusia.

¿En qué sentido influyó la caída de la Unión Soviética en estas ideas?

Putin pertenece a una capa de población muy extensa, pero políticamente opaca, sin representación, que desde finales de la década de 1980 buscaba la *revanche* en el contexto de la caída de la Unión Soviética. Yo fui también uno de ellos. Mis amigos y yo éramos incapaces de aceptar lo que había ocurrido: no podíamos dejar que siguiese ocurriendo. Había cientos, miles de personas así en la elite, que no eran comunistas; yo, por ejemplo, nunca pertencí al Partido Comunista. Era gente que a la que no le gustaba cómo se habían hecho las cosas en 1991. Este grupo constaba de gente muy dispar, con ideas muy diferentes acerca de la libertad. Putin fue uno de los que esperaron pasivamente el momento de la *revanche* hasta el final de la década de 1990. Por *revanche* me refiero a la resurrección del gran Estado en el que habíamos vivido, y al que nos habíamos acostumbrado. No queríamos otro Estado totalitario, por supuesto, pero sí uno respetable. Era imposible respetar al Estado de la década de 1990. Uno podía pensar bien de Yeltsin, tenerle lástima. Pero para mí era importante contemplar a Yeltsin bajo una luz diferente: por una parte, había que protegerlo del castigo; por otra, era importante por constituir la última esperanza para el Estado, porque estaba claro que si los gobernadores subían al poder firmarían otro Tratado de Belovesh, y después de eso Rusia dejaría de existir.

Putin es un soviético que no sacó lecciones del hundimiento de Rusia. Es decir, sí aprendió lecciones, pero muy pragmáticas. Entendió el advenimiento del capitalismo de un modo muy soviético. A todos nos enseñaron que el capitalismo es un reino de demagogos, detrás de los cuales se sitúa el gran capital, y detrás de él, una maquinaria militar que aspira a controlar todo el mundo. Es una imagen muy clara y sencilla que en mi opinión Putin tenía en la cabeza, no como una ideología oficial, sino como una forma de sentido común. Pensaba que en la Unión Soviética éramos unos idiotas; habíamos intentado construir una sociedad equitativa cuando deberíamos haber estado ganando dinero. Si hubiéramos ganado más dinero que los capitalistas occidentales, podríamos haberlos comprado, o podríamos haber creado un arma que ellos no tuviesen. Eso es todo. Era una partida y nosotros la perdimos por no haber hecho cosas muy sencillas: no creamos nuestra propia clase de capitalistas, no les dimos a los depredadores capitalistas de nuestro bando la oportunidad de desarrollarse y devorar a los depredadores capitalistas del de ellos.

¿En qué medida siguen estas ideas formando el sustrato de la sensibilidad política de Putin, y de la Rusia a la que él ha dado lugar?

No creo que el pensamiento de Putin haya cambiado significativamente desde entonces. Para él se trata de pura lógica. Por eso se siente cómodo y seguro en su posición; no teme debatir al respecto. Piensa: mira a todos esos occidentales, una cosa es lo que dicen y otra lo que hacen en realidad. Tienen un maravilloso sistema de dos partidos, uno le cede el poder al otro, y tras ellos está siempre lo mismo, el capital. Ahora es una fracción del capital y después la otra. Y con este dinero han comprado a todos los intelectuales y organizan cualquier política que necesiten. ¡Hagamos lo mismo! Putin es un soviético que se impuso la tarea de la *revanche*, no en un estúpido sentido militar, sino en un sentido histórico. Se la impuso en el lenguaje soviético, en el lenguaje de la geopolítica, el de un duro pragmatismo cercano al cinismo, pero no completamente cínico. Putin no es un cínico. Piensa que el hombre es un ser pecaminoso, que es inútil intentar mejorarlo. Cree que los bolcheviques, que intentaron crear personas equitativas y honradas, fueron sencillamente idiotas y no deberíamos haberlo hecho. Gastamos un montón de dinero y energía en eso, y al mismo tiempo intentamos liberar otros países. ¿Por qué? No teníamos necesidad de hacerlo.

El modelo de Putin es completamente distinto del de Ziuganov, el secretario de lo que queda del Partido Comunista de la Federación Rusa. La idea de Putin es que deberíamos ser más grandes y mejores capitalistas que los capitalistas, y estar más consolidados como Estado: debería haber una unidad máxima del Estado y la empresa. ¿Un sistema de dos partidos como el estadounidense? Fenomenal, nosotros también lo tendremos. Putin trabajó muchos años para conseguirlo. Aunque admite que no lo ha conseguido, pienso que sigue siendo lo que quiere, si bien comprende que es una tarea mucho más difícil de lo que había imaginado. Pero la política debería estar en los partidos. La actual solución no es un sistema unipartidista, no hay analogía con el Partido Comunista de la Unión Soviética. El partido gobernante, Rusia Unida, no es el Estado. Es solo un saco lleno de personas que se aferran al Kremlin: un sistema telefónico que transmite señales del Kremlin hacia abajo a través del aparato regional. No tiene absolutamente ninguna independencia y no puede actuar por sí mismo, en contraste con el antiguo PCUS. No puede desarrollar las directivas políticas. Necesita instrucciones completas, una, dos, tres, cuatro y cinco. Si la tres y la cuatro se pierden, para y espera hasta que le digan qué hacer.

Rusia Unida no tiene nada en común con el PCUS. Ha sido útil como pieza del sistema. Esta es una de las conclusiones que sacó Putin: que hacen falta votos, que hace falta la legitimidad de la gente, y no la que otorga el haber capturado el Palacio de Invierno en 1917.

¿Realmente quiere un sistema bipartidista con una verdadera competencia política por el poder?

Putin no cree que en Occidente se dé una verdadera competencia entre partidos políticos. Lo ve como un juego, como un partido de golf en un club privado: un jugador es ligeramente más fuerte, otro ligeramente más débil, pero de hecho no hay verdadera competencia. Lo imagina como en la República Federal de Alemania después de la guerra, bajo el liderazgo de Adenauer. Hay dos partidos, uno de los cuales tiene el poder, y el segundo espera, quizá mucho tiempo. Los socialdemócratas esperaron, creo, desde 1945 hasta 1970. Es una especie de sistema de un partido y medio. Putin siempre ha dicho que en algún momento del futuro la oposición conseguirá el poder, y debemos estar listos para ese momento. Con estar listos se refería a que debemos estar aquí y allí, es decir, controlando ambos partidos. El segundo partido aún no ha aparecido realmente en Rusia; pero Putin no se oponía a que los comunistas se convirtiesen en socialdemócratas. Se suponía que todos los partidos debían estar controlados por el presidente, por supuesto. La idea de un poder presidencial por encima de los otros tres poderes está en nuestra Constitución. El presidente tiene un poder especial que no se relaciona con el poder ejecutivo: el poder ejecutivo acaba en el primer ministro. El presidente está por encima de todos ellos, como un zar. Ese es el dogma para Putin. Piensa que en los Estados y en las sociedades antiguas hay una sensación de orden —la población no aspira a destruir a su oponente cuando vence en las elecciones— y nosotros carecemos de ese sentido de orden. También piensa que hasta el momento todas las formas de poder en Rusia han quedado inacabadas: quiere construir una forma de gobierno fuerte y duradera.

¿Estaba, entonces, Putin intentando difundir conscientemente la idea de que el presidente es equiparable al zar?

A Putin nunca le ha gustado la idea de un presidente de partido. Pero en su equipo nunca ha habido un pleno consenso a este respecto. Quienes imaginaban un presidente de partido no lo entendían en el sentido occidental de la expresión, sino, por el contrario, como una rotación periódica

de un grupo de la elite que pasa cierto tiempo en el poder y recolecta sus primas –ventajas económicas, profesionales y de reputación– y después se hace a un lado. El segundo grupo pasa al poder, pero no aspiran a destruirse entre sí. Putin siempre decía que nos conocemos, y todavía no hemos alcanzado esa fase; sabemos que tan pronto como nos hagamos a un lado, nos destruiréis. Lo decía de manera explícita: nos pondréis contra el paredón y nos fusilaréis. Era una creencia muy arraigada, basada en los duros enfrentamientos de 1993, cuando Yeltsin bombardeó el Soviet Supremo y mató a mucha más gente –y Putin lo sabe– de la que se reconoció oficialmente. Después se produjo el enfrentamiento de 1999, cuando el grupo liderado por Yevgeni Primakov y Yuri Luzjov le dijo a Yeltsin directamente que, si no les entregaba el poder voluntariamente, correría la misma suerte que Nicolae Ceaușescu.

¿Una «democracia dirigida», entonces?

Sí, estamos hablando de democracia dirigida, pero quizá en Occidente hayáis olvidado que este concepto se generalizó en la década de 1950 en los países europeos en los que había habido fascismo. En Alemania, por ejemplo, la idea era la misma: los alemanes tienen tendencia al totalitarismo, así que no se les debe permitir acercarse a la política. Deben tener la posibilidad de votar libremente, pero quienes controlen la verdadera política deben seguir siendo los mismos, no ceder. Hay que crear un estricto sistema de control. Todo en Rusia –la elevada barrera de votos para entrar en la Duma del Estado, el sistema del partido y medio– está tomado de la experiencia alemana. Solo que en Rusia no está completamente logrado por la ruptura entre finanzas y política. ¿Es un cínico desde el punto de vista de la teoría de la democracia? Probablemente sí, pero aquí no parece cínico. Quizá se ejecutó con más éxito en Europa, pero vuestro sistema es más antiguo, habéis aprendido a mejorarlo.

Es importante señalar que surgió un cierto «consenso en torno a Putin», en el que coexistían diferentes posiciones: un consenso que abarcaba a la población y a la elite. Era un pacto entre la elite dominante y los principales grupos de la sociedad, a los que se les garantizó una cierta distribución social. Y eso no basta, porque el Estado es pobre, o al menos lo era al comienzo de la presidencia de Putin. En el centro de este pacto se sitúan los empleados de la burocracia estatal, que en la década de 1990 estaban en una situación muy débil, con la excepción de los ministros, por supuesto, pero no todo el mundo es ministro. El consenso incluyó a la burocracia regional y a las

estructuras militares humilladas en la década de 1990, pero también a una parte de los intelectuales intermedios, médicos y maestros; y por último, incluyó a las mujeres, sobre las que habían recaído todos y todo, porque los hombres no supieron adaptarse al nuevo sistema. Había una tasa de mortalidad terriblemente alta, y las mujeres se convirtieron en cabezas de familia. Estas capas de población que habían perdido en el pasado se dieron cuenta de que eran las más importantes del país.

Por otro lado, este consenso tenía que incluir también a una elite que quería sentirse libre, y que exigía máxima libertad para cruzar las fronteras. Para Yeltsin la relajación de las restricciones de visados no fue una prioridad. Para Putin fue algo importante desde el principio. Si quieres salirte de la partida, vete, por favor. No habrá presión ideológica; no hace falta. Será un Estado sin ideas, basado en el sentido común y en el hombre medio, el ciudadano. No obstante, las masas no deben tener acceso al poder, porque son totalitarias y no se puede confiar en su gobierno. Este era el consenso en torno a Putin, que empezó en 2000, cuando había un verdadero deseo de despolitización y de volver a algo más parecido al modelo soviético, y no empezó a tambalearse hasta hace un año. Empezó a erosionarse cuando Putin decidió que él era el único garante, que solo él era capaz de controlar toda la situación. Ese fue su error. La decisión de volver a la presidencia en 2012 fue un delirio de grandeza. El consenso lo había convertido en una figura carismática, y él creía en ese consenso.

¿Sugiere usted que el «consenso en torno a Putin» se hundió a finales de 2011?

Cuando dejó el poder en 2007, Putin había decidido experimentar con una ampliación del consenso. Era su principal idea: el país necesita un cambio, no puede estar gobernado por generales. El sucesor debe ser alguien distinto, o se producirá un estancamiento. Se trataba, por lo tanto, de una modernización del consenso. Después quedó claro, para mí al menos, que Putin empezaba a frenar este proceso. Se produjeron importantes cambios internos. En la primavera de 2010, Putin cayó en una especie de depresión muy perceptible. Incluso empezó a hablar mal, leía los discursos. Se producía una incertidumbre, una falta de confianza, cuando aparecía en público. No miraba a la cámara, algo inusual en él. Empezó a dudar de sus propias decisiones, y de la gente con la que trabajaba. Empezó a cambiar. Decidió que todos estaban haciendo algo mal, que todos tomaban decisiones equivocadas, incluido Dimitri

Medvédev. Y él no tenía influencia sobre eso. Así que le invadió una especie de temor. Es un completo mito que Putin y Medvédev pactasen hace años el retorno de aquel, aunque quizá discutiesen la idea cientos de veces. Así es la política. Siempre fue una cuestión abierta. Medvédev y Putin tienen distintas formas de hablar. Son viejos amigos, bromean juntos. Las insinuaciones significan mucho.

En 2008, después del traspaso de poder, al Kremlin le preocupaba cómo respondería la gente a Medvédev, o quizá que él no consiguiese manejar nada. Fue un momento de mucho nerviosismo. Así que probablemente discutieron sobre qué ocurriría si las cosas salían mal. Después de todo, la valoración de Putin en las encuestas se había comportado como si le diesen Viagra: crecía de manera constante y sin fisuras. Por cierto, los mejores índices los obtuvo cuando ya no era presidente, en 2008. Pero probablemente Putin vio la cuestión de su retorno como algo decidido, mientras que Medvédev la entendió como una opción que él tenía posibilidades de evitar. Probablemente, Putin planteó que si la aceptación de Medvédev superaba a la suya, perfecto. Pero no debió de haber un acuerdo formal. En 2010 el sentimiento empezó a cambiar, y la paradoja, dado que habían temido que Medvédev no obtuviese una aceptación, es que el cambio empezó exactamente cuando la elite dirigente comenzó a creer que probablemente Putin no volviese y empezó a migrar hacia Medvédev. Eso fue realmente lo que puso a Putin en guardia. A finales de 2010 efectuamos para el Kremlin una investigación que demostraba que las elites, incluida la elite en el poder, se inclinaban por apoyar a Medvédev. Los pensionistas, considerados la principal base de apoyo a Putin, preferían ahora al otro. Se trataba principalmente de hombres; las mujeres seguían prefiriendo mayoritariamente a Putin. Medvédev empezó a mostrarse más confiado y Putin se asustó. Hubo un momento de 2010 en el que la aceptación de ambos estaba al mismo nivel, y eso también alarmó a Putin. Desde el otoño de 2010, cuando Medvédev insistió en que Luzjov debía irse y lo logró –a Putin no le gustó, porque fue un gesto muy enérgico–, Putin empezó a mostrar, al principio de manera sutil, que no todo estaba decidido.

¿No podía Putin seguir siendo el «líder nacional» y dejar la presidencia a Medvédev?

¿Qué significa eso de «líder nacional»? Si uno basa sus perspectivas, como hace Putin, en la idea de que la población rusa está dispuesta en cualquier momento a abalanzarse sobre las autoridades y convertirlas en pedazos ensangrentados, no puede fiarse de una noción tan vaga como la de «líder

nacional». La cuestión es dónde está el verdadero poder, dónde están las teclas y las palancas. Putin tenía la sensación de que Medvédev estaba erosionando su popularidad y que era hora de volver al escenario. Los sociólogos le decían que, tan pronto como insinuase su vuelta, su aceptación en las encuestas ascendería a los cielos, pero él no podía decirlo, porque habría roto las normas del tándem; al mismo tiempo, Medvédev insinuaba con mucha frecuencia que estaba dispuesto a quedarse. Por eso a finales de 2010 la relación era muy tensa, algo exacerbado por el hecho de que no hablaban al respecto, como ocurre en las familias; el problema es que no se habla del problema. Hablaban de todo excepto de eso. Putin pensaba: «No me dice nada porque trama algún plan», y lo mismo pensaba Medvédev de Putin. Además, él era el presidente, ¿por qué iba a tener que discutir esas cosas con el primer ministro? El comportamiento de Medvédev adquirió cierta vehemencia, como, por ejemplo, cuando criticó duramente a Putin por su actitud ante el problema de Libia. Eso subrayó lo difícil que se había vuelto la relación entre ambos. Había un temor constante a que Medvédev disolviese repentinamente el Gobierno, y que esto crease una situación completamente distinta. Este temor alcanzó su punto culminante en la primavera de 2011.

Es cuando me fui, en abril de 2011. Yo estaba a las órdenes directas de la Casa Blanca de Moscú, es decir, a las órdenes directas de Putin. Había expresado la opinión de que había un verdadero problema referente a la garantía que le ofrecíamos a la elite dominante. La modernización cambiaría el carácter del poder; hacía falta eliminar el miedo del sistema, para que los miembros de la elite no temiesen que con el cambio de Gobierno podrían acabar en la cárcel. Era necesario un pacto. Pero el problema era que Medvédev no quería discutir nada con Putin, y el propio Putin se consideraba el único capaz de convertirse en garante, aunque ya no podía garantizar nada. La gente de su círculo seguía diciéndole: Mira lo que pasa, vamos a acabar todos en la cárcel de Lefortovo».

¿Por qué ese miedo?

El *establishment* del Kremlin tiene, desde el asalto de Yeltsin al Parlamento en 1993, la absoluta convicción de que, tan pronto como cambia el centro de poder, o si presionan las masas, o si aparece un líder popular, todos serán aniquilados. Es una sensación de gran vulnerabilidad. Tan pronto como alguien –no necesariamente la población, quizá los gobernadores, quizá otra facción– tenga la oportunidad, destruirá físicamente

al *establishment*, o este tendrá que luchar para destruir a ese alguien. De hecho, el riesgo de hundimiento del país se había evitado; en esa medida, la *revanche* de Putin había salido bien. A pesar de toda la corrupción, ya no existía una amenaza separatista en el norte del Cáucaso, y había un consenso, inexistente en la década de 1990, en torno a la unidad del Estado. Nadie en la región quería escindirse y crear un Estado aparte; ese deseo había desaparecido. Putin creó una presidencia legítima. Se produjo una estabilización. La población ya no quería reconstruir la Unión Soviética, aunque, por supuesto, Putin aún quería crear un gran Estado.

¿Con qué argumentos se opuso usted a que retomase la presidencia?

El retorno de Putin fue un error táctico. Yo dije en aquel momento que no sería aceptado ni por la población ni por la elite. Una semana después de que se anunciase la *rokirovka* –el «enroque», el cambio Medvédev/Putin en septiembre de 2011– la popularidad de Putin cayó drásticamente, y la de Medvédev más aún, lo que demuestra la reacción: no la aceptaron ni siquiera quienes antes habían apoyado a Putin. Así que el consenso en torno a Putin empezó a tambalearse. Mientras duró, la población no presentó quejas específicas contra las elecciones. No votaban, o votaban por el partido en el poder. Pero después de la *rokirovka*, empezó rápidamente a mostrarse insatisfecha; las elecciones legislativas celebradas en diciembre de 2011 provocaron una reacción negativa. El partido Rusia Unida nunca ha influido demasiado en la economía de las regiones. Es un club de elites locales. Pero entonces se convirtió en el chivo expiatorio. Quedó paralizado y empezó a hundirse. Putin había aumentado el problema al crear en la primavera de 2011 la coalición del Frente Popular, diluyendo las estructuras de Rusia Unida. Mostró que no necesitaba nada para dirigir el país; lo haría solo, fomentando la idea de que se trataba de un sistema personalizado. Fue un error, porque hacía mucho que el sistema había dejado de ser personalizado. Y no estaba dispuesto a querer a Putin. Al menos el tándem era una especie de pluralismo. A la población no le gustó volver al estereotipo de líder único; y Putin pensó que sí. Me sorprendió. Normalmente es cauto y tiene buenos instintos, pero ahí asumió un gran riesgo.

A comienzos de 2011 yo les decía a Vladislav Surkov y a otros miembros de la administración que sería mejor que Medvédev permaneciese en el cargo. A Surkov le parecía la opción preferible. Nunca tuve la impresión de que Surkov deseara un experimento como el regreso de Putin. Percibía los límites del

sistema. Fue el último del Kremlin que entendía lo que el Kremlin podía soportar y lo que no. Y ahora ya no queda nadie que lo comprenda.

Putin ya no puede ser el garante. Hace diez años podía decir, «os garantizo la propiedad bajo ciertas condiciones». O decirles a los oligarcas: «Podéis hacer esto, pero no eso o aquello». La razón por la que ahora no puede hacerlo es que cada instrucción hay que comprarla y pagarla; para que alguien escuche, para que la orden se realice. El poder vertical es un sistema de concesión de acceso a recursos: uno tiene literalmente que pagar para que las cosas se hagan. En diez años, la disposición de la gente a querer a Putin y mostrarse de acuerdo con todo lo que él hace ha cambiado de manera fundamental. Ya no existe. Antes, nadie –un gobernador, por ejemplo– podía arriesgarse al enfrentamiento, porque sin duda perdería. Pero ahora se ha abierto un espacio para la disensión. Todo el mundo tiene recursos. Putin puede seguir repartiendo dinero para que lo quieran, pero tendrá que pagarle a cada admirador. Cuando digo «pago», me refiero a algún tipo de prima financiera. Tenemos una política completamente financiarizada. Las autoridades solo existen dentro de los límites de su capacidad para dar crédito. Y en este sentido nuestro sistema es absolutamente ideal, lo que hace falta en el mundo de la globalización. El poder de Putin no radica en la emisión de órdenes; no puede ordenar nada. Radica en el hecho de que es él quien puede acudir al mercado mundial en nombre de los enormes recursos naturales rusos. Es un monopolio. Desde el punto de vista económico, el consenso en torno a Putin sigue funcionando a la perfección.

¿Bajo qué restricciones piensa usted que operará ahora Putin?

En otros aspectos, el consenso se ha acabado. Todo el mundo quiere un garante de su propiedad, pero las garantías de Putin solo estuvieron en vigor mientras existía la «mayoría de Putin»: la elite liberal, los oligarcas, los empresarios, los burócratas y las mujeres mayores, todos ellos apoyaban cada una de las palabras de Putin. En esa situación se sentían protegidos, asegurados, siempre que no rompiesen el consenso. En la práctica, el poder vertical funciona de abajo arriba. Si alguien quiere algo, empieza a negociar; y para hacerlo apela a la mayor autoridad, el Kremlin, o a sus representantes; entonces puede actuar, y todo va bien. Pero ahora hay una situación en la que nadie puede garantizar su propiedad. El consenso se ha acabado, y al mismo tiempo ha emergido un sistema de propiedad en la sombra, que públicamente no guarda relación con la realidad. Y no puede protegerse a sí

mismo. ¿Cómo lo va a proteger Putin? ¿Diciéndole a la población que no acepte sobornos? Nadie en el país va a escucharle. El hecho de que Medvédev no pudiese afrontar este problema es parte de la razón por la que Putin decidió que sería incapaz de manejar Rusia.

¿Cómo ha afrontado Putin las protestas que estallaron a finales de 2011 contra el Kremlin?

Hasta ahora está claro que no tiene estrategia; es muy reactivo. Pero por el momento, por intuición, está esperando que las protestas se agoten por sí solas, como lo hicieron en cierta medida con el interludio de Navidad. Ha sido Santa Claus quien se ha encargado de nuestro mayor movimiento democrático hasta la fecha, no Putin. Lo más importante es que el consenso en torno a Putin se ha venido abajo, pero siguen quedando grupos sociales que no ven alternativa y quieren una garantía. De hecho, ya no creen que Putin pueda dársela. ¿Pero si él no, quién? Nuestro Estado es un híbrido único entre aseguradora y casino. A todos se les garantiza que no caerán por debajo de cierto nivel y, al mismo tiempo, se está apostando mucho con su dinero en el mercado mundial. Pero la gente no quema una empresa aseguradora, porque su seguro ardería con ella. La gente mira a Dimitri Bikov —un popular poeta que apareció en escena en las protestas— y piensa: «Sí, un gordito maravilloso y alegre, un poeta, ¿pero qué va a pasar con nuestro dinero?» Y no solo los *siloviki* piensan así.

¿Cuál cree que será el resultado?

Putin saldrá elegido presidente en las elecciones de marzo de 2012, probablemente en primera vuelta, pero no dispone de un sistema efectivo a su servicio. Necesita crear un nuevo partido. Se verá obligado a gobernar con una especie de coalición, a pesar de que las odia. Por eso la reacción a las manifestaciones ha sido relativamente blanda, y por eso Putin no ha rechazado las reformas de los partidos propuestas por Medvédev, a pesar de que no le gustan. Pero tendremos que esperar a ver si las circunstancias le exigen crear una coalición. ¿Será capaz de resignarse a eso? ¿Puede convertirse en un presidente de coalición? Si no, se producirá una crisis enorme, y pronto. ¿Será capaz de crear un Gobierno? Porque está absolutamente claro que Medvédev como primer ministro no podrá hacerlo por sí solo. ¿Quién creará el Gobierno? Putin necesitará convertirse en cabeza de la comisión que destruya el sistema que él mismo ha creado, e idear otro. ¿Conseguirá reunir esta «comisión de liquidación»? No lo sé.

KEVIN PASK

MOSAICOS DEL NACIONALISMO ESTADOUNIDENSE

SI EL NACIONALISMO constituye un fenómeno esencialmente moderno, el nacionalismo estadounidense es, a estas alturas, tan venerable como imponente, habida cuenta de que entró en escena antes de que la mayoría de las naciones europeas pudieran abandonar completamente la crisálida de los Estados dinásticos que las albergaban. Benedict Anderson otorga una especial consideración a las experiencias que tuvieron lugar en el Nuevo Mundo en la formación inicial de comunidades imaginadas en términos específicamente nacionalistas¹. El nacionalismo estadounidense comparte con el francés una vocación de universalidad, un «imperio de libertad», como denominó el francófilo Jefferson a la república estadounidense; pero, a diferencia de Francia, también ha reivindicado con frecuencia una relación especial con la Divina Providencia². Nunca ha vacilado a la hora de considerar la identidad «estadounidense» como eminentemente propia, con independencia del *americanismo* del resto del hemisferio. Como sucedió con otros nacionalismos del Nuevo Mundo, heredó una lengua materna de una lejana potencia europea; pero, a diferencia de una España o un Portugal en decadencia, el imperio natal de la mayoría de los primeros estadounidenses desempeñó un papel fundamental en el sistema global

¹ Véase en particular la esclarecedora discusión de Anderson acerca de las diferencias existentes entre los nacionalismos norteamericano y sudamericano, que permitieron que Estados Unidos se convirtiera en un Estado continental, incluyendo la cohesión geográfica de las Trece Colonias (un área más pequeña que Venezuela) y la ausencia de rivales «nacionales»: «¿No es probable acaso que, si hubiera existido en California una considerable comunidad de habla inglesa en el siglo XVIII, habría surgido allí un Estado independiente, como Argentina respecto a un Perú de las Trece Colonias?», *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, edición revisada, Londres y Nueva York, 1991, pp. 63-64.

² Para el «nacionalismo universal» de Estados Unidos, véase Robert Kagan, *Dangerous Nation: America's Place in the World from Its Earliest Days to the Dawn of the Twentieth Century*, Nueva York, 2006, pp. 42-43.

de acumulación al declararse la independencia de las Trece Colonias³. A diferencia de Canadá, otro Estado continental, procedente de la conjunción de las colonizaciones francesa e inglesa como baluarte frente a la expansión estadounidense, la identidad estadounidense no incluía dos lenguas y culturas europeas en un mismo Estado, un hecho que ha impedido que se produjera un único nacionalismo canadiense. Provisto de tan grandes ventajas, así como de un territorio maduro para la conquista, el nacionalismo estadounidense semeja un experimento realizado sin apenas esfuerzo, inmerso en un proceso de autoinvención y expansión continuas.

Sin embargo, por algunos de los mismos motivos, hace tiempo que los historiadores estadounidenses vienen mostrando una persistente renuencia a la hora de aplicar un lenguaje nacionalista, asociado a las arraigadas identidades atribuidas a las naciones europeas, al caso de Estados Unidos. Asimismo, el país se tomó más en serio su condición de federación de Estados que la de Estado-nación propiamente dicho, en el cual el Gobierno central resultaba primordial. «La vieja República estadounidense era federal, no centralizada ni nacional», escribe John Lukacs. «Las palabras “nacional” o “nación” no aparecen en la Constitución y apenas fueron utilizadas por la generación de los Padres Fundadores. Durante el siglo de la inmigración masiva, desde 1820 hasta 1920, se extendió el uso de este vocablo, si bien todavía en ese último año el sensato historiador Charles A. Beard afirmaba que “nacional” constituía un concepto más europeo que estadounidense»⁴.

El contrapeso federalista a la identidad nacional y a la acción política nacionalista declinó rápidamente en el siglo XX. En la década de 1920, incluso el presidente conservador Warren Harding pudo asegurar que

³ Las continuidades entre la forma del Imperio británico y la del estadounidense han sido destacadas tanto por William Appleman Williams, *Empire as a Way of Life: An Essay on the Causes and Character of America's Present Predicament, Along with a Few Thoughts About an Alternative*, Nueva York, 1980, pp. 16-23 [ed. cast.: *El imperio como forma de vida*, México DF, FCE, 1989], y Walter Russell Mead, *God and Gold: Britain, America, and the Making of the Modern World*, Nueva York, 2007. Giovanni Arrighi, sin embargo, subraya las diferencias cruciales vigentes entre las formas británica y estadounidense de territorialismo y acumulación de capital: el desarrollo estadounidense de un imperio territorial interno y el perfeccionamiento afín de la corporación integrada verticalmente: *The Long Twentieth Century: Money, Power, and the Origins of Our Times*, Londres y Nueva York, 1994, esp. pp. 287-295 [El largo siglo XX. Dinero y poder en los orígenes de nuestra época, Madrid, Akal, 1999].

⁴ John Lukacs, *Outgrowing Democracy: A History of the United States in the Twentieth Century*, Garden City, Nueva York, 1984, p. 142.

«las fronteras estatales prácticamente han dejado de tener una importancia más que geográfica⁵». Los estadounidenses se han acostumbrado a verse a sí mismos como un Estado-nación bastante coherente y se muestran impacientes con las barreras federalistas a la acción nacional. En este análisis, compartido en particular por los liberales estadounidenses, la centralización del Estado constituye el complemento necesario de la identidad nacional⁶. No obstante, parece ser que finalmente la vía que opuso menor resistencia al desarrollo de un Estado nacional centralizado en Estados Unidos fue la del Estado militarizado comprometido con la seguridad nacional. Así pues, el historiador del nacionalismo estadounidense debe buscar sus fuentes tanto en el exterior como en el interior. Por otro lado, las recientes vicisitudes que ha atravesado el imperio estadounidense, caracterizadas por Giovanni Arrighi como la «crisis terminal» de todo el «ciclo de acumulación estadounidense», también sugieren una crisis interna de la naturaleza del nacionalismo estadounidense, que revela divisiones regionales ocluidas desde la fase inicial de ese «ciclo de acumulación» que tuvo lugar en el periodo posterior a la Guerra Civil estadounidense⁷.

Este proceso está vagamente presente en el reciente debate (basado, naturalmente, en los gráficos de las redes nacionales de televisión) de los estados rojos (republicanos) y los estados azules (demócratas), pero la interpretación del proceso legislativo federal ha suscitado un discurso más sostenido y más envenenado de las divisiones regionales que alcanzó un grado extremo durante el cierre del Gobierno federal en octubre de 2013, generando un aluvión de comentarios sobre la «resistencia masiva» esencialmente sureña (un término que hace referencia a la intransigencia legislativa que caracterizó al sur blanco durante el periodo

⁵ Citado en Frederick Jackson Turner, «Sections and Nation» [1922], en *Frontier and Section: Selected Essays of Frederick Jackson Turner*, Englewood Cliffs, Nueva Jersey, 1961, p. 150.

⁶ De acuerdo con Francis Lieber, nacido alemán, que escribía en 1839: «La centralización es la convergencia de todos los rayos del poder en un punto central; la nacionalización es la difusión de la misma sangre a través de un sistema de arterias por todo un cuerpo político, en realidad, es el surgimiento del cuerpo político como tal, moral y plenamente consolidado de una masa de otro modo no articulada», citado por Hans Kohn, *American Nationalism: An Interpretative Essay*, Nueva York, 1957, p. 133.

⁷ Véanse en particular los ensayos sobre el desmoronamiento de la hegemonía estadounidense en *NLR* 32 y 33, marzo-abril y mayo-junio de 2005, reimpresos en *Adam Smith in Beijing: Lineages of the Twenty-First Century*, Londres y Nueva York, 2007, pp. 175-249 [*Adam Smith en Pekín. Orígenes y fundamentos del siglo XXI*, Madrid, Akal, 2007].

de los Derechos Civiles) a un Gobierno federal funcional⁸. Puesto que el apoyo legislativo al cierre no se limitó al Sur, sino que reflejó la ya bastante conocida, aunque radicalizada, alianza Nixon-Reagan-Bush que abarca la zona occidental interior, la zona sur del Medio Oeste y el Sur, la retórica regional es prueba fehaciente del continuado poder que mantienen las divisiones de la Guerra Civil estadounidense bajo la presión generada por la disfunción política doméstica.

Prenacionalismo

Si bien se consideraba que la Revolución americana había creado una nación a partir de las distintas colonias estadounidenses, la república de los primeros tiempos siempre se caracterizó por fuertes afiliaciones regionales más que «nacionales». En el primer Congreso Continental, celebrado en 1775, John Adams señaló las diferencias existentes entre los dirigentes de las distintas colonias:

El carácter de los caballeros de las cuatro colonias de Nueva Inglaterra difiere tanto del de los de las demás como difiere el carácter de la gente común y corriente, esto es, casi tanto como si se tratara de *varias naciones bien diferenciadas*. Los caballeros, los hombres inteligentes o con alguna clase de educación en las otras colonias son muchos menos en proporción que en Nueva Inglaterra. Los señores en las demás colonias tienen grandes plantaciones de esclavos y la gente común a su alrededor es muy ignorante y muy pobre. Estos caballeros están acostumbrados, habituados, a un concepto más elevado de sí mismos y de la distinción existente entre ellos y la gente común que nosotros⁹.

Adams se refiere a varias naciones, pero en realidad su lenguaje invoca dos naciones clave, Nueva Inglaterra y los estados esclavistas sureños.

Ni la Revolución ni la Constitución lograron trascender estas diferencias. De acuerdo con la influyente formulación de John Murrin, la Constitución,

⁸ Véase, por ejemplo, Michael Lind, que ha asociado al Partido Republicano con la «resistencia masiva» desde por lo menos el principio de la presidencia de Obama: «Tea Party Radicalism Is Misunderstood: Meet the “Newest Right”», *Salon*, 6 de octubre de 2013; o Garry Wills, «Back Door Secession», *The New York Review of Books* blog, 9 de octubre de 2013. Para Lind, «los miembros dominantes de la nueva derecha son los notables locales sureños blancos, los *Big Mules* [las grandes mulas], como el populista sureño Big Jim Folsom describió en una ocasión a los señores de las concesiones de automóviles, los clubes de campo y las cámaras de comercio locales». ⁹ Carta de 25 de noviembre de 1775; citada en Jack Greene, «State and National Identities in the Era of the American Revolution», en Don Doyle y Marco Antonio Pamplona (eds.), *Nationalism in the New World*, Athens (GA), 2006, p. 67 [cursivas, de Greene].

que unió formalmente los nuevos Estados Unidos, en la práctica creó «un tejado sin muros»: un aparato federal para el gobierno de asuntos comunes de comercio y defensa entre los estados, pero sin los muros que constituirían una identidad nacional común. «La identidad nacional estadounidense fue, en resumidas cuentas, una creación de la Revolución, inesperada, improvisada, artificial y, por lo tanto, extremadamente frágil. Sus raíces sociales eran mucho más débiles que aquellas que dieron lugar a los Estados Confederados de América en 1861 y, sin embargo, la Confederación fue aplastada por la fuerza militar»¹⁰. En términos constitucionales, el Gobierno federal más o menos asumió los poderes que en otro tiempo recayeron sobre el Estado británico, por lo que no debe sorprendernos que los estados defendieran celosamente sus prerrogativas, ni que los antifederalistas lograsen introducir la Carta de Derechos (*Bill of Rights*), que prohibía expresamente al Estado federal asumir los poderes de la «tiranía» británica sobre sus colonias. De este modo, el recelo hacia un Estado centralizado quedó incorporado a la Constitución. Posteriormente, Tocqueville observó que la lealtad afectiva de los estadounidenses se dirigía a los Gobiernos de los estados y no al Gobierno federal. Las disposiciones de la Constitución «daban dinero y soldados a la Unión, pero los estados mantenían el afecto y los prejuicios de las gentes»¹¹.

En ausencia de otras formas de identificación nacional, los dos partidos de los primeros tiempos, los federalistas y sus oponentes jeffersonianos, «aceptaron la Constitución como parámetro, un proceso que mantuvo el sistema en funcionamiento y convirtió a sus arquitectos en algo así como populares semidioses en el transcurso de una generación», escribió Murrin. «En pocas palabras, la Constitución se convirtió en un

¹⁰ John Murrin, «A Roof without Walls: The Dilemma of American National Identity», en Richard Beeman, Stephen Botein y Edward C. Carter (eds.), *Beyond Confederation: Origins of the Constitution and American National Identity*, Chapel Hill (NC), 1987, pp. 344-345.

¹¹ Alexis de Tocqueville, *Democracy in America*, Chicago, 2000, p. 157 [ed. cast.: *La democracia en América*, Madrid, Akal, 2002]. Sin embargo, «Los diferentes estados no solo tienen los mismos intereses, el mismo origen y el mismo lenguaje, sino también el mismo grado de civilización, lo cual casi siempre permite que lleguen a acuerdos fácilmente»; «por lo tanto, Maine y Georgia, situados a ambos extremos de un vasto imperio, encuentran naturalmente más oportunidades reales para formar una confederación que Normandía y Bretaña, separadas tan solo por un arroyo»: pp. 158-159. Más tarde, Tocqueville contrasta el estado libre de Ohio con el esclavista Kentucky como si de hecho pertenecieran a dos civilizaciones muy diferentes: pp. 331-333. Tocqueville tenía opiniones divididas respecto a la homogeneidad de los estados estadounidenses, dependiendo en parte de hasta qué punto tenía en mente la cuestión de la esclavitud en el momento de escribir.

sustituto de cualquier otra clase más profunda de identidad nacional. El nacionalismo estadounidense es distinto porque durante prácticamente su primer siglo fue marcada y exclusivamente constitucional. La gente sabía que sin la Constitución Estados Unidos no existiría»¹². Sin embargo, el hecho de compartir unos fundamentos constitucionales no palió la rivalidad existente entre las «naciones», que desempeñó un papel crucial en el proceso de expansión del nuevo país. La historia estadounidense, desde la firma de la Constitución hasta la Guerra Civil, está marcada no tanto por el crecimiento del espíritu nacional como por la creciente y feroz competición entablada entre estados esclavistas y libres por el *Lebensraum* en el Oeste. Frederick Jackson Turner identificó hace tiempo esta competición como el rasgo dominante de la vida política estadounidense anterior a la guerra:

Pero la Guerra Civil no fue sino la más drástica y trágica de las manifestaciones regionales, y en buena medida la forma que adoptó dependió del hecho de que ambas sociedades rivales, libres y esclavas, estuvieran avanzando unas junto a otras hacia los territorios del Oeste, cada una tratando de dominar la parte trasera del país, el interior, negociando acuerdos de vez en cuando, algo así como los tratados diplomáticos de las naciones europeas, definiendo esferas de influencia y adjudicando mandatos, como en el Compromiso de Missouri, el Compromiso de 1850 y la Ley de Kansas-Nebraska. Cada región del Atlántico se vio verdaderamente envuelta en una lucha de poder, y este poder habría de lograrse avanzando hacia el cada vez más extenso Oeste [...]. Las luchas que se entablaron entre las potencias rivales europeas por el control del ferrocarril de Bagdad, la ofensiva de Alemania hacia los ricos territorios conformados por los Balcanes e India y el proyecto de «Europa Central» en el contexto histórico de la Guerra Mundial guardan cierta semejanza con estas luchas regionales por los territorios adyacentes aún más valiosos del valle del Misisipi¹³.

El Sur pensaba, con cierta razón, que su propia supervivencia a largo plazo dependía de que la esclavitud se extendiera a los estados del Oeste. El objetivo original del Partido Republicano no era la abolición total, sino la restricción de la esclavitud a su base del sur de Estados Unidos, de modo que se produjera una contención demográfica y, a largo plazo, un debilitamiento del poder esclavista en la Federación. Lincoln no necesitó amenazar con la abolición de la esclavitud para que los estados sureños optaran por la secesión. La inminente contención de su expansión fue suficiente para despertar la crisis existencial por la supervivencia del Sur.

¹² J. Murrin, «A Roof without Walls», cit., pp. 346-347.

¹³ F. J. Turner, «The Significance of the Section in American History» [1925], en *Frontier and Section*, cit., pp. 118, 122.

El triunfo del Norte

En el momento de la ruptura, la Constitución auspició dos naciones. Cuando llegó el momento de escribir la suya propia, los Estados Confederados de América crearon deliberadamente una constitución que emulaba la Carta Federal, al tiempo que desarrollaba la libertad de los estados individuales que, afirmaba, había sido ignorada por el poder del Norte. Asimismo, mantuvo la celebración del 4 de Julio e invistió como presidente a Jefferson Davis el día del cumpleaños de Washington. No obstante, el nacionalismo sureño era, como ha defendido Murrin, más fuerte que el del Norte, y nunca llegó a apagarse¹⁴. El nacionalismo del Norte adoptó la forma de un regreso a la vieja unión, cuyos términos habrían de ser negociados. A diferencia del Sur, el Norte produjo un nacionalismo que insistía en identificarse con la totalidad del Estado estadounidense, incluido el Sur.

Sin embargo, a pesar de presentar aparentemente una menor propensión al nacionalismo, el Norte no vaciló en utilizar la ausencia temporal y, posteriormente, la tutela que supuso la Reconstrucción para los estados sureños, para avanzar en la conquista territorial del Oeste por su propia cuenta. «Lo que consiguió la guerra», escribe Gareth Stedman Jones, «fue eliminar los grilletes políticos e institucionales que limitaban el capitalismo industrial»¹⁵. Turner cita, aunque sin aprobarlo completamente, al sociólogo francés Émile Boutmy cuando menciona las características generales de la expansión estadounidense hacia el Oeste: «Su objetivo

¹⁴ J. Murrin sostiene que la intensificación del nacionalismo sureño se debió parcialmente a las diferencias existentes entre los tipos de «anglicización» evidentes ya en el siglo XVIII. «En Nueva Inglaterra, la influencia inglesa era central. Al margen del orden social, conservó buena parte de su singularidad original, como, por ejemplo, la observancia del Sabbath puritano y los sermones en la elección anual. En las colonias sureñas la influencia inglesa fue marginal y mantuvieron su singularidad esencial, que ahora más que nunca se caracterizó por las plantaciones y la mano de obra esclava. La base económica de un hacendado no tenía equivalente inglés, pero su comportamiento diario imitaba muy de cerca al de la alta burguesía rural»: «A Roof without Walls», p. 337.

¹⁵ «Las leyes aprobadas por los Congresos de la guerra dominados por el Norte incluyeron medidas de fortalecimiento de la banca central, altos aranceles para proteger a las nuevas industrias, una ley de contratación laboral para proporcionar un flujo constante de mano de obra inmigrante barata, la Homestead Act [Ley de Asentamientos Rurales] para lograr el apoyo del Oeste y la ayuda federal para llevar a cabo mejoras internas (la concesión de generosos préstamos y territorios libres para construir conexiones ferroviarias entre las industrias del Este y las granjas del Oeste, unificando así el mercado interno)»: Gareth Stedman Jones, «The Specificity of US Imperialism», *NLR* 1/60, marzo-abril de 1970, p. 70.

fundamental y preponderante es cultivar y asentarse en esas praderas, bosques y extensas tierras baldías. La característica sorprendente y peculiar de la sociedad estadounidense es que no se trata tanto de una democracia como de una enorme empresa comercial dedicada al descubrimiento, cultivo y capitalización de su enorme territorio. Estados Unidos constituye fundamentalmente una sociedad comercial, y solo en segundo lugar, una nación»¹⁶. Así, protegido por un programa de energía e inversiones por parte del Gobierno realizado a una escala inconcebible durante el periodo prebélico de rivalidad regional, Estados Unidos se convirtió en una potencia continental plena entre 1865 y 1900. La frontera y la inmigración, acentuadas ambas durante este periodo, se convirtieron en elementos cada vez más centrales en la formulación de la identidad nacional.

Los estadounidenses suelen equivocarse al comprender erróneamente este enorme proyecto del Norte como un proyecto enteramente nacional, lo cual ha dado lugar a una fuerte identificación de la nación con los emblemas del Oeste, especialmente su célebre *cowboy*, así como con la «tesis de la frontera» que formuló Turner en 1893 y que sustenta la teorización del excepcionalismo estadounidense. Lo que Turner, de hecho, introdujo fue la sublimación del triunfo del Norte en la supuesta trascendencia de las viejas divisiones regionales y las formaciones cuasi europeas: «La democracia estadounidense no nació del sueño de un teorizador; no fue transportada a Virginia en el *Sarah Constant*, ni a Plymouth en el *Mayflower*. Nació en los bosques estadounidenses y se fortaleció cada vez que alcanzaba una nueva frontera»¹⁷. El propio Turner, hijo de un político republicano de Wisconsin, fue producto de la migración hacia el Oeste que realizó la «nación» yanqui a través de las regiones septentrionales del Medio Oeste estadounidense, y la tesis de la frontera podría considerarse la extensión ideológica de esa migración como versión de la victoria del Norte¹⁸.

Mientras Turner erigía el ideal de la frontera como crisol de la identidad estadounidense, trascendiendo así las viejas regiones, la inmigración iba transformando el carácter étnico de las ciudades del Norte. Las características étnicas de la nación sureña (una mezcla de elites de las

¹⁶ F. J. Turner, «The Problem of the West» [1896], en *Frontier and Section*, cit., p. 68.

¹⁷ Frederick Jackson Turner, *The Frontier in American History* [1920], Nueva York, 1948, p. 293.

¹⁸ Para una elocuente interpretación reciente de Estados Unidos como una polémica colección de «naciones» fundacionales, incluida la región conocida como «Yankeedom» que se extiende a través de los estados septentrionales desde su patria original en Nueva Inglaterra, véase Colin Woodard, *American Nations: A History of the Eleven Rival Regional Cultures of North America*, Nueva York, 2011.

plantaciones, de origen inglés, antiguos esclavos y escoceses-irlandeses de los Apalaches) permanecieron en buena medida intactas; las oleadas de inmigración posteriores a la Guerra Civil estadounidense se dirigieron principalmente a las ciudades norteamericanas y al lejano Oeste. Las leyendas en torno al individualismo y la democracia de la frontera junto con la frenética maquinaria de asimilación se convirtieron en ingredientes fundamentales del nacionalismo estadounidense, iniciado por el Norte durante y después de la Guerra Civil, que dominaría la cultura estadounidense durante los cien años siguientes¹⁹.

Hollywood se convirtió en el mayor publicista, entre una gran diversidad de medios de comunicación que competían entre sí, de esta versión del nacionalismo estadounidense. La gran innovación de la narrativa filmica, *The Birth of a Nation*, de D. C. Griffith, representó también un ejercicio de épica nacional: una celebración del Ku Klux Klan como instrumento al servicio de la resurrección sureña y, en última instancia, de la armonía nacional; Woodrow Wilson convirtió esta película en la primera en proyectarse en la Casa Blanca. Sin embargo, a la larga, otros géneros más elásticos terminaron por dominar el repertorio hollywoodiense y el propio Griffith se convirtió en una figura aislada en el Hollywood por el que tanto había hecho²⁰. El *western* destaca entre los géneros de Hollywood como el romance bucólico de la nación, que garantizaba que Billy Yank y Johnny Reb terminaran por reconciliarse en las inmensas extensiones del Oeste y que convirtió el Monument Valley de Ford en la catedral natural de la identidad estadounidense. La tesis

¹⁹ Generalmente asociada a la *Progressive Era* [1890-1930] y especialmente al *New Deal*, la asimilación también produjo otra versión del americanismo abierto a los nuevos estadounidenses. Joseph McCarthy, de padre irlandés-estadounidense y madre alemana-estadounidense, pretendía, al menos parcialmente, de acuerdo con John Lukacs, «la humillación de los estadounidenses de vieja ascendencia anglosajona, la gente de convicciones más sosegadas y liberales. En 1949 me hizo gracia leer que una sección de la American Legion en Filadelfia acusaba de antiamericanismo a los directores de la sección de Filadelfia de los United World Federalists (un inocuo grupo de liberales). Los nombres de los acusados eran, sin excepción, ingleses, galeses o escoceses; los nombres de sus acusadores eran ucranianos, italianos y eslovacos», *Outgrowing Democracy*, cit., p. 143.

²⁰ Como ha defendido Perry Anderson, la simplicidad de las fórmulas de los géneros de Hollywood respondía en parte a la necesidad de hacer un cine nacional que estuviera a disposición de una población inmigrante heterogénea: «Force and Consent», *NLR* 17, septiembre-octubre de 2002. Para profundizar en las intersecciones entre raza e identidad inmigrante en la construcción de la identidad estadounidense en Hollywood, véase Michael Rogin, *Blackface, White Noise: Jewish Immigrants in the Hollywood Melting Pot*, Berkeley, 1996. La cara negra del inmigrante judío (*The Jazz Singer*) proponía una forma simbólica de mestizaje cuya potencial realización solo podía ser demonizada en *Birth of a Nation*.

de la frontera de Turner se había convertido, a diferencia de la mayoría de los argumentos historiográficos, en el material que utilizaron tanto historiadores como presidentes, desde Theodore Roosevelt hasta John Kennedy, y las películas del Oeste, al menos hasta sus últimos días, se dirían sistemáticamente sacadas de un guion de Turner. Así pues, en el periodo comprendido entre la Guerra Civil y la Segunda Guerra Mundial, el nacionalismo estadounidense constituyó un regulador entre la triunfante expansión nortea hacia el lejano Oeste, la teorización de Turner de este proceso como creación de una identidad excepcionalmente estadounidense, supuestamente no marcada por las viejas diferencias sectarias, y, finalmente, la incorporación de los inmigrantes a esta identidad nacional por parte de la *Progressive Era* y de Hollywood.

¿Nuevas fronteras?

A pesar de su carrera triunfal en el imaginario estadounidense, la tesis de Turner tuvo una cierta y extraña connotación de despedida. Fue presentada por primera vez en un discurso realizado en 1893 en el que Turner abordaba en detalle el reciente anuncio de la Oficina del Censo en virtud del cual la frontera occidental quedaba efectivamente cerrada: el país se había «llenado» entre los estados del Pacífico y la frontera del Medio Oeste de 1860 en un lapso extraordinario. ¿Cuál sería ahora el curso de la democracia estadounidense? «Todo el pensamiento posterior de Turner estuvo teñido de esta incómoda resistencia a las implicaciones pesimistas asociadas a la idea de la frontera», escribió Richard Hofstadter. «Si, como él había dicho, la democracia estadounidense nació en tierras libres y se fortalecía cada vez que alcanzaba una nueva frontera, ¿acaso no podría perder fuerza gradualmente tras la desaparición de la última frontera y, en última instancia, morir por falta de su particular alimento? Había una solución que encajaba bien con el optimismo de la llegada del siglo americano: «Y, sin embargo, afirmaba Turner (utilizando quizá por primera vez la frase que John F. Kennedy haría suya durante la década de 1960), si la civilización industrial provocaba conmoción y aprensión, también suponía un reto: “En vez de las viejas fronteras de la naturaleza inexplorada, existen nuevos límites no alcanzados en el campo de la ciencia, provechosos para las necesidades de la raza; existen las fronteras de unos ámbitos sociales mejores que aún no han sido exploradas”»²¹. Desde el «nuevo nacionalismo» de Theodore Roosevelt, presentado en

²¹ Richard Hofstadter, *The Progressive Historians: Turner, Beard, Parrington*, Nueva York, 1968, pp. 107, 109-110; cita de F. J. Turner, *The Frontier in American History*, cit., p. 300.

un discurso de 1910 en Osawatomie, centro de la campaña abolicionista de John Brown en «la sangrienta Kansas», hasta la «nueva frontera» de Kennedy, la «idea del Oeste» animó el progresismo estadounidense.

Sin embargo, las fronteras nacionales eran limitadas, al menos si las comparamos con las libertades de un presidente estadounidense en el extranjero²². La sustitución de las fronteras domésticas por las exteriores corresponde a Brooks Adams, quien, como Turner, estaba preocupado por el fin de la expansión continental estadounidense; a diferencia de Turner, él se sentía como en casa entre las elites de la política exterior de la Costa Este (nieta de John Quincy Adams, hermano de Henry Adams y estrecho colaborador de Theodore Roosevelt). Después de 1898 planteó que solamente una política exterior estadounidense expansionista, especialmente en el Pacífico, preservaría el vigor de la frontera convirtiendo al mismo tiempo a Nueva York en la capital futura del comercio mundial, puesto que se encontraba en la ruta hacia el oeste desde Venecia, Ámsterdam y Londres²³. El necesario despliegue de fuerza militar era un bien en sí mismo en la medida en que contrarrestaba la casi inevitable decadencia de la sociedad comercial. Naturalmente, todo ello complació plenamente a Theodore Roosevelt y, en una formulación modificada e idealizadora, también a Woodrow Wilson, quien tenía una mayor conexión personal con Turner que con Adams. Asimismo, formó parte central de la vertebración ideológica del siglo americano por venir²⁴.

Una política exterior agresiva y expansionista creó efectivamente un nacionalismo estadounidense común que alcanzó su apogeo en el periodo de la Guerra Fría. Esto fue particularmente importante en el Sur, cuyo propio y resistente nacionalismo había soportado la derrota y

²² Para una crítica reciente del presidencialismo estadounidense, véase F. H. Buckley, *The Once and Future King: The Rise of Crown Government in America*, Nueva York, 2014. Buckley deja claro que tanto Canadá como el Reino Unido, sus principales puntos de comparación, también se están perdiendo en sus propias versiones de presidencialismo al estilo estadounidense.

²³ H. Adams, *America's Economic Supremacy* [1900], Nueva York, 1947. La reimpresión, con una larga introducción a cargo del periodista de Washington Marquis Childs, volvió a presentar a Adams a numerosos lectores como el profeta necesario para la América de la Guerra Fría. Para profundizar en las conexiones intelectuales existentes entre Turner y Adams, véase William Appleman Williams, «The Frontier Thesis and American Foreign Policy», *Pacific Historical Review*, vol. 24, núm. 4, noviembre de 1955.

²⁴ En 1957 Hans Kohn pudo afirmar: «El nacionalismo estadounidense se realiza en la comunidad más amplia del Atlántico Norte, de donde es originario»: *American Nationalism*, cit., p. 228.

la Reconstrucción. El Sur tenía una tradición militar más sólida y orgullosa que el Norte, la calidad de sus cuerpos de oficiales había constituido una de sus pocas ventajas significativas durante la Guerra Civil, y su compromiso con la política exterior expansionista, más que cualquier adhesión a un nacionalismo progresivo, garantizó la coherencia interna del siglo americano. Los votantes blancos del sur aprobaron abrumadoramente la presidencia de Franklin Roosevelt, pero el *New Deal*, al menos tras su fase inicial, se topó con una creciente y aguda resistencia por parte de las elites sureñas, que llegaron a temer que significaría la consolidación del poder federal y el fin de Jim Crow. La transformación del keynesianismo del *New Deal* en el keynesianismo de la Guerra Fría convino, sin embargo, a los líderes de la región; su influencia en el Congreso garantizó que las bases y los contratos de defensa estuvieran desproporcionadamente bien representados en el Sur. El antiguo *Cotton Belt* «aprovechó los aparentemente inagotables e ilimitados recursos del *establishment* de defensa sin recurrir al Estado del bienestar nacional»²⁵ para construir una parte significativa de la base de infraestructuras y de I+D que contribuyó al posterior éxito económico del *Sunbelt*, al tiempo que lograba olvidar la llegada de los fondos federales mientras pregona el espíritu del gobierno pequeño y la libre empresa. En la época de Vietnam, Gareth Stedman Jones pudo apreciar que «el antiguo temor estadounidense» al soldado profesional se había hecho realidad en gran medida como consecuencia del crecimiento del complejo militar-industrial: «La historia ha vuelto al punto de partida. El territorialismo, tan desdeñado por los burgueses del Norte que construyeron el imperio, se practica ahora a escala masiva en todo el mundo por un ejército permanentemente dominado por el Sur»²⁶.

El Sunbelt sureño

El auge posbélico que experimentó el *Sunbelt*, dotado de numerosas bases militares e industrias de defensa, desde Carolina del Sur hasta el sur de California, inclinó la balanza tanto del poder económico como de la identidad nacional hacia el Sur; los estados montañosos del Oeste, que también se beneficiaban enormemente de la generosidad del Departamento de Defensa, fueron parcialmente incluidos en esta alianza. Por otro lado, el surgimiento de Elvis Presley como nuevo icono

²⁵ Bruce J. Schulman, *From Cotton Belt to Sunbelt: Federal Policy, Economic Development, and the Transformation of the South, 1938-1980*, Nueva York, 1991, p. 172.

²⁶ G. Stedman Jones, «The Specificity of US Imperialism», cit., p. 86.

de la identidad nacional marcó la aparición de un novedoso ambiente cultural que llegó a rivalizar con la influencia de Hollywood: el mundo del bajo Misisipi que, como el que describía Mark Twain en el siglo anterior, había absorbido y transformado una gran variedad de influencias que fluían a raudales por la cuenca del Misisipi y las había difundido a través de una cultura global que alcanzaba tanto la lejana Liverpool como los nuevos palacios del placer de Las Vegas. *Highway 61 Revisited*, de Bob Dylan, constituyó un tributo del Norte a este mundo que se extiende río abajo, bautizado con el nombre de la autopista que une Minnesota, el estado natal de Dylan, con el delta del Misisipi²⁷.

La economía política del Sur, sin embargo, no estuvo a la altura de unas formulaciones culturales tan esperanzadoras. La versión sureña del consenso de la Guerra Fría (gastos de defensa considerados como desarrollo económico y fuerza de trabajo dividida racialmente, con bajos salarios y no sindicada) se reveló como un modelo cada vez más viable para el resto del país, especialmente después de que la disolución de las estructuras formales de Jim Crow la liberaran de los símbolos explícitamente racistas. Ya mediado el siglo xx, el «nuevo Sur» planteó los primeros retos de una nueva versión de la globalización a las industrias estadounidenses que se habían desarrollado inicialmente en el Norte. La industria textil, por ejemplo, abandonó las ciudades fabriles de Nueva Inglaterra estableciéndose en el Sur, antes de salir definitivamente de Estados Unidos.

La nacionalización del modelo político del Sur, frecuentemente asociado a la «estrategia sureña» de Nixon, que fue construida con una base sureña, pero un horizonte nacional, facilitó que se presionase para bajar los salarios justo en el momento en el que la «crisis-señal» indicada por Arrighi del modelo estadounidense de hegemonía y rentabilidad necesitaba capital «para transferir la carga de las presiones competitivas sobre la mano de obra y los grupos subordinados de todo el mundo»²⁸. Arrighi cristaliza la transición como el paso de una economía

²⁷ De manera parecida, la *Anthology of American Folk Music* [1952], de Harry Smith, la grabación fundamental del *American Folk Revival* [el renacimiento del folk estadounidense] de la década del 1950 y 1960, constituía de hecho una colección de música *sureña* presentada en un medio cultural fundamentalmente del Norte y de la Costa Oeste, y la eliminación que llevó a cabo Smith de las connotaciones raciales atribuidas a las grabaciones originales resonó como un nuevo y poderoso nacionalismo que traspasó las fronteras raciales y regionales.

²⁸ G. Arrighi, *Adam Smith in Beijing*, cit., p. 166.

política estadounidense dominada por General Motors al dominio esencialmente sureño de Wal-Mart, pero sin discutir el panorama político interno del cambio²⁹.

Michael Lind percibió un «golpe sureño» en la arrolladora victoria republicana obtenida en las elecciones al Congreso de 1994, si bien es cierto que se trató de una victoria que necesitó el apoyo de amplias franjas del Medio Oeste y el Oeste³⁰. Entretanto, la versión que ofrecía Lind de un «nuevo nacionalismo» radicaba en su intento simultáneo por revivir una forma de progresismo estadounidense heredado de Theodore Roosevelt³¹. En otras palabras, los llamamientos a la renovación del progresismo nacionalista no pasaron de constituir versiones parcialmente ocluidas de los conflictos regionales. Como señalaba el crítico Georges Weigel en el neoconservador *Commentary*: lo que Lind denomina «la Cuarta Revolución Americana» constituye en realidad el proyecto de una segunda Reconstrucción estadounidense³². Más recientemente, el programa del futuro éxito electoral demócrata se ha basado implícitamente en lo que cabría denominarse la estrategia antisureña, o *Whistling Past Dixie*³³.

²⁹ *Ibid.*, pp. 171-172. Para una discusión más sustancial acerca del papel que desempeñó el sur en el giro hacia la derecha de la política estadounidense desde la década de 1970, véase Robert Brenner, «Structure versus Conjuncture», *NLR* 43, enero-febrero de 2007.

³⁰ Michael Lind, «The Southern Coup», *New Republic*, 19 de junio de 1995.

³¹ Michael Lind, *The Next American Nation: The New Nationalism and the Fourth American Revolution*, Nueva York, 1995.

³² George Weigel, «About-Face», *Commentary*, julio de 1995. Para conocer otra versión de una explicación efectivamente excepcional del nacionalismo estadounidense, véase Anatol Lieven, quien defiende una especie de versión de Jekyll y Hyde: un «credo estadounidense» que constituye un modelo de nacionalismo cívico, universal y moderno; y un nacionalismo chovinista étnico que resulta ser un nacionalismo fundamentalmente sureño transformado en hiperpatriotismo. «América dispone de una casa espléndida y hospitalaria, [pero] también guarda una familia de demonios en su sótano»: *America Right or Wrong: An Anatomy of American Nationalism*, Londres, 2004, p. 1. En el caso de la guerra de Iraq, sin embargo, que motivó la versión de Lieven, ambas formas de nacionalismo estadounidense fueron como una sola.

³³ Thomas Schaller, *Whistling Past Dixie: How the Democrats Can Win Without the South*, Nueva York, 2006. Los demócratas pueden ganar, afirma Schaller, porque pueden trasvasar el voto de algunos estados del Oeste anteriormente republicanos con la gran ayuda de los votantes hispanos: Nevada, Colorado, Nuevo México. El Sur, incluso Florida, puede concederse a los Republicanos. Con la excepción de la concesión de Florida, este ha sido en realidad el camino de la victoria demócrata en las recientes elecciones presidenciales. La estrategia recuerda a la carrera por el control de los estados occidentales que tuvo lugar durante los años previos a la Guerra Civil. El título de otra versión reciente de las divisiones políticas estadounidenses recuerda explícitamente este viejo patrón: Ronald Brownstein, *The Second Civil War: How Extreme Partisanship Has Paralyzed Washington and Polarized America*, Nueva York, 2007.

Complejidad regional

La asociación de Turner con la tesis de la frontera ha dominado su posterior reputación, pero su obra estaba dividida entre su interés en el regionalismo estadounidense (Norte, Sur y Oeste) y la fuerza nacionalizadora de la expansión hacia el Oeste. Como él mismo sabía bien, el continuado papel que desempeñaban las regiones en la cultura y en la política estadounidense constituía la contrapartida casi europea de la ecuación estadounidense, esto es, un mundo de múltiples naciones posibles. En su tardío ensayo «The Significance of the Section in American History» (1925), ya no se mostraba tan convencido de que la frontera hubiera trascendido las diferencias estadounidenses, pero sin embargo pensaba que su país podría ofrecer un ejemplo a Europa de un sistema de gobierno continental capaz de distender el potencial violento de los intereses regionales:

La importancia de la sección en la historia estadounidense radica en que constituye la vaga imagen de una nación europea y que necesitamos reexaminar nuestra historia a la luz de este hecho. Nuestra política y nuestra sociedad han sido configuradas por la complejidad regional y la interacción de manera parecida a lo que sucede entre las naciones europeas [...]. Hemos proporcionado a Europa el ejemplo de una federación continental de regiones en una superficie igual a la de la propia Europa, y mediante la sustitución de la discusión, la concesión y la legislación comprometida por la fuerza, hemos mostrado la posibilidad de que existan partidos políticos internacionales, cuerpos legislativos internacionales y paz internacional. Nuestro sistema de partidos y la variedad geográfica entre las distintas regiones han contribuido a preservar la paz estadounidense. Al contar con una combinación de regiones representadas en un cuerpo nacional representativo, al poseer lo que podría denominarse una Liga de Regiones, comparable a una Liga de Naciones si incluyeran partidos políticos y un cuerpo legislativo, hemos permitido que estas regiones minoritarias defiendan sus intereses y, sin embargo, eviten el uso de la fuerza³⁴.

Turner incorpora la práctica de larga data, desde Tocqueville hasta Larry Siedentop, de prescribir el federalismo estadounidense para las dolencias europeas. Llama la atención que la analogía europea acentúe el carácter no nacional del sistema de gobierno estadounidense descrito por Turner: el Congreso como una liga de regiones en vez de como un organismo de deliberación nacional concertada.

³⁴ *Frontier and Section*, p. 135.

Las peculiaridades que presenta el gobierno representativo estadounidense apoyan el razonamiento de Turner. El Gobierno federal es designado para representar a los estados y no a la nación; los senadores representan a sus estados y fueron seleccionados originalmente por las asambleas legislativas de los mismos. La elección de presidente a cargo del Colegio Electoral garantiza el papel central de los estados (con una noche electoral estampada en rojos y azules) en vez del voto popular total en la selección del único dirigente elegido presuntamente para actuar en nombre de la nación. El hecho de que los estadounidenses, por no hablar de los extranjeros, prefieran ignorar el papel crucial que desempeñan los estados en el sistema federal, indicaría el éxito del ideal nacional ahí donde entra en conflicto con las realidades de las regiones y de los estados que dominaron la elaboración de la Constitución.

En los últimos años, otro nativo de Wisconsin, George Kennan, uno de los arquitectos de la Guerra Fría, se ha hecho eco del regionalismo de Turner. Cada vez más insatisfecho con la práctica de proyectar el poder estadounidense en el extranjero, Kennan formuló el análisis concomitante del nacionalismo estadounidense en casa: el país era demasiado vasto y se había desorientado como república³⁵. La cuestión del republicanismo a gran escala resulta controvertida en la historia de Estados Unidos; los estadounidenses del siglo XVIII conocían bien la opinión de Montesquieu en virtud de la cual una república, a diferencia de una monarquía, era posible solamente en un Estado relativamente pequeño. Sin embargo, con la enconada experiencia del periodo posrevolucionario en mente, James Madison expuso, como es bien sabido, en el número 10 de *The Federalist*, que una gran república era más capaz de contener el exacerbamiento del resentimiento popular, que podría agravarse en un sistema político más pequeño³⁶. Kennan regresó en repetidas ocasio-

³⁵ Kennan, como Turner, era descendiente de la migración yanqui a la zona norte del Medio Oeste; ambos tuvieron éxito en la Costa Este. Turner, sin embargo, nunca se sintió cómodo tras mudarse desde la Universidad de Wisconsin a Harvard, y finalmente emigró a la Biblioteca Huntington, en California. Kennan permaneció en el Institute for Advanced Study de Princeton, pero su disposición quisquillosa y el creciente desencanto hacia la política exterior estadounidense lo mantuvieron relativamente aislado. William Appleman Williams fue otro producto de la zona norte del Medio Oeste; menos aceptable para los centros de poder estadounidenses que Turner o Kennan, y crítico de ambos, Williams pasó la mayor parte de su carrera en la Universidad de Wisconsin y desempeñó un papel central en la «Escuela de Wisconsin» de historia estadounidense.

³⁶ Para una versión actualizada del pensamiento de Madison, véase Austin Ranney, «Toward a More Responsible Two-Party System: A Commentary», *American Political Science Review*, vol. 45, junio de 1951. Ranney agumenta que el carácter

nes a la formulación más clásicamente republicana: los grandes Estados llevan a un peor gobierno (monárquico); y Estados Unidos era uno de los más grandes. El producto final de esta línea de pensamiento fue la propuesta que planteó en un libro posterior, *Around the Cragged Hill*, de que Estados Unidos se descentralizara formando doce repúblicas, incluidas las ciudades-Estado de Nueva York, Chicago y Los Ángeles, con una estructura federal vagamente definida, pero ciertamente patriótica³⁷. Aunque fue casi completamente ignorada, la propuesta de Kennan revela algo del pensamiento interconectado del internacionalismo y el nacionalismo estadounidenses.

Desde un lugar muy diferente de la vida intelectual estadounidense, Gore Vidal llegó a unas conclusiones bastante similares a las de Kennan y aproximadamente en la misma época, en 1994, escribía:

Por qué no dividir el país en varias regiones razonablemente homogéneas, algo así como el sistema suizo de cantones. Cada región cobraría impuestos a sus ciudadanos y proporcionaría los servicios que esos ciudadanos precisarían, en especial educación y sanidad. Washington se convertiría en una capital ceremonial con ciertas funciones. Siempre necesitaremos un sistema modesto de defensa de alguna clase, una moneda común y un Tribunal Supremo que arbitre entre las regiones y mantenga la Carta de Derechos, una novedad para el actual Tribunal³⁸.

Tales propuestas no pasan de ser especulaciones, por el momento. Pero la descentralización ha ganado algunos adeptos, principalmente en sectores de la derecha del sistema político estadounidense. El último ciclo del proceso de selección presidencial presentó dos candidatos republicanos, Rick Perry y Ron Paul, ambos de Texas, centro del nacionalismo de estado más vivo de la sociedad estadounidense, y ambos dispuestos a comprometerse con la legitimidad de la secesión de los estados respecto a la Unión. La «anulación» por parte de los estados de las leyes federales que consideran que vulneran la Constitución, tomada de la defensa radicalizada de los derechos de los estados esclavistas por parte de John Calhoun, recuerda al panorama político de la década de 1850; mientras

del sistema político estadounidense era antiautoritario, conclusión completamente coherente con el pensamiento de Madison y Hamilton.

³⁷ George Kennan, *Around the Cragged Hill: A Personal and Political Philosophy*, Nueva York, 1993, pp. 142-156. Kennan parece haber apreciado especialmente su propuesta de un «Consejo de Estado» federal integrado por dignatarios competentes.

³⁸ Gore Vidal, *The Last Empire: Essays, 1992-2000*, Nueva York, 2001, p. 355 [ed. cast.: *El último imperio. Ensayos 1992-2000*, Madrid, Synthesis, 2002].

tanto, las instituciones federales van dando tumbos de una a otra crisis autoimpuesta. Como sucede con muchas sociedades divididas internamente, la proyección de enemigos y desafíos externos ha demostrado ser un medio útil para generar cohesión interna, al menos temporalmente. No obstante, transcurridos más de sesenta años de Guerra Fría y su prole, tanto la cartera como el espíritu están menguando³⁹.

Por otra parte, la propia Constitución continúa siendo una importante barrera contra la centralización legislativa de poderes. El *New Deal* derribó algunas de las barreras que impedían el establecimiento de un sistema político estadounidense plenamente nacional; la Guerra Fría, en última instancia, tuvo mucho más éxito en generar políticas basadas en las supuestas necesidades de defensa nacional, incluida la construcción del sistema interestatal de autopistas⁴⁰. En la esfera constitucional, la derecha estadounidense tiene los mejores argumentos. En el número 39 de *The Federalist*, Madison entendía claramente que la Constitución sería una formación híbrida: tanto federal como nacional. Las competencias nacionales conferidas al Gobierno federal estaban fundamentalmente limitadas a cuestiones de comercio interestatal e internacional, moneda, política exterior y defensa. En estos ámbitos, el Gobierno federal disfrutaba de una libertad fiscal y de acción desconocida para las federaciones europeas del mismo periodo. Al margen de estos ámbitos, la Décima Enmienda insistía en que todas las competencias no asignadas al gobierno federal correspondían a los estados o al pueblo. La Constitución no asignaba *ninguna* competencia en materia de bienestar social al Gobierno federal.

Tan solo una interpretación discutible de las competencias impositivas y de la cláusula de comercio interestatal de la Constitución en la época

³⁹ Este es el gran temor tanto de los neoconservadores como de los intervencionistas liberales. Un número reciente de *The New Republic* muestra en la portada a un agotado Tío Sam junto a la advertencia: «Las superpotencias no logran jubilarse». Robert Kagan explica los detalles de esta renovada orden de trabajo en el interior: «The Allure of Normalcy: What Our Tired Country Still Owes to the World» (*The New Republic*, 9 de junio de 2014). *Encore un effort, citoyens!*

⁴⁰ La pesadilla del siglo XVIII se había convertido en el rutinario motor económico del siglo XX. «¿Provocará esta república consolidada, si se establece, en su ejercicio tal confianza y conformidad entre los ciudadanos de estos estados, como para salir adelante sin la ayuda de un ejército permanente? Yo creo que no», insistía el antifederalista «Cato» (probablemente George Clinton): *New York Journal*, 25 de octubre de 1787. Véase *The Debate on the Constitution: Federalist and Antifederalist Speeches, Articles, and Letters during the Struggle over Ratification*, vol. 1, Nueva York, 1993, pp. 216-217.

del *New Deal* permitió siquiera la construcción de un limitado Estado del bienestar entre las décadas de 1930 y 1960. La Décima Enmienda desapareció en esencia de la jurisprudencia del Tribunal Supremo durante la Segunda Guerra Mundial y no regresó hasta el tribunal de Rehnquist, en la década de 1990. Pero si bien el Estado federal estadounidense estaba intrínsecamente limitado como potencial Estado de bienestar social, estaba espectacularmente bien diseñado para crear un imperio comercial exactamente del tipo que tanto Jefferson, con la compra de Luisiana, como Madison, aspirante a conquistar Canadá, casi inmediatamente se dispusieron a construir. Por este motivo, el regreso al fundamentalismo constitucional, tal y como demandan los puristas del Tea Party, eliminaría efectivamente los últimos vestigios del *New Deal*, pero apenas intervendría para contener el crecimiento del Estado de seguridad nacional.

¿Más allá del Estado imperial?

Los liberales estadounidenses dan por hecho el horizonte nacional de acción política. Sin embargo, quizá sea hora de reconsiderar los parámetros de la acción política en Estados Unidos. Es posible que el modelo de confederación claramente europeo propuesto por Vidal hiera el orgullo estadounidense, y además, hay que tomar en cuenta el espinoso asunto de la gestión de una moneda común, sobre el cual la Unión Europea arroja actualmente algunas sombras. De todos modos, los estados estadounidenses poseen su propio modelo de confederación flexible, con el cual Vidal estaba igualmente familiarizado: los Artículos de la Confederación, que gobernaron el nuevo país hasta la ratificación de la Constitución. La aparente fragilidad de la vieja confederación y su necesidad de ir a mendigar fondos a los Gobiernos del Estado podrían revelarse como la mejor manera de destripar el Estado de Inseguridad Nacional, como anticipó claramente Vidal en su propia propuesta de reducción del Estado centralizado⁴¹.

Si una solución de este tipo permitiría a Texas y al Sur profundo disponer de mayor libertad para llevar a cabo políticas atroces, quizá también haya llegado el momento, más de ciento cincuenta años después del comienzo de la Guerra Civil, de poner fin a la era de las

⁴¹ Alguna forma de tributación federal continuaría siendo necesaria probablemente para llevar a cabo incluso un federalismo más flexible. El modelo suizo, que desde la Segunda Guerra Mundial ha permitido el desarrollo de unas facultades tributarias federales estrictamente limitadas, es quizá más utilizable para un Estados Unidos contemporáneo.

«Reconstrucciones». Estas regiones se muestran cada vez más ávidas de devolver el favor de la Reconstrucción con un intento evangélico de reconstruir Estados Unidos aun más completamente a imagen y semejanza de un neoliberalismo fundamentalista basado en la experiencia del Sur y del Sudeste⁴². Las sociedades fundadas sobre la esclavitud son propensas a prosperar en economías políticas que naturalizan la división social, sobre todo cuando además han tenido un acceso continuo a la innovación tecnológica e industrial. En una confederación descentralizada, sin embargo, otros estados y regiones de Estados Unidos serían igualmente libres de desarrollarse más completamente en consonancia con sus propias culturas y tradiciones políticas. Y es bastante posible que la plena realización de estas culturas regionales fuera más plenamente nacional que el chovinismo cada vez más hueco del Estado imperial estadounidense.

⁴² Véase, por ejemplo, Erica Grieder, *Big, Hot, Cheap and Right: What America Can Learn from the Strange Genius of Texas*, Nueva York, 2013. Por supuesto, un gobierno reducido y favorable a la actividad empresarial forma parte de ese curioso genio: «La actual constitución del estado fue escrita en 1876, menos de una década después de que fuera tomado por republicanos radicales que lo habían sobrecargado, durante la Reconstrucción, con un gobierno mucho mayor de lo que los tejanos estaban acostumbrados o querían» (p. 100). Esto, sin embargo, era algo más que la revuelta de los contribuyentes sugerida por la anodina redacción de Grieder; era una constitución de los «Redentores» que pretendía dar la vuelta a los efectos de la Reconstrucción.

INTRODUCCIÓN A SARTRE

En la primavera de 1960 Jean-Paul Sartre publicó el primer volumen de su Crítica de la razón dialéctica incluyendo en él «Cuestiones de método», un texto previamente aparecido en Les Temps Modernes, si bien se lo había solicitado una revista polaca tras el levantamiento de octubre de 1956. La aparición de la Crítica confirmó a Sartre como voz filosófica preeminente del marxismo francés pese al disgusto de su cancerbero oficial, el Partido Comunista [Francés], que lo había declarado innombrable a raíz de su condena pública de la invasión soviética de Hungría. En el partido italiano, en cambio, los asuntos intelectuales se gestionaban con mayor flexibilidad, y al año siguiente Sartre fue invitado a hablar en el Istituto Gramsci del PCI en Roma. El diseño del acontecimiento resaltaba el reconocimiento implícito en la propuesta: la conferencia de Sartre fue el auténtico epicentro de un encuentro que se prolongó durante tres días con algunas de las figuras más sobresalientes de la vida intelectual del partido y sus círculos simpatizantes: los escrupulosos filósofos Galvano Della Volpe y Lucio Colletti; Mario Alicata, el jefe de política cultural del partido; el matemático Lombardo Radice; y Enzo Paci, director y fundador de la revista Aut Aut y principal exponente del existencialismo en Italia. A estos, Sartre añadió en su conferencia una presencia simbólica, la de Georg Lukács, cuya sumaria reprimenda y censura, convertida por un momento en gélido foco de atención, fue uno de los rasgos más memorables de su actuación, aunque reflexionando sobre ella no resultara tan sorprendente. Poco antes, en su Cuestiones de método, Sartre había señalado el mediocre folleto Existencialismo o marxismo (1948) de Lukács como epítome del esquematismo dogmático que su propia obra pretendía superar. Durante su preparación de la conferencia de Roma, el pináculo de sus diferencias con Lukács se había visto renovado por una maligna coincidencia. El año 1960 fue el de la Crítica de la razón dialéctica, pero también de la traducción al francés de Historia y conciencia de clase, el locus classicus de lo que Sartre rechazaba como enfoque equivocado y deletéreo de la cuestión de la subjetividad en la historia. En su paciente presentación, ampliamente ilustrada, planteó su enfoque alternativo, que hacía aparecer la subjetividad como un proceso contingente en su movimiento, pero siempre radicalmente dependiente del no-conocimiento, en un trabajo incesante de repetición e invención. El texto que figura aquí, traducido de la reciente edición de Les

prairies ordinaires (París, 2013), corresponde casi exactamente a la conferencia pronunciada por Sartre en Roma en 1961 bajo el título «Marxismo y subjetividad», y se basa en una transcripción de la misma, de la que no se han conservado guion alguno u otro tipo de notas, preparada por Michel Kail. El texto de Frederic Jameson publicado en este mismo número pone de relieve la actualidad del pensamiento de Sartre medio siglo después.

JEAN-PAUL SARTRE

MARXISMO Y SUBJETIVIDAD

La conferencia de Roma, 1961

EL PROBLEMA QUE NOS OCUPA es el de la subjetividad en el marco de la filosofía marxista, tratándose precisamente de ver si, a partir de los principios y verdades que constituyen el marxismo, la subjetividad existe, presenta algún interés o es simplemente un conjunto de hechos que se pueden mantener fuera de un gran estudio dialéctico del desarrollo humano. Me gustaría mostrarles cómo, a partir de Lukács, por ejemplo, una mala interpretación de ciertos textos marxistas ambiguos puede dar lugar a lo que yo llamaría una «dialéctica idealista» que deja de lado al sujeto, y lo peligrosa que es esa posición para el desarrollo mismo de los conocimientos marxistas. Tengamos presente, no obstante, que no vamos a hablar en principio del sujeto y del objeto, sino más bien de la objetividad, o de la objetivación, y de la subjetividad, o de la subjetivación. El del sujeto es otro problema, más complejo; pero me gustaría que tengamos presente la idea de que, cuando se habla de subjetividad, se habla de cierto tipo, como vamos a ver, de acción interna de un sistema, de un *sistema en su interioridad*, y no de una relación inmediata con el sujeto.

Si se considera superficialmente la filosofía marxista, se la podría tildar de panobjetivista, en la medida en que el dialéctico marxista no se interesa, al parecer, en principio, más que por la realidad objetiva y, de hecho, ciertos textos muy profundos de Marx pueden ser mal interpretados, como por ejemplo este tan conocido de *La sagrada familia*: «No se trata de lo que este o aquel proletario, o incluso el proletariado entero momentáneamente, se *imagine* momentáneamente como meta. De lo que se trata es de *lo que es* y lo que estará obligado históricamente a hacer en conformidad con ese

ser»¹. Parece aquí que lo subjetivo se sitúa del lado de la representación y que de por sí no tiene ningún interés, ya que la realidad profunda es el proceso mismo que convierte al proletariado en agente de la destrucción de la burguesía y que le obliga a ser *realmente* ese agente; esto es, objetivamente y en los hechos; en otros textos Marx y Engels pueden ir aún más lejos dando a entender que lo subjetivo no tiene ni siquiera la importancia de una representación que pertenecería al sujeto o grupo de individuos, puesto que desaparecen completamente en tanto tal. Recuértese el texto de *El capital* que señala que la forma acabada de las relaciones económicas tal como se muestran en su superficie, en su existencia real, y, por lo tanto, también en la representación mediante la que los portadores y agentes de sus relaciones tratan de hacerse una idea clara de ellas, es muy diferente y, de hecho, contraria a su forma interna, esencial pero escondida, y al concepto que les corresponde naturalmente en el plano de la realidad económica tal como él la describe:

El descubrimiento científico posterior de que los productos del trabajo, en la medida en que son valores, constituyen meras expresiones, con el carácter de cosas, del trabajo humano empleado en su producción, inaugura una época en la historia de la evolución humana, pero en modo alguno desvanece la apariencia de objetividad que envuelve a los atributos sociales del trabajo. Un hecho que solo tiene vigencia para esa forma particular de producción, para la producción de mercancías –a saber, que el carácter específicamente social de los trabajos privados independientes consiste en su igualdad en cuanto trabajo humano y asume la forma del carácter de valor de los productos del trabajo–, tanto antes como después de aquel descubrimiento se presenta como igualmente definitivo ante quienes están inmersos en las relaciones de la producción de mercancías, así como la descomposición científica del aire en sus elementos deja inalterada la forma del aire en cuanto forma de un cuerpo físico².

¹ Karl Marx y Friedrich Engels, *Die Heilige Familie*, en *Werke*, Band 2, Dietz Verlag Berlin, 1962, p. 38: «Es handelt sich nicht darum, was dieser oder jener Proletarier oder selbst das ganze Proletariat als Ziel sich einstweilen *vorstellt*. Es handelt sich darum, *was es ist* und was es diesem *Sein* gemäß geschichtlich zu tun gezwungen sein wird».

² Karl Marx, *Das Kapital*, Band I, en *Werke*, Band 23, Dietz Verlag Berlin, 1968, p. 88: «Die späte wissenschaftliche Entdeckung, daß die Arbeitsprodukte, soweit sie Werte, bloß sachliche Ausdrücke der in ihrer Produktion verausgabten menschlichen Arbeit sind, macht Epoche in der Entwicklungsgeschichte der Menschheit, aber verscheucht keineswegs den gegenständlichen Schein der gesellschaftlichen Charakter der Arbeit. Was nur für diese besondere Produktionsform, die Warenproduktion, gültig ist, daß nämlich der spezifisch gesellschaftliche Charakter der voneinander unabhängigen Privatarbeiten in ihrer Gleichheit als menschliche Arbeit besteht und die Form des Wertcharakters der Arbeitsprodukte annimmt, erscheint, vor wie nach jener Entdeckung, den in den Verhältnissen der Warenproduktion Befangenen ebenso endgültig, als daß die wissenschaftliche Zersetzung der Luft in ihre Elemente die Luftform als eine physikalische Körperform fortbestehn läßt».

En esto no parece haber ninguna dificultad, ya que todo el mundo está de acuerdo. Pero la ambigüedad de la formulación ha podido engañar a algunos, como Lukács, porque la subjetividad parece desaparecer totalmente, ya que en ese texto las apariencias son tan objetivas y reales como el fondo, siendo productos de la situación económica, del proceso económico.

Lo mismo se puede decir de la cosificación, que no es un elemento que pertenezca al fondo, sino un elemento producido por el fondo, por el proceso del capital, o de la fetichización de la mercancía que hace que esta aparezca como poseedora de ciertas propiedades que en el fondo no tiene. Esta fetichización de la mercancía aparece como un resultado directo del proceso del capital y, por consiguiente, cuando vemos una mercancía fetichizada, cuando nosotros mismos, aunque estemos prevenidos por la teoría marxista, percibimos la mercancía que vamos a comprar como fetichizada, cuando la tomamos por un fetiche, nos limitamos a hacer lo que la realidad exige que hagamos, ya que a cierto nivel está objetiva y realmente fetichizada. En ese momento, como se ve, la realidad subjetiva parece desaparecer totalmente, puesto que el portador de las relaciones económicas las realiza tal como debe realizarlas, al nivel en que se encuentra, y la idea que se hace de ellas se limita a reflejarlas al nivel mismo en que se encuentra la *praxis*; es decir, que el comerciante y el comprador tomarán a ese nivel inmediato esa mercancía como fetichizada, por más que el economista o el marxista perciban en otro plano que esa fetichización es en realidad una transformación debida al proceso del capital. Por eso alguien como Lukács puede proponer una teoría de la conciencia de clase totalmente objetiva, según una dialéctica objetiva, y si parte de la subjetividad, será únicamente para reenviarla al sujeto individual, concebido como fuente de errores o simplemente como realización inadecuada. Lukács puede pensar entonces que la conciencia de clase está más o menos desarrollada, es más o menos clara, más o menos oscura, más o menos contradictoria, más o menos eficaz, según que la clase considerada pertenezca o no directamente al proceso esencial de la producción. Para un pequeño burgués, por ejemplo, la conciencia de clase será objetivamente vaga y oscura y no podrá nunca, por las razones que Lukács explica, llegar a una verdadera conciencia de sí, mientras que el proletariado, inserto en lo más profundo del proceso de producción, sí puede ser llevado por esa realidad que es su trabajo a una toma total de conciencia de clase.

Esta concepción se deja llevar por el objetivismo hasta dejar que se desvanezca toda subjetividad y, por eso mismo, hasta hacernos caer en un idealismo, dialéctico sin duda, en el que se partirá de la condición material, pero que seguirá siendo, aun así, idealismo. Ahora bien, no es cierto que el propio Marx o el marxismo lleven inexorablemente a eso. Hay textos ciertamente ambiguos, pero no pueden interpretarse como si el panobjetivismo fuera la finalidad precisa del marxismo. Eso se percibe particularmente en textos como la «Introducción de 1857» a la *Crítica de la economía política*, donde Marx escribe:

Del mismo modo que en toda ciencia histórica o social en general, hay que recordar siempre en relación con la marcha de las categorías económicas que el sujeto, aquí la sociedad burguesa moderna, viene dado tanto en la realidad como en su cabeza, y que las categorías expresan, por lo tanto, formas de existencia, condiciones de existencia determinadas, y a menudo simples aspectos particulares de esa sociedad determinada, de ese sujeto, y que, por consiguiente, esa sociedad no comienza de ningún modo a existir, desde el punto de vista *científico*, sino desde el momento en que se habla de ella *como tal*.³

Evidentemente, esa «existencia» no se refiere aquí al existencialismo o a la existencia en el sentido del existencialismo. No se trata de sacar de esos textos un sentido que no tienen de por sí, sino simplemente de señalar que eso nos remite al hombre total. ¿Pero cuál es el hombre total? Sabemos que en los textos del joven Marx, aunque más adelante vuelva sobre ese tema, el hombre total se define por una dialéctica entre tres términos: necesidad, trabajo, goce. Así pues, si queremos entender, según Marx, el conjunto de la dialéctica de la producción, hay que volver en cualquier caso al fondo, y el fondo es el hombre que tiene necesidades y que trata de satisfacerlas, es decir, de producir y reproducir su vida mediante el trabajo, y que llega, según el proceso económico que resulta de ahí, a un disfrute más o menos imperfecto, más o menos atrofiado o más o menos total.

Ahora bien, si tenemos en cuenta esos tres elementos, constatamos, por un lado, que los tres definen una relación rigurosa del hombre real con

³ Karl Marx, *Zur Kritik der Politischen Ökonomie [Einleitung von 1857]*, en *Werke*, Band 13, Dietz Verlag Berlin, 1971, p. 637: «Wie überhaupt bei jeder historischen, sozialen Wissenschaft, ist bei dem Gange der ökonomischen Kategorien immer festzuhalten, daß, wie in der Wirklichkeit, so im Kopf, das Subjekt, hier die moderne bürgerliche Gesellschaft, gegeben ist, und daß die Kategorien daher Daseinsformen, Existenzbestimmungen, oft nur einzelne Seiten dieser bestimmten Gesellschaft, dieses Subjekts, ausdrücken, und daß sie daher *auch wissenschaftlich* keineswegs da erst anfängt, wo nun von ihr *als solcher* die Rede ist».

una sociedad real y con el ser material que lo rodea, con la realidad que no es él. Se trata, pues, de una relación sintética del hombre con el mundo material, y en y por esa relación, de una relación mediada entre los seres humanos. Dicho de otro modo, en ese mismo texto, la realidad del hombre aparece en primer lugar como una relación con una trascendencia, un más allá, algo que está fuera de él y ante él. Se necesita algo que no es uno mismo, el organismo necesita oxígeno; lo que constituye ya una relación con el medio, con la trascendencia. Un hombre trabaja para obtener instrumentos que le permitan calmar su hambre, y reproduce su existencia bajo una forma determinada que depende del desarrollo económico.

La necesidad es un elemento que, una vez más, se encuentra en otra parte, y el goce, una incorporación mediante ciertos hechos internos de aquello que se necesita, es decir, precisamente, de algo externo. Así pues, la primera relación que Marx pone en evidencia mediante esos tres términos es una relación con el ser de fuera, es decir, una relación que nosotros llamamos *trascendencia*. Esos tres caracteres producen, pues, una suerte «de estallido de uno mismo hacia...», al mismo tiempo que una vuelta hacia uno mismo, una reapropiación. En tanto que tales, pueden ser descritos objetivamente y ser, en un plano determinado, objeto de conocimiento. Pero al mismo tiempo que son objeto de conocimiento, remiten regresivamente a algo, como un en-sí que se niega y se supera conservándolo; o si se quiere, retomando los términos de Marx, cabe decir: puesto que el trabajo es la objetivación mediante la reproducción de la vida, ¿qué es lo que se objetiva en el trabajo? ¿Qué es lo que se ve amenazado por la necesidad? ¿Qué es lo que suprime la necesidad mediante el goce? La respuesta es, evidentemente, el organismo biológico práctico o, si se prefiere, en la medida en que ese término nos interesa en razón de la subjetividad, la unidad psicosomática. Ahí captamos, pues, una unidad que escapa al conocimiento directo de uno mismo en su interioridad. Volveremos sobre ello enseguida.

La importancia de no saber

Supongamos que un trabajo se ejecute por medio de un instrumento, exigiendo con ello una superación práctica de la situación hacia un fin; eso supone el conocimiento de la finalidad y de los medios, de la naturaleza de los materiales, de las exigencias inertes del instrumento, y en una sociedad capitalista, la de la fábrica donde se trabaja, sus normas, etcétera. Tenemos, pues, ahí todo un saber técnico; todos esos

conocimientos son objeto de un saber orgánico y, al mismo tiempo, de un saber práctico, puesto que pueden ser adquiridos en ciertos casos mediante un aprendizaje; pero las posturas que debemos adoptar para manejar el instrumento, para utilizar los materiales, no reclaman en ningún caso el conocimiento y menos aún el detalle de los músculos, los huesos y las conexiones nerviosas que permiten mantener una posición u otra. Dicho de otro modo, ahí *existe una objetividad sostenida por algo que escapa al conocimiento*, y que no solamente no se conoce, sino que su conocimiento sería incluso, en ciertos casos, dañino para la acción. Consideremos un ejemplo muy sabido: si cuando se desciende por una escalera, se detiene uno en la conciencia de lo que está haciendo, y si requiere que esa conciencia determine lo que hace, acabará trastabillando ya que la acción pierde el carácter que debería tener.

Constatamos así que incluso en el caso en que la división social del trabajo se extiende a las máquinas y, por consiguiente, máquinas semiautomáticas imponen tareas parciales al obrero, el movimiento más simple que se exige de él no engendra el conocimiento de su cuerpo. El movimiento que ha de ejecutar puede ser mostrado, pero la realidad orgánica del desplazamiento, de la transformación de la postura y del cambio del todo en función de la parte no pertenecen directamente al conocimiento. ¿Por qué? Porque, en suma, nos encontramos en presencia de un sistema en el que, por las razones que vamos a examinar, el no-saber entra como parte constituyente, y cuyas partes ya no se desarrollan ni se definen como trascendencia, sino como interioridad.

Y ya que hablamos de interioridad, querría que estableciéramos una definición clara de lo que se entiende por un *sistema de interioridad*, a fin de intentar comprender mejor aquello de lo que hablamos. Un sistema material se define como algo que tiene un *interior*, o si se prefiere, que delimita un campo en el universo real, cuando la relación entre sus partes implica la relación de cada una de ellas con el todo. Recíprocamente, el todo no es más que el conjunto de las partes en la medida en que ese conjunto está presente como tal en las relaciones que las partes mantienen entre sí. El reconocimiento de nuestro estatuto orgánico como sistema de interioridad no debe, sin embargo, hacernos olvidar que estamos también definidos por un estatuto inorgánico. De manera que, si podemos considerarnos como un conjunto de células, también se nos puede tratar como un sistema inorgánico, como cuando se dice, por ejemplo, que un organismo humano contiene entre un 80

y un 90 por 100 de agua, o cuando somos objeto de fuerzas mecánicas, quedando con ello situados en el mundo inorgánico. Se puede decir, por consiguiente, que lo orgánico no es un conjunto de objetos específicos que vienen a añadirse en la naturaleza a lo inorgánico, sino un estatuto particular de ciertos conjuntos inorgánicos; estatuto definido por la *interiorización del exterior*. Es decir, que lo que el organismo vive bajo la forma de una relación de interioridad, puede igualmente concebirse como un conjunto físico-químico. Es como si el conjunto físico-químico no estuviera suficientemente determinado y como si, en ciertos campos, ciertos sectores, ese conjunto de exterioridad se pudiera también definir mediante una ley de interioridad.

Se pueden entonces distinguir, al menos al principio –y volveremos sobre ello–, dos tipos de exterioridad: la exterioridad de dentro, o si se prefiere, del más acá o «de antes», es decir, la exterioridad cuyo estatuto se ve coronado por el estatuto orgánico, por debajo del cual la muerte nos puede devolver a lo inorgánico; y la exterioridad del más allá, que corresponde a lo que el organismo, para mantener su estatuto de tal, encuentra frente a sí como objeto de trabajo, como medio de necesidad y de satisfacción. Tenemos, pues, y no deberíamos olvidarlo nunca, una dialéctica con tres términos: lo que impone describir la interiorización del exterior por el organismo a fin de comprender su capacidad de reexteriorizar en el ser trascendente, mediante un acto de trabajo o de una determinación de la necesidad. Así pues, solo hay un momento que se pueda llamar de *interioridad*, y que es una especie de mediación entre dos momentos del ser trascendente.

No se debería creer, sin embargo, que esos dos momentos sean distintos más que por razones de temporalidad o de distribución de ámbito. En el fondo, es el mismo ser, el mismo ser en exterioridad, que procede a una mediación consigo mismo, y esa es su interioridad. Como esa misma mediación define el lugar en el que se da la unidad entre dos tipos de exterioridad, es necesariamente inmediata para sí misma, en el sentido de que no contiene su propio conocimiento. Por consiguiente, y veremos por qué, es al nivel de esa mediación, que no es ella misma mediada, donde encontramos la subjetividad pura; y es a partir de ahí, teniendo en cuenta cierto número de caracterizaciones marxistas y reexaminándolas más atentamente, donde tenemos que alcanzar una mejor comprensión del estatuto de esa mediación. ¿Tiene un papel en el conjunto del desarrollo humano? ¿Existe realmente como un momento indispensable de una dialéctica, coronada por un conocimiento objetivo? ¿O no es más

que un epifenómeno? Al plantear estas preguntas no estamos introduciendo desde fuera una noción de subjetividad que no se hallara ya en Marx; lo que estamos haciendo, por el contrario, es explicitar y reencontrar una noción que viene ya dada junto con los conceptos de necesidad, de trabajo y de goce en el marxismo mismo, aunque haya sido ignorada por ciertos objetivistas idealistas como Lukács.

El antisemita

Vamos en primer lugar a tratar de comprender por qué esa mediación, inmediata para sí misma, implica el no-saber como característica peculiar. ¿Por qué es necesario que el ser humano, en su *praxis* –que es conocimiento al mismo tiempo que acción, que es acción que engendra su propia comprensión–, debe carecer al mismo tiempo, en el plano de lo que llamamos subjetividad, del conocimiento de sí mismo? Vamos a preguntarnos, al mismo tiempo, cómo podemos alcanzar en esas condiciones la subjetividad, si la subjetividad es en la práctica un no-objeto, si escapa como tal al conocimiento; ¿cómo podemos entonces pretender afirmar verdades sobre ella?

Todo esto se puede desenmarañar fácilmente a condición de que partamos de situaciones extremadamente simples. Consideremos, por ejemplo, el caso del antisemita. Un antisemita, alguien que detesta a los judíos, es un enemigo de los judíos, pero es bastante frecuente que el antisemita no se declare como tal. Cuando se desarrolla un gran movimiento social como el provocado por los nazis en 1933, entonces puede encontrar el valor para proclamar: «Odio a los judíos», pero normalmente no es eso lo que hace, sino que declara: «¿Yo, antisemita? No, yo no soy antisemita, me parece simplemente que los judíos tienen tal o cual defecto y que, por consiguiente, sería mejor no dejarles participar en la política, limitar sus posibilidades de contacto con no judíos en el comercio, ya que tienen algo que corrompe», etcétera. En resumen, ese hombre nos habla del carácter de los judíos, que pretende conocer, pero lo hace en tanto que él mismo no se sabe como antisemita. Esa es la primera fase. Todos hemos conocido personas que nos dicen sobre los judíos cosas tan desagradables como quepa concebir, declarando que es la objetividad y no la subjetividad la que lo hace. Sin embargo, llega un momento en que se produce algo, ¿no es así? Es así como uno de mis amigos, un amigo comunista, Morange, de París, me contó hace poco que, mucho antes de la guerra, había en su misma célula un obrero que se oponía sistemáticamente a lo que él decía y

que mostraba una gran irritación. No se trataba en absoluto de una discrepancia, aunque habría podido serlo; no era tampoco la incompatibilidad que a veces surge entre un trabajador manual y un intelectual, puesto que en la misma célula había otros intelectuales con los que el obrero se entendía muy bien. Era verdaderamente, decía el obrero, «algo físico»; «¡Me es antipático, eso es todo!». Pero un día ese obrero se le acercó y le dijo: «Escucha, ahora he entendido lo que pasa. En el fondo, durante todo este tiempo no me gustabas porque eres judío y me doy cuenta ahora de que es porque no me había liberado lo bastante de esos prejuicios que forman parte de la ideología burguesa. No lo veía al principio y tu ejemplo me ha ayudado a entenderlo; me doy cuenta de que lo que detesto en ti es al judío, porque soy antisemita».

Obsérvese el cambio. En ese momento una especie de contradicción entre una actitud general y una actitud particular –contradicción que desgraciadamente no vale, por ejemplo, para un pequeño burgués al que ningún freno impedirá la afirmación de su antisemitismo–, una contradicción entre el humanismo comunista general y una actitud particular, lleva a una toma de conciencia reflexiva. Pero cualquiera observará que en ese momento el antisemitismo en tanto que tal va desapareciendo. Se pasa al objeto, es cierto, pero en el momento en que el obrero reconoce su antisemitismo está mucho más cerca de desembarazarse de él. Quizá le costará mucho, quizá recaerá, quizá se creará definitivamente curado pero volverá a recaer. Pero el fondo de la cuestión es que está de todas formas muy cerca de emerger porque el antisemitismo ya no es la construcción subjetiva de un objeto, relación de lo de dentro con lo de fuera con un dentro que se ignora; el antisemitismo pasa de repente a convertirse en un objeto ante sus ojos, ante la reflexión de quien lo practica y, naturalmente, queda entonces libre para tomar la decisión que le parezca. Se trata, pues, de una relación diferente. Ahora bien, esa distinta relación entre el antisemita como subjetividad, como sujeto que se apodera de un objeto que es el judío, y el antisemita como reflexión que se capta a sí mismo como objeto antisemita nos muestra que el conocimiento de lo subjetivo tiene algo de destructor para lo subjetivo mismo.

Se me podría decir: después de todo, ¿qué es lo que ha pasado? Ese hombre ignoraba que era antisemita, del mismo modo que podemos ignorar que existe un yacimiento de petróleo en tal o cual región o ignoramos que existe tal o cual estrella que no se ha descubierto todavía. Y del mismo modo que algún día podrá descubrirse el yacimiento de petróleo o la

estrella, una persona puede descubrir que es antisemita. Hay ahí un elemento escondido, una especie de «yacimiento» del que se puede tomar conciencia, y cuando se tome conciencia del yacimiento de petróleo, será para explotarlo, y se producirá, por supuesto, como consecuencia de la búsqueda de un campo de petróleo que se quiere explotar; pero en el otro caso, en el del antisemitismo, hacerse consciente de él es cobrar conciencia de un «yacimiento» que es un residuo de ideología burguesa que habrá que liquidar. Pero no siempre es así, puesto que el lazo de conocimiento establecido entre la estrella descubierta y el astrónomo no modifica en absoluto a la estrella. Si supusiéramos que esa relación la modifica efectivamente, seríamos de una forma u otra idealistas; si pensáramos que para una estrella, o para un pozo o un yacimiento de petróleo, ser conocidos debería dar lugar a una modificación de su ser, caeríamos en el idealismo al pensar que el conocimiento ejerce de por sí una acción sobre el ser conocido. En realidad, el descubrimiento mediante el conocimiento instaura un vínculo de exterioridad con el objeto conocido. Ciertamente, como veremos, que existe al menos una parte de interioridad en el conocimiento, pero como este trata de adecuar la idea a su objeto, eso significa que cuanto más se desarrollan los conocimientos, más se atenúan las diferencias entre el objeto conocido y el objeto conocedor. En el límite, se podría decir que un conocimiento perfecto es el objeto que funciona manteniendo en su interior al ser humano que lo hace funcionar. El conocimiento perfecto de un pozo o yacimiento de petróleo es en el fondo ese mismo pozo o yacimiento de petróleo, sin modificación.

Pero si consideramos la acción que ejerce el conocimiento sobre ese obrero que era inocentemente antisemita, vemos que transforma radicalmente el objeto conocido, en el sentido de que se ve obligado o bien a dejar de aceptarse como obrero socialista, como comunista, o bien a no seguir aceptándose como antisemita. Se produce algo que lo transforma completamente. Ha construido dos sistemas en el sentido en que ha totalizado como exterioridad a un camarada judío por serlo, y a sí mismo diciendo: «Yo soy un antisemita». La palabra dada supera entonces de lejos el trabajo que ha realizado sobre sí mismo, lo reclasifica, lo establece como objetividad dentro de un grupo, introduce un sistema axiológico de valores; que le promete un porvenir y le impone un compromiso: si «Yo soy antisemita» significa «Detesto a todos los judíos», eso quiere decir que la semana que viene, cuando me encuentre con uno, lo detestaré igualmente. En términos de valor, eso significa que ya no soy alguien que comparte los valores de mis camaradas, y que, por el contrario, en nombre de esos mismos valores, estoy

condenado y es preciso entonces que elija entre condenarlos o condenarme a mí mismo, etcétera. En resumen, desde ese mismo momento el objeto es radicalmente diferente como objetivo; se convierte en compromiso, conducta objetiva, objeto de juicio de valor, relación con la comunidad entera, hipótesis sobre el porvenir; ya no estamos en aquel momento de la subjetividad en que el único objeto era ese individuo que se había tomado por judío. ¿Quiere eso decir que no era antisemita cuando hacía eso? En la medida, bien entendido, de que mantenía dentro de sí un residuo de la sociedad o la ideología burguesa que no llegaba a disolver, sí, lo era. Pero en el sentido en que hubiera en él un «yacimiento» que lo hacía antisemita, no, no lo era —«no lo era» en el sentido de que estaba simplemente realizando un intento subjetivo de orientarse en un mundo que no entendía, que eludía su propio conocimiento, su propia distancia de sí mismo y su propio juramento (su propio compromiso)—. Así vemos que la aparición de la subjetividad-objeto implica para la propia persona su transformación.

El «amor» en Stendhal

Hay por otra parte dos ejemplos célebres en dos novelas de Stendhal. El primero, en *La Cartuja de Parma*: el conde Mosca, enamorado de la Sanseverina, la ve partir con su bello sobrino Fabricio para pasar quince días al borde del lago de Como. Están los dos en un estado de ternura un poco equívoco, y viéndoles partir, predice que «si entre ellos se pronuncia la palabra amor, estoy perdido». Dicho de otro modo, si ese sentimiento —no conocido, ni siquiera por conocer todavía, innominado— recibe el nombre de «amor», estoy completamente perdido porque esa denominación no puede dejar de inducir conductas precisas, compromisos, habrá entonces un desarrollo que lo social crea y que hace que, de cierta manera, se vean obligados a amarse, como se suele decir. En *El rojo y el negro*, en cambio, ¿por qué se entrega la señora Rênal, que aborrece el amor fuera del matrimonio y el adulterio, a Julián Sorel? Pues porque no comprende qué es el amor: no puede poner el nombre de «amor» a lo que ella siente, porque quienes le han enseñado el significado de esa palabra son jesuitas que no lo han experimentado más que a través de los libros, por medio de la casuística. Además, otros hombres, amigos de su marido, ni bellos ni jóvenes, han tratado de empujarla al adulterio, provocando su horror.

Tiene, pues, una concepción del amor ligada a la palabra «amor», que hace que los sentimientos que ella puede tener por ese joven, preceptor de sus hijos, no puedan ser nunca considerados como amor. Para ella es

algo totalmente distinto, no es ni siquiera nada, algo que simplemente se vive. Pero un buen día le dará el nombre de amor porque comenzará a hacer los gestos de amor, aunque si alguien se le hubiera aproximado para decirle: «Eso es amor», ella habría puesto fin a esa relación; pero eso no sucedió, nadie se lo dijo. Con lo que se ilustra el hecho de que el conocimiento subjetivo transforma constantemente al objeto. La señora Rênal ha realizado los gestos del amor antes de haberlo nombrado, y los demás se han salvado o se han visto privados de una relación, como se quiera, porque la palabra amor no se ha pronunciado. Se ve así qué importancia tiene ese momento para la subjetividad, cómo el paso a la objetividad la deforma –mientras que si nombramos una estrella, no la cambiamos por ello–, y que, por consiguiente, lo que más importa es no-saber o, dicho de otro modo, lo inmediato dentro de la mediación.

También debemos plantearnos una segunda pregunta, que nos ayudará a entender la importancia funcional del no-saber. Si es cierto que la unidad psicósomática procede a una interiorización subjetiva del ser exterior a ella, sobre el que se opera una negación práctica que la hace trabajar sobre el ser exterior plantado ante ella, y si además tenemos una transformación perpetua de esa subjetividad desde que la conocemos, ¿cómo podemos esperar enunciar algunas verdades sobre ella o, simplemente, intentarlo? Cada vez que lo intentemos, la deformaremos. ¿Qué es lo que haría, por consiguiente, que se pudiera hablar de la subjetividad sin hacer de ella un objeto? Si la subjetividad se capta allí donde tiene lugar, es decir, bajo la forma de interiorización del exterior, de transformación de un sistema de exteriorización en un sistema de interiorización, se ve distorsionada y se convierte para mí en un objeto exterior que mantengo a distancia. Donde mejor puedo reconocer la subjetividad es en los resultados del trabajo y de la *praxis*, como respuesta a una situación. Si la subjetividad se me puede revelar, será como consecuencia de la diferencia entre lo que la situación reclama comúnmente y la respuesta que yo le doy. No habría que creer que esa diferenciación corresponda necesariamente a una respuesta menor, y bien puede ser algo más rico que comienza a desarrollarse. En cualquier caso, si consideramos la situación como un test, cualquiera que sea, siempre exige algo de la persona. La respuesta no será nunca totalmente adecuada a la demanda objetiva; la superará o no se situará exactamente donde es preciso; estará al lado o no llegará. Es, pues, en la propia respuesta, como objeto, donde podemos captar lo que es en sí misma la subjetividad. *La subjetividad está fuera, como carácter de una respuesta, y en la medida en que se constituye como objeto, con carácter del objeto.*

Formas de adaptación

Para desarrollar un poco más esta idea, vamos a considerar tres casos, siendo el tercero el más interesante. Examinemos primero un caso médico, el más próximo al organismo, la respuesta de un hemaniópsico o hemióptico (una persona que tiene ciega la mitad de la retina como consecuencia de una lesión del tracto o el quiasma óptico, allí donde los nervios ópticos llegan al cerebro)⁴. Nos detendremos en este caso porque, aun remitiéndose a la unidad psicosomática, está, sin embargo, tan próximo como es posible de una simple relación orgánica, y después iremos a un caso muy particular de una acción personal en un campo social reducido para llegar por fin a un caso que implica intersubjetividad, a fin de analizar el papel exacto de la subjetividad en la dialéctica total. Comencemos, pues, por la hemaniopsia, debida a una lesión que afecta al nervio óptico allí donde se inserta en los lóbulos cerebrales y que da lugar, en ciertos casos no exactamente definidos, a una disfunción: la mitad del campo visual desaparece en cada ojo, de modo que se ve, por decirlo así, con solo la mitad de la retina. Siendo el ojo una organización, la retina organiza sus reacciones a partir de un punto central en lo que se llama la mácula o mancha amarilla, región donde se forman más netamente las imágenes retinianas. Ahora bien, si estuviéramos tratando con un sistema estrictamente inorgánico, todo en exterioridad, ese déficit tendría como consecuencia una visión de la realidad a medias, en el sentido de que la persona no vería más que la mitad de los objetos, no captaría más que la mitad del campo visual. Imaginemos por un instante que esa misma lesión se pudiera provocar artificialmente, como experiencia de laboratorio pasajera, mediante la ingestión de una sustancia psicotrópica. ¿Qué haríamos? Conociendo los efectos de esa lesión, la mantendríamos a distancia, sabiendo que no íbamos a ver la mitad derecha, por ejemplo, del campo visual. Cuando quisiéramos mirar frente a nosotros, estaríamos obligados a girar a la vez la cabeza y

⁴ «La hemianopsia es una perturbación del sentido de la vista caracterizada por la pérdida de una parte del campo visual. La lesión responsable no se sitúa en los globos oculares, sino en los centros visuales cerebrales (lóbulo occipital) o en las vías que los unen a la retina. En el caso de una hemaniopsia bilateral homónima (el más frecuente), el sujeto es incapaz de ver lo que pasa en la mitad, por ejemplo, derecha, de su campo visual. El interesado no siempre tiene una conciencia clara de su hemaniopsia; la molestia que provoca puede ser compensada mediante una simple rotación de la cabeza. En el caso de la hemianopsia bitemporal, que afecta a la mitad derecha del campo visual del ojo derecho y a la mitad izquierda del campo visual del ojo izquierdo, el enfermo no puede ver más que lo que tiene frente a sí, como si mirara por el cañón de un fusil», *Nouveau Larousse Médical*, París, 1981.

los ojos, reconstituyendo así un nuevo campo totalizado mediante una auténtica *praxis* que compensaría de algún modo el déficit. Y si se nos preguntara: «¿Ve usted ese señor que está frente a nosotros?», responderíamos: «Sí, lo veo, pero giro la cabeza para verlo mejor porque tengo la mitad del ojo dañada».

Vayamos ahora al caso de un auténtico hemianópsico, para quien la lesión es fruto de un proceso de orden fisiológico del que no es consciente y del cual tenemos que describir su reacción frente a ese déficit que le priva de la mitad del campo visual. ¿Adoptará el primer sistema consistente en no ver más que la mitad del mundo, o el segundo, que supone que conoce su lesión y que se esfuerza en utilizar como instrumento la mitad del ojo que le queda? Ni una cosa ni la otra. Por un lado, ignora su déficit y, por otro, mantiene la unidad de su campo práctico. Las dos cosas van unidas: no dice que está privado de la mitad de la vista, sino que no ve muy bien y que le cuesta y se fatiga; eso es todo lo que dice. Pero, por otra parte, el campo óptico es integral y, como cabría esperar, gira los ojos para ver frente a él. El sistema óptico es integral, ya que se reconstituye de la forma siguiente: todos los puntos de la retina se modifican al no poder organizar la visión en torno al punto central con una degradación lateral de la visibilidad; se constituye un sistema con la mitad del ojo que le queda, pero ese sistema es total; el centro de la reorganización se desplaza de lado, y al mismo tiempo se crean zonas de degradación nuevas; cada punto de la retina adopta una función nueva. Se llega a ese resultado curioso en el que, allí donde antes la visión era más clara, en el borde de la mácula, ahora es la más degradada. La retina, pero también la acomodación, el movimiento, el campo mismo se han transformado, de forma que cierto punto lateral, allí donde ordinariamente la visión es borrosa, se impone ahora como el punto central. Y como el hemianópsico lo ignora, dice simplemente que no ve muy bien. Si se le pregunta cuál es el objeto que tiene frente a él, responderá que es el objeto que está frente a ese nuevo punto central, puesto que es en él en el que descansa ahora la organización del campo visual.

Se ve así que la ignorancia es esencial para la conducta del hemianópsico, que tan solo hace lo que hace porque no entiende lo que le sucede. Esa modificación que se hace bruscamente e ignorando que exista una totalidad nos ofrece, a cambio, una mejor comprensión de lo que es la subjetividad. En primer lugar, se puede entender que captaremos lo subjetivo a partir de elementos objetivos, que nos parecen o bien sobrepasar la adaptación

normal o, por el contrario, no llegar a ella. No entenderemos que pasa algo en el hemianópsico –al que reconoceremos entonces como tal– hasta el momento en que nos diga: «Eso es lo que tengo frente a mí». Tal es la estructura objetiva, práctica, de la realidad subjetiva. Constataremos, al mismo tiempo, que el enfermo no es solo una persona afectada por su lesión –si se tratara únicamente de su lesión, no habría tema del que hablar–, sino un ser que reorganiza una triple totalidad: detrás de él, el universo orgánico en tanto que es en sí mismo un universo; dentro de él, el campo de la visibilidad sin mancha y sin pérdida; y frente a él, el objeto que debe ver para captarlo, para alimentarse de él, para vivir, etcétera. Ya hemos evocado esa triple determinación, y la volvemos a encontrar aquí: así el enfermo debe experimentar en interioridad esa laguna.

Praxis, carencia de conocimiento y ser

Pero, precisamente, ¿cuál es la diferencia con ese hombre que hemos imaginado, sometido a la semiceguera debido a una experiencia de laboratorio? Este último emprende una *praxis*, mantiene a distancia esa laguna y la abandona a su inercia. Declarará: «Hay algo que no es más que un objeto exterior, que participa ciertamente de mi acto de visión, pero que cae en la exterioridad, puesto que no se trata más que de una estricta pasividad, de una laguna. Ahora bien, ¿qué es lo que hay más pasivo que una laguna? ¿Qué hay menos activo en el sentido real de la palabra? Nada. Pero yo me las voy a apañar, voy a salir adelante, voy a girar la cabeza hacia la derecha, hacia la izquierda, y voy a hacer lo que pretendía». Es alguien que tiene una *praxis*, basada además en un conocimiento teórico. ¿Qué pasa con el otro, con el verdadero hemianópsico? Transforma igualmente su campo visual, afirmando las mismas cosas, pero puesto que ignora su laguna, la integra; lo que no era más que una cosa exterior se convierte en algo totalmente interior. Es retomada desde el interior, en el sentido en que ahora puede ser considerada como un esquema práctico, director, de toda la reorganización del comportamiento, como un organizador práctico. Esa cosa, material y lagunar, se encuentra bruscamente integrada en la conducta gracias al no-conocimiento, porque se vive sin distancia, y el comportamiento encarna la adopción sin distancia de algo que pertenece a la exterioridad. Ahí es donde tenemos efectivamente al hemianópsico. Se da en él indudablemente una negación, pero es una negación que conduce a una integración: ya no es la negación absoluta de una *praxis* mantenida a distancia, sino una negación que es asunción por ignorancia. Es una negación ciega del déficit que lo instala como centro de la nueva vida orgánica.

Esa negación ciega, el rechazo de lo que cambia, no va acompañada por el reconocimiento del ser lagunar; al negarlo, lo integra en el todo.

Esto equivaldría a decir que el todo permanece, suceda lo que suceda, y cambia pretendiendo que no ha cambiado, porque no conoce ese cambio. El enfermo no es hemianópsico porque haya perdido la mitad del campo visual, sufriendo una perturbación incurable pero pasiva, cuando en realidad nunca lo es de forma permanente; el enfermo es hemianópsico porque se hace hemianópsico, porque mantiene desde el interior esa totalización integrando en ella el déficit. He ahí un primer carácter esencial para nosotros de la subjetividad: *si la subjetividad es, por definición, no-saber, incluso al nivel de la conciencia, es porque el individuo o el organismo tiene que ser su ser*. Eso es posible de dos maneras, como ya se ha indicado: una consiste en ser su ser material, como en el caso del sistema material puro; el déficit está entonces ahí, y eso es todo; la otra consiste en modificar mediante una práctica todo el conjunto para seguir siendo lo que uno es, aunque haya que aceptar ciertas modificaciones para conservar el conjunto; esa es la *praxis*. Es más compleja, pero entre el estado de inercia de un sistema y la *praxis* propiamente dicha, existe esa condición de toda interioridad, a saber, que el todo no exista como algo dado desde un principio que habría luego que mantener, sino que sea algo a mantener perpetuamente; en un organismo no hay nada dado, hay en realidad una pulsión constante, una tendencia que forma una unidad con la construcción del todo, y ese todo que se construye está inmediatamente presente en cada parte, no bajo la forma de simple realidad pasiva, sino bajo la forma de esquemas que exigen partes –la palabra «exigen» es evidentemente analógica– una retotalización en cualesquiera circunstancias.

Nos vemos aquí frente a un ser cuya definición de la interioridad es tener que ser su ser, bajo la forma de una presencia en sí inmediata, pero, al mismo tiempo, con una distancia ligera, lo más ligera posible, bajo la forma de una totalidad reglada y autorregulada, a la vez presente en todas las partes y con presencia en ella de cada una de sus partes; porque el todo es, en realidad, una ley de interiorización y de reorganización perpetua o, si se prefiere, el organismo es antes que nada una totalización y no un todo. Siendo el todo una especie de autorregulación directriz, pero que lleva perpetuamente consigo esa interiorización como totalización. Totalización que se hace mediante la integración del exterior, que perturba, que cambia; aquello de lo que el hemianópsico es un ejemplo. El todo, en suma, no es diferente de la pulsión general. En otros términos, la

pulsión y la necesidad no forman aquí más que una y la misma cosa: no podemos decir que haya primeramente necesidades, hay una necesidad que es el organismo mismo en tanto que exigencia de subsistir. Es solo después cuando una dialéctica compleja con el exterior, que no hemos considerado, lleva a la especificación de necesidades particulares, pero originalmente la necesidad es el mantenimiento del todo.

Ahora bien, tener que ser su ser exige del ser, en interioridad, una presencia inmediata y además permanente, porque es una presencia inmediata y sin distancia y porque la subjetividad como sistema de interiorización no supone ningún conocimiento de sí misma a cualquier nivel que la tomemos. Alguien me podría decir: «¡Pero está la conciencia!». Sin duda, pero como hemos visto, una vez que la conciencia, a niveles superiores, hace de la subjetividad su objeto, esta se convierte en objetividad. Para ser plenamente antisemita no hay que saberlo, porque entonces se procede a una reorganización de uno mismo.

Política de la «bronca»

Sin embargo, me dirán ustedes, aquí, en el caso de la hemianopsia, no se trata más que de que una conducta más bien elemental, por lo que yo propondría ir un poco más lejos y mostrarles las mismas cosas tal como se desarrollan al nivel que habitualmente designamos como el de la subjetividad, es decir, al nivel humano.

Para hacerlo consideraré un único ejemplo, verídico, y lo desarrollaré tan completamente como me sea posible. Tengo un amigo muy íntimo⁵ que colaboraba y colabora todavía en nuestra revista *Les Temps Modernes*. Éramos alrededor de una decena de personas y discutíamos qué título ponerle a la revista. Como es sabido, pretendíamos adoptar una posición crítica frente a la burguesía francesa y la derecha en general, y al mismo tiempo una posición crítica frente a nosotros mismos si era necesario; estábamos por principio a la izquierda, aliados de las fuerzas de izquierda, y examinábamos el mundo desde ese punto de vista, mezclando compromisos y críticas, para ayudar a cambiarlo. Buscábamos un título, y ese amigo propuso llamarla *Le Grabuge*. No sé si ustedes lo saben, pero *grabuge* [bronca] es un término francés muy familiar, aunque no sea de uso corriente, que se encuentra en textos del siglo XVIII y que significa, se podría decir así, «violencia anárquica»; por ejemplo, si en un café la gente

⁵ Todo indica que se trata de Michel Leiris.

comienza a gritar unos contra otros, la gente de orden se dirá: «¡Vámonos! Va a haber bronca». Ese término evoca a la vez la violencia, la sangre – aunque esta no siempre esté presente– y el escándalo; sucede algo que altera de repente el orden. Con ocasión de aquella propuesta se planteó de inmediato la cuestión de la subjetividad y se manifestó una discordancia. Naturalmente, nosotros estábamos contra el orden burgués, deseábamos intensamente ayudar a su liquidación y a la instauración de un orden socialista, pero en 1945 no se trataba de hacerlo como una bronca. «Bronca» podía también significar que mi amigo saliera a pasearse desnudo por los Campos Elíseos, seguro como estaba de que cualquier escándalo serviría para minar la conciencia burguesa.

En ese sentido, había una curiosa discordancia, que es la que voy a intentar explicar en la medida en que tiene que ver con la subjetividad. Pongamos que mi amigo se llamara Paul, todos los que le conocen y que le hubieran oído por aquel entonces no podrían sino pensar: «Eso es cosa de Paul». Es decir, que por la simple elección de un término, todos nosotros lo habríamos reconocido. ¿Por qué? En primer lugar, porque Paul fue en tiempos surrealista. Salió de ahí, pero ha conservado cierta nostalgia que le hace repetirse. Ahora bien, el acto surrealista más simple, como decía Breton, es la bronca. Es como agarrar un revólver y disparar sobre el primero que se ponga a tiro: es un acto escandaloso, pero también estrictamente individual, tan destructor de uno mismo como del otro. Los surrealistas surgieron entonces, cuando eran jóvenes, y cultivaron esa violencia que han seguido expresando, sobre todo en el plano verbal, a través de algunos escándalos literarios y artísticos; sin embargo, nunca han tomado un revólver para disparar en la calle contra el primero que se les cruzaba. La mayoría de ellos han conservado, no obstante, algo que se remodela constantemente y que se repite, pero en circunstancias nuevas. Mucho después del surrealismo, mi amigo Paul entraba en un bar e insultaba preferentemente a alguien mucho más fuerte que él, después de lo cual se encontraba tirado en el suelo por haber montado una «bronca». Había recibido un escarmiento que en el fondo no temía; casi se podría decir que lo buscaba. Ahí se manifiesta un comportamiento repetitivo, no reconocido como tal, como respuesta a un condicionamiento anterior reinteriorizado. El surrealista seguirá siendo siempre un surrealista.

Sin duda, se podría señalar que los surrealistas han conocido destinos muy diferentes. Aragon, por ejemplo, entró en el Partido Comunista [Francés] y nunca habría titulado *La bronca* a una nueva revista, sino más

bien *Concordia*, o algo de ese tipo. Se trata, pues, de una situación muy particular, que debe interpretarse como tal. Remite evidentemente a la historia social de Paul; historia social que él cuenta de muy buena gana, ya que se conoce a sí mismo aunque no se reconozca en su sugerencia de *La Bronca*. Se conoce admirablemente, ha escrito incluso libros sobre sí mismo muy notables, pero cuando sugirió *La Bronca* no pensaba en absoluto que todo lo que había escrito saliera así a la superficie, solo pensaba que era un buen título para una revista.

Fue y sigue siendo un pequeñoburgués, un pequeñoburgués de familia rica que tuvo una infancia –sería demasiado largo contarla– por la que la burguesía lo tiene atrapado y que a la vez le cautiva; no puede escapar verdaderamente de ella; necesita personalmente, por su educación, ciertas certidumbres burguesas y cierto confort burgués, aunque al mismo tiempo los deteste. Se encuentra, pues, en la situación absolutamente clásica del anarquista, no el anarquista de derechas, evidentemente, ya que es sinceramente antiburgués, pero también sabe muy claramente que lo retienen algunas cosas. ¿Qué es esa acción que no deja de repetir? Es una acción autodestructiva, destruir el orden social mediante el escándalo haciéndose al mismo tiempo destruir; las dos cosas van de la mano.

En 1920 Paul apareció en lo alto de la escalera de La Closerie des Lilas gritando: «¡Viva Alemania, abajo Francia!». Eso no era nada prudente en 1920. A nadie le extrañará que la gente que estaba al pie de la escalera se arremolinara en torno suyo exigiéndole que bajara, lo que se apresuró a hacer, después de lo cual tuvo que pasar tres o cuatro días en un hospital. ¿Qué es lo que pretendía? Destruía, en la medida en que podía hacerlo, la realidad burguesa mediante un escándalo, pero al mismo tiempo se dejaba destruir. Dicho de otro modo, destruía en él la burguesía en la medida en que trataba de destruirla en el otro, siempre mediante un acto de violencia autodestructiva, si no suicida. Eso es lo que hay en la bronca. Para nosotros, alguien que anda buscando bronca es como esos estadounidenses que se ven por Nueva York, que se aburren tanto que por la tarde entran en un bar con el único objetivo de pelearse con otro. Que le rompa la cara a otro o que se la rompan a él le da igual, vuelve a casa satisfecho, después de esa autodestrucción, esa destrucción de la vida, la negación de la vida por la violencia.

Desde ese punto de vista, vamos siempre más lejos en la subjetividad, ya que hubo un momento, pocos años después de la Revolución

soviética, en que la bronca les parecía a todos los partidos de izquierda la mejor actitud posible de un intelectual. La burguesía era muy fuerte, la URSS acababa de nacer y estaba amenazada por todas partes, y tanto los comunistas como más tarde el propio Trotski, por razones análogas, afirmaban: «Vuestro papel como intelectuales es destruir a la burguesía, destruirla como ideología. Puesto que sois ideólogos, robadle sus palabras, vapuleadla, provocadla mediante escándalos», etcétera. Aquella actitud tuvo incontestablemente un valor táctico en su momento, entre 1925 y 1930, pero hoy día ya no tiene ningún sentido, puesto que el problema social y el problema internacional se plantean en términos muy diferentes. Dicho de otro modo, provocar cualquier escándalo podía tener en 1925 un sentido político, era útil y aportó sus frutos, pero ya no tiene ningún sentido hoy día: para luchar contra las formas de dominación burguesas el análisis, el estudio y las discusiones son mucho más importantes en el momento actual que el puro escándalo. Pero Paul se ha mantenido aferrado a aquel pasado, que no solo le es propio, sino que también concierne a sus compromisos con ciertos grupos literarios y políticos, y es eso lo que provoca la discordancia que proponía.

No era únicamente su propia realidad burguesa, sino la conservación de cierta táctica que fue válida en 1925 y que ya no lo es hoy día y que él no ha superado; permanece atado a ella, y ahí está la subjetividad. Por otra parte, cuando proponía *La Bronca* no era solo como un título entre otros, sino como algo que nos debía comprometer: si hubiéramos aceptado, habríamos escrito los artículos más violentos, por ejemplo, sobre sexualidad, habríamos publicado fotografías de todo tipo, habríamos hecho apología del asesinato; no sé todo lo que habríamos podido hacer, dado que, si hubiéramos aceptado *La Bronca*, eso nos habría llevado a provocarla efectivamente. Lo que indica que la exteriorización de la subjetividad se parece a una institucionalización: si hubiéramos aceptado la idea de nuestro amigo Paul, su propia persona se habría convertido, de hecho, a través del título, en una especie de obligación para todos nosotros. La subjetividad es aquí bastante llamativa porque o bien se la acepta, y su persona se convierte en un conjunto de deberes para los demás, o bien se rechaza, y esa subjetividad cae en el olvido. En aquel caso la rechazamos porque estábamos seguros de lo que queríamos hacer, y cayó en el olvido.

Imaginemos, en cambio, que hubiéramos buscado otra cosa, sin una certidumbre bien firme; eso habría podido decidir la suerte de la revista

dándole un título totalmente inadecuado. Si la revista hubiese llevado como nombre *La Bronca*, nos habría sido imposible en este momento, por ejemplo, publicar tal como lo hacemos regularmente relatos sobre la tortura en Argelia, ya que parecería que presentamos tales cosas para escandalizar a los lectores, cuando lo que pretendemos es que se ponga algo de orden en todo eso y se ponga fin a la guerra de Argelia, mientras que *La Bronca* habría debido, por el contrario, regocijarse de esa guerra. De hecho, el propio Paul ha superado ese nivel manifestándose tan hostil como era posible a la guerra de Argelia, lo que no contradice el hecho de que hace quince años propusiera ese título, y lo propuso porque era él mismo y porque no se conocía. El momento en que uno se conoce y el momento en que se hace son completamente diferentes. Si a posteriori alguien se le hubiera aproximado para explicarle lo que significaba su sugerencia, sin duda se habría plegado a los argumentos que mostraban el carácter inadecuado de su proposición, pero en aquel momento presentó argumentos objetivos, diciéndonos: «Eso atraerá más al público, pondrá de relieve el lado negativo...». No dijo en absoluto: «Eso es lo que me gusta y eso es lo que yo quiero», y no lo dijo porque no lo sabía. Como cualquiera puede ver aquí, la no objetividad, el no saber, la no distancia con respecto a sí mismo no son más que una y la misma cosa.

Repetición e inventiva

Podemos observar, en relación con ese ejemplo, dos casos que describen la subjetividad propiamente dicha. Para el ser humano hay varias dimensiones de la subjetividad, siendo esta, en el fondo, la totalización de esas dimensiones. Está en primer lugar lo que está sucediendo, lo *actual*. Yo diría, por ejemplo, que el ser de clase de Paul ha seguido siendo actual, en el sentido de que su ser de clase, que era cierta forma de rechazar la burguesía sin poder separarse de ella, es una cosa constitutiva de su ser, que no es del pasado, sino intemporal; es verdaderamente su ser de clase, en resumen, la forma como se inserta en la clase burguesa. La relación con el surrealismo es, en cambio, una relación del pasado, con el pasado, ya que después de todo, si no hubiera participado en el movimiento surrealista, aquel movimiento que le permitía satisfacer ese apetito de bronca, no lo habría experimentado. Hay, pues, dos dimensiones de la subjetividad que se deben retotalizar perpetuamente, sin conocerlas: el pasado y, al mismo tiempo, el ser de clase. Tenemos que ser nuestro ser de clase, volveremos sobre ello, pero no lo somos.

Tenemos que serlo en el sentido en que solo se es decidiéndolo perpetuamente, subjetivamente.

Y al mismo tiempo tenemos que ser nuestro pasado. Considerar el pasado como un conjunto de recuerdos que es posible evocar es reducirlo a algo pasivo, a un conjunto de objetos que uno puede disponer frente a sí, y de los que puede decir: «Ha habido tal cosa y después tal otra; me sucedió esto, y después aquello». En esa medida, eso ya no soy yo, es un cuasi yo. Para que ese pasado exista todo el tiempo como posibilidad de distanciarse de él, debe ser perpetuamente retotalizado; dicho de otro modo, hace falta que haya un aspecto constante de la subjetividad que sea la repetición. Uno se retotaliza sin cesar y, por eso mismo, se repite sin cesar, y Paul no ha dejado de repetirse de ese modo desde el momento en que gritó «¡Viva Alemania!» en La Closerie des Lilas, hasta el momento en que propuso *La Bronca*, e incluso mucho más tarde, en otras circunstancias. Su pasado está ahí, entero, pero en el modo de no saber, de la no conciencia, de la reintegración necesaria, y ese pasado está ligado, a su vez, de una forma contradictoria con su ser de clase; mientras que su ser de clase puede llevarlo a ser otra cosa, en circunstancias diferentes, el pasado, por el contrario, implica la repetición.

Así, la subjetividad aparece aquí como una especie común ser de repetición, pero al mismo tiempo es un ser de invención. Esos dos caracteres son inseparables, ya que después de todo Paul se repite en circunstancias constantemente nuevas, y siempre proyecta el mismo ser mediante invenciones, pero en circunstancias totalmente diferentes. Ya que es una invención hacerse romper la cara en 1920 gritando: «¡Viva Alemania!», y es una invención proponer nombrar llamar la revista *La Bronca*. Es una respuesta adaptada –una adaptación no siempre muy lograda, como nos sucede a cada uno de nosotros– a nuevas circunstancias mediante una invención que sí es nueva. El material –si se puede decir así– de la invención es la propia subjetividad. No se encontrará nunca, no se entenderá nunca lo que es la invención del hombre si se pretende que sea pura *praxis*, basada en una conciencia clara; siempre tendrá por detrás elementos de ignorancia, para que exista una posibilidad de invención. También se puede decir que hay características esenciales y contradictorias de la subjetividad: mediante ellas, el ser humano se repite indefinidamente y no deja de innovar por el hecho mismo de inventarse a sí mismo, puesto que existe una reacción de lo que inventa sobre sí mismo. La bronca es a la vez repetición e invención.

Manchas de tinta

Pero hay un tercer carácter esencial, sobre el que no me voy a extender mucho, puesto que es muy tarde, aunque sea esencial. Esa repetición-invencción en una relación dada, inmediata, siempre trascendente al ser exterior, se llama proyección. Dicho de otro modo, lo esencial de la subjetividad es no conocerse más que desde fuera, en su propia invención, y nunca dentro. Si se conociera dentro, estaría muerta; si se conoce fuera, si se la descifra fuera, entonces es plena, se convierte ciertamente en objeto, pero es objeto en sus resultados; lo que nos remite a una subjetividad que no es realmente objetivable.

Los tests proyectivos no tienen sentido más que si suponemos que nos proyectamos continuamente en el objeto. Un test proyectivo, como todo el mundo sabe, es una respuesta a una pregunta planteada por un examinador, y en esa respuesta, o en un conjunto de respuestas, el sujeto se retrata a sí mismo entero. ¿Pero cómo sería posible que hubiera cuestiones particulares, frente a las que el sujeto se retrata entero, si no se retratará entero constantemente y en todas partes? No se puede imaginar que la proyección, el test proyectivo, instale una situación excepcional que en un momento dado solicita al sujeto y le hace hablar. En realidad, no deja de proyectarse en todas partes en todo lo que hace, en todos sus gestos, en toda su realidad, y mediante ciertos tests se descifra, se proyecta porque se descifra, pero no lo percibe ni él mismo. El caso más claro es el test de Rorschach, que, como se sabe, consiste en láminas con formas y colores, pero sin estructuras definidas, y son los que se someten al test los que deben dárselas. El paciente que mira la lámina y la descifra tiene la impresión de que las estructuras son evidentes, pero es a sí mismo al que define sin saberlo siquiera. Como contrapartida, uno se puede corregir por la comparación. En lo que a mí concierne, yo veía cosas absolutamente obvias en un test de Rorschach, pero me bastó conocer otras interpretaciones para que, bruscamente –lo que es una experiencia curiosa, que todo el mundo puede hacer en otras ocasiones, pero que en este caso es constante–, lo que era la visión objetiva de una evidencia se convirtiera en algo empobrecido y muy esquemático. La percepción era la proyección de mi propia personalidad, sin que yo supiera, por otra parte, lo que eso quería decir, pero ahí donde yo veía personas, otro veía hojas de col, y yo comprobé que se podían ver efectivamente hojas de col una vez que el examinador me lo hubo explicado. De repente, mis brillantes hombrecitos, que yo no dejaba de ver –y

nunca he dejado de verlos—, se convertían simplemente en el esquema empobrecido de algo de mí. Y es de esa manera, por consiguiente, como hay que concebir la subjetividad, a saber, que es proyección perpetua. ¿De qué? En la medida en que es una mediación, no puede tratarse más que de la proyección del ser de más acá sobre el ser de más allá.

Lo que nos da entonces la posibilidad de comprender por qué la subjetividad es indispensable para el conocimiento dialéctico de lo social, y es porque no hay más que personas, porque no hay grandes formas colectivas, como imaginaban Durkheim y otros idealistas sociales, y porque esos seres humanos están obligados a ser la mediación entre ellos de grandes formas de exterioridad, como son, por ejemplo, el ser de clase y de la vida histórica cotidiana. Proyectan, precisamente en esa vida histórica, su ser; pero lo proyectan en función de la manera según la que ellos mismos están insertos y crean, en cada instante, la singularización del ser de clase; y esa singularización, que es precisamente la forma de vivirlo ciegamente y en contradicción con su propio pasado, es, pues, un universal singular o una singularización universal. En esas condiciones, es a la vez algo movido por la historia y una estructura indispensable de la historia porque, a ese nivel, no tratamos ya con un ser de más acá, como tratábamos con un ser de más acá orgánico, sino que estamos ya a un nivel más complejo. Tenemos que ver con lo que he llamado en la *Crítica de la razón dialéctica* lo práctico inerte, es decir, una cuasi totalidad, en la que siempre la materia prevalece sobre la persona, en la medida en que es ella misma mediación⁶.

Así, el lugar, el ser de una obrera, por ejemplo, en una fábrica en la que hay máquinas automáticas, queda definido por adelantado. Existe, es ese lugar, no bajo la forma de una pura inercia, no bajo la forma de la exigencia de un ser, sino bajo la forma de una exigencia inerte de la máquina. Consideremos cierta fábrica que, en el marco del capitalismo, está obligada a producir tanto para obtener tal beneficio; según esa norma, utiliza tal o cual máquina, que implica tal o cual función humana y, por lo tanto, tal o cual salario. Suponiendo que el beneficio del capitalista sea lo más alto posible, y admitiendo que se trate de una máquina recién comprada,

⁶ La cita siguiente permite precisar la definición de lo práctico inerte: «Ese ser humano ha seguido siendo el ser humano de la necesidad, de la *praxis* y de la escasez. Pero en tanto que está dominado por la materia, su actividad no deriva ya directamente de la necesidad, aunque esta sea su base fundamental: es suscitada en él desde fuera por la materia trabajada como exigencia práctica del objeto inanimado. O, si se prefiere, es el objeto el que designa a su ser humano como aquel del que se espera cierta conducta», Jean-Paul Sartre, *Critique de la raison dialectique* [1960], París, Gallimard, 1985, p. 296 [ed. cast.: *Crítica de la razón dialéctica*, Buenos Aires, Losada, 1963, p. 354].

se define así un ser que no es todavía habitual, y con él, el salario, la naturaleza del trabajo e incluso el tipo de enfermedad profesional que puede contraer, y a través de ese ser, de toda su familia, yo decía en ese libro que he citado⁷, que la obrera se define no solo por el tipo de ensoñación interior que la máquina la obliga a tener, sino por el salario, por las enfermedades, por la vida, por el número de hijos que puede tener: si tiene cuatro, el cuarto morirá. Que eso sea de una manera u otra la sociedad no cambia nada, pero lo cierto es que le da, junto con su trabajo, que es agotador, por un lado, y con su salario, por otra parte, la posibilidad de tener tantos hijos y ni uno más, o si no, tendrá que darlo en adopción, o venderlo, o entregarlo a la asistencia pública: la sociedad ha hecho su elección. Aunque todo eso se impone aparentemente bajo la forma de exigencias inertes, comienza a dibujarse, empero, un mundo en el que la gente podrá luchar, oponerse, equivocarse, dominarse, a partir del momento en que una subjetividad tiene que ser eso. La realidad concreta y social no es esa máquina, es la persona que trabaja la máquina, recibe un salario, se casa, tiene hijos, etcétera. Dicho de otro modo, cada uno tiene que ser su ser social, obrero o burgués, y tiene que serlo de una manera que es primeramente subjetiva. Lo que significa que la conciencia de clase no es el dato primigenio, lejos de ello, y tiene que serlo en las propias condiciones de trabajo.

Subjetividad de la cualificación

En la *Crítica de la razón dialéctica* yo daba otro ejemplo⁸ sobre el que me gustaría volver antes de acabar, para mostrarles lo que entiendo al respecto. Hacia 1880 se definía un tipo de obrero de la forma más neta por el torno universal, la máquina universal⁹, el obrero cualificado o profesional que ha realizado dos años de aprendizaje, orgulloso de sí mismo y de su trabajo, rodeado de obreros no cualificados (peones). Es la máquina la que lo definía, porque a partir del momento en que se tiene una máquina universal, que no está estrechamente obligada a tareas que realiza perfectamente con la simple condición de que se la vigile, se necesita que la maneje alguien con pericia, un técnico que tiene un

⁷ *Ibid.*

⁸ *Ibid.*, pp. 348-350 [ed. cast.: pp. 415-418].

⁹ «Al complejo hierro-carbón le corresponde la máquina llamada “universal”, con lo que se designa una máquina –como el torno en la segunda mitad del siglo XIX– cuya tarea permanece indeterminada (a diferencia de las máquinas especializadas de la semiautomatización o de la automatización) y que puede realizar trabajos muy diferentes con tal de que sea dirigida, puesta a punto y controlada por un obrero hábil y experto». (*Ibid.*, p. 348 [ed. cast.: p. 415]).

oficio; eso es lo primero. Se define igualmente cierto número de seres en torno a ese obrero cualificado, que serán también seres humanos o, si se prefiere, «infracreatos», peones a los que se niega toda cualificación real, que estarán ahí para alcanzarle una herramienta, para transportar los desechos al otro extremo de la fábrica, etcétera.

A partir de ahí se crea cierto tipo de ser social, ese ser que hay que realizar. Lo realiza el obrero profesional, cualificado, y eso significa que, subjetivamente, se ve conducido a valorar su trabajo. En lugar de constituir, como hoy día, una lucha de clases basada en la necesidad que inspira un «humanismo de la necesidad», «como presa directa de todo hombre sobre todos los hombres»¹⁰, hubo un tiempo en que era el trabajo, el verdadero trabajo, inteligente, hábil, el que confería valor. De hecho, hubo entre nosotros, en esa época, textos anarcosindicalistas que parecían decir que era menos injusto pagar al obrero no cualificado salarios de miseria que pagar mal al obrero profesional, porque no disponían de la teoría del plusvalor. A su juicio –con bastante razón, por otra parte–, eran ellos el fundamento mismo de la sociedad, puesto que trabajaban, fabricaban objetos de los que se servían los demás, y estaban mal pagados aunque realizaban el trabajo más valioso. Compartían una idea aristocrática del trabajo. En cuanto al obrero no cualificado, agobiado por la pobreza, había que ayudarlo, evidentemente, pero la injusticia era menos flagrante puesto que no sabía hacer nada. Así se estableció cierta forma de vivir la situación subjetivamente, que no podía sino verse acompañada por una posición de prestigio. Por otra parte, esas posiciones tienen una importancia inmediata en la lucha, porque los obreros profesionales, al menos la mayoría, se esforzaban por mejorar su cultura; en aquella época leían mucho a pesar de las interminables horas de trabajo. Leían y se consideraban llamados a hacer la revolución y a dirigir a los obreros no cualificados, a educarlos.

Se trataba, pues, de una especie de aristocracia obrera, y a su alrededor gravitaba gente a la que había que ayudar y educar, pero que, por el momento, eran verdaderamente inferiores en el marco mismo de la clase obrera. Eso se tradujo en la elección de la forma de sindicalización: cuando se ha tratado, en un momento dado, de constituir sindicatos de industria (esto es, en cada sector de la producción o la distribución), los obreros profesionales preferían los sindicatos de oficios de los que quedaban excluidos los obreros no cualificados y que solo representaban

¹⁰ *Ibid.*, p. 351 [ed. cast.: p. 419].

al grupo profesional en cuestión. Objetivamente, eso dio lugar a cierto tipo de lucha sindical bastante eficaz en aquella época, ya que bastaba que los obreros profesionales de una fábrica se pusieran en huelga, aunque fueran minoría, para que la fábrica tuviera que parar, aunque los obreros no cualificados hubieran querido trabajar. En aquel momento la práctica sindical, el tipo de valorización de sí, la relación entre obreros cualificados y no cualificados, el tipo de lucha y de organización, correspondían rigurosamente a lo que eran y a lo que era la máquina. Eso no quiere decir que estuvieran equivocados en ser como eran ni que tuvieran razón: eran todo lo que el torno, como máquina universal, les permitía ser. Estaba en ellos como su superior, la interiorizaban y esa interiorización o subjetivación era la que generaba el tipo de conciencia de clase que conocemos como anarcosindicalismo.

Así pues, no es en absoluto, como pretende Lukács, porque no captaran la totalidad de lo que era la clase obrera o la lucha de clases obrera, sino, por el contrario, porque desde el centro de la producción la captaban tal como era en aquella época. Es cierto que en aquella época estaban mucho más cualificados que los demás, pero también es cierto que eso condujo a la formación de sindicatos amarillos, a una aristocracia obrera, una multitud de elementos secundarios más bien aberrantes, que traducían esa concepción, esa interiorización, bajo la forma de una superioridad social que desapareció en todas partes en cuanto la máquina semiautomática y luego la máquina automática reemplazaron al trabajo cualificado. Pero en aquella época no se les podía pedir que previeran prácticamente y en su lucha la existencia de las máquinas semiautomáticas. Ciertamente es que Marx ya las preveía en *El capital*, pero se trataba de un teórico, un jefe de la Internacional, y no del obrero obligado a luchar en cada instante de su vida, que está hecho por la máquina y que, al mismo tiempo, la transforma en interioridad. Lo que significa que la propia conciencia de clase tiene sus límites, que son los de la situación en tanto que esta, o la contradicción, no se haya puesto totalmente al día.

Cualquiera que sea el grupo que se considere, la conciencia de clase se ve limitada por la forma en que el ser de clase es definido por la evolución de las máquinas y el crecimiento de la industria. ¿Habría que declarar, por lo tanto, que ese tipo de conciencia de clase fue vana? ¿Habría que concluir que los anarcosindicalistas no eran en absoluto los obreros que hacían falta? Al contrario. Fue porque tuvieron conciencia de su fuerza, de su coraje y su valor, por lo que crearon sindicatos, instauraron formas

de lucha que se revelaron ineficaces, y pudieron surgir otras formas de lucha cuando aparecieron los obreros especializados. Constatamos así que, en el curso de la lucha, el momento subjetivo, como manera de ser en el interior del momento objetivo, es absolutamente indispensable para el desarrollo dialéctico de la vida social y del proceso histórico

FREDRIC JAMESON

LA ACTUALIDAD DE SARTRE

LEEER LA TRASCIPCIÓN de la conferencia pronunciada por Sartre en Roma –junto con el debate que la siguió, recientemente publicado en francés¹– nos confronta con una alternativa que, aunque indeterminable, está abierta a múltiples interpretaciones. Porque se trata, por una parte, del registro de un acontecimiento, el encuentro que tuvo lugar entre el Sartre de *Crítica de la razón dialéctica*, ya inmerso en su trabajo sobre Flaubert, y una serie de importantes marxistas italianos, muchos de ellos miembros del Partido Comunista Italiano, en el Istituto Gramsci de Roma en 1961. Constituye, en consecuencia, una interacción de gran interés histórico: documenta plenamente la actitud de Sartre hacia el Partido Comunista, así como su actitud hacia el marxismo –el Partido Comunista Italiano se mostraba mucho más abierto a dicho intercambio de opiniones que el francés–, y atestigua también la vitalidad y la variedad de los intereses filosóficos del marxismo italiano de ese periodo.

Pero el texto es también una declaración filosófica, o una serie de declaraciones, que delata la continuidad entre *El ser y la nada* y la *Crítica de la razón dialéctica*, y las afinidades hegelianas de la segunda, y también arroja una interesante luz sobre la posición de Sartre acerca de la subjetividad, y su evidente insistencia en la naturaleza no subjetivista –y no idealista– de su pensamiento. Al mismo tiempo, el debate que siguió suscitó también intervenciones significativas de importantes pensadores italianos, desde Enzo Paci y Cesare Luporini hasta Galvano della Volpe y Lucio Colletti. Como cabía esperar, los diálogos abordan a menudo temas muy familiares en la historia de la polémica marxista: en especial, la distinción entre el materialismo histórico y el dialéctico o, en otras palabras, entre una

¹ Michel Kail y Raoul Kirchmayr (eds.), Jean-Paul Sartre, *Qu'est-ce que la subjectivité*, París, Prairies Ordinaires, 2013; próximamente, en Verso. Una versión anterior del texto actual compone el epílogo del volumen.

posición kantiana o viconiana acerca de lo que el conocimiento humano es capaz de alcanzar y una filosofía materialista que afirma la dialéctica de la naturaleza en sí. Sartre se muestra reservado y conciliador en esta materia, a menudo considerada el escollo fundamental en cualquier oposición entre el marxismo occidental, o no comunista, y el de tipo más «ortodoxo». Admite que puede descubrirse que algunas leyes de la naturaleza son dialécticas, pero rehúye afirmar la existencia de una única dialéctica de la naturaleza propiamente dicha; y también pregunta con cortesía si no sería posible sustituir tácticamente la tan denostada palabra «reflejo» – *Widerspiegelung*, o «teoría del conocimiento mediante el reflejo»– por algo menos controvertido, como «adecuación».

Se produjo a continuación un amplio debate acerca de la idea de la contradicción (este será un tema especialmente significativo en el pensamiento de Colletti); una insistencia muy enfática por parte de Sartre en la carencia de cualquier dimensión ética o de teoría del valor en la filosofía marxista; y un desvío francamente deliberado de la discusión hacia el área del arte y la estética, en la que Sartre presenta el ejemplo de *Madame Bovary* como una muestra fundamental del modo en el que la obra de arte significativa tiene dimensiones simultáneamente subjetivas y objetivas; mientras que Della Volpe centra mucho la atención en los problemas del lenguaje poético propiamente dicho. El «debate» concluye después de manera amigable con un consenso acerca de la necesidad de establecer un «Comunismo crítico», una expresión que Balibar recuperará unos treinta años más tarde, con c minúscula y un significado muy distinto.

Cincuenta años después

Es una coincidencia que nos recuerda que, independientemente de la perspectiva con la que abordemos el texto –acontecimiento histórico o declaración filosófica–, no podemos sino añadir otra, a saber, nuestras posiciones como lectores más de cincuenta años después del hecho, en una situación en la que tanto la política como la filosofía han experimentado transformaciones radicales, y en la que nuestra recepción de este debate debe a su vez afrontar una alternativa: si interpretarlo de manera relativamente neutral, por su interés en cuanto acontecimiento en la historia intelectual del pasado, o buscar su relevancia en el ambiente actual, en el que la teoría marxista ha vuelto a centrarse en las cuestiones más puramente económicas de la teoría sobre la crisis y la estructura de un

capitalismo tardío globalizado, mientras que la filosofía o bien ha pasado a una problemática más posindividualista, lingüística o metafísica –con la obra de un Deleuze o un Badiou, o incluso de los lacanianos– o bien ha retomado con mayor intensidad cuestiones kantianas.

Para todas estas tendencias contemporáneas, Sartre tiene varias banderas rojas que ondear. El propio hincapié en el debate sobre la subjetividad –al menos de acuerdo con las intenciones y el programa iniciales de dicho debate– volverá a despertar toda la hostilidad posexistencial y althusseriana a las diversas concepciones fenomenológicas de la experiencia. El vocabulario de la «totalización» desarrollado en la *Crítica de la razón dialéctica* despertará ahora quizá antiguos o dormidos repudios a nociones de totalidad propiamente dichas, a pesar de que el término de Sartre pretendía sustituir este nombre inerte y sustantivado por un proceso y una actividad; y sin una conciencia particularmente escandalizada de la continuación de su uso, solo de forma levemente modificada, en la trinidad deleuziana de la territorialización, la desterritorialización y la reterritorialización. Por último, el tardío despliegue del término «libertad» por parte de Sartre muy bien puede despertar críticas puramente filosóficas a esta noción, no tanto a modo de explicación excesivamente restrictiva de los dilemas del para-sí, como a modo de bien tejida barrera kantiana a esa ética colectiva que él exige aquí, pero que nunca superó en realidad la abstracción del imperativo categórico, algo que el uso ocasional que Sartre hace de la palabra «humanismo» también nos recuerda, en esta discusión teórica marxista, posruschoviana y posestalinista.

Los interlocutores italianos no aprovechan la que a mí me parece principal debilidad de este momento del pensamiento de Sartre: la que me atrevo a denominar tendencia «monádica», lo que Althusser denunció, en Hegel y en otros –que sin duda incluían también a Lukács e incluso a la deidad tutelar de esta reunión, a saber, el propio Gramsci–, como la falacia de una totalidad «expresiva», la noción de que el todo de un momento social o histórico está de algún modo incluido en un particular dado, y podría ser susceptible de exploración y exposición hermenéuticas, como Sartre intentó hacer en sus obras biográficas, o «psicoanálisis existenciales». Esta perspectiva presupone lo que él denomina encarnación: «Que significa que cada individuo es, en cierto modo, la representación total de su época», un ser social «vive todo el orden social desde su punto de vista»; es cierto que Sartre añade las palabras «un individuo, sea quien sea, o un grupo, o cualquier tipo de asamblea, es una encarnación

de toda la sociedad», algo que podría conducirnos a aquellas discusiones de clase y conciencia de clase solo brevemente abordadas en el debate inicial². Esta perspectiva biográfica del último proyecto de Sartre ha sido descrita como una especie de venganza suprema del punto de partida del filósofo, el cogito individual y una descripción de la experiencia fenomenológica; pero, paradójicamente, *Ser y tiempo* de Heidegger, que evita de manera resuelta el lenguaje cartesiano o humanista, parece acabar en el mismo callejón sin salida, lo que determina su famosa *Kehre*.

No he planteado este tema para lanzar una crítica filosófica contra Sartre, sino, por el contrario, para señalar lo diferentes que son nuestras discusiones y nuestras preocupaciones filosóficas en la actualidad, cuando, en los múltiples entornos institucionalizados del capitalismo tardío y la globalización, las opciones existenciales de cualquier individuo dado y las aventuras biográficas de cualquier libertad dada parecen haberse convertido en algo de interés verdaderamente muy limitado. Incluso en el ámbito de alguna investigación propiamente marxista, el concepto de ideología ha caído en descrédito, y la relación del individuo con la clase y con la conciencia de clase ocupa un lugar secundario respecto al problema de las clases propiamente dichas: si siguen existiendo y cómo sería posible llamarlas a actuar, si es que lo hacen. Pero era precisamente al análisis del grupo y de la dinámica de clases al que la *Crítica de la razón dialéctica* nos convocaba y dedicaba sus energías más productivas.

En cuanto a si podemos esperar que una «recuperación» de Sartre suponga un desafío a la persistente y a menudo vacua invocación de Heidegger que aún encontramos en todo el pensamiento contemporáneo, puedo atestiguar que los lectores más jóvenes siguen electrizados por las descripciones de *El ser y la nada* y se muestran dispuestos a reconocer la verdad fenomenológica y filosófica de las explicaciones que da sobre la libertad; pero la terminología de dicha obra ya no parece generar los problemas nuevos que la institución de la filosofía exige de sus soluciones. Por el contrario, parece ser el primer Sartre, el de *La trascendencia del ego*, el que ha vuelto a alcanzar actualidad filosófica, por su insistencia en la impersonalidad de la conciencia y su desplazamiento del «yo» y de la identidad personal; puede decirse, de hecho, que este breve ensayo ha anunciado esa «muerte del sujeto» estructuralista y posestructuralista que sigue acompañándonos en gran medida en la actualidad.

² *Ibid.*, p. 120.

Mientras tanto, el Sartre más reciente de la *Crítica de la razón dialéctica* suscita atractivamente el problema inverso, a saber, el de la «identidad» de grupos y colectivos en una situación biológica en la que «conciencia colectiva» es ciertamente un concepto inaceptable. Aquellas páginas de la *Crítica de la razón dialéctica*, por lo tanto, en las que Sartre contrasta la dinámica de grupos pequeños propia de unidades guerrilleras o nómadas con la alienación en serie de colectivos más grandes como la opinión pública, siguen teniendo hoy una inigualable perentoriedad, tanto política como filosófica. Cómo se relacionan estos dos rasgos del pensamiento de Sartre es, por lo tanto, una de las lecciones más importantes que nos ofrece la conferencia de Roma.

Lenguaje y praxis

La terminología sigue siendo el hilo más seguro para guiarnos por el laberinto del desarrollo filosófico, siempre que la interroguemos de dos modos: qué dilemas nos permite la nueva terminología excluir o neutralizar, y qué revelaciones específicas empaña u oculta la nueva formulación. Tanto Sartre como Heidegger pretendían con firmeza evitar las ilusiones de la subjetivación: Heidegger lo hacía prohibiendo enérgicamente el lenguaje de la conciencia y la personificación; Sartre, al contrario, insistiendo con tanta firmeza en el lenguaje de la conciencia que los lenguajes personalizados de la identidad y del yo no encontraban lugar en sus formulaciones. El nuevo lenguaje de la totalización empleado por Sartre, es por lo tanto, una especie de asimilación al denominado «Heidegger pragmático»: desarrolla la noción de conciencia como proyecto tanto ampliándola, para incluir la concepción heideggeriana del mundo, y la mundialidad y el «estar en este mundo», como describiendo de qué forma mi continua temporalidad convierte todo lo que la rodea en una *Zuhandenheit* –una «manejabilidad» similar a la de una herramienta– muy diferente de las antiguas filosofías epistemológicas estáticas y contemplativas de los objetos y su presencia puramente cognoscible (*Vorhandenheit*).

Pero al pensamiento contemporáneo, más atraído por la diferencia que por la identidad, le parecía que el término «totalización» daba preferencia a la unificación; mientras que nosotros queremos que nuestros sujetos sean múltiples y heterogéneos, y preferimos las posiciones de sujeto inconmensurables a cualquiera de esas perspectivas de unificación –incluso en proceso perpetuo– de las que en último término podría

surgir el sujeto o el yo reunificado. A los lectores de hoy les aliviará saber, por lo tanto, que Sartre insiste aquí –y es quizá el momento más asombroso de toda la discusión– en que la subjetividad es un fenómeno evanescente: un momento y no una estructura o una esencia y, de hecho, un momento que casi de inmediato vuelve a perderse en la objetividad, en el mundo y en la acción en él. Pero esta insistencia se da a un precio distinto y quizá no menos oneroso, a saber, el del hegelianismo.

Porque el lenguaje de la *Crítica de la razón dialéctica* en el que Sartre expresa su descripción de la «subjetividad» –al mismo tiempo que rechaza este término y nos recuerda la propia advertencia de Hegel acerca del efecto deletéreo de la existencia de dos palabras distintas para sujeto y objeto– es, no obstante, un lenguaje profundamente hegeliano, en el que exteriorizamos o externalizamos nuestro yo y después «volvemos» a penetrar en el yo para preparar una nueva exteriorización. Este es el omnipresente proceso hegeliano de la objetivización, cuya forma negativa intentó distinguir, como es bien sabido, el joven Marx en la «alienación», el modo en el que nos hacemos ajenos a nosotros mismos. La praxis, una palabra reinventada por el conde Cieszkowski solo unos diez años después de la muerte de Hegel, es sin duda la versión sartreana de esta *Tätigkeit*, o perpetua actividad, hegeliana (y goetheana) que en Marx se convertirá en una ética de la producción en el sentido humano y no capitalista-industrial.

En todo caso, esta dialéctica del interior y el exterior, de la transformación del mundo que después vuelve al yo, transformándolo a su vez, es ahora un tropo o figura familiar. Lo moderno y ahegeliano en la exposición que Sartre hace aquí de ella es la insistencia en el lenguaje, y en la forma en que el lenguaje cosifica la interioridad, transformando su interiorización en algo externo que a su vez transforma su punto de partida en subjetividad sin palabras. Esta dialéctica recibe ahora el nombre de reificación (Sartre ya había acuñado el barbarismo de *choisification* en *El ser y la nada*); y sus ejemplos –extraídos de la vida personal y cotidiana y ya bastante novelísticos– muestran por qué a este novelista-filósofo le agradan más las teorías abstractas o universalizantes de la acción y la ética. También insisten en el lenguaje como forma de reificación, para lo bueno y para lo malo: la famosa ansiedad del conde Mosca por la palabra «amor» demuestra que la asignación de un nombre puede de repente transformarlo todo. Excepto la reificación caracterológica –el trabajador que descubre que es antisemita, las inveteradas cristalizaciones que

Leiris hace de sus propias inclinaciones rebeldes y anarquistas–, estos ejemplos acercan al psicoanálisis la dialéctica sartreana del lenguaje mucho más de lo que podría haberla acercado su rechazo filosófico del concepto de inconsciente. La sustitución, de hecho, del pasado por una entidad denominada el «inconsciente» –algo que supone un problema filosófico para Freud, y que Lacan se verá ingeniosamente obligado a reescribir–, como una especie de no conocimiento, sedimentado en el cuerpo y no reducible solo a un concepto lingüísticamente definible como la memoria, bien puede haber sido más productiva para Sartre, en especial para desarrollar las percepciones de sus biografías.

Éste es el punto en el que aparece la clase y en el que uno pensaría que podría haberse producido el diálogo más productivo con los marxistas; pero, por desgracia, no fue así. Sartre no insiste aquí en la lucha de clases propiamente dicha, entendida como conflicto inevitable entre grupos sociales, y en último término, entre aquellos dos grupos sociales fundamentales, que son los amos y los productores. Por el contrario, Sartre se ocupa aquí de las formas históricas de la conciencia de clase dentro de un grupo dado, y de cómo la externalización de la subjetividad en forma de tipo específico de tecnología vuelve a quienes usan dicha tecnología para formar el tipo de conciencia específico de estos, el cual a su vez vuelve al mundo social del conflicto de clases para desempeñar una función específica. El ejemplo es el momento en el que la conciencia de clase de los trabajadores cualificados se ve amenazada por una tecnología que ya no requiere sus destrezas y que transforma al «proletariado» en una masa de trabajadores no cualificados con una actitud muy distinta hacia el trabajo, la política y la lucha de clases propiamente dicha.

Ciertamente, esta es la lección más interesante y sutil del análisis sartreano de la subjetividad para los marxistas de hoy, cuando tipos de tecnología y trabajo completamente nuevos han transformado nuestra vida social y parecen haber dejado atrás teorías más antiguas de análisis social y político. Porque hoy no es en especial la noción de la lucha de clases la que debe revivirse: la observamos inevitablemente en todo lo que nos rodea. Necesitamos una percepción renovada de qué es la conciencia de clase en sí y cómo funciona. El Sartre de estas conferencias de comienzos de la década de 1960 tiene cosas significativas que contarnos a ese respecto.

CRÍTICA

Peter Mair, *Ruling the Void: Hollowing of Western Democracy*,
Londres y Nueva York, Verso, 2013, 160 pp.

WOLFGANG STREECK

LA POLÍTICA DE LA SALIDA

Gran parte de la actual ciencia política predominante resulta bastante aburrida. Siguiendo la pauta de los departamentos y las revistas estadounidenses, la investigación sobre temas que tengan un auténtico interés intrínseco, como el cambio en las características de los partidos políticos, parece haber quedado estancada en incontables intentos de modelizar la elección entre los que quieren llegar al gobierno y los que quieren aplicar un programa político; la interacción entre los partidos que «optimizan los votos» y los votantes que «optimizan la utilidad»; la organización de las preferencias de los votantes o la dinámica de la formación de coaliciones: todo ello en ámbitos de características generales intemporales, diseñados para ser representados por medio de conjuntos complejos de ecuaciones formales.

Sin embargo, existen excepciones. Entre las más destacadas, hasta su muerte prematura en el verano de 2011, se encontraba Peter Mair, profesor de política comparada en el Instituto Universitario Europeo de Florencia. Muy respetado, fundamentalmente, entre los especialistas europeos, Mair conservaba una fina comprensión tanto de la historia como de las razones del estudio de la democracia. Al contrario que muchos de sus colegas, nunca perdió de vista la estrecha relación entre los partidos políticos de masas y los resultados democráticos; su obra siempre consideró el desarrollo de los primeros, bien anclado en el contexto de los segundos, como lo más importante de esa relación. Además, demostró su compromiso con la democracia popular y los derechos de la gente corriente, en lugar de con las normas

abstractas de la toma de decisiones que se han convertido en el tema favorito de mucho de lo que hoy en día pasa por teoría democrática.

Ruling the Void es el más reciente y, desgraciadamente, el último libro de Mair. Completa una obra que comenzó con *The Changing Irish Party System* (1987), un estudio de su país natal que no ha sido superado todavía, y continuó con el hito de *Identity, Competition and Electoral Availability* (1990), escrito conjuntamente con Stefano Bartolini, que se centró en la llamativa prolongada estabilidad de los sistemas de partidos occidentales, aunque haya sido erosionada por la creciente volatilidad electoral registrada a partir de la década de 1970. Fue seguido por el elegante *Party System Change* (1997), y una serie de recopilaciones en colaboración. *Ruling the Void* estaba todavía sin terminar cuando Mair falleció, aunque la teoría básica estaba perfectamente establecida. Se debe a Francis Mulhern, su amigo desde la época universitaria, el mérito de la organización del material existente en un orden impresionantemente legible y coherente, incorporando textos adicionales para redactar el largo capítulo sobre la Unión Europea con el que concluye el libro. El estilo incisivo de Mair, especialmente, su capacidad para formular con claridad y agudeza lo que tiene que decir, es evidente desde las primeras líneas:

La época de la democracia de partidos se ha terminado. Aunque los partidos permanezcan, se han desconectado tanto de la sociedad y persiguen un tipo de competición que tiene tan poco sentido, que ya no parecen capaces de sostener la democracia en su forma actual.

En lo que sigue, esta premisa se elabora con ayuda de un despliegue impresionante de datos empíricos, al detallar Mair el declive, desde abajo, de la participación de los votantes y la afiliación a los partidos y, desde arriba, la «retirada de las elites» de la responsabilidad democrática. Aunque no podemos saber cómo habría sido *Ruling the Void* si Mair hubiera tenido tiempo de terminarlo, estamos seguros de que a grandes rasgos habría sido igual, especialmente en cuanto a la negativa rotunda del autor de apartarse de las grandes cuestiones para preservar la pureza metodológica. Es particularmente llamativa la gran valoración de Mair de los partidos políticos como agencias intermediarias entre sus votantes y las instituciones políticas del Estado: dos ámbitos con dinámicas y contingencias estratégicas muy diferentes. Entre los grandes logros de Mair como politólogo, podemos apuntar el hecho de que se resistiera a especializarse en uno de estos dos ámbitos, aunque ambos requieren el dominio de sectores de conocimiento y metodologías de investigación muy específicas. Para Mair, lo que definía el papel de los partidos políticos era precisamente su función de mediación entre estos dos campos de acción; lo que más le interesaba era la manera en la que sus respuestas en ambas zonas se condicionaban y combinaban.

Entonces, ¿cuál es el mensaje de este importante libro? Al sobrepasar el formato estándar de la política comparada, Mair no analiza tanto las diferencias nacionales entre los sistemas de partidos como los rasgos comunes y las trayectorias históricas compartidas. La «edad de oro» de la democracia representativa se describe con brevedad. Con la llegada del sufragio universal a partir de la década de 1900, los anteriores «partidos de notables» fueron sustituidos por organizaciones de masas, con estructuras fuertes y jerárquicas que unían al electorado sobre la base de experiencias sociales compartidas y expectativas colectivas sobre lo que el partido haría en el gobierno. El papel del partido era traducir los intereses de sus votantes en políticas públicas, reclutar y promocionar a líderes políticos capaces de ejercer el poder ejecutivo y competir por el control del ejecutivo en las elecciones nacionales. El partido de masas clásico, escribe Mair, «dio voz al pueblo», al mismo tiempo que aseguraba que las instituciones del gobierno rindieran cuentas. Mair describe el cambio de los partidos políticos dominantes, a partir de mediados de la década de 1960, hacia lo que el politólogo socialdemócrata Otto Kirchheimer había descrito como un modelo «transversal y genérico» [*catch all party*], que trata de sacar votos mucho más allá de su electorado natural y los convierte «ante todo en partidos que quieren llegar al poder, en los que el deseo de ocupar el gobierno es prioritario frente a cualquier sentido de integridad representativa». La siguiente etapa, que va cogiendo fuerza desde mediados de la década de 1980 y durante la de 1990, es lo que Mair y Richard Katz, siguiendo de nuevo a Kirchheimer, han llamado «el gobierno del cártel», caracterizado por la eliminación de la oposición real: la situación que impera «cuando no existen diferencias significativas que dividan a los protagonistas de los partidos, por muy enérgicamente que compitan a veces entre ellos».

Las últimas décadas del siglo XX fueron, por lo tanto, testigo de «una retirada gradual pero también inexorable de los partidos desde el ámbito de la sociedad civil al del gobierno y el Estado». Tal como destaca Mair, esta «retirada de las elites» ha ido acompañada de la desafección de la ciudadanía, con caídas constantes de la participación media, década tras década, y el «abandono de la implicación popular» en la vida política. El proceso supuso una relegación del «partido sobre el terreno» a favor del «partido en el Parlamento», o en el gobierno, al optar los líderes (para usar otro de los memorables pares de conceptos de Mair) por la «responsabilidad» a costa de la «receptividad». Y a la vez que los partidos se alejaban de sus votantes, se iban acercando entre ellos: «Lo que queda es una clase gobernante».

Mair evita cuidadosamente las explicaciones monocausales, o incluso cualquier razonamiento de explicación unidireccional. Atribuye el «vacío» del gobierno de los partidos democráticos a cambios acumulativos en las constricciones y las oportunidades que los partidos encuentran en los ámbitos

entre los que han mediado tradicionalmente: por una parte, sus bases sociales y, por otra, las matrices de resultados del escenario político. Estas incluyen dos tendencias generales: la individualización y la globalización. La primera se refiere a la erosión sufrida por los entornos sociales de cohesión que ayudaron a estructurar el crecimiento original de los partidos de masas (el mundo de los sindicatos, clubes, iglesias, asociaciones profesionales, grupos de campesinos y otros) así como a la fragmentación de las identidades colectivas, incluyendo la de la clase obrera industrial. Se invoca la individualización en sus diversas manifestaciones para explicar la indiferencia y la apatía crecientes entre los ciudadanos con respecto a los intereses colectivos y a la política, que llega a la desintegración civil del *demos* moderno.

Por su parte, la globalización es responsable de la incapacidad de los Gobiernos nacionales para llevar a cabo políticas autónomas. Las dos tendencias tienen un efecto similar en el gobierno de los partidos. «Tanto si están restringidos por limitaciones globales o europeas o por su incapacidad para identificar a un electorado lo suficientemente amplio y cohesionado al que ofrecer una línea de acción», escribe Mair, «los partidos tienden cada vez más a copiarse entre ellos y a desdibujar lo que podrían ser claras opciones políticas». Además, al encontrarse con una base social erosionada, las elites de los partidos han buscado refugio en la seguridad que ofrecen las instituciones del Estado a los políticos dispuestos a llegar a acuerdos para «compartir gobierno, programa y votantes». En este proceso, la toma de decisiones políticas ha migrado a instituciones «no mayoritarias» (es decir: de elite), como los bancos centrales y las agencias reguladoras, que están aisladas de las presiones redistributivas «mayoritarias»: presiones a las que los Gobiernos tendrían en cualquier caso dificultades para responder, una vez que la globalización ha debilitado el poder económico de los Estados-nación, que anteriormente eran el soporte de la democracia popular.

El ejemplo palmario y abrumador que presenta Mair de un sistema político de «gobernanza» de expertos despolitizada, construido específicamente para excluir a los partidos, a la democracia popular y, con ellos, la política redistributiva, es, evidentemente, la Unión Europea, tal como se analiza en el último capítulo del libro. Una muestra de la lucidez analítica de Mair es su comprensión de la lógica político-económica de esta entidad mucho mejor que las hordas de politólogos especializados en el estudio, por no decir la celebración, de «la integración europea», cuyo principal logro ha sido descubrir un «déficit democrático» en un sistema político en el que evitar que la toma de decisiones colectiva sea democrática fue nada menos que su principio fundacional. El capítulo elimina la ilusión de que exista la posibilidad, evocada hasta la saciedad por la retórica de la «democratización» que predicaban las fuerzas partidarias de «más Europa», de reestructurar la UE para que se constituya en una base de resistencia frente a los efectos de la pérdida

de empoderamiento popular provocados por la internacionalización capitalista. Tal como Mair señala, haciendo referencia a las reflexiones de Robert Dahl sobre la oposición, «se nos concede el derecho de estar representados en Europa, incluso aunque a veces es difícil comprender cuándo y cómo funciona este enlace representativo; pero no se nos concede el derecho de organizar la oposición dentro del sistema de gobierno europeo»:

Sabemos que el no permitir la oposición dentro del sistema de gobierno es probable que conduzca o bien *a*) a la eliminación de una oposición significativa y prácticamente a la sumisión total, o bien *b*) a la movilización de una oposición de principio contra el sistema de gobierno: a una oposición antieuropea y al euroescepticismo. Y, de hecho, este cambio está llegando también a la esfera doméstica, donde el peso creciente de la UE, y su impacto indirecto sobre la política nacional, ayuda también a fomentar los déficits democráticos y, por lo tanto, limita también las posibilidades de la oposición clásica a escala nacional.

Mair termina con una reflexión lúcida: al perder la oposición, perdemos la voz, y al perder la voz, perdemos el control de nuestros propios sistemas políticos; no está nada claro cómo se puede recuperar ese control para devolver el sentido a ese «gran hito» de la democracia: la oposición.

Ruling the Void es una lectura esencial para toda persona interesada en la política del siglo XXI. Sin embargo, a pesar de ser un libro absorbente, hay algunas cuestiones interesantes sobre las que el libro resulta ambiguo. Una es *por qué* los principales partidos políticos en Occidente rompieron los lazos con su base social y adoptaron el pensamiento único neoliberal a partir de la década de 1980. ¿Fue porque el cambio de las condiciones objetivas no les dejó elección, fue oportunismo organizativo (el atractivo de la tecnocracia del poder compartido) o fue porque sus electores les habían abandonado y ya no estaban disponibles para la movilización colectiva? En un momento determinado, Mair afirma inequívocamente que el abandono fue mutuo: «Esta es la conclusión que debe ser subrayada más claramente»; pero no analiza la naturaleza exacta de esa reciprocidad. Tampoco analiza la cuestión más general de si podría haber una relación de causalidad entre las dos tendencias, o en qué dirección podría operar; si cada abandono ha dependido del otro y hasta qué punto se han reforzado mutuamente.

Es aquí, en especial, donde uno desea más vivamente que Mair hubiera tenido tiempo de responder algunas preguntas que podrían haber llevado más lejos su análisis. Una se refiere a su concepto clave de globalización y lo que representa. Es ampliamente conocido que la internacionalización creciente de la economía capitalista a partir de la década de 1980 ha hecho más difícil que los Gobiernos nacionales intervengan en nombre de las mayorías populares. Pero las presiones para la protección de la acumulación de capital contra la interferencia democrática vienen de antes e indican una tensión

más profunda entre capitalismo y democracia que fue pospuesta, solo provisionalmente, durante las pocas décadas de crecimiento de la posguerra. Al mantenerse en su terreno de la ciencia política, Mair se abstiene de aventurarse en el de la economía política, a pesar de que las tendencias que describe (el traspaso de las políticas económicas a las instituciones tecnocráticas «no responsables»; la eliminación de la redistribución igualitaria de los objetivos políticos de los Gobiernos occidentales) indican el crecimiento de un nuevo régimen político-económico, tras la victoria del capital en las luchas de la década de 1970.

El relato de Mair sobre el vaciado de la democracia de masas encajaría perfectamente en una descripción más general de la transformación del régimen de crecimiento keynesiano de la posguerra (obligado a buscar el progreso económico por medio de la redistribución desde arriba hacia abajo) en un régimen hayekiano, que pone sus miras en la redistribución desde abajo hacia arriba. De manera más general, podría situarse en el contexto de un dilema básico de la política democrática en el capitalismo: el hecho de que la democracia igualitaria puede, en los momentos buenos, ayudar a gestionar las tensiones sociales producidas por la naturaleza del proceso de acumulación capitalista y, sin embargo, al hacerlo, puede provocar perturbaciones económicas (huida de capitales y otros problemas) que debiliten las precondiciones necesarias para el buen gobierno. En tal situación, los partidos gobernantes pueden considerar que no tienen otra salida que hacerse «responsables» y hacer las paces con la clase capitalista, mientras se protegen lo mejor que pueden de las presiones de ser «receptivos» ante sus afiliados y votantes.

Otra cuestión es si los principales partidos políticos serían, de hecho, capaces hoy en día de organizar y movilizar a sus electores de la manera en que se daba por hecho en la década de 1970. Mair destaca la individualización y fragmentación de sus bases sociales, lo que ya se había convertido en un fenómeno general en la década de 1990 y que debilitó especialmente a los partidos de la izquierda. Pero esto puede ser solo la corteza de un cambio más profundo en la manera en la que las personas se relacionan entre sí, incluso en la propia naturaleza de la sociabilidad y la cultura social: un cambio que solo ahora comenzamos a entender, con el gran avance de las llamadas redes sociales. La individualización, tal como la invocaban Mair y otros, parece no ser más que un concepto provisional para un cortoplacismo y una volatilidad crecientes que afectan a los compromisos sociales en general, no solo en el ámbito cívico y político, sino también en la vida privada y familiar y, desde luego, en los mercados laborales y de productos; una tendencia descrita por muchos como un aumento de libertad, en lugar de una pérdida de solidaridad. Lo que esto augura para la política es que puede que quizá incluya la «voz», en el sentido de Albert Hirschman, pero que más que

nada propiciaría la «salida», pronto y a menudo, y muy poca «lealtad» en lo que respecta al compromiso y a la disciplina, al servicio de valores compartidos, necesarios para una visión colectiva de la sociedad buena.

En el orden de cosas que parece estar emergiendo, los lazos sociales se basan en el gusto y en la elección más que en la obligación, con el resultado de que las comunidades parezcan asociaciones voluntarias de las que se puede dimitir si exigen demasiada abnegación, en lugar de «comunidades de destino» con las que uno sube o cae. Las nuevas redes sociales, que se han convertido rápidamente en herramientas casi indispensables de la sociabilidad humana, permiten a las personas conectarse y asociarse con otras de ideas similares sobre los temas «subjetivos» más esotéricos. Como el ciberespacio se salta la geografía, se rompe la conexión, elemental para la movilización política tradicional, entre intereses compartidos y relaciones personales surgidas de la vecindad física. Una consecuencia es que el control social entre los «miembros de una red» se minimiza; darse de baja es fácil, especialmente cuando las personas usan seudónimos: otra faceta del nuevo voluntarismo de las relaciones sociales. Curioseando el ilimitado suministro de causas, gustos y estilos de vida proporcionados por internet, se puede decidir libremente que a cada uno le «guste» lo que cada uno desee; en comparación con los partidos políticos de la vieja escuela, no hay presión por la coherencia ideológica ni por la adhesión a un programa común.

No se puede pasar por alto la analogía entre la *consumerización* del compromiso político y los nuevos mercados del capitalismo hedonista, alimentado por los productos personalizados individualmente. Por ejemplo, como parte de la campaña para incrementar la participación en las elecciones al Parlamento Europeo de mayo de 2014, el *Frankfurter Allgemeine* presentaba a sus lectores un cuestionario *online* (preparado, por cierto, por el Instituto Universitario Europeo de Florencia) titulado «¿Qué partido me va mejor?», en lugar de «¿Qué partido le va mejor a Europa?»», como uno habría esperado ilusamente. Mientras tanto, todas las cuestiones cruciales de la política europea habían sido cuidadosamente marginadas por los dos veteranos de Bruselas que se presentaban a sí mismos como los *Spitzenkandidaten* continentales para la presidencia de la Comisión Europea. A pesar de que simulaban competir entre ellos, iban en plataformas esencialmente idénticas. Es la mejor confirmación para las tesis de Mair sobre «el gobierno mediante el cártel» y el brillante análisis de la política de la UE presentado en el último capítulo de *Ruling the Void*.

Tal como se señalaba anteriormente, Mair ofrece dos explicaciones para su teoría sobre cómo los principales partidos políticos han abandonado su posición de intermediarios entre sus electores y el Estado. La primera es que las circunstancias político-económicas objetivas les han hecho imposible seguir siendo receptivos ante las necesidades y las exigencias populares,

al atarles a políticas inadecuadas para inducir al compromiso cívico y político. En segundo lugar, apunta a que su base social puede que ya no esté dispuesta a llevar a cabo el tipo de acción colectiva que los partidos promovían tradicionalmente. [Si en el siglo XIX el *Lumpenproletariat* fue incapaz de organizarse disciplinadamente, hoy en día puede que lo sea la clase media hedonista. Un ejemplo de los extremos desesperados a los que llegan ahora los partidos establecidos para atajar la debacle de sus afiliaciones sería la organización juvenil de la CDU alemana, que ha lanzado una campaña de reclutamiento que promociona el color del partido, el negro (de origen clerical, ya que deriva de los hábitos negros de los sacerdotes católicos), con el eslogan *Black is beautiful*; en inglés, por supuesto. Los activistas celebran fiestas en las que distribuyen, *inter alia*, condones negros].

Sin embargo, lo que Mair no analiza es si estas dos tendencias, macro y micro, están relacionadas de alguna forma. Se podrían considerar varias conexiones, desde la globalización de los sistemas de producción y los mercados laborales, que debilitan las estructuras de clase de las sociedades capitalistas avanzadas, hasta el aumento del capitalismo consumista que conlleva la individualización comercial y la privatización de la satisfacción de las necesidades (algo que fue discutido en la *NLR* 76). La inquietante conclusión podría ser que en el capitalismo actual la legitimidad del sistema proviene del consumo individualizado en mercados no limitados por fronteras jurisdiccionales, en lugar de provenir de la corrección política de mercados dentro del marco de los Estados-nación o de la deliberación democrática sobre los intereses colectivos en las comunidades políticas. Cuando la elección del consumidor individual ocupa el lugar de la elección política, la intermediación de las organizaciones políticas sobre los intereses puede llegar a ser percibida como prescindible o, incluso peor, restrictiva. El desarrollo capitalista podría haber llegado a consistir hasta unos límites ya importantes, y más amplios que nunca antes, en que la *Vergesellschaftung* [socialización] del mercado arrolla y reemplaza a la *Vergemeinschaftung* [comunitarización] política.

El análisis de Mair está centrado principalmente en Europa Occidental y las nuevas democracias del Este, y no presta atención a Estados Unidos. Allí, la tendencia parece ser la contraria: polarización creciente entre los partidos políticos principales, voluntad de negociación en declive que produce un bloqueo general del Gobierno, vuelta a la «receptividad» a costa de la «responsabilidad», triunfo de los programas políticos frente a los que solo quieren llegar al Gobierno; todo ello en contradicción con el modelo establecido de predominio del votante medio, tal como Jacob Hacker y Paul Pierson, autores de *Winner-Takes-All Politics*, señalan en un reciente artículo; y, además, subrayado por el hecho de que las preferencias de los votantes en Estados Unidos parecen mantenerse sin grandes cambios. El renacimiento

de la pureza ideológica en Estados Unidos ha tenido lugar principalmente en la derecha, en el Partido Republicano, mientras que los Demócratas se mantienen fundamentalmente en una posición centrista, lo que hace más profunda la línea divisoria entre los dos partidos: de ahí el término «polarización asimétrica». Pero ¿por qué debería un partido privarse en la práctica de construir una mayoría nacional por el prurito de representar más auténticamente al pequeño núcleo de su electorado? Aquí es donde entran los grupos de interés, especialmente, los del capital: un tema que Mair solo trata marginalmente. De acuerdo con el análisis de Hacker y Pierson, el grupo de presión de la patronal estadounidense sirve como una especie de equivalente funcional del Estado europeo, al proporcionar a su partido preferido apoyo financiero, liberándolo así de la servidumbre del votante medio. En un sistema constitucional de gobierno dividido, el partido puede dedicarse entonces a bloquear la legislación, preservando así el statu quo institucional en un mundo de cambio social y económico rápido. El resultado es lo que Hacker ha llamado en otro lugar la «deriva» del programa político: la debilitación gradual de las políticas y las instituciones redistributivas al denegarles la actualización regular que necesitan para mantenerse al día en un entorno en mutación. Esta forma de neutralización del Estado puede ser aparentemente un efectivo equivalente político a la «globalización» en un país que en principio todavía es suficientemente hegemónico para contar con alternativas realistas al neoliberalismo.

Resulta muy paradójico que hoy en día la repolitización parezca principalmente confinada en la derecha, y no solo en Estados Unidos; obsérvese los nuevos partidos «populistas» de Europa, que en gran parte se están beneficiando del abandono por parte del centro-izquierda de su antiguo electorado al buscar grandes coaliciones con el centro-derecha. En cuanto a los grupos de interés organizados, merece la pena mencionar que, en el preciso momento en que los partidos transversales y genéricos y sus elites están inmersos en un abandono acelerado de su base social, las asociaciones patronales en Europa han prestado una mayor atención a su «lógica de pertenencia», liberándose de compromisos corporativistas con los sindicatos y el Estado y radicalizando su retórica, así como su peso político. Estas dinámicas solo pueden intensificar los cambios dibujados con tanta precisión en *Ruling the Void*.

CRÍTICA

Christophe Prochasson, *François Furet: les chemins de la mélancolie*, Éditions Stock, París, 2013, 558 pp.

MICHAEL CHRISTOFFERSON

¿UNA MENTE DE IZQUIERDAS?

François Furet destaca entre los más influyentes intelectuales de finales del siglo XX en Francia. Su obra como historiador de la Revolución francesa apuntaba directamente contra la interpretación socioeconómica marxista que entonces prevalecía y que llevaba implícita la celebración de la República jacobina. En *Penser la Révolution française* (1978) sustituyó esta interpretación con una narración en la que una ideología revolucionaria maniquea conducía inevitablemente al Terror, que se consideraba como un preludio del «totalitarismo» del siglo XX. Furet, que en una famosa afirmación sostuvo que «la Revolución francesa ha terminado», quiso poner punto y final a la cultura revolucionaria de la izquierda francesa, a la que hacía responsable de sus devaneos con el bolchevismo. A finales de la década de 1980 había logrado sobradamente su objetivo y, como era de esperar, los medios de comunicación le coronaron como el «rey» del año del bicentenario de la Revolución.

Naturalmente, los acontecimientos políticos (el Gobierno de Mitterrand rechazando cualquier mención a una «ruptura con el capitalismo» y el hundimiento del bloque soviético) jugaron un papel mucho mayor a la hora de determinar la trayectoria ideológica de Francia que la obra de un pensador individual. Pero Furet merece tanto crédito como cualquier otro por el alejamiento de los intelectuales franceses de la política revolucionaria y su acercamiento a las opciones liberal-demócratas. Furet no fue únicamente un historiador, sino también un comentarista habitual de la política nacional e internacional en el semanario *Le Nouvel Observateur* y otras plataformas

mediáticas. Igualmente, desempeñó un papel destacado como director de la École des Hautes Études de Sciences Sociales (EHESS) y fundador de instituciones como la Fondation Saint-Simon y el Institut Raymond Aron. En 1995 su libro *Le passé d'une illusion*, que festejaba el colapso del comunismo, se convirtió instantáneamente en un éxito de ventas.

En Francia, desde su muerte en 1997, la influencia de Furet se ha naturalizado en gran medida. En los últimos años se han publicado un puñado de estudios críticos, entre ellos, algunos procedentes de la esfera anglosajona. *François Furet: les chemins de la mélancolie*, de Christopher Prochasson, es, hasta el momento, el estudio más importante sobre su vida y su obra y coloca al historiador bajo una luz mucho más amable. Prochasson, *agrégé* en Historia en 1983, trabajó junto a Furet en la EHESS a partir de 1991 y ha ocupado allí el puesto de director de Estudios desde 1999. Como Furet, ha compaginado su puesto con frecuentes apariciones en los medios de comunicación y ha evolucionado políticamente desde la militancia de izquierda (en la corriente CERES del Partido Socialista) a una crítica de la persistencia de la tradición revolucionaria francesa en la política nacional. Una medida de su integración en el sistema fue su nombramiento por el Gobierno de Hollande como rector de la Universidad de Caen, un puesto destacado dentro de la administración educativa.

A pesar de su extensión (más de quinientas páginas), la biografía de Prochasson no pretende ser exhaustiva. Muchos aspectos de la vida de Furet se evitan deliberadamente, especialmente sus asuntos privados y su papel como presidente de la EHESS. El objetivo del autor, en sus palabras, es «seguir el pensamiento de un historiador que se enfrenta a su época». Prochasson busca también pulir la imagen de Furet, respondiendo a las críticas políticas y académicas que se han hecho a su obra, citando entre ellas *La décennie*, de François Cusset, *La pensée tiède*, de Perry Anderson, y la obra del autor de este artículo. Políticamente, la biografía de Prochasson es una exhortación a reconocer la relevancia contemporánea de Furet para la izquierda francesa, un campo con el que, según Prochasson, él siempre se identificó y que ahora podría encontrar en su pensamiento «los elementos para una renovación doctrinal». En el frente historiográfico, Prochasson ofrece una defensa de la muy polémica actividad académica de Furet: si bien impulsada por el anticomunismo y a menudo de tono militante, la obra histórica de Furet fue, defiende, rigurosa y su impulso político, lejos de comprometerla intelectualmente, contribuye a su excelencia.

Para presentar su argumento, Prochasson organiza su material en dos secciones principales. La parte primera, «Historia e historiadores», se inicia con una breve discusión sobre los primeros años de Furet y su pertenencia al Partido Comunista Francés (PCF). Los capítulos siguientes se dedican a su obra sobre la Revolución francesa, a sus lecturas de Tocqueville, Marx y

otros pensadores y a su metodología histórica. La segunda parte, «Política», se concentra en las ideas e intervenciones políticas de Furet, pero también estudia su obra académica sobre el comunismo, su producción periodística y su interés por Estados Unidos, Israel y Europa. Como materiales primarios, Prochasson ha empleado los escritos de Furet, sus apariciones en los medios audiovisuales y sus archivos personales, los papeles que dejó en su despacho al morir. Con un puñado de excepciones, ha evitado entrevistar a quienes conocieron a Furet y su investigación de archivo se limita a los del propio historiador, asegurando así que el peso del libro se incline hacia los últimos años de su personaje.

Las inquietudes y los materiales que maneja Prochasson impiden a menudo que el libro alcance una comprensión más profunda del tema. Habla poco de la juventud y primera madurez de Furet; es cierto que la información sobre esa etapa de su vida es escasa, pero Prochasson apenas se esfuerza en superar esos obstáculos, afirmando que «el trabajo del biógrafo no puede ignorar los silencios (de Furet), que es apropiado respetar». Sin embargo no tiene reparos en aventurar hipótesis biográficas: en más de una ocasión se refiere a un roce casi mortal con la tuberculosis en la década de 1950 para explicar la urgencia del historiador (y su insolencia). Así que ¿por qué no tomar en consideración otros aspectos de sus primeros años? Una cuestión obvia sería si hay un vínculo potencial entre la obra de Furet sobre la Revolución francesa y sus raíces familiares en la región de la Vendée, que se levantó en armas contra la Revolución en 1793 y desde entonces lleva ese estigma. El padre de Furet escribió una historia de la ciudad vendéana de Cholet, donde el propio Furet fue dos años a la escuela durante la guerra. También habría sido de esperar que a la experiencia de Furet en la Resistencia y a una problemática temporada en el ejército francés se le concedieran más que un único párrafo en el texto. ¿Qué relaciones se pueden establecer entre este antifascismo juvenil, la posterior fase comunista de Furet y la crítica del antifascismo en *Le passé d'une illusion*? ¿Podiera ser que la posterior antipatía que sentía Furet por cualquier forma de nacionalismo tuviera algo que ver con el hecho de que casi se le arrastró ante un tribunal militar por desertión? Prochasson solo menciona estos episodios de pasada, y no vuelve a referirse a ellos en el resto del libro. Podría haber entrevistado al hermano mayor de Furet, Marcel, o a su primo Menie Gregoire, y consultado su dossier de la Resistencia en los archivos militares de Vincennes para más información, pero eligió no hacerlo.

Este enfoque se prolonga en el examen del activismo político temprano de Furet. Prochasson no consulta la carpeta sobre Furet en los archivos del PCF, pero no tiene más remedio que presentarnos pruebas de que Furet formó parte de una delegación de estudiantes que había planificado un viaje a la URSS en 1952, puesto que se habla de ello en la entrada que se le dedica

en el diccionario biográfico *Le Maitron*. Prochasson rechaza la visita («parece que el viaje no tuvo lugar») basándose en que Furet no se la mencionó nunca a Mona Ozouf, su cercana colaboradora y guardiana de su imagen. Las dimensiones psicológicas de su compromiso con el PCF quedan sin explorar, aunque, de nuevo, Prochasson no rechaza de entrada aproximarse a ellas; señala, por ejemplo, que el historiador Maurice Agulhon encontró un sustituto de la familia al afiliarse al partido, pero pasa por alto afirmaciones en la misma línea de Furet, a pesar de que esto podría posiblemente explicar por qué el comunismo ocupaba tanto espacio en su mente en sus años de madurez. Aunque Prochasson examina el compromiso comunista de Furet con más detalle que otros aspectos de su juventud, es reticente a explorar sus profundidades, afirmando que carecemos de la información requerida para medir la intensidad de su militancia, pero no emplea la información que sí tenemos a nuestra disposición. Se refiere, por ejemplo, a la única publicación confirmada de Furet en esta fase, una reseña a dos manos de *Les communistes*, la novela de Louis Aragon, pero no dice absolutamente nada sobre su contenido. Si los debates se analizan en términos sociales, es simplemente para contrastar «el espíritu ferozmente independiente» de Furet con las supuestas limitaciones sociológicas de sus adversarios, «sometidos a valores que él no compartía y producto de orígenes sociales más desfavorecidos». La resistencia de Prochasson a situar social y psicológicamente a su biografiado convierte esta biografía en un relato vital más bien inane.

Estos sesgos apuntan a un defecto mayor: el libro de Prochasson se parece mucho más a un alegato jurídico que a una obra académica. Su preocupación principal es refutar las críticas efectuadas a Furet, que a menudo se presentan en forma de argumentos maniqueos y falaces. Así, Prochasson se enzarza con las afirmaciones (no atribuidas) de que Furet era «un oponente de la Revolución reducible al discurso tradicional de la contrarrevolución», un «adversario del pensamiento de Marx» y un hombre que «se alineó sin reservas con un liberalismo empedernido». Un capítulo completo se dedica a rebatir la opinión de que Furet era de derechas. Otras secciones del alegato defensor de Prochasson se dirigen a críticas más académicas de Furet, especialmente, a las que ponen en duda el rigor de su metodología histórica y su mezcla de historia y periodismo: Furet fue un intelectual según el molde del hombre de letras del siglo XIX, argumenta Prochasson. Aunque algunos de sus análisis arrojan luz sobre aspectos de la vida y de la obra de Furet, en su conjunto, la obsesión de Prochasson por desmontar los mitos desvía el centro de atención de la tarea de explicar quién o qué era realmente Furet. Si pertenecía a la izquierda y no a la derecha, ¿de qué izquierda se sentía más próximo? Si no era un adversario de la Revolución, ¿cuál era su posición real ante ella? Prochasson no responde estas preguntas con la claridad que podría hacerlo.

Como un buen abogado procesal, Prochasson ha desarrollado una estrategia retórica para presentar su caso. Aunque fue compañero de Furet en el EHESS, se presenta como si apenas lo hubiera conocido y como si, en primera instancia, hubiera adoptado una actitud hostil hacia su obra, antes de cambiar de opinión mediante un «estudio sistemático». Los lectores están implícitamente invitados a seguir el mismo camino. Con este fin, Prochasson aporta extensas citas procedentes de la documentación de archivo, a menudo de una página o más de una sentada, al parecer con la esperanza de convencer a los lectores de que su libro ha destapado al «auténtico Furet» mediante estas revelaciones. Resulta cómico, y con toda probabilidad sea algo involuntario en lo que respecta a Prochasson, que algunos de estos hallazgos no sean más que la versión manuscrita de un texto publicado. Otra estrategia que se despliega aquí es descartar los comentarios más conspicuos de Furet como si fueran meros excesos retóricos surgidos en el calor de la lucha política, que no reflejan su auténtica opinión. Tal vez sea así. Pero ¿no sería entonces igualmente razonable describir algunas de las afirmaciones más conciliadoras de Furet como una maniobra táctica en esa misma batalla? En algún otro momento, Prochasson trata de minimizar las objeciones a la obra de Furet sugiriendo que dichas críticas se producían en respuesta a la arisca personalidad del historiador o que eran producto de los celos por su éxito mediático, y que no respondían a ninguna preocupación auténticamente académica. Al enfatizar tales factores, Prochasson desvía la atención del contenido de la obra de Furet.

En este sentido, lo más decepcionante es su tratamiento de los escritos de Furet sobre la Revolución francesa. Furet fue, por encima de cualquier otra cosa, un historiador de la Revolución. Su contribución a su historiografía fue sin duda su legado más importante, pero, en el libro de Prochasson, esta se despacha en unas ochenta páginas, apenas una sexta parte del libro, y se centra en los aspectos políticos de su interpretación. Hacer el relato de aquel debate, a menudo poco edificante, que protagonizaron Furet y Albert Soboul, quien defendía la ortodoxia historiográfica marxista desde su puesto como catedrático de Historia de la Revolución francesa en la Sorbona, es a la vez necesario y apropiado, pero en el enfoque de Prochasson se echa mucho en falta un análisis sustancial de la interpretación de Furet. En especial, falta un serio examen de *Penser la Revolution française*, probablemente la obra más importante de Furet, puesto que abrió nuevos terrenos historiográficos y marcó la agenda de sus intervenciones posteriores. No es el libro de Prochasson el lugar donde enterarse de que el redescubrimiento del historiador conservador Augustin Cochin por parte de Furet constituía una parte importante del libro; de hecho, Prochasson apenas menciona a este, tal vez porque, si lo hiciera, se cuestionaría su insistencia en que Furet fue coherentemente un hombre de izquierdas.

Aquí, como en todo otro lugar, Prochasson se concentra en responder a los críticos de Furet, en este caso, a mi propio argumento de que las ideas del ensayo rector de *Penser la Révolution française* habían sido intensamente influidas por el ambiente «antitotalitarista» de la escena intelectual francesa que imperaba en el momento en el que Furet escribía, en el verano de 1977. Prochasson minimiza la importancia de las tesis claramente anacrónicas del libro, las que vinculan la revolución con el totalitarismo, argumentando que no reflejan las creencias fundamentales de Furet, sino únicamente su tendencia a «dejarse llevar por su ardor beligerante» ante sus adversarios políticos. Más allá de esta poco convincente justificación, Prochasson no acierta a explicar los argumentos de *Penser la Révolution française*, a detallar las circunstancias que subyacen a su publicación o a situar sus tesis en el desarrollo más amplio del pensamiento de Furet sobre el periodo revolucionario. Como resultado, Prochasson pierde de vista la auténtica controversia que rodeó al libro y, en general, a la obra de Furet sobre la Revolución; en especial, su argumento de que el Terror estaba implícito en 1789, el desarrollo casi inevitable, con independencia de las circunstancias, de una ideología revolucionaria perversa. Esta afirmación, a pesar de la admiración profesa de Furet por 1789, arroja una sombra sobre la Revolución y el conjunto de su herencia. Si Furet fue tan controvertido, esta fue la razón principal y no, como sugiere Prochasson, su personalidad o el resentimiento que producía su éxito.

El capítulo sobre la metodología histórica de Furet es quizá el más interesante de la primera parte del libro, pero su ligereza en las cuestiones específicas de interpretación resulta decepcionante. Prochasson se ha propuesto proporcionar una panorámica de la obra intelectual que desembocó en los escritos históricos de Furet, argumentando que ello nos proporcionará una comprensión más matizada de los desplazamientos y de las continuidades dentro de la misma. Hay algún material útil sobre la práctica de Furet como historiador, sobre cómo desarrolló su pensamiento en seminarios de investigación, cómo interactuaba con otros académicos y cómo cultivó su estilo literario. Pero Prochasson no nos muestra el proceso de escritura de los trabajos individuales de Furet, a pesar de tener información a su disposición que le hubiera permitido hacerlo. Los archivos personales de Furet contienen, por ejemplo, un boceto preliminar de su artículo seminal de 1971, «Catecismo revolucionario», en el que sometía a la historiografía jacobino-marxista a una crítica avasalladora, así como los comentarios sobre el borrador por parte de tres colegas de profesión. Los cambios que hizo Furet en respuesta a su lectura fueron significativos y nos revelan mucho de la política textual de su obra, pero a Prochasson no parecen interesarle tales materiales y ni siquiera menciona la existencia del borrador.

En otro capítulo sobre la relación de Furet con Tocqueville y Marx, a la que se suma la de tres republicanos, Quinet, Jaurès y Halévy, tampoco ofrece

ningún análisis crítico de sus lecturas; apenas si obtenemos un resumen básico de sus opiniones. Prochasson se muestra habitualmente reticente a expresar su desacuerdo con Furet, aunque sí reconoce que el historiador a menudo proyectaba sus propias preocupaciones en figuras como Tocqueville. ¿Esas proyecciones modulaban sus lecturas? La evidencia textual nos sugiere que así era, pero Prochasson elige un silencio discreto. Solo nos ofrece un análisis intertextual realmente profundo cuando discute la opinión de Furet sobre Jaurès como historiador de la Revolución y la única crítica directa se reserva para la postura «parcialmente errónea» de Furet respecto a Sorel. Estas excepciones, sin duda, reflejan la mayor familiaridad de Prochasson con Jaurès y Sorel, dado que su tesis doctoral y sus primeras publicaciones se centraban en el socialismo de los primeros años del siglo xx.

El impulso que subyace a esta biografía es ante todo político y su segunda sección, que se concentra en la política de Furet, está mejor documentada que la primera. Prochasson resalta sobre todo las décadas de 1980 y 1990, cuando Furet emergió como un campeón de la tradición liberal francesa. Sin duda esto es un reflejo de las fuentes del autor, puesto que los archivos personales de Furet contienen pocos documentos sobre su carrera anterior. Pero podría haberse dicho mucho más sobre el final de la década de 1950 y el principio de la de 1960, los años inmediatamente posteriores a la ruptura de Furet con el Partido Comunista, que solo se discuten brevemente en la primera parte del libro. Esta época, cuando era miembro del Parti Socialiste Unifié y opositor a la guerra de Argelia, marcó una etapa importante de la evolución política de Furet; una evaluación más detallada de ella podría haber incluso fortalecido la tesis que sostiene Prochasson de que Furet siguió siendo de izquierdas a su modo peculiar. Y, algo más importante, podría habernos ayudado a entender los orígenes de la crítica feroz de Furet al jacobinismo y a los mitos de la izquierda francesa.

Prochasson afirma que su biografiado fue a la vez único y ejemplar en su alejamiento del comunismo: a diferencia de otros, Furet no se despolitizó, ni se volvió *gauchiste* o socialdemócrata; tampoco se mudó a la derecha como consecuencia de un anticomunismo rabioso. Más bien se concentró en modernizar la izquierda, a la que consideraba atascada en el pensamiento mitológico y en un enfoque conmemorativo de la política. Según Prochasson, la crítica de Furet siempre procedía del interior de la izquierda, más que del exterior. Si bien se mostraba crítico con las utopías revolucionarias, le preocupaba también el agotamiento del pensamiento utópico en general y de las pasiones democráticas que este engendraba. Confrontado con el auge del individualismo liberal, a Furet le desconcertaba el consiguiente declive de la cultura cívica y el retraimiento hacia la vida privada y esta angustia le impedía abrazarlo sin cortapisas. Para Prochasson, el valor perdurable de Furet radica en que reflexionó seriamente sobre cómo reconciliar la igualdad y la

libertad dentro de la democracia, una cuestión que él considera hoy en día más perentoria si cabe ante la «piedad revolucionaria» que aún es el motor de una parte de la izquierda francesa (se cita como ejemplo la campaña presidencial de 2012 de Jean-Luc Mélenchon, inspirada por «los últimos rescoldos del folclore revolucionario de América Latina»). Prochasson encuentra en Furet una lucidez melancólica que «casi está desprovista de toda esperanza», pero que es del todo punto necesaria para analizar lo que él denomina «el fin del mundo que inauguró la Revolución francesa».

Decir que Furet continuó en cierta medida afiliado a la izquierda francesa no nos lleva muy lejos. Apenas nos dice nada sobre Furet, pero eso poco importa, puesto que a Prochasson le interesa más la eficacia política que la comprensión histórica. Mediante el vago etiquetado de Furet como «de izquierdas» persigue que su crítica de la tradición revolucionaria francesa sea admisible entre aquellos intelectuales de izquierda que hasta ahora se han resistido a sus encantos y pretende promover el giro «pragmático» del socialismo francés que celebra en la presidencia de François Hollande. En cualquier caso, el análisis de Prochasson subestima (o al menos, no le afecta) las dimensiones del temor de Furet por la «pasión por la igualdad». Aunque permaneciera lo bastante «a la izquierda» como para no rechazarla nunca tajantemente, su mayor preocupación de los últimos años fue cómo echar el freno a los deseos igualitarios. Es algo que se trasluce en su lectura de Tocqueville, en la que enfatizaba mucho más la amenaza de la nivelación democrática que los peligros (compartidos también por Tocqueville) de la entropía democrática. Era también evidente en el desagrado que mostraba por la corrección política estadounidense, que consideraba un fruto del anhelo de igualdad. Como señala el propio Prochasson, Furet consideraba que aquellos que le reprochaban a la democracia que no fuera lo bastante lejos eran una amenaza mayor que sus enemigos declarados. La prioridad política debería ser el aprender a vivir con la desigualdad, creía Furet, para poder de esta manera conservar la libertad. Furet era, en último término, un individuo producto de la Guerra Fría. Veinte años después, la auténtica desigualdad ha superado tan ampliamente al acosado igualitarismo de Furet que parece amenazar no solamente a la libertad, sino a la democracia misma.

CRÍTICA

David Pilling: *Bending Adversity: Japan and the Art of Survival*, Allen Lane, Londres, 2014, 385 pp.

KRISTIN SURAK

JAPÓN EN REVENTA

«Japón no interesa». Hace una década y media, el catedrático de literatura Masao Miyoshi podía titular así, con un giro irónico, un ensayo sobre su país natal. Los dramas que desde entonces han acosado Japón podrían servir para matizar la provocación de Miyoshi. En 2011 el quinto terremoto más potente que nunca se haya registrado desplazó partes del archipiélago cuatro metros hacia el este y devolvió al país a las primeras páginas de la prensa. El tsunami consiguiente alcanzó los quince metros de altura, mató a veinte mil personas, desalojó a 300.000 e hizo estallar el peor desastre nuclear desde Chernóbil. Los capitalistas tuvieron la esperanza de que la destrucción fuera creativa. Cuando se aclararon las aguas, el Partido Liberal Demócrata regresó al poder bajo el liderazgo de un improbable innovador que prometía el relanzamiento de la economía y la revitalización de los espíritus animales del país con audaces medidas inflacionarias. *The Economist* no perdió un minuto en hacer figurar a Abe en su portada, ataviado a lo Superman, agujereando los cielos con el puño.

La crisis económica y el oportunismo provocó en el pasado que una serie de periodistas prominentes se mudaran de los pliegos del periódico a las cuartillas de los libros para evaluar la nación insular. En 1989 Bill Emmott predijo en su libro, titulado con cierta incongruencia, *The Sun also Sets* que Japón seguiría en la brecha (una edición revisada se publicó en menos de un año). El estancamiento posterior animó una década más tarde a Richard Katz a tomarle la temperatura al paciente en *Japan: The System that Soured*;

de nuevo el diagnóstico (solo la reforma electoral podría despertarlo) se equivocaba al leer los síntomas. Con *Bending Adversity: Japan and the Art of Survival*, David Pilling se une al grupo. Una docena de años cubriendo la información sobre Asia Oriental para el *Financial Times* le han preparado para actualizar la tradición con otro producto de diseño que aúna diagnóstico y receta económica, con todas las servidumbres del género. Escrito para un público anglosajón no especializado, el libro de Pilling se lee mejor si no se considera únicamente un ejemplo más de este género en expansión, que se compone de obras escritas por corresponsales extranjeros que dan un paso atrás para ver en su conjunto las sociedades a las que les han destinado, sino también como una ilustración de las maneras en las que Japón está cambiando en el imaginario liberal. En ambos respectos, el tono y el método de Pilling son característicos.

Bending Adversity está flanqueado por unas vigorosas descripciones del tsunami y de sus consecuencias. La intención de Pilling es tomar el desastre como el punto de partida para una investigación más amplia sobre cómo la gente y las instituciones japonesas han lidiado con crisis comparables. La historia contemporánea del país ha estado marcada por cambios de dirección abruptos como respuesta a amenazas existenciales: la revolución desde arriba de la Restauración Meiji en la década de 1860; la expansión imperialista mediante la *blitzkrieg* de las décadas de 1930 y 1940; el crecimiento vertiginoso que la convirtió en la segunda economía más grande del mundo en la década de 1970 y 1980; el estallido igualmente dramático de la burbuja inmobiliaria después de 1989, que la catapultó al liderazgo mundial de los bancos zombis y el estancamiento deflacionario, ese «escenario japonés», un espectro que recorrió Europa y Estados Unidos después de 2008. ¿Podrían acaso los horrores del tsunami y el accidente nuclear de Fukushima (además de, desliza Pillings, el auge de China) galvanizar a los líderes japoneses y producir un nuevo salto adelante? En sucesivos capítulos, examina la ideología de la singularidad japonesa, la historia del país desde la época Meiji hasta la Guerra del Pacífico, el milagro económico de las décadas de la posguerra y la debacle de la década de 1990. Después evalúa los efectos sociales y culturales de las décadas posteriores de crecimiento lento, las formas en las que esto se ha abordado, los años de Koizumi, las perspectivas demográficas de Japón, la situación de las mujeres y los jóvenes y el aislamiento diplomático. En un posfacio se pregunta si Abe aprovechará esta oportunidad para, de nuevo, «doblegar a la adversidad».

En esencia, el libro se divide entre tres tipos de escritura: reiteración, rectificación y reportaje. Los capítulos sobre la economía de la posguerra repasan relatos que les resultarán familiares a cualquiera habituado a leer los periódicos. A esto le siguen secciones mucho más sólidas que desentrañan el imaginario nacionalista (no hay nación que parezca más unida u

homogénea que Japón), un imaginario que no solo vincula a los derechistas y la gente de la calle, sino también a muchos analistas, que describen el país exclusivamente en términos de lo diferente que es con respecto al resto del mundo. Este buen ojo para la diversidad mantiene fresco el reportaje, que alcanza sus mejores momentos cuando cubre el tsunami. El libro se inicia con el país patas arriba y con sus estructuras conmocionadas. Con un estilo apasionante, Pilling cuenta la historia del triple desastre (terremoto, tsunami, desastre nuclear) a través de la historia de Rikuzentakata, una antigua ciudad cuyos 70.000 pinos costeros estaban considerados como una de las bellezas naturales de Japón. Estos resistieron el terremoto de 9,0 que derritió la tierra con la fuerza de 600 millones de bombas de Hiroshima, pero no fueron defensa contra el tsunami que aconteció media hora después. Un polvo fantasmal, los restos de los edificios derruidos, precedieron al muro de barro que se alzó hasta los nueve metros y que redujo el lugar a un desastroso amasijo de hogares, barcos, escuelas, hospitales y fábricas. Cuatro minutos después de que el tsunami llegara a la orilla ya no quedaba nada en pie y había fallecido una persona de cada veinte: «Era como si el mundo fabricado por el hombre vomitara sus entrañas. Las cosas que habitualmente están ocultas (tuberías, cables eléctricos, relleno de colchones, vigas de metal, ropa interior, generadores eléctricos, cableado) de repente estaban a la vista de todos, como secretos excretados de los intestinos de la vida moderna». Las olas irrumpieron incluso en los centros de evacuación, los refugiados se subieron a los tejados, desde donde fueron arrastrados. Los ancianos se ahogaron en sus camas, los jóvenes, al intentar rescatarlos.

En el otro extremo del libro, como en una película de acción de comedia negra, se nos presenta al Gobierno y a la compañía eléctrica chapuceando con los trabajos de limpieza de Fukushima, ocultando información y destruyendo los pocos vestigios de confianza ciudadana. Mientras el presidente de TEPCO se esconde en su oficina, el primer ministro ordena lo que los directivos de la empresa se resisten a hacer: apagar la planta y contener la fusión arrojando agua de mar dentro de los reactores. Pero los fuertes vientos arrastran las cargas que los helicópteros han arrojado de vuelta al mar. El defensor del pueblo, la Agencia de Seguridad Nuclear e Industrial cubren rutinariamente los accidentes e ignoran las señales de alarma de los controles de seguridad. Los obreros que ejecutan estos trabajos lo hacen bajo condiciones pésimas. Casi el 90 por 100 de la fuerza de trabajo en Fukushima Daiichi estaba subcontratada o doblemente subcontratada, y a los jornaleros les adjudicaban las tareas más peligrosas para la salud. El Gobierno evaluó la evacuación de Tokio, un área metropolitana en la que viven 35 millones de personas, pero no publicó informes sobre la cantidad de radiación que se estaba filtrando. Una ciudadanía aterrorizada no estaba dispuesta a dejarlo pasar y más de 100.000 personas salieron a la calle en la capital en protestas

recurrentes, algo que apenas fue recogido por los medios de comunicación japoneses, que suelen comportarse más como perrillos falderos que como perros guardianes. La catástrofe despertó tanto una enorme solidaridad, de la que Pilling aporta ejemplos conmovedores, como una discriminación provinciana. En Kioto la gente rechazó acoger las ceremonias funerarias por el alma de los muertos de Rikuzentakata, porque temían que las tablillas de madera que llevaban el nombre de los muertos, una vez quemados, contaminaran la antigua capital. El alcalde rural de Tohoku no respondió a esto con rencor, sino con la dignidad y el decoro que pocas veces están ausentes de las interacciones sociales en Japón.

En el manejo de estos acontecimientos dramáticos, la sensibilidad antropológica de Pillings, sus dotes de empatía y observación prestan un buen servicio a su estilo periodístico. En general, evita los análisis críticos del tipo ofrecido habitualmente por académicos como Karel van Wolferen, Jeff Kingston, R. Taggart Murphy o Gavan McCormack. Opta, en su lugar, por adoptar el papel del oyente dispuesto, con una aguda mirada etnográfica. Los antropólogos posmodernos asentirían con aprobación ante su intención de retratar Japón «tal y como me lo encuentro» y «permitir, en la medida de lo posible, que los japoneses se expresen por sí mismos con toda su diversidad y su escandaloso desacuerdo». Esto implicaba tomarse las molestias de aprender el idioma. Pilling es modesto acerca de su dominio hablado, pero puede leerlo, que es mucho más difícil; después de todo, la ortografía combina tres sistemas de escritura diferentes y exige el dominio de al menos dos mil caracteres, cada uno de ellos pronunciado de diversas maneras, dificultades más que suficientes como para desalentar a la mayoría de los reporteros. Esa polivalencia de intenciones se manifiesta en el título del libro, tomado de un dicho japonés, que sin las preposiciones tiene una agradable ambigüedad y que alude indirectamente al objeto en tanto agente: doblegarse bajo la adversidad demuestra resiliencia, tanto como doblegar la adversidad sugiere fuerza.

En los extensos pasajes del libro que se centran en la vida social y económica bajo condiciones no de emergencia, los resultados son más ambiguos. Cuando describe la devastación del tsunami, Pilling se reúne y charla con gente humilde: un antiguo artesano, un par de mujeres que llevan un modesto café, un empleado de hotel. Pero fuera de la zona de desastre, su horizonte social se estrecha. No hay obreros, ni granjeros, ni amas de casa, categorías incomprensibles dentro del círculo de las páginas salmón. Las tarjetas de visita del *Financial Times* abren muchas puertas, pero tras ellas residen sobre todo espejos de su propia masa de lectores: hombres de negocios en empresas de tecnología punta, comentaristas mediáticos, intelectuales pop, novelistas famosos, un par de miembros de ONG. A menudo expresan opiniones gráficas y mordaces y pocas veces están de acuerdo. La academia y las bellas artes no salen mejor paradas. Destaca entre ellos

un sociólogo crítico, Yamada Masahiro, cuya visión poco optimista de los cambios generacionales en Japón produce desazón en Pilling. El crítico literario Kato Norihiro, firma habitual de *The New York Times*, no consigue convencerle de que el crecimiento cero no es importante, pero que tiene una apariencia melancólica. Queda mejor la frescura del estudiante de doctorado, líder de ventas, Furuichi Noritoshi, que explica que la juventud japonesa nunca ha tenido mejores oportunidades que ahora. Haruki Murakami vuelve a ensartar sus reflexiones ya gastadas sobre la generación perdida y una novelista popular explica el destino más triste de las mujeres. A medida que se suceden las entrevistas, ninguna resulta aburrida o poco informativa. Pero el *collage* resultante, en el que nada destaca ni para bien ni para mal, no acaba de funcionar como guía del país; en cualquier caso, sería uno muy limitado, que no refleja los rasgos no convencionales. El filósofo *zainichi*¹ de origen coreano Sangjung Kang o un analista financiero heterodoxo como Akio Mikuni no deben de haber estado en la agenda de contactos del periódico. Habría tenido mucho más interés entrevistar al director de animación Hayao Miyazaki que escuchar una vez más al sobreexpuesto Murakami.

Por supuesto, no hay grupo de entrevistas capaz de trazar una representación completa de un país sin convertirse en una enciclopedia. Más significativa es la forma en la que las instituciones desaparecen de la imagen de Japón que evoca este *collage* de individualidades. Ni la burocracia, ni la universidad, ni los medios de comunicación, ni los sindicatos, ni los partidos políticos, ni las confederaciones de empresarios, ni la *yakuza*, ninguno está presente. Es como si los temas que abordan flotaran sencillamente en el espacio de sus propias opiniones. Pilling habla largo y tendido con Yoichi Funabashi, un «viejo amigo» y editor del *Asahi Shimbun*, pero no dice una sola palabra sobre el papel del periódico. En términos de Bourdieu, es gente cuyo campo se ha retirado y ha quedado solo el *habitus*. Pero estos retratos, detalladamente descritos, son personales solo en la medida en la que encajan en una fórmula estilizada. Pilling nunca los entrevista en sus casas y solo ocasionalmente lo hace en sus despachos. En vez de ello, sus localizaciones favoritas son un café, un bar, un restaurante o el recibidor de un hotel, y describe minuciosamente su ropa y su peinado, como si estuviéramos leyendo una y otra vez un artículo de la sección de los sábados «Lunch with the *Financial Times*». De hecho, la apariencia y el decorado se convierten en puntos de anclaje obsesivos de sus intercambios.

Masahiko Fujiwara: «Nos encontramos en un restaurante de estilo escandinavo en un valle aireado y verde que dista un mundo del calor sofocante de Tokio [...]. Fujiwara es un hombre de apenas sesenta años, muy delgado, de apariencia ligeramente desgarrada, vestido con una camisa de cuadros y unos chinos blancos. Su pelo entrecano brotaba aquí y allá como

¹ Ciudadanos de etnia coreana con residencia permanente en Japón [N. de la T.].

juncos salvajes». Murakami: «En una ocasión pasé la tarde con Murakami en un restaurante tranquilo llamado Tamasaka en el distrito de Aoyama, en Tokio. La calle, como muchas otras de esta ciudad de barrios secretos, no estaba pavimentada, excepto con una línea blanca pintada y estaba flanqueada parcialmente por un muro de piedra grande y desigual, que daba a los alrededores un aire casi medieval». «Murakami llevaba un traje azul intenso y una camisa sin cuello». Kato: «Nos encontramos, muy apropiadamente, en el recibidor de un hotel construido durante los años de la burbuja. Era un poco demasiado ostentoso como para quedar bien y parecía ya anticuado en un Japón en el que la discreción vuelve a ser señal de buen gusto». «Vestía vaqueros y una camisa morada». Kumiko Shimotsubo, producto de un mercado de trabajo que desperdicia el talento de las mujeres con educación universitaria, de nuevo parece una comensal de uno de los almuerzos del *The Financial Times*: «Nos encontramos en el elegante salón de té del hotel Imperial, donde un mosaico de Frank Lloyd Wright cubre una de las paredes». Shimobutso «es esbelta, va vestida a la moda y lleva un collar de perlas de dos vueltas como ribete de su jersey». Katsuo Kirino, autora de novelas populares: «En el entorno afelpado de la Fiorentina, un café italiano en el recibidor de Gran Hotel Hyatt de Tokio, obras de arte contemporáneo de gran tamaño compiten por la atención con la gente guapa que deambula por ahí». «Su atuendo es informal, con un top floreado, mallas y zapatos de suela de corcho». Y así sigue y sigue...

¿Qué efecto tienen los argumentos de este libro? La opinión de Pilling sobre las «décadas perdidas» se resume en el título. Japón no se ha limitado a ser un simple prisionero de la adversidad (el estancamiento económico y la desorientación social), sino que se ha adaptado a ella de manera creativa. No adjudica responsabilidades por la burbuja que, a finales de la década de 1980, fue consecuencia de la intervención sobre la moneda que hizo el Tesoro norteamericano en 1985, el «Acuerdo del Plaza»; la burbuja se considera una «consecuencia inevitable» del crecimiento rápido. Pero, aun así, reconoce que el impacto de su estallido en 1991 fue, no obstante, muy grave. Una vez que se instaló la deflación, la economía flotaba en un «estado criogénico» en el que el PIB, el mercado de valores, el precio de las propiedades y el coste de la vida quedaron prácticamente inmóviles durante dos décadas. Una lata de refresco que costaba 1 libra esterlina en 1990 hoy tiene el mismo precio; el PIB era de 476 billones de yenes en 1991 y dos décadas después apenas se había movido hasta los 477 billones de yenes. Pilling observa que entonces era más sensato guardar los ahorros en la nevera que meterlos en el banco, puesto que al menos se ahorraban las comisiones y la tasa criminal es baja. La comunidad internacional criticó intensamente la medida, pero ante la perspectiva de recesiones provocadas por el desendeudamiento forzoso que sigue a la explosión de una burbuja financiera y el declive del consumo

de los hogares, los países occidentales recurrieron a la misma panoplia de medicamentos que había confeccionado Japón: «flexibilización cuantitativa» [*quantitative easing*] masiva, tipos de interés casi a cero y paquetes de medidas de estímulo que combinaban obra pública y reducción de impuestos. El rescate bancario implementado por el Ministerio de Economía en 1997, una inyección monetaria del mismo tamaño que el TARP² estadounidense de la década posterior, en una economía que supone solo un tercio de la de Estados Unidos, simplemente ayudó a mantenerse a flote. Por ahora, el Gobierno tiene el colchón de los ahorros de los derrochadores miembros de la generación del *baby boom*, pero no durará mucho tiempo. Los japoneses que rondan la treintena solo ahorran el 5 por 100 de su nómina, mientras que sus padres apartaban una cuarta parte de su sueldo. La deuda pública supone en estos momentos el 230 por 100 del PIB y este bombeo de suero para un paciente comatoso no puede continuar indefinidamente.

Sin embargo, los bonos japoneses siguen siendo una apuesta segura, incluso con los rendimientos a diez años por debajo del 1 por 100. En términos de la renta per cápita real, Japón superó ligeramente a Gran Bretaña o Estados Unidos entre 2002 y 2012, con un crecimiento de un 0,9 por 100 anual, en comparación con el 0,8 por 100 de Estados Unidos o el 0,7 en Gran Bretaña, si bien esto se debió en parte a que el descenso de la población ha amortiguado el impacto del estancamiento económico. Algo más sorprendente si cabe, muchos de los males sociales a los que se enfrentan otros países capitalistas aparecen en Japón de una forma muy atenuada. Las calles son seguras, los servicios sociales no han sufrido recortes y el número de parados ha caído de nuevo por debajo del 5 por 100 de la población activa. La tasa de paro entre los jóvenes, que ahora se encuentra en un «elevado» 8 por 100, es una cifra con la que muchos países europeos solo pueden soñar. Si Occidente en su conjunto entra ahora en un periodo de crecimiento drásticamente reducido, ¿no podría ser que Japón ahora fuera un precursor cuya habilidad para lidiar con ello lo convertiría en la envidia de otras sociedades?

Pilling tiene un cuidado exquisito en salpicar sus juicios con una retahíla muy bien hilada de muletillas de reportero, tipo «los analistas dicen», o «parece que», las valoraciones deben venir siempre en boca de otros. La aspiración al equilibrio periodístico, que le hace decir en una ocasión determinada que Japón es «resiliente y adaptable» y en la siguiente que «tal vez ha perdido algo de su esencia», encaja bien con su abundante empleo del material procedente de entrevistas desde el momento en el que se centra en temas sociales y demográficos. En lugar de una argumentación o de una receta, el lector obtiene una cacofonía de voces aleatorias. El resultado es una tendencia general a los vaivenes analíticos, al muestreo carente de síntesis.

² Troubled Asset Relief Program, paquete de medidas de apoyo al sector financiero aprobado en Estados Unidos en octubre de 2008 [N. de la T.].

Por una parte, la desregulación del mercado laboral cierra las puertas al empleo para toda la vida y el precio a pagar por la libertad de elección es la inseguridad. El paisaje juvenil está poblado por *freeters*³ con empleos precarios por la «generación *yutori*»⁴: para quien cualquier cosa vale; los *hikikomori* que nunca salen de casa; los «solteros parásitos», que exprimen a sus padres hasta bien entrada la treintena. Pero, por otra parte ¿no habría que decir algo sobre un estilo de vida de «calma y lentitud» tras la adicción al trabajo incesante de la generación anterior? ¿Acaso Furuichi no se alegra de la aparición de una «sociedad de consumo», de un *carpe diem*? Las mujeres sufren una escasez absoluta de servicios para el cuidado de los niños, un salario inferior, el 60 por 100 del de los varones, y una discriminación en el entorno laboral que se sitúa en un puesto inferior incluso a Filipinas; pocas de ellas acceden al Parlamento o a puestos de gestión superior. Pero ¿acaso no se está produciendo una prometedora rebelión? La tasa de divorcios aumenta, como solo puede hacer partiendo casi de cero, y el retraso del matrimonio restringe ahora sus servicios como «máquinas de hacer bebés», como las ha descrito recientemente el ministro de Salud.

El panorama demográfico puede parecer malo, pero, como muchas otras cosas que figuran en *Bending Adversity*, en el fondo no es tan malo. Una sociedad envejecida es un símbolo de riqueza y de la eficacia de la atención médica; las bajas tasas de natalidad son un indicador de desarrollo económico y educativo. La juventud que acaba consiguiendo contratos temporales, que ahora suponen el 30 por 100 del total del empleo, una cifra que va en aumento, ¿debería disfrutar de su nueva autonomía o temer por su futuro? Este ir de flor en flor impide que Pilling ponga los pies en el suelo, incluso cuando es evidente que es necesario. ¿Ha aumentado la desigualdad? «No», nos asegura. «No en la misma medida que en otras naciones». De hecho, solo Estados Unidos y México superan ahora a Japón en el *ranking* de la ONG que mide la brecha entre ricos y pobres. Al enterrar su caso particular entre las tendencias globales, Pilling dulcifica la gravedad de la situación a la que se enfrentan los veinte millones de japoneses que en la actualidad viven por debajo del umbral de la pobreza, en un país que antaño presumía de una clase media que supuestamente incluía al 90 por 100 de la población.

Su cobertura de los asuntos políticos es otra historia. Pilling parece, por temperamento, un hombre bastante apolítico, no en el sentido de no tener opiniones políticas sino, en el de que, como da por sentadas tantas cosas de la sabiduría convencional, la política no le interesa demasiado. Sus intereses están en otros temas. Lo que le atrae en cualquier campo son los arrojados aventureros que ignoran a los derrotistas para arriesgar con innovación e

³ Neologismo japonés para designar a los jóvenes precarizados [N. de la T.].

⁴ Término despectivo para referirse al fracaso escolar y la baja calidad de la enseñanza recibida [N. de la T.].

impulsar el país hacia adelante: Ito en la época Meiji; Morita, de Sony, en los años de la posguerra; Mikitani o Rakuten en el nuevo siglo. Para él, por lo tanto, la época política comienza en 2001 con la elección de Junichiro Koizumi, el «samurai con tupé». Bajo su «extraordinario mandato», Japón conoció un minicrecimiento y un *boom* de la productividad, mientras que él refrenaba la deuda mala, desregulaba el mercado laboral, recortaba el gasto público y, en una batalla épica (abalanzándose sobre la gorda panza del cerdito de la hucha con el hacha del carnicero), retorció la legislación para privatizar el sistema de ahorro postal. «Una mezcla no habitual de aplomo y convicción política», Koizumi no fue únicamente «el primer ministro más excepcional» de la historia de posguerra, cuya dimisión en la cumbre de su poder fue un «gesto heroico». Echando la vista atrás, fue, en muchos sentidos, «el Barack Obama de Japón».

En el mismo momento en que Pilling soltaba esos disparates en Tokio, su periódico en Londres alababa a Blair en el mismo estilo. Pero, entre los políticos neoliberales, Koizumi no fue únicamente el más sobrevalorado, sino probablemente el más ineficaz. Convocó unas elecciones con el fin de aprobar una ley que privatizaría el servicio de correos (supuestamente, la clave del futuro del país), una ley que ni siquiera se había leído, pero que, en cuanto abandonó el cargo, era letra muerta. Su legado fue poco más que un aumento del precariado del país. Pilling concede desganadamente que «la gente no parece echar de menos su política» pero insiste en que, en cualquier caso, «la ausencia del hombre produce nostalgia». De cuánta nostalgia hablamos quedó claro este año, cuando su regreso a la política fue ignominiosamente arruinado en las elecciones municipales de Tokio.

A pesar de todo ello, el legado más importante de Koizumi pasa casi desapercibido en el libro. Mientras la economía china estaba a punto de superar a la japonesa, aprovechó cualquier oportunidad para estrechar los lazos con Estados Unidos. Entre torpes interpretaciones de canciones de Elvis y gestos de colegueo machote con Bush, Koizumi envió a las tropas japonesas para contribuir a la ocupación de Iraq y alineó a las Fuerzas de Autodefensa del país en una postura más ofensiva, como llevaba exigiendo Estados Unidos desde hacía tiempo. Bajo su mandato, el protectorado del Pacífico se arrimó aún más si cabe a sus amos de Washington. Pilling no señala de ningún modo esta progresión. La omisión es representativa de la minimización generalizada en su análisis de todo lo que respecta al papel de Estados Unidos en la historia de la posguerra japonesa, que en su relato se retira tranquilamente tras la Guerra de Corea. Apenas ofrece un indicio de la extraordinaria relación que abandonaba dos ámbitos centrales de la soberanía estatal de Japón (la política exterior y la seguridad) en manos de una potencia extranjera. Su afirmación de que la «disfunción política» es algo que aconteció en la década de 1990 borra cuatro décadas de deformidad

democrática moldeada por Estados Unidos en 1955 cuando, ante la evidencia de la victoria del Partido Socialista, reinventó el sistema político fundiendo los partidos conservadores Liberal y Democrático, mientras que el dinero que la CIA inyectaba aseguraba el voto rural, que, debido a un reparto desequilibrado, vale seis veces más que su homólogo urbano. El resultado fue un gobierno prácticamente ininterrumpido de un único partido durante el medio siglo siguiente.

Los recuerdos de la época de la guerra continúan ulcerándose en una región en la que ninguno de los países que más sufrieron bajo el imperialismo japonés fue invitado a la mesa de San Francisco donde se firmó el tratado redactado por Dulles, que ponía fin a la guerra, un documento cuya expresión final, entre otros defectos, dejaba a las islas Daioyu/Senkaku y Dokudo/Takeshima con un estatus ambiguo, un asunto que hoy provoca airadas disputas. Pilling lamenta la ausencia de un «momento Willy Brandt» (en 1970 el canciller alemán se arrodilló ante el monumento a las víctimas de la rebelión del gueto de Varsovia, un gesto espectacular y teatral), pero su ausencia no es de extrañar en un país donde ni al Partido Socialista ni al Partido Comunista, que se oponían a las guerras del emperador, se les permitió acceder a ningún tipo de poder durante muchos años a partir de 1955. Cuando, en 1994, tras cincuenta años de exclusión del Gobierno, el Partido Socialista Japonés publicó la primera disculpa formal por las agresiones de los años de la guerra por parte de un primer ministro japonés, ya era una brizna marchita de su antiguo ser, que había negociado una aparición momentánea como adorno de una coalición gubernamental a cambio de una pala para cavar su propia tumba. Desde entonces, se han producido declaraciones similares, con tanta regularidad como las afirmaciones que las socavan.

La descompensación que apuntala esta «relación especial» se cuestionó cuando una guerra de facciones dentro del Partido Liberal Democrático colocó al Partido Democrático de Japón, de reciente formación, pero que igualmente es un débil entramado de grupos de la oposición, al timón del Estado en 2009. Creado a imagen y semejanza del Nuevo Laborismo, el PDJ ofrecía una turbia plataforma de políticas de incentivo del consumo y favorables a las familias, tan ideológicamente vaga como la del Partido Liberal Democrático al que desplazaba. Pilling cita a un experto politólogo, que compara la elección de los votantes con la elección entre un Nissan y un Toyota. Pero el líder del Partido Democrático de Japón, Yukio Hatoyama (el hijo heredero, como Koizumi, de un poderoso político), sí destacó personalmente en un asunto: las relaciones con Estados Unidos. Hatoyama envió una potente delegación de doscientas personas a Pekín para reorientar al país en la senda de lo que él consideraba un mundo multipolar y ya no monopolar e intentó recortar los 4 millardos de dólares que, en concepto de «cuota de apoyo como nación anfitriona», se destinan anualmente a las bases militares estadounidenses que ocupan el

20 por 100 del territorio de Okinawa, así como bloquear el traslado de los marines desde Futenma a una localización más extensa en Henoko. Pilling apenas dedica cuatro líneas a este punto de inflexión potencial de la historia japonesa. No dice una palabra sobre la virulenta reacción de Washington (los enconados desaires diplomáticos que se convirtieron en afirmaciones que ponían en duda la salud mental del líder electo japonés) que, en combinación con una implacable campaña de televisión y prensa por parte del grupo Asahi, hicieron recular a Hatoyama para después mandarlo a la basura. Si allí hubo fricciones, sugiere Pilling, se debieron a la posición «insensata» del rechazado primer ministro.

En la misma tónica, tampoco le sorprende que, cuando las familias de un trío de jóvenes japoneses que fueron secuestrados en el curso de una misión humanitaria en Iraq pidieron públicamente la retirada de la participación de las Fuerzas de Autodefensa en la ocupación estadounidense, la opinión pública se volviera en su contra: «En su inocencia, las tres familias tropezaron con el tema más candente de la política exterior en ese momento». Cualquier desafío al poder global de Estados Unidos, por tibio que sea, es automáticamente una metedura de pata de la que solo un palurdo puede ser capaz. En reacciones de este tipo, Pilling se revela como un intelectual asalariado, tan presto para rendir vasallaje a la visión del mundo de su patrón como los oficinistas que regurgitan las canciones de la empresa en las noches de karaoke. Su versión de esto sería: «En el *Financial Times* debo dar las gracias en especial a Lionel Barber, nuestro brillante y dinámico editor». «Soy sin duda afortunado por haber trabajado tantos años en una organización de noticias tan buena como esta».

Bending Adversity se cierra con un posfacio sobre el segundo advenimiento de Abe. Nadie se esperaba que un líder que en su primera aparición como sucesor elegido a dedo de Koizumi había durado menos de un año, y que había abandonado el Gobierno bajo la sombra del escándalo, fuera considerado ahora la gran nueva esperanza; pero esta vez, nos asegura Pilling, viene armado con «cañonazos económicos». Le resulta más difícil entusiasmarse con él tanto como con Koizumi, puesto que la versión de Abe del nacionalismo japonés es más radical y crea unas tensiones con Corea del Sur que son un dolor de cabeza para Estados Unidos en su intento de coordinar un frente del Pacífico para contener a China. Y su equipo de gobierno tiene a veces una notable falta de tacto. El comentario del viceprimer ministro Taro Aso, diciendo que Japón tiene mucho que aprender sobre la diestra forma en la que el Tercer Reich reformó la Constitución de Weimar, fue un motivo de vergüenza. Pero la audacia del programa económico de Abe, inundar el país de dinero en efectivo para así propulsarlo y sacarlo de la deflación, es «estimulante». La Abeconomía, para Pilling, es esencialmente una prueba de constructivismo social: si se tiene fe en ella, el crecimiento se

producirá. El cóctel para resucitar los espíritus animales japoneses mezcla un paquete de gasto de 110 millardos de dólares, la impresión de dinero para alcanzar una tasa de inflación del 2 por 100 y el ahondamiento en la desregulación. Nada que no se haya intentado antes, pero nunca en proporciones tan grandes. Cuando se lanzaron las dos primeras balas, el yen se devaluó en los seis meses siguientes, pasando de 77 yenes por dólar a aproximadamente 100 yenes por dólar, y la bolsa se recuperó el 65 por 100. La deflación en su momento produjo tipos de interés bajos y la relajación del servicio de la deuda. La inflación empobrecerá a los trabajadores si los salarios no aumentan. Abe ha presionado a las empresas para que aumenten los sueldos, pero no ha llegado tan lejos como para ordenar un incremento del salario mínimo; el aumento del 1 por 100 que han aplicado compañías como Toyota no está a la altura del golpe que ha supuesto el aumento al doble del impuesto sobre el consumo que se decretó en abril.

Pero el movimiento más audaz quizá aún no haya llegado. La Trans Pacific Partnership, aunque lleva elaborándose varios años, figura muy poco en el libro. Para Abe no es algo completamente nuevo (fracasó en su intento de conseguir un acuerdo comercial con Estados Unidos en su primer mandato). Pero un club ampliado de «todos menos China» tiene un enorme atractivo político tanto para Keidanren como para Washington. La República Popular China ha sido el socio comercial más importante de Japón en los últimos diez años, pero a medida que se espesa la interdependencia económica, los impulsos chovinistas se agudizan. El otro «atractivo comercial» de Abe, en la expresión de Pilling, es su firme postura sobre las islas Diaoyu/Senkaku. Lo que no debate Pilling es la agenda política a largo plazo del primer ministro. Reprende a Abe sobre las visitas a Yasukuni y los comentarios revisionistas sobre las atrocidades en tiempos de guerra (Abe ha puesto en duda incluso que la expansión colonial de las décadas de 1930 y 1940 pueda considerarse una «invasión»), pero no discute las revisiones constitucionales, de mucho mayor alcance, que el primer ministro ha perseguido desde que puso el pie en el Gobierno. Estas revisiones alterarían casi todos los artículos, ampliarían el alcance de un eventual estado de emergencia; transformarían las denominadas Fuerzas de Autodefensa en un ejército propiamente dicho y subordinarían la libertad de expresión, asociación y prensa al mantenimiento del orden público. ¿Debería preocuparnos esto? Puede que no cuenten con el apoyo ciudadano para una revisión tan radical, pero hay maneras de sortear este escollo. Frente a una amplia oposición, Abe ha cursado recientemente una reinterpretación del artículo 9 que permite la autodefensa colectiva, un movimiento que Pilling, al igual que los nacionalistas de Kasumigaseki, ha alabado como un «acercamiento mínimo» a la normalidad.

En la visión de Japón que tiene Pilling, la derecha está tan ausente como la izquierda. La sociedad civil, no la sociedad política, es la solución

para los problemas del país. Elogia el informe oficial sobre el desastre de Fukushima porque no culpa a nadie en particular, ni a los funcionarios ni a las instituciones, sino más bien a las actitudes. Para sacar del atolladero a Japón, ofrece su libro como una «llamada a la acción individual y colectiva». Las crisis gemelas de 1995 (el gran terremoto de Kobe y los ataques con gas sarín en el metro de Tokio) espolearon un compromiso más activista: ¿por qué no debería provocarlo igualmente el triple desastre actual? Esta esperanza es un reflejo de la versión blanda de la historia que descarta la conflictividad de la posguerra para limitarse a hablar del crecimiento durante la misma. En un libro con una perspectiva tan amplia como el de Pilling es inevitable que se queden muchas cosas fuera, pero todo lo que el lector obtiene sobre los desafíos históricos al sistema es un sucinto «la conflictividad laboral proliferaba». No se nos cuenta nada de los millones de personas que tomaron las calles en las protestas de la década de 1960 contra la ampliación indefinida del Tratado de Mutua Cooperación y Seguridad entre Estados Unidos y Japón, que ha mantenido a este país como un protectorado militar estadounidense y que se aprobó de tapadillo en una sesión casi clandestina, con la policía en la Dieta, para reprimir a la oposición. Las masivas huelgas mineras que tuvieron lugar ese mismo año y el siguiente, cuando uno de cada diez policías del país se destinaron allí para sofocar la «guerra total entre el trabajo y el capital», tampoco se mencionan. Ni tampoco a los estudiantes que libraron batallas campales contra la policía protestando por Okinawa y Vietnam. No es de extrañar que la sociedad civil, incluso en su forma contemporánea mucho más domada, fascine al autor.

¿Cuáles son las perspectivas hoy? «La opinión popular», nos informa Pilling, «se ha vuelto marcadamente contra la energía nuclear», y «un área de progreso significativo» ha sido «el derecho ciudadano a conocer», en «un pulso acelerado por la transparencia gubernamental». La legislatura de Abe despachó rápidamente estas peticiones. El Partido Liberal Democrático se deshizo este invierno del candidato antinuclear a la alcaldía de Tokio y una Ley sobre Secretos Gubernamentales, que amordazaba a la prensa en un grado desconocido hasta el momento, se ha abierto camino en la Dieta. La simpatía con la que Pilling habla de la cultura japonesa es evidente, pero el país necesita acicates, no consuelos ni tampoco una versión más suave de aquella obra de Ezra Vogel⁵ que, a fuerza de halagos, se convirtió antaño en un *best seller*.

⁵ *Japan as Number One: Lessons for America* (1979) [N. de la T.].

CRÍTICA

Leo Panitch y Sam Gindin: *The Making of Global Capitalism: The Political Economy of America Empire*, Londres y Nueva York, Verso, 2013, 464 pp.

HUNG HO-FUNG

¿CANADIZACIÓN?

Cuando el ejército de Estados Unidos cayó sobre Afganistán e Iraq y el poder del neoconservadurismo estaba en máximos tras los ataques del 11-S, algunos términos como «imperio» e «imperialismo» se espolvoreaban con generosidad en gran parte de la literatura sobre política internacional. Pero este vocabulario ha dejado de estar de moda desde que Bush dejó paso a Obama y los drones estadounidenses comenzaron a reemplazar las botas sobre el terreno. La caída de Wall Street de 2008, junto con el ascenso aparentemente inexorable de China, inspiró los rumores sobre una superpotencia en declive y la emergencia de un «mundo posestadounidense». Leo Panitch y Sam Gindin apuntan contra esta ortodoxia nueva en una obra valiente y rigurosa, en la que sostienen que el imperio estadounidense se mantiene tan potente como siempre, junto con el orden capitalista global que creó y sostiene. Los autores consideran que el capitalismo global es un proyecto de Estados Unidos que se ha desarrollado gradualmente desde el principio del siglo xx. El objetivo ha sido establecer un marco que permita al capital (de Estados Unidos o no) moverse libremente a lo largo del planeta para posibilitar su acumulación. Ha atravesado varias crisis en su camino (desde la Gran Depresión de la década de 1930 a la recesión de la década de 1970 y el colapso de 2008) tan solo para emerger con más fuerza cada vez.

Apartándose del habitual enfoque sobre la capacidad militar de Estados Unidos, Panitch y Gindin recurren al materialismo histórico para ahondar en los fundamentos económicos del imperio estadounidense, bebiendo de

una amplia gama de fuentes para redactar una obra vívida que abarca desde principios del siglo XIX a la actualidad, con un capítulo inicial sobre el «ADN del capitalismo estadounidense» y una sección final sobre el «milenio capitalista global». Por el camino, rechazan tres conocidas argumentaciones sobre la posición de Washington en el orden mundial: que se produjo un cambio radical del aislacionismo al internacionalismo durante la Segunda Guerra Mundial, que la crisis de la década de 1970 señaló el declive del poder global de Estados Unidos y que la turbulencia económica actual está acelerando el eclipse final de la hegemonía estadounidense.

Los autores descartan de plano que Estados Unidos fuera un país aislacionista antes del conflicto con Alemania y Japón. Desde finales del siglo XIX, el capital estadounidense ha tenido siempre el impulso de organizar la acumulación de capital a escala mundial, haciendo que la proyección del poder de Estados Unidos en el extranjero le resultara imprescindible. La política de puertas abiertas de la década de 1890 codificó esta necesidad, yendo más allá del modelo británico por su insistencia no solo en el libre comercio, sino también en el movimiento libre del capital. El patrón del dominio económico de Estados Unidos, tanto sobre los otros Estados industriales avanzados como sobre la periferia subdesarrollada, quedó ya establecido en sus relaciones con Canadá y México en vísperas de la Primera Guerra Mundial. El primer Gobierno de Roosevelt postuló incluso «la universalidad de la ley y de los principios constitucionales estadounidenses», equiparando «la protección del capital estadounidense con la aplicación extraterritorial de los derechos de propiedad en general». Tras la destrucción en Europa, el dólar, respaldado ahora por el sistema de la Reserva Federal, se convertiría en «la moneda de reserva principal en el sistema financiero mundial, aunque todavía compartiera los honores con la libra esterlina y en menor grado con el franco. Además, el flujo de capital estadounidense privado hacia Europa tras la Primera Guerra Mundial fue considerablemente superior al que hubo inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial».

Panitch y Gindin defienden que si a pesar de ello, Estados Unidos no adoptó un papel verdaderamente global entonces, fue por falta de medios, no por falta de voluntad. Frente a los Imperios francés y británico, dominantes todavía en sus respectivas esferas, y ante la cruda realidad de que Washington «no tenía una fuerza militar que dominara al resto del mundo capitalista», Estados Unidos solo pudo dar rienda suelta a las ambiciones imperiales en su propio hemisferio. Canadá ya se había convertido en «una dependencia rica dentro del imperio estadounidense», ya que «los bancos canadienses eran casi los únicos del mundo que utilizaban el dólar como moneda de reserva, y mantenían cuantiosos saldos externos en Nueva York como fuente de liquidez y para cubrir el enorme flujo de bienes y capital a través de la frontera». Esta incorporación sin complicaciones se anticipó «al tipo de relación

que se desarrollaría entre Estados Unidos y tantos otros países capitalistas, incluyendo los más avanzados, antes de que el siglo xx hubiera terminado». Con la victoria en la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos obtuvo finalmente la supremacía militar sobre el Viejo Mundo y se lanzó a «canadanizar» el continente, tal como lo denominan Panitch y Gindin. Tras asegurarse de que las puertas permanecían abiertas para las empresas estadounidenses, Washington procedió a rehacer Europa a su propia imagen, remodelando las fuerzas de clase internas a base de instrumentar intereses creados permeados por las multinacionales estadounidenses.

El mismo proceso de americanización por medio de la inversión exterior se pudo observar en otras partes del mundo. El libre movimiento de capital fue facilitado por el sistema de Bretton Woods, que –a diferencia de la ONU, que «todavía conservaba rastros significativos de las “esferas” de influencia de las antiguas grandes potencias»– institucionalizó «el papel predominante de Estados Unidos en la gestión monetaria internacional como parte de la aceptación general del dólar estadounidense como moneda fundamental de la economía internacional». Con un tipo de cambio fijo basado en una garantía de una onza de oro por 35 dólares, los activos en dólares (sobre todo, los bonos del Tesoro de Estados Unidos) se convirtieron en una «reserva de valor internacional segura»; el dólar era la moneda utilizada en la mayoría de las transacciones internacionales y para las reservas de divisas de los principales Estados capitalistas. En el frente doméstico, la política social keynesiana y el modelo empresarial fordista proporcionaron un alto nivel de salarios y de consumo a la clase obrera, asegurando la paz laboral y salvando el exceso de oferta industrial de los primeros años de la posguerra. La estabilidad y la prosperidad del mundo capitalista desarrollado en las décadas de 1950 y 1960 se basaron en estos fundamentos.

Aunque reconocen que Estados Unidos experimentó una grave crisis económica al terminarse el *boom* de la posguerra, Panitch y Gindin niegan que esto llevara a una disminución permanente del poder estadounidense, sosteniendo, por el contrario, que su clase dirigente consiguió superar la crisis eficazmente y rejuvenecer los fundamentos materiales de su imperio. Este giro propició la total consolidación del capitalismo global en la última década del siglo xx. Los autores sostienen que las contradicciones fundamentales que provocaron la crisis de la década de 1970 provenían de la doble responsabilidad de Estados Unidos: gestionar su propia formación social y asegurar la buena salud del sistema mundial. En la década de 1960, la creciente militancia obrera y la presión del movimiento por los derechos civiles indujeron a Johnson a lanzar su programa de la «Gran Sociedad». La combinación de una importante subida del gasto social con la espiral de los costes de la guerra de Estados Unidos en Vietnam tuvo como resultado un déficit fiscal enorme. En este contexto, Wall Street consideró que la reticencia de

la Reserva Federal a ajustar la política monetaria era un intento de subvencionar el gasto del Gobierno a base de mantener bajo el tipo de interés de los bonos del Tesoro, y protestó enérgicamente contra la supuesta pérdida de independencia de la Reserva Federal y la deficiencia de su gestión para estabilizar el dólar. Otras potencias capitalistas instaron también a Estados Unidos a que mostrara una mayor disciplina económica, ya que el tipo de cambio fijo provocaba que la inflación de Estados Unidos se extendiera a sus economías. Esta confluencia de tensiones de clase internas y de presión exterior llevó al colapso del sistema de Bretton Woods, que se había convertido «cada vez más en una rémora para la capacidad de Estados Unidos de navegar entre sus responsabilidades domésticas e imperiales».

En contra de la percepción generalizada de que Nixon abolió el patrón oro en medio de una situación caótica, Panitch y Gindin señalan que el proceso fue gestionado de cerca por los principales poderes capitalistas bajo la dirección de Estados Unidos, y muchas de las reuniones decisivas entre ellos tuvieron lugar en la biblioteca de la Casa Blanca. Estos encuentros regulares para preparar el sistema de tipos de interés flotante fueron a su vez institucionalizados en las cumbres del G7, que eran «fundamentalmente un vehículo para proporcionar apoyo y refrendar las iniciativas y las ideas generadas por Estados Unidos». Debido a la gravedad de la crisis del capitalismo global, el desmantelamiento de Bretton Woods no trajo la estabilidad inmediata. La tasa de inflación y los males fiscales de Estados Unidos siguieron empeorando, y se tardaría «toda una década en reajustar el equilibrio entre las fuerzas de clase, tanto doméstica como internacionalmente, para salir de la crisis de manera que la dinámica globalizadora del capitalismo liderada por Estados Unidos quedara no solo intacta, sino reforzada». La estanflación de la década de 1970 en Estados Unidos llevó a una fuga de capital y a déficits en la balanza de pagos, pero esto solo sirvió para aumentar el suministro de dólares en la economía mundial y así, paradójicamente, «sentó las bases para aumentar la expansión del crédito en dólares y la innovación financiera, tanto doméstica como internacionalmente». Además:

La incertidumbre financiera que siguió al colapso del sistema de tipos de cambio, en medio de la volatilidad de los precios de las materias primas y el incremento de los tipos de interés a corto plazo, mejoró de hecho el atractivo de las letras del Tesoro para los inversores internacionales, que reconocían la profundidad y la liquidez del mercado de bonos estadounidense.

Este proceso ayudó a desencadenar un tsunami de derivados e instrumentos de cobertura que finalmente hicieron posible que la Reserva Federal detuviera la caída del valor del dólar y acabase con la inflación con una subida drástica del tipo de interés. La Reserva Federal había rehuído este curso de acción durante gran parte de la década de 1970, temiendo que un endurecimiento radical del suministro de dinero precipitara una catástrofe de la

dimensión de la Gran Depresión. Pero Panitch y Gindin sostienen que la revolución de los derivados permitió a las empresas protegerse de los tipos de interés galopantes, y Paul Volcker logró imponer una subida de dos dígitos entre 1979 y 1983 sin provocar el colapso económico.

Con el éxito del *shock* de Volcker en la estabilización del dólar, seguido de la victoriosa arremetida de Reagan contra las organizaciones de los trabajadores, su desmantelamiento del Estado social y la desregulación financiera, el ajuste estructural del capitalismo estadounidense había sido consumado. Panitch y Gindin insisten en que las subsiguientes financiarización y desindustrialización de la economía de Estados Unidos no tuvieron como resultado ningún «vaciado». Sostienen, por el contrario, que los fundamentos materiales del poder estadounidense desde la década de 1980 han sido más sólidos que nunca. Por una parte, la proliferación de productos financieros y la persistente centralidad de los títulos del Tesoro en el sistema financiero internacional han generado flujos crecientes de capital hacia Estados Unidos, compensando su hinchado déficit comercial, tal y como ejemplifica la enorme demanda de bonos del Tesoro por parte de Asia. Por otra parte, la desindustrialización por medio de la externalización, razón principal del déficit comercial, simplemente ocultó la fuerza duradera del poder productivo estadounidense, como ejemplificó el iPod de Apple:

Debido a que su último lugar de montaje era China, cada iPod vendido en Estados Unidos representaba un incremento en el déficit comercial estadounidense de 145 dólares, a pesar de que significaba un incremento del excedente que Apple captaba de los trabajadores nacionales y especialmente, extranjeros.

Lejos de constituir una prueba del declive estadounidense, el traslado de la fabricación a países como China mostraba de hecho que «las empresas estadounidenses eran capaces de aprovecharse de manera especial del mundo abierto en cuya creación habían jugado un papel tan importante». Estados Unidos todavía conserva la parte principal de todo el gasto de la OCDE en investigación y desarrollo en los sectores de alta tecnología. Sigue siendo un destino atractivo para la inversión extranjera directa, tal como la de los fabricantes de automóviles japoneses que establecieron nuevas plantas de coches en centros industriales no tradicionales del sur estadounidense. Desde la perspectiva de los antiguos bastiones industriales como Detroit, esto puede parecer un declive, pero los autores sostienen que en realidad representa una reubicación interna.

Bajo los auspicios del rejuvenecido imperio estadounidense, la crisis financiera de Estados Unidos que comenzó en 2007 no fue el resultado del declive económico, sino de las contradicciones de clase internas. Una vez que el ajuste estructural del Gobierno de Reagan recortó drásticamente el gasto social y frenó las subidas salariales, la elite estadounidense se dedicó a

comprar la paz racial y entre las clases a base de ampliar el acceso al crédito, ofreciendo la perspectiva de la propiedad de la vivienda a los trabajadores con salarios bajos como compensación. La desregulación dio lugar a la expansión de las hipotecas basura, que a su vez estimularon el crecimiento de derivados financieros tóxicos, extendiendo el riesgo a lo largo del sistema económico global. La alta volatilidad de tales actividades suponía que incluso un pequeño empeoramiento de la situación económica desencadenaría una crisis a gran escala. El tambaleante edificio construido sobre estos cimientos comenzó a desmoronarse con la primera ola de impagos de las hipotecas.

Para Panitch y Gindin la rápida migración de la crisis a través de los países europeos demostró la persistente centralidad de la economía estadounidense en el sistema global, así como la dependencia perenne de Europa de los activos denominados en dólares. La capacidad de Estados Unidos para autorrescatarse por medio de una expansión agresiva de liquidez con el programa de «flexibilización cuantitativa» [*quantitative easing*] muestra que el patrón dólar sigue siendo prácticamente incuestionable. Previamente, sostienen:

cualquiera que hubiera propuesto una huida hacia adelante tan enorme y directa habría sido tachado de analfabeto en economía. Se habría pronosticado una venta masiva de títulos del Tesoro por parte de otros compradores, y una huida masiva del dólar. El hecho de que nada de esto ocurriera y que la aprobación por parte del Tesoro de la flexibilización cuantitativa no provocara en principio comentarios críticos, da prueba del reconocimiento por parte del capital global (y del resto de los Estados capitalistas) del papel central de Estados Unidos para que el sistema siga adelante [...]. La flexibilización cuantitativa supuso básicamente una audaz impresión de dólares estadounidenses y, por lo tanto, dependió de la disposición de los inversores extranjeros y de los bancos centrales para continuar manteniendo dólares; fue el recordatorio más fuerte hasta la fecha de la persistencia del atractivo especial del dólar. A pesar de que la laxa política monetaria hizo descender el precio del dólar estadounidense, no debilitó su estatus, o su papel, de moneda global.

En esta situación, otros Estados no tuvieron la posibilidad de elegir: un dólar con menor valor devaluó sus participaciones en activos estadounidenses, debilitó la competitividad relativa de sus economías, y agravó las presiones inflacionistas al circular ese excedente de dólares en la economía global. Pero «dadas las posiciones estructurales de esos Estados dentro del capitalismo global y dadas sus ambiciones económicas, no tuvieron más opción que continuar guardando e incluso incrementado sus inversiones en dólares».

Incluso tras la crisis global, los autores concluyen que no existe una evidencia real de la decadencia de la economía estadounidense, ni ninguna señal de rivalidad interimperial que pudiera desestabilizar el poder de Washington. La construcción del capitalismo global, un proyecto que avanzó bajo los auspicios imperiales de Estados Unidos a lo largo de un siglo XX envuelto en crisis, ya ha sido rematada por fin. Sostienen que las únicas

contradicciones capaces de debilitar este orden económico serán las que vengan, no del escenario internacional, sino de la lucha de clases interna en Estados Unidos, puesto que la destrucción del capitalismo global «sólo será posible si los Estados que lo han construido se transforman y esto se aplica especialmente a Estados Unidos».

Panitch y Gindin ofrecen argumentos consistentes para demostrar la persistencia del poder estadounidense en el capitalismo global. De todas las pruebas que aportan para apoyar su defensa, la invencibilidad aparente del patrón dólar es la más convincente. A pesar de todo el debate sobre el declive en la hegemonía del dólar desde que Nixon suprimió el vínculo con el oro en 1971, sigue siendo la moneda internacional de reserva y de transacción más ampliamente usada del mundo; el euro, su rival más próximo, le sigue a gran distancia. De acuerdo con el FMI, el 61 por 100 de todas las reservas internacionales mundiales declaradas en 2011 eran en dólares, frente al 26 por 100 en euros y menos del 4 por 100 en yenes. El estatus global del dólar se ha fortalecido, en lugar de debilitarse, con la recesión: entre marzo de 2007 y el mismo mes de 2014, las participaciones extranjeras totales en títulos del Tesoro aumentaron de alrededor de 2 billones de dólares a casi 6 billones, confirmando la teoría de los autores de que en tiempos de caos económico, ya sea en la década de 1970 o después de 2008, el dólar siempre se convierte en un refugio seguro para el capital internacional, incluso cuando el propio Estados Unidos está en el epicentro de la tormenta. No importa lo bien o lo mal que le vaya a la economía estadounidense en cuanto a su capacidad tecnológica, el crecimiento de su productividad, la tasa de inflación u otros indicadores: el dólar es considerado invariablemente el depósito de valor más fiable, en relación con el cual se evalúa todo lo demás en el mercado mundial. Todos los rumores sobre los Derechos Especiales de Giro del FMI o que el renminbi chino desplazarían a la moneda estadounidense tras la crisis han resultado infundados.

¿Pero cuál es el fundamento último del papel del dólar en la economía mundial? Panitch y Gindin no analizan esta cuestión, pero a pesar de ello nos proporcionan una pista. Tal como se ha mencionado anteriormente, sostienen que Estados Unidos ya había desarrollado apetitos imperiales a principios del siglo xx, pero se había visto maniatado por su incapacidad para apoyar tales ambiciones con el uso de la fuerza. La idea de un orden capitalista global solo comenzó a tomar forma tras la Segunda Guerra Mundial gracias al dominio militar recién conseguido por Washington. El vínculo exacto entre el poder geopolítico de Estados Unidos y la hegemonía del dólar no se analiza en el libro, pero la literatura existente ofrece múltiples ejemplos que demuestran esta relación. Por ejemplo, es bien conocido que Washington utilizó repetidamente las negociaciones sobre su pacto de seguridad con Alemania Occidental durante la Guerra Fría para echar por tierra

cualquier movimiento de la República Federal para diversificar sus reservas internacionales y disminuir su dependencia del dólar. Se ha argumentado que uno de los detonantes de la segunda guerra de Estados Unidos contra Iraq fue adelantarse a un acuerdo entre Sadam Husein, Francia y Alemania para denominar las exportaciones de petróleo iraquí en euros, moneda que acababa de ser lanzada, a cambio del levantamiento de las sanciones de la ONU. La debilidad militar de Europa y su dependencia de Estados Unidos socavan su capacidad para desafiar el monopolio del dólar. Japón tampoco tuvo el valor de decir que no cuando Estados Unidos exigió la apreciación del yen en 1985, o cuando vetó la creación de un Fondo Monetario Asiático después de 1997. La supervivencia del patrón dólar-letra del Tesoro, que ha permitido a Estados Unidos recibir préstamos baratos del resto del mundo y capear crisis económicas graves desde la década de 1970, se asienta finalmente en el monopolio estadounidense de la violencia en relación con otros países capitalistas avanzados: un monopolio que, a su vez, es financiado con crédito barato basado en el dólar, produciendo un círculo autosostenido.

Aunque la escasez del análisis sobre los factores militares y geopolíticos en la construcción del capitalismo global centrado en torno a Estados Unidos no debilita el argumento principal del libro sobre el triunfo del imperio estadounidense, tales omisiones hacen más difícil explorar los escenarios potenciales para su futuro a largo plazo. Como hemos visto, Panitch y Gindin concluyen que, con la realización completa del proyecto imperial de Estados Unidos, el impulso para el cambio no vendrá de las tensiones y los conflictos entre los principales Estados capitalistas, sino de las luchas de clase internas en el propio país. La rivalidad interimperial entre Estados Unidos, Europa y Japón está fuera de la cuestión. Hasta el momento, esto es probablemente cierto: las principales potencias capitalistas han sido de hecho «canadanizadas» desde 1945; dependen económicamente del dólar y están sujetas a la protección militar de Estados Unidos. Pero los autores puede que hayan extendido demasiado rápidamente al resto del mundo esta visión sin fricciones de la hegemonía estadounidense. En las primeras décadas del siglo XXI, el aumento de nuevas potencias capitalistas fuera del paraguas de seguridad de Estados Unidos, tales como Rusia y, desde luego, China, constituye un imponderable que hace que resulte incierto el desarrollo a largo plazo del capitalismo global.

Panitch y Gindin tienen razón al aseverar que la compra masiva de bonos del Tesoro por parte de China y otras economías emergentes no es prueba de su fortaleza, sino de su dependencia del mercado de Estados Unidos y el dólar. Pero, a la larga, estos jugadores nuevos (que tienen la capacidad de ser pesos pesados geopolíticos, al menos en sus propias regiones) ¿se contentarán con su papel de financieros subordinados del imperio estadounidense? ¿No intentarán forjarse sus propias esferas de influencia?

Entre las elites dominantes de estas potencias en crecimiento existen como mínimo fracciones significativas que parecen albergar tales ambiciones, que no necesariamente son fomentadas por los imperativos de la acumulación de capital; más a menudo, el factor decisivo es la lógica territorial y nacionalista de impulsar la gloria y legitimidad de los líderes. El intento de Putin de restablecer un protectorado ruso sobre las antiguas repúblicas soviéticas y la creciente belicosidad de Pekín hacia sus vecinos marítimos no son los cursos de acción más racionales desde un punto de vista estrictamente capitalista. El intento de China de promover el uso de su moneda en Asia por medio de créditos en renminbis, permutas financieras de ayuda y divisas, aunque es todavía diminuto en comparación con su compra de bonos del Gobierno estadounidense, demuestra un deseo de alcanzar una hegemonía regional que tiene cierto parecido con el intento de Alemania de establecer en Europa un bloque del Reichmark durante la década de 1930. No es probable que estos desafíos a la hegemonía estadounidense traigan un mundo más justo y humano (como podrían corroborar quienes viven a la sombra de estos nuevos imperios regionales), pero sí es concebible que puedan desencadenar una crisis geopolítica susceptible, a su vez, de exacerbar las contradicciones internas dentro de Estados Unidos, tal y como la ofensiva del Tet del Vietcong hizo una vez.

Es demasiado pronto para saber si estas ambiciones nacionalistas generarán verdaderos imperialismos regionales enfrentados al imperio estadounidense o serán moderadas por las necesidades de la acumulación doméstica de capital en las potencias emergentes, al estar integradas y ser dependientes del mercado y la moneda estadounidenses. Aunque Panitch y Gindin refutan de manera convincente las predicciones de rivalidad interimperial entre Estados Unidos, Europa y Japón, es más probable que tal rivalidad surja del crecimiento de los Estados semiperiféricos que han estado históricamente al margen de la protección militar estadounidense. Por el momento no hay un usurpador serio a la vista, pero la invencibilidad del imperio estadounidense frente a los desafíos exteriores puede que no sea una perspectiva tan segura a largo plazo como el libro supone.

NEW LEFT REVIEW

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

Tarifas de suscripción a la revista *New Left Review* en español

Para España

Suscripción anual (6 números)

Suscripción anual individual [55 €]

Suscripción anual para Instituciones [200 €]

*(una suscripción equivaldrá a 3 ejemplares de cada número
enviados a una misma dirección postal)*

Venta de un ejemplar individual para instituciones [20 €]

Gastos de envío postal ordinario incluidos.

Para Europa

Suscripción anual (6 números)

Suscripción anual individual [85 €]

Suscripción anual para Instituciones [300 €]

*(una suscripción equivaldrá a 3 ejemplares de cada número enviados a
una misma dirección postal)*

Venta de un ejemplar individual para instituciones [30 €]

Gastos de envío postal ordinario incluidos.

Resto del mundo*

Suscripción anual (6 números)

Suscripción anual individual [120 €]

Suscripción anual para Instituciones [350 €]

*(una suscripción equivaldrá a 3 ejemplares de cada número enviados a
una misma dirección postal)*

Venta de un ejemplar individual para instituciones [50 €]

Gastos de envío postal ordinario incluidos.

* Excepto en la República del Ecuador. Para dicho país deben contactar con el Instituto de Altos Estudios Nacionales - IAEN (<http://iaen.edu.ec>)

Formas de pago

Se puede realizar el pago mediante tarjeta de crédito, transferencia bancaria o domiciliación bancaria a través de nuestra página:

<http://traficantes.net/nlr/suscripcion>

Para cualquier duda podéis escribirnos a nlr_suscripciones@traficantes.net